

Silvia Montemurro

# Búscame en el viento

*No hay nada más íntimo  
y secreto que un amor  
que nace entre las espinas.*

13

Camilla vive de notas esparcidas por el viento.

Estudia en el conservatorio y la música es todo su mundo. Vive en un pueblecito cerca de Milán, el mismo en el que nació y que, a diferencia de sus amigas, todavía no ha logrado abandonar. Quién sabe, quizá algún día lo hará, para intentar colmar la inquietud que a veces la asalta.

Teo acaba de llegar al pueblo y todavía tiene grabado en la retina el mar de su Cerdeña, el mismo que de pequeño miraba todos los días por la ventana, en casa de su abuela. Allí, con la nariz pegada al cristal, hacía descubrimientos extraordinarios, más instructivos que un libro de texto. Tal vez por eso, al crecer, prefirió arremangarse y ponerse a trabajar, en vez de estudiar. Desde aquella ventana, Teo empezó a observar a las personas y a catalogarlas, y decidió que si un día tenía que entrar en una de esas absurdas categorías, solo había una cosa que quería ser: un solitario.

Camilla y Teo se conocen un día cualquiera, en un bar cualquiera. Pero en aquel momento, algo ocurre. Porque siempre es algo inocuo lo que nos cambia la vida. Tierra y mar, luz y sombra: Camilla y Teo son dos almas opuestas que, después de rechazarse brevemente, se atraen. El amor entre ambos es tan intenso y único que les crea la ilusión de ser invencibles. Pero la vida los obligará muy pronto a afrontar una prueba terrible. No hay nada más íntimo y secreto que un amor que nace entre las espinas. Podrán vencer o rendirse, podrán hacerlo juntos o solos. No hay nada escrito y amarse será el único modo de no dejarse vencer.

Búscame en el viento no es solo una inolvidable historia de amor. Es la novela extraordinaria de una joven escritora de gran talento con dos protagonistas que no son el clon de nadie; una historia que habla de cada uno de nosotros con gestos y palabras auténticas y universales; una historia que querrás compartir con los demás, como pasa con todas las cosas que nos gustan.

Silvia Montemurro

---

*Búscame en el viento*



Título original: *Cercami nel vento*  
Silvia Montemurro, 2017  
Traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2017

---

Revisión: 1.0  
18/07/2019

*A los solitarios  
y a los que buscan el amor verdadero.  
No sois tan distintos*

*Siempre vienes del mar,  
con su voz ronca.  
Siempre tienes ojos secretos  
de agua viva entre zarzas,  
y frente baja, como  
cielo bajo de nubes.  
Siempre revives,  
como algo antiguo  
y salvaje que el corazón  
ya conocía y se oculta.*

CESARE PAVESE

## PRÓLOGO

### TODO TIENE UN PRINCIPIO O LO QUE SE SUELE LLAMAR...

**H**ABÍA ALGO FASCINANTE EN LAS PERSONAS SOLAS. A Teo le gustaba observarlas mientras esperaban el autobús, buscaban una calle o miraban el escaparate de una tienda para después verse reflejadas y bajar la mirada. La soledad era sin duda un estado más interesante que muchos otros. Cuando estaban en compañía, las personas tendían a no mostrarse realmente como eran. Él lo aprendió muy pronto, en casa de la abuela Giuseppina, donde lo dejaban aparcado de pequeño, un día sí y uno no, según los turnos de trabajo que tuviera su padre. No había nada que hacer en la casa de la abuela y no le dejaban ver la televisión más de una hora seguida; el resto del tiempo se lo pasaba con la nariz pegada a la ventana que daba a la playa. Todos los días, desde aquella ventana, Teo descubría algo nuevo y extraordinario, más interesante que lo que se podía aprender en un libro de texto. Muy pronto empezó a catalogar a las personas que paseaban por la playa según la forma en que se relacionaban con los demás.

Estaban las que no eran capaces de estar solas. La señora del caniche, por ejemplo. Según Teo, tenía que ser viuda o soltera, o a lo mejor su pareja salió un día a comprar tabaco y no volvió —como su abuelo, el marido de Giuseppina—, y desde entonces la señora del caniche no sabía estar sola. Caminaba por la playa con cuidado de no perder de vista a su querido perrito y, cada vez que el caniche se alejaba, ella lo llamaba a gritos y enseguida le

ponía la correa. Intentaba llamar la atención de todos los que pasaban aunque solo fuera para intercambiar dos palabras con ellos y, si lo conseguía, se le iluminaba la cara y hacía de todo con tal de no dejarlos escapar. Teo, desde aquella ventana, había visto a gente que, para evitar las charlas extenuantes de la señora del caniche, se había inventado las excusas más absurdas. Un hombre, una vez, hasta fingió un repentino desmayo.

La segunda categoría, tan común como la primera, era la de los que fingían ser felices. Había visto a mucha gente así desde la ventana. Mientras estaban solos, el cuerpo lanzaba señales inconfundibles: tenían los hombros hundidos, las manos en los bolsillos, como si quisieran ahogar un recuerdo, y la mirada perdida en el mar, buscando una respuesta. Una vez, Teo vio a una chica tan triste que le entraron ganas de bajar a consolarla, preguntarle qué le pasaba o incluso darle un abrazo. Hasta habría aguantado el castigo de la abuela Giuseppina por haber salido solo si no hubiera sido porque, cuando ya se estaba bajando del taburete, la chica levantó un brazo y sonrió. Él se paró a observarla. Ella echó a andar hacia un chico, lo abrazó y lució una de aquellas sonrisas *ocultatristeza* típica de las personas que quieren hacerte creer que están contentas aunque se les esté hundiendo el mundo y no puedan más. Teo no estaba seguro de si aquella era la mejor categoría o la peor, porque era imposible saber si realmente podías fiarte de esas personas. Delante del novio, la chica triste se transformó; sin embargo, mientras estaba sola había mostrado sus verdaderos sentimientos porque creía que nadie la estaba viendo.

La categoría de los que no te miran a los ojos era sin duda la más peligrosa. Teo los distinguía enseguida. Normalmente, si estaban en compañía, ellos eran los que llevaban la conversación. No dejaban de gesticular y miraban a todas partes con tal de no mirar a los ojos a su interlocutor, que intentaba interceptar una sílaba comprensible del millón de palabras que pronunciaban. Eran realmente irritantes. Lo mejor era que cuando estas personas se quedaban solas, se volvían todavía más insoportables. Mascullaban como si se perdieran en un soliloquio, farfullaban hacia el mar, se paraban a recoger conchas que tiraban un poco más adelante, intentando hacerlas rebotar sobre las olas como si fueran piedras. Teo no entendía cómo conseguían ignorarse incluso a sí mismas.



Después estaban los que, al estar con otros, desaparecían. A Teo le caían mejor que los demás porque le parecían modestos. Tal vez fuera porque desde donde él estaba lograba entrever cosas que nadie veía estando abajo, en la playa. El mar, ya se sabe, confunde. Le pasó una vez, cuando vio a unos niños jugando al fútbol. No le pasaban nunca el balón al niño rubio y delgado —el último en llegar, probablemente—, que gritaba para que lo vieran, pero parecía que no lo oía nadie. Ni siquiera jugaba mal, el rubio, pero los otros, musculosos y compenetrados, sencillamente lo excluían del juego. Hasta Teo, que estaba concentrado en el partido, tardó un poco en reparar en él. Cuando los demás se fueron, el rubio se puso a pelotear solo y Teo se quedó boquiabierto: aquel niño era un fenómeno con el balón. Aquello le hizo entender que, muchas veces, la primera persona que adviertes en un grupo podría ser la menos interesante. Así pues, Teo aprendió a distinguir a este tipo de personas especiales, que tendían a pasar desapercibidas entre los demás.

La categoría más difícil de reconocer era la de los que buscaban el verdadero amor. No era fácil distinguirlos de los que solo querían divertirse o de los que buscaban compañía porque no sabían estar solos. Sin embargo, con un poco de práctica, Teo se dio cuenta de que las personas que deseaban enamorarse se quedaban ensimismadas mirando las olas y la espuma blanca que chocaba contra las rocas y dejaban de seguir la conversación. Aprendió a reconocerlas también en otros lugares, cuando empezó a observarlas hasta en el colegio y, más tarde, al crecer, en el trabajo. Todas tenían la misma actitud, una mezcla entre aturdimiento, inquietud y despiste. Parecía que estaban siempre en su mundo y sin embargo estaban allí, listas para reconocer a otra persona especial que pasara a su lado, aunque a menudo no lograban distinguirla. Sí, estaba seguro, aquella era la categoría más difícil de distinguir porque esas personas casi nunca eran conscientes de lo que estaban buscando. Teo pensaba que a lo mejor algún día él también podría caer en esa categoría, en la de los que están listos para enamorarse pero no se dan cuenta. A veces hace falta mirar las cosas desde la debida distancia.

Lo que cambió para siempre la perspectiva de Teo fue un hombre que le pareció muy distinto a los demás. La primera vez que lo vio se sintió desorientado. Aquel hombre, con un libro debajo del brazo y una toalla en la otra mano, no correspondía a ninguna de las categorías anteriores. Caminaba

despacio, sin gestos o movimientos particulares y con la mirada vuelta hacia el mar, pero con expresión atenta, no ensimismada. Parecía sentirse en paz consigo mismo. Extendió la toalla en el punto exacto en el que las olas no llegaban a mojar la arena, abrió el libro y pasó una infinidad de tiempo inmerso en aquellas palabras sin levantar jamás la cabeza. De vez en cuando, llevado por un movimiento inconsciente, cambiaba de postura o cruzaba una pierna. Unas dos horas más tarde cerró el libro y volvió a mirar a su alrededor como si no reconociera el lugar que había elegido, como si hubiera llegado hasta allí por casualidad. Se levantó y volvió por el mismo camino, con el mismo paso lento y seguridad en la mirada.

Teo pensó que tenía que existir otra categoría, la de las personas que se sienten bien consigo mismas. Eran tan pocas que podía pasarse días enteros sin cruzarse con ninguna. Pero ahora que lo sabía, estaba dispuesto a prestar la máxima atención.

Desde aquel momento, Teo decidió que si algún día tenía que formar parte de alguna de aquellas categorías, aquello era exactamente lo que él quería ser: un solitario.

# 1

## EL COLOR VIOLETA DE LA NOCHE, A VUESTRA EDAD

**S**OLO LE FALTABA UN POCO DE PINTALABIOS Y ESTARÍA LISTA.

Camilla rebuscó en el estuche del maquillaje y sacó su preferido, el rojo brillante. Detrás de ella esperaban otras tres chicas.

—Camilla, date prisa, que no vas a tocar tú sola —protestó Sofia, la violonchelista, con la que compartiría la habitación del hotel.

—Un segundo —contestó.

Camilla se puso el carmín y admiró el resultado final. Aquel vestido color crema era perfecto, elegante y *sexy*, como a ella le gustaba. Elegante para el público, *sexy* para Roberto. Se echó la larga melena castaña por el hombro derecho, en el que no apoyaría el violín. En el espejo vio que Alex la estaba mirando. Tocarían juntos aquella noche. Alex era un pianista extraordinario, pero también tenía fama de ser un salido. Apartó los ojos y dio un paso atrás.

—Ya era hora —dijo Sofia mientras se sentaba en su sitio.

En la sala reinaba un desorden total. Faltaba media hora para que empezara el concierto y había quienes tocaban, quienes se servían algo de beber y quienes se limitaban a calentar las manos. Camilla todavía no había sacado el violín. Le encantaba ir a tocar a otras ciudades y no volvería a hacerlo hasta el año siguiente; por eso, cuando Roberto se lo propuso, aceptó entusiasmada. Él era su profesor de violín y era... prácticamente perfecto, no solo como violinista. Camilla sabía que pendía de sus labios. El otro motivo por el que había aceptado era el lugar en el que se encontraban: Fiesole, una

ciudad preciosa situada al norte de Florencia.

Camilla había fantaseado durante días, pensando que iría a visitarla con Roberto en cuanto terminara el concierto. Pero él no había aparecido todavía, y eso que normalmente le gustaba estar con sus alumnos antes de los conciertos.

—¿Un poco de vino, para calentarte? —le propuso Alex acercándosele.

—¿Ya estás intentando emborracharme? —lo provocó Camilla mientras aceptaba la copa.

—Primero tenemos que tocar, cariño —dijo Alex.

Increíble, ya había pasado a *cariño*. Estaba claro que ella era su víctima en aquel viaje. Camilla lo observó: ojos castaños, pestañas larguísimas, mirada impenetrable. Era alto y estaba muy bien con traje, no como otros pianistas, que parecían payasos. Aunque llevaba el pelo engominado hacia atrás, seguía estando muy atractivo. Camilla había oído muchas historias sobre él. Sandra, otra violinista, había salido con él un par de veces y todavía no se había recuperado. Cada vez que hablaba con ella le contaba lo bueno que era en la cama.

«No te lo puedes imaginar —le decía—: ¡tres orgasmos seguidos! Era como si... como si estuviera tocando, es increíble».

Camilla sostuvo la mirada.

—No pareces muy emocionada —comentó Alex mientras se sentaba a su lado.

Estaban tan cerca que tenían los muslos pegados y él hacía como si no se diera cuenta. Se manejaba bien, desde luego.

—¿Tendría que estarlo? —replicó Camilla mirando a su alrededor.

No se veía a Roberto por ninguna parte. Ya solo faltaba un cuarto de hora.

—Esta noche tocaremos juntos —comentó Alex como si nada, aunque el doble sentido estaba clarísimo.

—Y será inolvidable —bromeó Camilla guiñándole un ojo.

Alex miró para otra parte y ella se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Se terminó la copa y dijo:

—Perdona, pero tengo que afinar el violín.

Sacó el instrumento de la funda e intentó aislarse. No era fácil, entre tantas trompetas y los gritos de las chicas que se estaban peinando. Se puso el violín

en el hombro y se concentró. Alex seguía mirándola.

Roberto entró en la sala y la buscó con la mirada.

—Camilla, perdona el retraso. ¿Estás preparada? ¿Nerviosa?

—Preparadísima —dijo ella.

—Dame un la, a ver si está afinado.

Camilla tocó la cuerda y se dio cuenta de que estaba un poco tensa. Pero era por el profesor, no por el concierto. Tenía que dejar de mirarle la boca y comérselo con los ojos.

—Perfecto, entras la segunda, después de Alex, pero ¿dónde...? Ah, ahí está. Muy bien. Camilla, mírame.

Sin ningún esfuerzo, Camilla levantó los ojos brillantes hacia él.

—Irás muy bien y estarás fantástica, como siempre —le dijo, y le cogió la mano—. Concéntrate en las notas, en Schubert, en la música. Desde este momento, aquí solo estáis tu maravilloso violín y tú, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Camilla apretándole un dedo.

Roberto apartó la mano.

—Suerte —le susurró.

—Gracias —contestó Camilla con otro susurro.

A Camilla no le había ido siempre tan bien con el violín. Había tenido momentos difíciles. Después de selectividad estuvo a punto de dejarlo, pero Roberto la convenció para que diera el gran paso: seguir creyendo en su carrera con todas sus fuerzas.

Si había vuelto a dar conciertos, era mérito suyo.

Cuando los llamaron, Alex la cogió por el brazo.

—¿No pretenderás salir así? —protestó Camilla al tiempo que se soltaba.

Alex se echó a reír.

—Salgo yo primero, cariño. ¿Ya no te acuerdas?

Camilla se ruborizó. Esperó a que Alex se inclinara ante el público y lo observó con envidia cuando, con un gesto amplio y en absoluto cohibido, tendió los brazos y las manos en su dirección. Sabía cómo comportarse con el público. Camilla oyó los aplausos incluso antes de salir.

Alex se inclinó para darle un beso en la mejilla y se detuvo un segundo más de lo necesario. Cuando se apartó, Camilla notó que tenía las manos sudadas.

«Concéntrate —se dijo—. Piensa solo en la música».

Se hizo el silencio. Les tocaba a ellos. Alex colocó el asiento y la miró. Hizo un gesto con la cabeza y comenzó a tocar. Aquellas manos se movían seguras y veloces por el teclado. Habían ensayado varias veces y Camilla sabía que tocaba muy bien, pero la sorprendió igualmente por el modo en que lograba hacerse con el público. Decidió seguir su ejemplo e intentó no mirar hacia el auditorio.

Cuando empezó a tocar se sintió segura de que lo haría bien. Aquel era su mundo. Estaba allí, donde siempre había querido estar. Solo se sentía en casa cuando tocaba. Las notas fluían bajo los dedos y le pareció perfecto. El arco se comportó bien y no se le rompió ni una cerda. Cuando Alex terminó, con la última nota, la energía que se había creado entre ellos resultaba evidente para todos. Habían tocado mejor que en los ensayos.

Alex sonrió mientras el público aplaudía fuerte. La cogió de la mano y la invitó a inclinarse. Camilla tenía las mejillas encendidas por la felicidad y el entusiasmo. Buscó a Roberto con la mirada y lo vio asomarse entre el público. Levantó las manos por encima de las cabezas de los demás para demostrarle lo satisfecho que estaba.

—Has estado magnífica —le dijo Alex cuando se quedaron solos.

Camilla sonrió. ¿Qué hacía allí con él? A lo mejor había exagerado con el vino. Pero no, el vino no tenía nada que ver. Estaba lúcida, solo un poco más alegre de lo normal. Había sido una noche fantástica. Después del concierto y las miles de enhorabuenas que habían recibido, se fueron a cenar todos juntos a una casa rural. Alex no se había separado de su lado ni un momento y todos se habían dado cuenta. Al volver al hotel le propuso pasar un poco más de tiempo juntos allí fuera. Se habían sentado en un banco del pequeño jardín del hotel.

—Tú también has estado magnífico —admitió Camilla—. Parece que llevas haciendo esto toda la vida.

Alex se rio.

—Qué exagerada. Todavía me queda mucho que aprender.

—Por lo menos, tú ya te has diplomado —dijo Camilla.

—Este año te tocará a ti, ya verás —le aseguró él—. No vas mal de tiempo. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve.

—Todavía tienes tiempo para hacer todo lo que quieras.

Camilla asintió.

Alex le pasó un brazo por el hombro. Las piernas, como por arte de magia, se les volvieron a pegar.

—¿Cómo es que dejaste de tocar durante una temporada?

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Camilla sorprendida de que lo supiera.

—Sandra —contestó Alex.

Camilla intentó esconder una sonrisa.

—¿Por qué te ríes?

—No me estaba riendo.

—¿Qué te ha contado Sandra? —preguntó Alex.

—Nada —replicó Camilla apartando la mirada.

Estaba a punto de pasar algo entre ellos, Camilla estaba segura. Alex no era de los que se quedaban sentados con una chica en un banco a las dos de la mañana sin intentar nada con ella. Le estaba rozando el tirante del vestido con los dedos. Estaban cada vez más cerca. Él le había hecho todas aquellas preguntas con un único objetivo. Ni siquiera había oído las respuestas. Le daba igual que hubiera dejado de tocar al salir del instituto, y a ella no le importaba.

Acercó los labios a los de Camilla, que notó su aliento cálido en la boca. ¿De verdad quería aquello? No estaba tan segura. Alex era guapísimo y Camilla se moría de ganas de saber si de verdad sería capaz de hacerlo tan bien con ella.

Nadie había conseguido sacarle tres orgasmos seguidos. Pero Roberto...

«Qué más da», habría dicho Jessica, su mejor amiga.

«Qué más da», pensó Camilla mientras cerraba los ojos y esperaba aquel beso.

—¡Camilla!

Aquella voz le hizo dar un respingo. Abrió los ojos. Alex miró hacía el hotel.

Roberto se les acercó con los puños cerrados y expresión amenazadora.  
«Ahora le da un puñetazo y me saca de aquí», pensó Camilla.

—Ah, eres tú, Alex... Estaba a punto de acostarme, pero he reconocido a Camilla y he salido corriendo.

—¿Y quién creías que era? —repuso Alex molesto.

—No lo sé, de verdad, perdonadme. Si va todo bien, me vuelvo a mi habitación.

Roberto miró a Camilla un instante. ¿Era una invitación? ¿Le había sentado mal que estuviera con otro?

—Va todo bien —dijo Alex con una sonrisilla.

—Perfecto. Entonces, buenas noches.

Lo vio alejarse y desaparecer por la puerta del hotel. Se volvió hacia Alex.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó él.

Camilla se sentía confundida. No sabía qué estaba haciendo allí.

—No lo sé, Alex, se ha hecho tarde, creo que es mejor que entremos.

—¿Lo dices en serio?

—No, de verdad, mañana será un día muy largo y...

—Te gusta tu profesor —murmuró Alex con una extraña sonrisa.

Camilla se levantó.

—No digas chorradas.

—Te gusta y esperas que él también sienta algo por ti —continuó Alex, y esta vez parecía que se estaba divirtiendo.

—¿Y qué pasa? ¿Crees que es imposible? —dijo Camilla.

Alex soltó una carcajada.

—Pues buena suerte, cariño —comentó, y se levantó él también.

—Vete a la mierda —protestó ella, siguiéndolo.

Camilla entró en el hotel, se quitó los tacones y subió por las escaleras hasta el tercer piso, donde estaba su habitación. Cuando llegó al pasillo, vio a Roberto asomado a la ventana. Desde su habitación, evidentemente, no se veía el jardín.

—Hola —dijo Camilla sorprendida.

Podría haberse dejado los tacones puestos, pensó.

—Camilla —exclamó Roberto después de volverse hacia ella.



—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó Camilla.

Roberto se encogió de hombros.

—No lo sé —admitió—, no podía dormir.

Camilla lo observó en silencio. ¿Estaría celoso? ¿De verdad sentía algo por ella?

Últimamente, Camilla se lo preguntaba a menudo. Cada vez que él la tocaba para corregirle la postura, le parecía percibir un escalofrío y se preguntaba si él notaría lo mismo. Pero, entonces, ¿por qué Alex se había reído así?

De una cosa estaba segura, Roberto no era gay. Sobre eso había sido muy claro desde el principio con sus alumnas.

—¿De verdad no te habías dado cuenta de que era Alex? —se atrevió a preguntar Camilla.

—Te había visto a ti. Con ese vestido estás... muy llamativa. Siento haberos interrumpido.

—No has interrumpido nada —se apresuró a añadir Camilla—, estábamos a punto de entrar.

Roberto sonrió.

—¿En serio?

—Sí.

—Serías la primera que lo deja con las ganas —comentó Roberto serio.

—Digamos que sabe cómo entrarle a las chicas —admitió Camilla.

—Sí, pero no busca una historia.

—Ni yo tampoco —dijo ella.

—Ah, ¿no?

—Con él no, eso seguro.

—Camilla, ya sé que a vuestra edad se hacen muchas tonterías, pero... ¿Por qué te ríes?

—Dices *a vuestra edad* como si fueras un viejo.

—Ya no tengo veinte años —suspiró Roberto.

Camilla dio un paso hacia él. Si le hubiera pedido que entrara en su habitación, no se lo habría pensado dos veces. Hacía meses que esperaba aquel momento.

Roberto le rozó el brazo.

—No quiero que sufras, eso es todo —se justificó.

—Ya soy mayor —replicó Camilla.

Le cogió la mano que él seguía tendiendo hacia ella y se la llevó al pecho.

—Me late muy fuerte —añadió murmurando mientras le apretaba los dedos contra el corazón.

Lo notó temblar.

—Lo sé —contestó Roberto retirando la mano de pronto—, sé a lo que te refieres. Solo te pido que tengas cuidado. Nada más. No puedes arruinar tu carrera solo por acostarte con alguien.

¿Nada más? Nada más. Camilla intentó dar otro paso hacia él, pero Roberto se apartó. No sabía por qué, pero la estaba evitando.

—Es muy tarde, Camilla. Nos vamos a dormir ya, ¿no?

—Sí —dijo ella—, si quieres.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches otra vez —le dijo.

—Hasta mañana —contestó Roberto, y se fue a su habitación.

Sofía no paraba de roncar. Camilla le lanzó un cojín, pero no sirvió de nada. Intentó hacer como si estuviera llamando a un gato, y hasta se puso a cantar, pero Sofía parecía una motosierra. Encendió el móvil y miró la hora por enésima vez. Las cuatro y media de la mañana. Quedaba poco para el amanecer y no había pegado ojo. Pero no era solo por culpa de su compañera de habitación. Seguía pensando en lo que había pasado con Roberto y estaba confundida. No sabía explicarse su actitud. ¿Por qué había salido en su ayuda y después la había rechazado así? ¿La veía como a una niña que necesitaba protección? Imposible. Camilla era una mujer y él lo sabía. Tenía que saberlo. Y se obcecó: conquistarle se había convertido en un reto personal.

Sofía se dio la vuelta y empezó a hablar:

—El arco, necesito el arco —dijo, se dio otra vuelta en la cama y emitió un sonoro gruñido.

Era demasiado. Camilla apartó las sábanas, se puso los vaqueros, los zapatos, una camiseta y una sudadera gorda. No aguantaba ni un segundo más en aquella habitación. Ni siquiera intentó no hacer ruido mientras se recogía el

pelo y se lavaba la cara. Estaba lista. Bajó por las escaleras y saludó al recepcionista, que la miró como si estuviera loca.

—Es un poco temprano para el desayuno —le dijo.

—No quiero desayunar —contestó Camilla—. Voy a dar una vuelta.

—¿A las cinco de la mañana?

—Mi compañera de habitación es una motosierra.

—Puedes dormir aquí, en el sofá. Hasta las siete no suele venir nadie.

—Gracias, pero voy a salir un rato. A lo mejor después acepto la invitación.

El recepcionista sonrió.

Camilla salió y le sorprendió lo gélido que estaba el aire. Echó a andar. No sabía adónde ir, pero enseguida se sintió más tranquila. El momento que precede a la salida del sol dota a cualquier lugar, ya sea un minúsculo pueblo o una gran metrópolis, de un encanto especial. Camilla no sabía explicarlo, pero era algo que siempre había pensado, desde pequeña, cuando se iba al mar con su padre y se despertaban para ir a ver el amanecer. Era como si el mundo estuviera esperando, y era una espera cargada de certeza. Las casas, los techos, las ventanas y las aceras tenían el color violeta de la noche y el sabor de la mañana. Era una mezcla entre oscuridad y silencio, hielo y perdón. Camilla inspiró hondo aquel aire que estaba allí solo para ella. Se sintió como la guardiana del cielo. Cuando la última estrella se apagó, las nubes adquirieron un color más tenue, casi azulado. Se paró y miró a su alrededor. Estaba delante de una casita que seguía durmiendo, con las hojas de las ventanas azul marino y un pequeño balcón que parecía sostenerse de milagro. En el patio delantero había un tendedero. Camilla se sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y le hizo una foto. Tenía cientos de fotos como esa. Le gustaba pararse a observar la colada de los demás. Se acercó y miró rápidamente: había jerséis de tonos oscuros, bragas grandes, blancas y desgastadas, camisetas de color pastel y medias baratas.

—Aquí vive una señora anciana —susurró para sí misma, y hasta el sonido de su voz parecía una caricia robada a la mañana—. Tiene cinco gatos y no tiene nietos. Espera a su hijo, que un día se fue y no ha vuelto a verlo. Solo se pone la ropa mejor los domingos, para ir a misa.

Un gato la asustó al rozarle la pierna. Dio un respingo. Una de las cortinas

se descorrió y una cara llena de arrugas bajo una montaña de pelo blanco se asomó a mirar la calle.

—Ahí estás —susurró Camilla, y levantó el móvil para hacerle una foto a ella también.

La anciana levantó la mano para saludarla. Camilla también la saludó. El gato maulló. Y salió el sol.

## **El Moleskine de Camilla**

4 de marzo

Tiempo: aire templado, muy soleado.

Tiempo en mi interior: resplandece el sol.

Viento de hoy: mistral. Es un viento un poco agresivo, trae frío y tormenta, arroja violentas marejadas contra la costa. Me lo imagino como un señor anciano que la tiene tomada con el mundo entero y quiere sacudirte porque cree que es hora de que las cosas cambien. Es el viento de las novedades que despuntan en el horizonte y de los sentimientos de culpa que se van para dejar espacio al sereno.

Cosas que hacer hoy: clase de violín a las 15 h. Intentar concentrarme mientras Roberto explica y no pensar en sus dedos cuando me rozan el codo.

19 h: propósito fallido. Preferiría que fuera un viejo profesor decrepito en vez de ser tan dulce, amable y guapo. Demasiado guapo. Dicen que el amor no tiene edad. Tal vez tengan razón. Me gustaría que el amor fuera una canción que reconoces al instante y te hiciera olvidar las notas y acordes desafinados de los que, como yo, todavía no saben lo que es perderse completamente por una persona.

## GUAPÍSIMO ES POCO

JESSICA Y CAMILLA HABÍAN CONSEGUIDO HACERSE CON SU mesa favorita, la que tenía vistas al río, la única que estaba sobre una especie de tarima y ofrecía una panorámica completa del bar. No era tan fácil, sobre todo a la hora del aperitivo. La voz de Jessica le llegaba a los oídos y Camilla pensaba que era parecida a la de un clarinete, vivaz y ligera. Desde que descubrió el violín, o sea, desde hacía mucho tiempo, Camilla comparaba a las personas con instrumentos musicales. No lo hacía siempre ni con todos, pero a veces en su cabeza se asociaba involuntariamente el sonido de la voz de una persona con las notas sin que pudiera evitarlo. Cuando se lo contó a Jessica, la amiga le dijo que por culpa de su pasión se freiría el cerebro. Típico de Jessica, ignorar las fantasías de los demás y atribuir las a la locura.

Camilla pidió un Spritz, esperando que Jessica hiciera lo mismo, pero la amiga, mientras se retorció un mechón entre los dedos, se limitó a pedir un Crodino.

—¿Y eso? ¿Vas a dejar que quede como una alcohólica? —protestó Camilla sonriéndole a la camarera, que había sido una de sus compañeras del instituto.

—Tampoco te pases, por un Spritz —replicó Jessica, y Camilla siguió el movimiento del mechón que desde los dedos le caía sobre el pecho, a plena vista bajo la camiseta ajustada.

Camilla envidiaba el pelo de Jessica, negro y liso, siempre en orden. Ella tardaba una eternidad en pasarse la plancha y cada vez que volvía a casa y se

miraba en el espejo, el resultado era aterrador. Jessica siempre le decía que le quedaba mejor el pelo suelto y que tenía que realzar sus ondas naturales, pero a Camilla no le gustaba nada tener la cabeza llena de rizos. Su peluquera era la única que la entendía cuando ella se quejaba y le pedía que se los alisara. «Tienes razón —le decía moviendo la cabeza—, para sentirse bien con rizos hay que ser así por dentro».

—Además, mañana tengo el examen de Psicología Social, ¿te acuerdas? Si empezara con un Spritz, a saber cómo terminaría.

Camilla sonrió. Jessica y ella se lo habían pasado en grande en el bar La Vespa. Era el más frecuentado de Santa Croce, aquel pueblo diminuto enclavado entre montañas, aunque tampoco es que tuviera mucha competencia, porque los otros bares solían estar llenos de viejos jugando a las cartas o turistas en busca de tranquilidad. Mientras la camarera les servía las bebidas, la mirada de Jessica se perdió entre la multitud observando a los chicos que entraban y salían: se conocían todos, y no hacían más que pararse para saludar a alguien. Si querían hablar, lo mejor sería salir a darse un paseo por el río, porque el bar La Vespa tenía oídos por todas partes.

—¿Has estudiado? —preguntó Camilla.

—Pues claro que he estudiado, pero ya sabes lo que pasa. Hay que tener suerte para aprobar algunos exámenes. Si me toca el auxiliar del que te hablé, el guapo, el rubio de las gafas...

Camilla arrugó el ceño y se esforzó en recordar. Jessica le hablaba de un chico distinto cada vez que se veían, y eso que llevaba tres años con su novio.

—Mmm...

—Tampoco te acuerdas de ese, ¿eh?

Camilla alargó los brazos.

—Da igual. Si me toca con él, es un sobresaliente seguro, por cómo me mira las tetas.

—¡Pero qué dices! —protestó Camilla riéndose.

—No, en serio. No importa cuánto haya estudiado. Si me toca con el profesor, será un aprobado y gracias. Pero si es con el auxiliar, me arriesgo a un sobresaliente, o igual me da la matrícula de honor. —Se bebió el Crodino y cogió un volován de salmón—. Vaya, algo nuevo. Ya era hora de que intentaran hacer algo distinto.

—Están buenísimos —dijo Camilla.

—¿Cuándo nos vamos a ir a dar una vuelta al centro comercial? Necesito que me des un consejo.

—Yo puedo el sábado.

—No, el sábado no, es el partido de Nino.

Nino era el novio de Jessica, y el portero del equipo. Cuando Nino jugaba, Jessica no estaba para nadie, igual que cuando Nino quería quedarse con ella en su cuarto para ver una peli, o a saber, o cuando no le apetecía salir, o cuando... Camilla ya había perdido la cuenta de todos los plantones que le había dado la amiga en los últimos tres años. Ella también había salido con algunos chicos, pero siempre había puesto a Jessica por encima de todos. Camilla estaba convencida de que la amistad era lo más importante y más de una vez se habían peleado por culpa de Nino. Él lo sabía e intentaba darles su espacio, aunque era difícil estar lejos de una mujer como Jessica, explosiva, charlatana, siempre informada de todo y totalmente desinhibida. Camilla sabía que su amiga era la chica perfecta.

—¿Te viene bien el domingo? —propuso Camilla.

Su agenda no estaba tan llena de compromisos. Si Jessica no podía el sábado, se quedaría estudiando violín para poder salir el domingo.

—Vale, gracias. Estoy buscando algo original para la boda de mi prima. Me gustaría encontrar algo que llame la atención de verdad, ya sabes a lo que me refiero, ¿no?

Camilla asintió. En cuanto a ropa, ella era la mejor. No es que le gustaran mucho las grandes marcas; es más, casi siempre prefería ir a dar vueltas por los mercadillos y las tiendas *vintage*. Por eso, desde la época del instituto, las amigas decían que Camilla tenía un gusto muy particular y siempre querían saber dónde había ido a comprar. A ella le parecía una pregunta absurda y Jessica lo sabía, porque Camilla podía entrar en cualquier tienda y salir con una camiseta o una bufanda que combinaría con cualquier cosa que jamás se les habría ocurrido a las demás.

—Entonces, el domingo —dijo Jessica antes de hundir los dedos en el plato de patatas fritas.

—¿Qué vas a hacer el sábado por la noche? —preguntó Camilla.

—Es el cumpleaños de Serena, ¿no te ha invitado?

—No, qué cabrona, y eso que llevamos cinco años en la misma clase.

—Ya..., pero creo que sé por qué.

—Ah, ¿sí?

—Serena tiene novio, y yo también, y Maria también. Todos somos parejas. Creo que lo ha hecho por ti.

Camilla abrió los ojos de par en par.

—¿Por mí? O sea, ¿que no me invita a su cumpleaños y lo hace por mí?

—Vale, pues imagínate que te invita. ¿Irías?

—¿Sabiendo que solo son parejas?

—Sí, sabiendo que serías la única que no tendría a un chico para besuquearlo.

Camilla intentó imaginarse la escena y se encogió de hombros.

—Vale, pero por lo menos podría haberme invitado, ¿no?

—Yo creo que ha sido honesta.

—Pues yo creo que es una cabrona. Si no tengo novio ahora mismo, será mi problema.

—Ya, ese es un tema interesante. A ver, ¿por qué mi superamiga, que es un pedazo de tía, no sale con nadie desde hace... cuánto, un año?

—No quiero hablar de eso.

—Pero de Roberto, sí...

Había dado en el clavo. Camilla se puso roja.

—¡Lo sabía! —dijo Jessica—. Pues, entonces, admítelo. ¡Ese te está arruinando la vida!

—Qué exagerada.

—No, lo digo en serio, Camilla. Desde que lo conociste no haces más que hablar de él, de lo distinto que es de los demás, y lo guapo que es, y la seguridad que transmite, y lo comprensivo que es... Pero hazme caso, olvídalos.

—No estoy enamorada de él, si te refieres a eso.

—Ya, eso espero. Es demasiado viejo para ti.

—No es viejo, solo es mayor que yo.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Jessica; sabía perfectamente la respuesta, pero quería que Camilla entrara en razón.

—Treinta y cinco.



—Quince años de diferencia no son pocos, Cami. Además, no es solo eso.

—Ah, ¿no? ¿Y qué es?

—Pues, por ejemplo, que si sigues aislándote y dándotelas de difícil, te harás vieja tú también.

Camilla apretó los labios.

—¿No puedes hablar más bajo, por favor?

—Lo que pasa es que no te lanzas, pero tampoco lo olvidas. Llevas meses así, a mitad de camino, pasándolo fatal, esperando a que él dé el paso. Pero él no hará nunca nada, Cami. No tiene huevos.

—Es mi profesor de violín, Jessica. Tiene que tratarme igual que a las demás.

Jessica bebió un sorbo del Spritz de Camilla.

—No tiene por qué. ¿Sabes cuántos profesores he visto en la universidad que salen con sus alumnas?

—Ya, pero el conservatorio es distinto —replicó Camilla, y se terminó el vaso.

Jessica casi se atraganta.

—Venga, hombre, no digas tonterías.

—Ya te he contado lo que pasó en Fiesole, ¿no?

Jessica hizo una mueca.

—Sí, un millón de veces. Pero no entiendo por qué no te liaste con el otro, el de las pestañas largas, ¿cómo se llamaba?

—¿Quién, Alex?

—Sí, Alex. ¿Cómo has podido decirle que no, después de todo lo que te ha contado Sandra?

—Entonces no me has escuchado, estábamos sentados en el banco...

—Y llegó Roberto, sí, ya me lo has dicho. ¿Y qué? Cuando tú te lanzaste, no es que él te llevara a rastras a su habitación.

—No intenté nada con él.

Jessica se echó a reír y se puso una mano en el pecho.

—*El corazón me late muy fuerte, Roberto.* No, en serio, ¿de dónde te has sacado eso?

Camilla no pudo evitar echarse a reír con ella.

Se hizo un instante de silencio, si es que podía llamarse silencio a la

música de System of a Down mezclada con el parloteo de las otras mesas y los gritos de Freddy, el camarero, que no dejaba de correr de un extremo al otro de la barra.

—¿Nunca te has parado a pensar que a lo mejor no le interesas? —insistió Jessica.

Camilla iba a decir algo cuando dos manos grandes le taparon los ojos a su amiga. Jessica sonrió y se dio la vuelta para besar a Nino en los labios. Se dieron un beso largo mientras Jessica se le colgaba del cuello cerrando el paso a la camarera, que tuvo que irse a pasar por otro lado.

—Vale, vale, tiempo muerto —dijo Camilla exasperada.

Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero seguía sin acostumbrarse a la idea de que tenía que compartir a su mejor amiga con Nino. Él le caía bien, claro, era imposible que no le cayera bien con aquella sonrisa y sus modos de chico bueno, y qué pedazo de chico, además: rubio, ojos azules, abdominales esculpidos. Y encima, inteligente: estaba estudiando Derecho y quería ser juez. Cuando hablaba, no aburría jamás, y además era de los que siempre saben lo que hay que decir llegado el momento. Era un tipo extraordinario, según Camilla, que no le encontraba ni un defecto, y eso que llevaba años intentando encontrarle alguno, tres para ser exactos, desde que Jessica le confesó que había conocido a un chico fantástico y le había pedido su opinión.

*Dejar ir a una amiga es difícil, porque es como perder una parte de ti. La más real.*

«No está mal», le dijo Camilla cuando lo conoció, aunque en realidad se estaba muriendo de envidia. ¿Dónde había encontrado Jessica a un chico así?

—Perdona, Cami, es que no nos vemos desde antes de ayer —bromeó Nino, que se sentó a su lado y pidió una cerveza.

Nino y Jessica compartían piso en Milán, pero Jessica terminaba las clases el jueves y volvía a casa para ayudar a su madre en la tienda de ultramarinos. A veces Camilla se quedaba a dormir con ellos, sobre todo los lunes, cuando la última clase del conservatorio terminaba demasiado tarde. Sus padres estaban dispuestos a pagarle una habitación, o incluso un piso para ella sola, pero Camilla había preferido quedarse en el pueblo e ir y venir todos los días a la ciudad, aunque a veces le daba la sensación de que se estaba perdiendo algo, sobre todo cuando Jessica le contaba las fiestas que

organizaban, que no tenían nada que ver con las de Santa Croce. Camilla estaba tomando en consideración la idea de mudarse a Milán al año siguiente. Tal vez así podría calmar la inquietud que solía notar antes de cenar, cuando en su casa solo se oía a su hermano aporreando el piano y a su madre en la cocina.

—Me moría de ganas de tocarte —le susurró Nino a Jessica creyendo que Camilla no los escuchaba.

Camilla levantó los ojos al cielo y se volvió hacia la otra parte fingiendo interés por la gente que entraba en el bar La Vespa. Ahí estaban los cuatro cenizos de siempre, discutiendo de política como si les interesara muchísimo, el grupo de *las cluecas*, como empezaron a llamarlos Jessica y ella el primer año del instituto, y desde entonces no habían cambiado. Como siempre, Rudy el asocial estaba en la barra sin dirigirle la palabra a nadie, y después estaba... Camilla se enderezó en la silla para verlo mejor: un chico que no había visto nunca. Era una de esas cosas que pasan muy rara vez. A decir verdad, solo había pasado una vez, unos dos años antes, pero en aquel caso se trataba de un primo lejano de una de las cluecas que venía de América, un tesoro que obviamente no estuvieron dispuestos a compartir con nadie. Pero esta vez las gallinas no se habían dado cuenta.

Seguramente acababa de entrar, porque Freddy le estaba llevando una cerveza y un paquete de Marlboro Light. Llevaba el uniforme del trabajo, así que no era un turista. Debajo del mono de albañil, Camilla notó un físico delgado y musculoso. Tenía las manos grandes y la piel morena. Un mechón oscuro y rebelde le caía por la frente y le acariciaba la ceja izquierda. En ese momento se dio la vuelta y Camilla cruzó por un instante aquella mirada oscura, brillante y profunda. Era guapísimo.

—¿Camilla? —la llamó Jessica.

—¿Eh?

Camilla apartó la mirada de él.

—Te has quedado pasmada. ¿Qué estás...? ¡Ah! ¡Ya lo veo, ya!

Jessica lo miró de arriba abajo. Nino le dio un codazo.

—Eh, guapa, ¿quieres ponerme celoso?

Jessica se rio y se apoyó en Nino dándole mordiscos en el cuello. Después se volvió hacia Camilla entusiasmada.

—Eso es lo que necesitas para olvidar al plasta de tu profesor. A uno como ese. Parece que acaba de salir de un capítulo de *Un paso adelante*. Qué haría yo por una boca así...

—Bueno, déjalo ya —replicó Camilla—, y deja de mirarlo así, por favor.

—Dejo de mirarlo si admites que es guapísimo.

Sí, Jessica tenía razón. Era guapísimo. Pero eso no era suficiente para desencadenar su interés. Cada vez que conocía a algún chico pasable se presentaba el *problema diálogo*: Camilla se aburría y el chico de turno no hacía nada por mejorar la situación, solo intentaba besarla y llevársela a la cama, igual que había hecho Alex en Fiesole. Camilla habría dejado las cosas como estaban, pero Jessica seguía mirándolo y parecía que él se había dado cuenta. Hasta Nino se estaba molestando.

—Vale, lo admito, pero déjalo ya.

Jessica soltó una carcajada y levantó el puño como diciendo que había ganado.

—Nino, ahora te toca a ti —le susurró al oído.

Nino resopló y miró a Camilla, que estaba jugueteando con la pajita del Spritz.

—¿Quieres conocerlo? —le preguntó.

—¿Qué? —dijo Camilla nerviosa—. No, claro que no, ¿estáis locos? Si se os ocurre hacer cualquier cosa, juro que me voy.

No sirvió de nada. Nino se levantó y se acercó al moreno, que mientras tanto se había terminado la cerveza.

Camilla estaba como un tomate.

—No me puedo creer que me estés haciendo esto —susurró dirigiéndose a Jessica.

—Tranquila, Nino es un genio. En Milán hemos conocido a un montón de gente así. Si después ves que es un troglodita, siempre puedes levantarte y largarte, ¿no?

—Ya.

A Camilla le habría gustado ponerse a hablar de cualquier cosa con tal de no quedarse allí callada mientras esperaban a que llegaran los otros dos, pero le habían empezado a sudar las manos y el corazón le latía con fuerza. No se le ocurría nada que decirle a su amiga, lo que le resultaba bastante difícil de

admitir. Le molestaban ciertas situaciones, y conocer a aquel chico de ese modo era lo último que ella habría querido.

—Tranquila —le dijo Jessica mientras se pasaba las manos por el pelo.

Nino y el nuevo salieron a fumarse un cigarro. Se lo dijo Jessica, porque Camilla no volvió a atreverse a mirar hacia la barra.

—¿Por qué me haces esto? —insistió Camilla.

—Yo no estoy haciendo nada. Nino acaba de conocer a un chico y ahora nos lo presenta, nada más.

—Pero ¿qué le ha dicho?

—Nada, le habrá pedido un cigarro. ¿Quieres estar tranquila? —resopló Jessica.

Cuando Nino y el moreno se sentaron a la mesa, Camilla ya se había tranquilizado un poco. ¿Qué podía pasar?, se había dicho. Total, solo era un chico. Nada más. Si no le gustaba, se sentiría más cómoda; y si le gustaba, pues mejor, porque igual tenía razón Jessica y lo que ella necesitaba era a alguien que le hiciera olvidar a Roberto.

—Hola, soy Teo —estaba diciendo el moreno mientras le tendía la mano a Jessica.

Camilla también se presentó y dio gracias por que la música estuviera tan fuerte y hubiera disimulado el tono avergonzado de su voz.

—Teo llegó hace poco de Cerdeña —les explicó Nino a las dos.

Camilla volvió a observarlo. Era el chico más guapo que había visto en la vida, con los ojos tan profundos como dos pozos, la nariz perfecta y la piel lisa. Los labios eran un espectáculo y, cuando se rio por un chiste de Nino, enseñó una fila de dientes blancos y perfectos. Camilla esperó que no se le hubiera corrido el rímel ni el pintalabios. No parecía muy locuaz. No hizo preguntas y contestó con monosílabos a las preguntas de los otros dos. Camilla también estaba en silencio y, cuando Jessica le preguntó algo, se dio cuenta de que no estaba escuchando la conversación. No hacía más que pasar la mirada de las manos de Teo a la pajita mordisqueada; por lo visto, su cerebro no estaba dispuesto a conectar.

—¿Cómo, perdona? No te he oído —le dijo a Jessica y, mientras dirigía la mirada hacia su amiga, intentó adivinar si Teo la estaba mirando.

—Estamos hablando del Monkey, ¿tenemos que llevar a Teo!

El Monkey era la discoteca de Santa Croce, el único sitio en el que se podía bailar una noche a la semana, aunque últimamente estaba invadido de niños de dieciséis años. A Camilla no le parecía una buena idea llevarlo allí. La última vez que fue, después de que el enésimo niño le vomitara en los zapatos, se prometió no volver jamás.

—Sí, claro —contestó, y solo después de que las palabras le salieran de la boca se dio cuenta de lo que había dicho.

Estaba molesta porque Teo no parecía mirarla, y encima ella no había sido capaz de hacerle ni una pregunta. Aunque, al fin y al cabo, él tampoco se había dirigido nunca a ella. ¿De qué había estado hablando con Nino y Jessica durante el último cuarto de hora? Tenía tanto lío en la cabeza que cuando Jessica dijo que se estaba haciendo tarde y tendría que irse, se levantó de pronto y cogió el bolso.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Jessica.

Camilla no contestó e intentó tirar del pico de la falda larga, que se le había quedado enganchado entre las dos sillas. Y entonces notó la mirada de Teo.

«Perfecto —pensó—. Cuando estoy con la mirada perdida haciéndome la misteriosa se pone a hablar con Nino, pero si se me engancha la falda en algún sitio, de pronto le interesa lo que estoy haciendo. Tengo que estar ridícula». Se apartó un mechón de los ojos y él, desde la otra parte de la mesa, se sopló el flequillo, que se levantó un milímetro y volvió a caerle sobre la frente, exactamente en el mismo sitio. Le sonrió. Era la primera sonrisa que le dirigía. Camilla se lo habría comido a mordiscos. Tenía el pelo precioso. Una sonrisa fantástica. Vale, ahora sí que había llegado el momento de irse, antes de que se le empezara a caer la baba.

—Bueno, yo me voy. Te llamo mañana, ¿vale? —le dijo a Jessica.

—Espera, nosotros también nos vamos —le susurró la amiga mientras se levantaba.

—Ya, pero yo me voy para otro lado —contestó.

—Como quieras —dijo Jessica, y se encogió de hombros.

Sus ojos decían todo lo contrario. Camilla lo sabía. No le gustaba cómo se estaba comportando. «Pero ¿qué haces? —le decía con la mirada—. Yo te ofrezco un ejemplar masculino totalmente nuevo y lleno de músculos, y tú ¿qué

haces, escapabas?». Jessica tenía razón. Era una causa perdida.

Camilla miró a Teo y por fin consiguió pronunciar una frase completa.

—Ha sido un placer —balbuceó moviendo la mano.

Él le contestó con un «Adiós», como si haberla conocido no le hubiera afectado en absoluto.

Camilla salió a toda prisa y respiró a pleno pulmón el aire frío de principios de marzo. Intentó calmarse. Seguramente estaba tan molesta porque no estaba acostumbrada a que pasaran de ella. Normalmente, los chicos, guapos o no, caían rendidos a sus pies en cuanto la conocían. Si no se lanzaban era porque ella no les mandaba ninguna señal. En cambio, con aquel Teo le había dado la impresión de estar babeando, literalmente.

De camino a casa, pensó que era una triple idiota: idiota porque había pensado que aquel chico era guapísimo y Jessica había adivinado lo que estaba pensando como si lo llevara escrito en la cara; idiota por haber dejado que Nino se lo presentara, e idiota, idiota y totalmente idiota por haber creído que ella podría gustarle.

## COMO UNA OLA QUE LLEGA A LA PLAYA

**S**I HABÍA ALGO QUE TEO ODIABA ERAN LOS COLEGIOS. Él también había pasado mucho tiempo en uno, claro, y estaba convencido de que era el peor sitio para aprender nada.

Hacía una semana que trabajaba en uno de esos institutos para hijos de papá. Menos mal que lo que él tenía que hacer no tenía nada que ver con los alumnos ni con los profesores. Se secó el sudor de la frente y se concedió un descanso. Sentado en un banco, miró dentro de una caja grande que contenía las fotos enmarcadas que antes estaban colgadas en la pared. Una le llamó la atención. Era del equipo femenino de voleibol y llevaba la fecha del año anterior. Teo miró las piernas delgadas de las jugadoras y los números de las camisetas a la altura del pecho. Estaban todas sonriendo. Se puso a buscar a la más guapa. No fue difícil. Alta, pelo castaño, poco pecho. Ojos verdes. Una sonrisa que habría dejado fuera de juego a cualquiera. Llevaba el número cinco. La reconoció enseguida. Era la chica que había conocido el día anterior en el bar de Santa Croce. Bueno, tampoco es que la hubiera conocido. La había visto al entrar y se había fijado porque era la única que miraba a su alrededor con cara de aburrimiento, con la pajita en la boca y la mirada perdida. No estaba sola, pero daba la impresión de que la compañía de sus dos amigos no le estaba entusiasmando. Intentó meterla en una de sus categorías, pero no lo consiguió. Con algunas personas se necesitaba más tiempo. Ella también se había fijado en él, como todos los demás. Por lo visto, había ido a meterse en el bar al que iba todo el pueblo. De todas formas,



habían sido muy amables al pedirle que se sentara con ellos. Era mucho más de lo que se esperaba. Al fin y al cabo, habrían podido ignorarlo, como habían hecho todos los demás después de mirarlo de arriba abajo.

—¡Venga, dos paredes más y terminamos!

El jefe de obra lo miró con mala cara. Acababan de discutir. La verdad es que siempre estaban discutiendo. Aquel día fue porque Teo respondía con monosílabos y a Giacomo no le gustaba que fuera tan esquivo. Le había dicho que no se esperaba su agradecimiento por haberlo contratado, pero sí un mínimo de educación. Giacomo entraba en la categoría de las personas que creen que son las únicas que se comportan bien en el mundo. Teo lo observaba cuando él no se daba cuenta y le hacía gracia ver los movimientos tan atentos del jefe de obra, que parecía obsesionado con la perfección y hablaba solo, aunque no lo admitiría jamás.

Teo fingió volver al trabajo inclinando la cara manchada hacia la pared.

—¿Me has oído? —insistió el jefe de obra al no oír respuesta.

Él asintió sin dignarse a mirarlo. ¿Por qué tenía que ser amable con aquel desconocido? Solo estaban trabajando juntos.

Teo, como siempre, hacía la parte del esclavo. La parte que solían darle en las actuaciones del colegio, la que todos los niños rechazaban, la del que siempre tiene que asentir, agradecer y aceptar. La peor parte. Le habría gustado estar en cualquier otro lugar, en una barca en medio del mar pescando, por ejemplo, pero el destino lo había arrastrado hasta allí y él no podía hacer nada. Así que, por lo menos, que lo dejaran en paz.

Miró hacia abajo. Un enjambre impetuoso de niños estaba saliendo del edificio. Era el recreo, los diez minutos de libertad que concedían a los alumnos del instituto. A los que van al colegio por su bien. Teo observó a las chicas tumbarse para tomar el sol, bajarse las camisetas y dejar los hombros blancos al descubierto. Pensó que a lo mejor también estaba entre ellas la número cinco. No le había preguntado nada y, por lo que él sabía, Camilla podría tener dieciocho años. O menos. Puede que todavía fuera al instituto. Pensó distraídamente en aquellos rasgos finos, de niña, y en la falda *hippie* que se había enganchado entre las sillas.

Ya era casi primavera y se notaba. Entraban ganas de perderse en el perfume de alguien. Ganas de caricias y aventura. Ganas de mar y sal en el

pelo.

Giacomo había entrado en la estancia que estaban reestructurando, la del director. Desde allí no podría verlo, de forma que se sentó en el alféizar de la ventana que daba a aquella ala del colegio. Se encendió un cigarro, esperando que Giacomo no se diera cuenta. Tenía ganas de fumar mientras las de abajo estaban en el recreo. Había chicas realmente guapas, y desde allí arriba parecían todavía más guapas. Se reían mientras se apartaban el pelo de los hombros, coqueteaban entre ellas de ese modo tan irresistible y exasperante que tienen cuando están todas juntas. Teo no sabía todavía si las mujeres eran su maldición o el placer más grande de toda su existencia. Y sin embargo, hiciera lo que hiciese, y en cualquier sitio al que fuera, siempre había alguna mujer capaz de entrar en su vida y ponerla patas arriba. Pero nunca, ni una sola vez, había pensado que podía quedarse solo con esa.

De pronto le llamó la atención una pelea que había empezado unos metros más allá. Había un niño más pequeño en el suelo. ¿Qué hacía en el patio? Dos chicos musculosos lo estaban agarrando y lo sacudían. Los profesores se habían vuelto hacia otra parte y no los veían, o no los querían ver.

Teo miró al techo. Oía a Giacomo cantar; a lo mejor había vuelto a poner la radio a todo volumen.

Se quedó allí un momento, observando la escena desde lo alto. Se impuso no perder la calma e intentó recitar para sus adentros el mantra que se había aprendido: «No es tu problema. No es tu problema. No es...».

Uno de los gigantes le dio una patada en el estómago. Teo dio un salto, lanzó un puñetazo contra la pared y salió corriendo escaleras abajo. Cuatro pisos de insoportable espera. Quizá debería trabajarse algo más lo del autocontrol. Solo había necesitado percibir el olor de la pelea para lanzarse a la riña. Se precipitó al patio, seguido por las miradas preocupadas de las chicas.

*Hay momentos que nos incitan a abandonar la posición del espectador para convertirnos en protagonistas. De inmediato.*

No habló, no dijo nada. Simplemente cogió a uno de los chicos por los hombros y lo tiró al suelo. El otro se ganó un puñetazo en la nariz y empezó a sangrar. Solo fueron unos segundos. Lo suficiente para notar la mirada de unas veinte chicas detrás de él.

Se acercó al niño, que estaba tirado en el suelo con la cara entre las manos.

La multitud se había agolpado a su alrededor. Se oían los pasos de los profesores que se acercaban.

—¿Estás bien? —le preguntó Teo al tiempo que lo cogía de la mano.

Estaba temblando. Se dio la vuelta y Teo vio el típico rostro de un adolescente: una ligera pelusilla por encima de los labios, varias espinillas en el mentón y rasgos indefinidos. No, no era un niño. Era solo muy muy bajo. Desde arriba no se había dado cuenta. Hasta podrían tener la misma edad.

Una profesora estaba levantando al del puñetazo en la nariz.

—¿Para qué te metes, albañil? —le chilló con voz aguda.

Giacomo estaba asomado a la ventana, observándolos con expresión contrariada. El más bajo se levantó con gran esfuerzo y miró a los ojos a su salvador.

—Gracias —murmuró.

Teo sonrió incómodo. Solo fue cuestión de segundos, porque enseguida una mano le tiró de la oreja. Era un profesor, alto y el doble de gordo que él.

—Mira, chico, lárgate de aquí mientras puedas. No queremos líos en el colegio, ¿de acuerdo?

Teo arrugó la nariz.

—¿Sabes a quién has tirado al suelo? —continuó el profesor—. ¡Ese es el hijo del alcalde! No te conviene hacerte ciertos enemigos.

—Ah, ¿sí? ¡O sea, que el hijo del alcalde puede hacer lo que le dé la gana! —soltó Teo, al colmo de la exasperación.

Después se acercó al de la pelea, que seguía en el suelo dolorido. Se inclinó sobre él. Se había hecho el silencio a su alrededor.

—Mírame bien a los ojos, hijo de papá —susurró—, porque volverás a verme si te atreves a volver a tocar a tu compañero.

Se volvió con aire desafiante hacia el profesor.

—¿Qué mierda de escuela es esta? Estáis todos vendidos.

Giacomo lo llamó a voces.

—¡Teo, no seas idiota! ¡Ven aquí!

—Será mejor que me vaya a trabajar —dijo en voz baja.

El chico al que Teo había salvado no le quitó los ojos de encima. Lo siguió

con la mirada desde que se alejó hasta que empezó a trepar por los andamios convertido en una lejana silueta de pelo oscuro. Cerca de allí, las chicas levantaron la mirada, fascinadas, hacia la comisa de aquella ventana sin pintar. Ya tendrían de qué cotillear el resto del recreo.

Teo no sabía por qué lo había hecho. No se había mudado para hacerse notar y mucho menos para meterse en líos. Pero no soportaba las injusticias. Era más fuerte que él. Esa era la parte buena. Pero después estaba lo otro. Últimamente, una pelea era lo único que realmente lo hacía sentirse vivo. Se había llevado de Cerdeña una gran dosis de rabia y no sabía qué hacer con ella. Hasta ahora, la única forma sensata de desahogarse había sido liarse a puñetazos con quien fuera.

—Pero ¿qué te pasa? —le gritó Giacomo cuando Teo llegó a su lado—. ¿Echas de menos las peleas del colegio?

Teo se echó a reír.

*A veces es mejor no recordar. Es mejor olvidar el camino que te ha llevado hasta donde estás, los puñetazos en la cara, la sangre que chorrea, el grito desesperado del que no puede defenderse. A veces es mejor apartar el recuerdo y guardarse dentro todos los secretos del pasado.*

—No, es que no era justo que la tomaran con él —intentó explicar.

—¡Ah, una injusticia! —exclamó Giacomo—. ¡Aquí llega el defensor de los débiles! ¡Coge la pala y trabaja, Power Ranger!

El jefe de obra se le quedó mirando mientras volvía a su puesto con aire rebelde. No quería admitirlo, y no lo diría jamás en voz alta, pero aquel chico de los ojos negros, que venía del mar, estaba empezando a caerle bien.

El sol comenzó a ocultarse por detrás de la montaña ya oscura. Allí, en aquel pueblo minúsculo, las cimas parecían dientes afilados de dragón. En cuanto llegó, Teo, que estaba acostumbrado a extender la mirada hasta más allá del horizonte, se sintió ahogado. El pueblo estaba rodeado de montañas, que parecían tenerlo prisionero. Era como si se te cayeran encima. Hasta el campanario de la iglesia había renunciado a erguirse hacia ellas y había empezado a ladearse ligeramente. El río cortaba el pueblo en dos y había muchas casas en la orilla. El puente llevaba directamente a la plaza principal,

en la que había cuatro bares, una panadería y una tienda de ultramarinos. A Teo, montañas aparte, no le desagradaba el sitio. Tal vez allí podría recomenzar de nuevo.

—¿Siempre es así, aquí? —preguntó Teo mientras guardaba las herramientas.

—¿Así cómo? —dijo Giacomo arrugando la frente.

—Así... El sol desaparece ¡y un segundo después ya es de noche!

—Qué exagerado —se rio el jefe de obra—, no es de noche. Pero vamos, que vas a tener que acostumbrarte si quieres vivir en un pueblo de montaña.

Giacomo escrutó la expresión de concentración de su joven aprendiz. Había llegado hacía poco, ni unas dos semanas, a juzgar por la piel bronceada. Al principio era todavía más arisco, pero él lo contrató porque en aquel momento tenían muchísimo trabajo y el chico era joven, no debía de tener ni veinte años, y parecía muy fuerte. Sin embargo, tenía un carácter indomable y él se pasaba más tiempo regañándolo que dedicándose al trabajo: Teo no se dirigía con educación a los propietarios, fumaba en cuanto se aseguraba de que nadie lo estuviera viendo y se distraía mirando cualquier cosa, como si tuviera un montón de tiempo que perder. Y no le gustaban las reglas.

No obstante, había algo en él que le suscitaba respeto. Tal vez su manera de expresarse, aquella franqueza que muy pocos poseen, o quizá la forma en que era capaz de hacerle frente... Como una ola que llega a la playa, con la presunción del que aspira a arrastrarte, y lo consigue.

—En Cerdeña a esta hora todavía nos estamos bañando.

Exacto. El mar. Parecía que Teo lo tenía siempre delante, como una obsesión.

Pero entonces, ¿por qué había ido allí?

A Giacomo le habría gustado preguntárselo, pero aquel respeto gélido, que hacía de él un hombre de honor, le impedía meterse en los asuntos de los demás. Y sin embargo sabía que detrás de ese rostro tenebroso se escondía algo más que una simple tormenta típica de la adolescencia. Había un secreto, tal vez, una agonía oculta, un dilema encubierto.

—Pues aquí, a esta hora se cena —dijo para intentar romper el silencio.

Hicieron una parte del camino juntos, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos. Después, con cierto pesar, Giacomo lo dejó y continuó hacia el pueblo.

Teo siguió el largo camino. Se avergonzaba al pensar en su casa. Pasó por delante de la iglesia, la plaza estaba desierta; siguió por la acera hasta el cruce y allí se paró.

Miró a su alrededor con circunspección, como si fuera un ladrón dispuesto a escapar a la primera señal de peligro.

De pronto notó una mano en el hombro y se sobresaltó. Se dio la vuelta.

Era una chica con las mejillas sonrojadas y la mirada clara y segura. Era muy guapa. Los rizos castaños le caían con reflejos dorados por los hombros hasta rozarle el pecho. Teo pensó que habrían hecho una apuesta entre ellas: la primera que consiguiera llevárselo a la cama bebería gratis durante un mes. No le sorprendería nada. Las chicas habían empezado a imitar lo que antes era una prerrogativa masculina. Sin embargo, mientras que los chicos solo lo hacían para presumir entre ellos, las chicas ponían en marcha planes diabólicos y eran realmente peligrosas. O irresistibles.

—Hola —dijo con desenvoltura—, ¿puedo acompañarte hasta tu casa?

Teo intentó sonreír y, con una mueca socarrona, contestó:

—No.

La chica no se lo tomó en serio.

—He visto cómo has defendido a Davide hoy —continuó.

—¿Quién es Davide?

—Ah, perdona, es el chico al que estaban pegando.

No le habría importado llevársela hasta la pared y darle lo que quería. Porque estaba claro que solo quería una cosa. Teo la había calado al vuelo, era de las que te puedes tirar la primera vez. No era difícil darse cuenta. Solo había que verla: camiseta escotada, mirada seductora y labios entreabiertos. Intentó contenerse. Tenía la impresión de que lo mejor sería no crearse mala fama allí, sobre todo después de lo que le había pasado aquella tarde. Aun así, quiso saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

—Yo soy Sonia —le dijo la chica, y le dio la mano.

—Y yo Teo.

—Entonces, ¿te puedo acompañar o no?

Volvía a intentarlo, mirándolo con ojos lánguidos. Nunca le habían gustado las chicas que insistían cuando estaba claro que las estaban rechazando.

—Es mejor que no.

Sonia se rio y Teo se fijó en sus ojos color avellana. Tenía los labios finos y los dientes perfectos. Aquella boca era capaz de hacer grandes cosas, estaba seguro. Pero tenía que esforzarse por razonar con la cabeza, por una vez, y no con lo de abajo, que ya lo había metido en un montón de líos otras veces.

—Bueno, de todas formas, quería darte esto.

Se puso de puntillas y, apoyándose en el pecho de Teo, le rozó los labios con un beso.

Volvió a reírse.

Teo acogió aquel beso como un pequeño regalo de bienvenida de parte de la delegación femenina de Santa Croce. Si aquella era la premisa, la diversión estaba asegurada. Lo importante era no precipitarse demasiado, mantenerse a distancia y evitar cualquier tipo de relación sentimental. No más problemas, gracias. Ya tenía suficientes.

Echó a andar sin despedirse.

—Eh —gritó Sonia.

Como Teo se había imaginado, no estaba acostumbrada a que le dijeran que no.

—¿Ni siquiera me vas a dar tu número de teléfono? —le preguntó con tono implorante.

El encanto de aquella Sonia se había agotado en el lapso de cinco minutos. Nada mal, como récord. Normalmente las chicas dejaban de interesarle a los dos o tres días, el tiempo que tardaba en acostarse con ellas. Pero aquella acababa de quemar todas las etapas.

—No —repitió Teo—. Será mejor que me dejes tranquilo.

Se alejó con un único pensamiento en la cabeza: «No es tu problema. No es tu problema». Solo tenía que concentrarse. Funcionaba de verdad. Esta vez sería capaz de evitar los problemas.

*No son los errores los que te cambian. Lo que hace de ti una persona distinta es la manera en que los afrontas.*

No se volvió a mirarla hasta que no se alejó lo suficiente. Sonia seguía allí, apretando los puños, intentando sobreponerse a la decepción. Había algo muy intenso en la mirada de una chica humillada. Se la imaginó mientras se iba corriendo a sus amigas para decirles: «Es un capullo. No vale la pena». Y las otras allí, asintiendo y moviendo la cabeza por solidaridad, para después alejarse y comentar entre ellas: «Le ha dicho que no. ¿Quién es la próxima que lo intenta?».

Siguió andando. Ella no se movía.

¿Y ahora? Tenía que embocar el sendero que llevaba a su casa, pero si ella seguía allí podría intuir dónde vivía. Pero le dio igual. ¿De verdad le importaba tanto? Antes o después, la gente lo descubriría.

Dejó la calle principal y se adentró por el camino de tierra. Ya estaba muy oscuro y Sonia no se atrevería a seguirlo. El calor del bosque lo acogió y el silencioso revoloteo de los murciélagos lo acompañó mientras encendía una linterna para hacer un poco de luz. Adentrarse por allí era como sumergirse en el verdadero yo del pueblo, descubrir su verdadera esencia. Entre los árboles húmedos y cargados de secretos, hasta la voz de los habitantes parecía convertirse en un eco lejano. Por fin podía relajarse y quitarse la máscara. Ya no lo molestaría nadie.

Allí estaba su casa, o mejor dicho, su cabaña. Se quedó un momento apoyado en la puerta de madera, con los ojos cerrados y el corazón muy lejos. Deseó que por arte de magia la casa se elevara, volara sobre las montañas y lo llevara directamente a orillas del mar.

*Escapar no sirve de nada cuando el dolor nos acompaña. Y, sin embargo, a veces escapar es lo único que podemos hacer, no hay elección.*

Se quedó así, buscando el olor de la sal, estirándose como para oír el rumor de las olas, el murmullo ligero del agua.

Resignado, bajó el tirador de la puerta y entró en su nueva casa.



## LAS MUJERES SABEN CONDUCIR

CAMILLA PASÓ EL TRAPO POR EL PUENTE DEL VIOLÍN Y después cogió la resina y la pasó por el arco. Le gustaba cuidar de su instrumento.

Roberto decía que los violines tienen alma, como las personas, y que cuando se tocan es como si se despertaran y empezaran a contar su historia. Ella intentaba escuchar la historia de su violín, pero nunca conseguía concentrarse del todo. Solía perderse entre las notas de la partitura o se preocupaba demasiado por la postura, intentando mover la muñeca como el profesor le había enseñado. Muchas veces, simplemente el pensar en las manos de él tocándole los dedos era suficiente para que perdiera la concentración y Camilla tenía que pararse para respirar hondo, quitarse de la cabeza al profesor y volver a empezar. Pero aquel sábado el problema era distinto. Jessica no hacía más que llamarla. El móvil empezó a sonar otra vez.

—¿Sí?

—Soy tu conciencia. ¿Me habías hecho una promesa para esta noche!

—Yo no te he prometido nada. ¿Es que no vas a dejar de llamarme? Estoy intentando estudiar.

—¿Todavía estás con ese violín? ¿Y qué piensas hacer esta noche? ¿Llamarlo y tocarlo mientras habláis?

Se oyó una sonora carcajada en el otro extremo de la línea.

Camilla se puso roja. Jessica estaba de broma, pero la verdad es que tampoco se había alejado tanto de la realidad. Últimamente, el sexo con su profesor era una de sus fantasías más frecuentes, y no solo cuando se metía en

la cama. Se estaba convirtiendo en una verdadera obsesión. En cuanto se distraía un segundo, volvía a ver la cara de Roberto, su piel clara que contrastaba con la barba hispida y oscura. En aquellas fantasías, siempre era ella la que daba el primer paso. Le quitaba el violín de las manos, se ponía de puntillas y le soplaba en la boca, aspirando el aliento. Después lo besaba dulcemente, le rodeaba el cuello con los brazos y lo tumbaba en la cama. Roberto protestaba, pero solo como un escudo para protegerse de lo que él también deseaba.

—¿Cami? ¿Estás ahí? Dime que no he adivinado lo que estabas pensando...

Esta vez, la voz de Jessica no sonó tan irónica.

—Pero ¿tú no ibas al cumpleaños de Serena esta noche?

—¿De quién, de la capulla esa?

Jessica ahogó otra carcajada.

—Eres increíble.

—Soy tu mejor amiga. Bueno, ¿te recojo a las nueve? ¿Puedo cambiarme en tu casa?

—Todavía no te he dicho que sí.

—Da igual, ya lo harás.

Camilla colgó y sonrió.

Jessica apareció a las nueve menos cuarto.

—Llegas pronto —dijo Camilla mientras le abría.

Sus padres siempre iban al círculo de *bridge* los sábados y su hermano Davide había salido. Tenían toda la casa para ellas solas. Camilla puso música en su cuarto y empezó a retumbar una canción de *heavy metal*.

—¿Es la música de tu hermano? —quiso saber Jessica mientras abría el armario. Camilla no se lo habría permitido a nadie más.

—Sí, no está mal.

—Pero mira que sois raros. Los dos, instrumentistas de música clásica con el corazón *hardcore*.

—No tiene nada de malo.

—¿Y si se entera tu Roberto?

—No quiero hablar de él esta noche.

—Pues mucho mejor.

Jessica tenía una sonrisa malévola que no la convencía en absoluto.

—¿Dónde has dejado a tu amor? —le preguntó recelosa.

—Por ahí —contestó Jessica evasiva—. Qué bonita, ¿puedo ponérmela?

Jessica acababa de sacar una camiseta larga llena de perlas y lazos, de un azul eléctrico, que Camilla ni se acordaba de que tenía.

—Pues claro.

—¿Y tú vienes así?

Jessica no discutía jamás sobre el estilo de Camilla, pero aquella noche no parecía muy convencida.

—¿Por qué? ¿Qué me falta?

Camilla volvió a mirarse en el espejo. Llevaba un vestido negro muy corto con unos *leggings* y se había puesto una cinta de flores en el pelo y unos pendientes de aro, enormes y dorados.

—Nada, estás guapísima, como siempre. Aunque te empeñas en alisarte el pelo. ¿Puedes... puedes probarte esto un momento?

Jessica le pasó un vestido rojo, corto y ajustadísimo, otro derrelicto de los viejos tiempos.

—Hará por lo menos dos años que no me visto así, Jessica.

Hizo un gesto con la mano, como diciendo que no quería ni verlo.

—Vale, como quieras, pero igual te arrepientes.

—¿Se puede saber adónde vamos?

—Al Monkey. ¿Adónde quieres que vayamos? La verdad es que en Santa Croce podemos divertirnos más que en Milán. Ya sabes, después de todos esos *happy hours* y las noches en el Oíd Fashion, donde los tacones más bajos son de doce..., no sé, al cabo de un tiempo una termina aburriéndose.

—No te creo. Pero una cosa es segura, ¡nada me va a impedir salir a bailar con estas! —Camilla cogió sus *sneakers* y miró con desprecio las botas de tacón de su amiga—. Así, al final de la noche, cuando los pies te estén matando, ¡yo seguiré dando saltos!

Jessica dejó escapar una especie de gruñido.

—Me has convencido. Acompáñame a casa y me cambio los zapatos.

Cuando entraron en el Monkey, a Camilla le dio la impresión de que el

volumen de la música había aumentado por lo menos treinta decibelios desde la última vez que estuvo allí. La pista de baile ya estaba llena de niños, ninguno de más de dieciséis años, que se estaban divirtiendo como locos. Jessica la tenía de la mano y parecía que estaba buscando a alguien. Camilla parpadeó intentando encontrar algún rostro familiar. Cuando vio a su hermano Davide, que se contorsionaba en la pista, vaciló.

—¿Qué pasa? —preguntó Jessica.

—Es mi hermano. Míralo, parece un chimpancé.

—¿Y qué?

—Que me da vergüenza solo de verlo.

—Anda ya, es muy lindo. Venga, vamos a pedirnos algo.

Jessica la llevó a la barra. Camilla se quedó paralizada por segunda vez. Allí estaba el chico sardo, Teo, con Nino. No había vuelto a pensar en él desde el día del bar. No tuvo más que oír la voz de Roberto al teléfono para olvidar al instante los ojos magnéticos de aquel chico odioso que no la había dignado ni de una mirada. Y ahora estaba allí, tomándose una cerveza con el novio de su mejor amiga.

Jessica hizo como si no pasara nada y se lanzó a los brazos de Nino como si hiciera siglos que no lo veía. Camilla se quedó mirándolos mientras sus lenguas se retorcían y pensó que Jessica tendría que darle una explicación en cuanto se quedaran solas. Tendría que inventarse una excusa para librarse de aquellos dos un momento.

—Hola —le gritó Teo levantando el vaso de cerveza.

En la sonrisa, a Camilla le pareció ver algo muy parecido a una tomadura de pelo. Notó que la estaba observando y se maldijo por no haberse puesto los tacones. Tampoco es que quisiera gustarle, porque ya estaba claro que ella no era su tipo, pero por lo menos habría podido hacer que se arrepintiera por no haber intentado nada con ella. Siguió su mirada y vio que llegaba directamente al trasero de Sonia, que no paraba de moverse en la pista con Davide. No aguantaba ni un segundo más, así que cogió a Jessica del brazo y la arrastró hasta la pista.

—Qué violencia, *baby* —bromeó Jessica restregándose contra su amiga.

—Esta me la pagas —le gritó Camilla al oído.

—¿Qué? No te oigo —contestó Jessica mientras levantaba los brazos al

ritmo de la música.

Poco a poco, Camilla también se dejó llevar. Le gustaba bailar, y sobre todo le gustaba bailar en la discoteca, aunque fuera entre todos aquellos niños. Cuando lo hacía, igual que cuando tocaba el violín, se sentía viva, sentía que su cuerpo podía moverse libremente como quisiera sin que nadie la juzgara y sin adultos que se pusieran a decirle que ya se estaba haciendo mayor y tenía que limitarse a pensar en cosas serias. Sí, en realidad necesitaba una noche como aquella. Y si no podían estar Jessica y ella solas, pues nada. Por lo menos, gracias al Teo ese, su amiga acababa de elegirla a ella. Como en los viejos tiempos. Teo y Nino las estaban mirando y Camilla pensó que ya parecían amigos. A Nino se le daba muy bien hacer que la gente se encontrara a gusto, aunque con alguien tan antipático como Teo, seguro que le estaba costando.

¿Qué le hacía Jessica para manejarlo de aquella forma? Su amiga estaba moviendo la cabeza de un lado a otro y el pelo formaba una ola en el aire. Camilla la miró fascinada. Ella tenía que bailar bastante más compuesta, porque si se soltaba del todo, el pelo empezaría a encrespársele peligrosamente y se transformaría en un león sin darse cuenta.

—Tenías razón —gritó Camilla.

—¿Qué?

—¡Por lo del vestido rojo! ¡Me lo tendría que haber puesto! ¡Y los tacones altos!

Jessica sonrió e hinchó las mejillas. Cuando llevaban un rato bailando, siempre empezaban a poner caras tontas y a imitar a los que tenían alrededor. Lo habían hecho siempre, desde la primera fiesta a la que fueron, y aquella noche no sería una excepción. Camilla la siguió agitando los brazos por delante de ella, como estaba haciendo el niño que tenía delante. Dos chicas de dieciséis años las estaban mirando. A Camilla le dio por reír. Las otras dos las señalaron con el dedo desde la barra. Jessica las miró con desprecio y Camilla pensó que había tenido mucha suerte al encontrar a una amiga así, a la que le daba igual lo que pudieran pensar los demás.

—¿Salimos a la terraza a beber algo? —le propuso cuando pusieron una canción que no soportaba.

—Buena idea.

Ya hablaría con ella al día siguiente. Le diría que no debía invitar a Teo sin preguntárselo. Pero no quería aguar la fiesta aquella noche.

Los chicos no se hicieron de rogar.

La terraza era el sitio más tranquilo del Monkey. Había mesitas y sofás, que las parejas intentaban conquistar dejando allí las chaquetas y los bolsos. Nino encontró una mesa libre y, cuando Jessica se sentó, les preguntó:

—¿Qué os traigo?

—Un *gin-tonic* con limón —dijo Jessica.

—Dos —dijo Camilla.

—Yo, nada, gracias —dijo Teo antes de encenderse un cigarro.

Camilla se había sentado al lado de Jessica y él se puso al otro lado. Estaban tan cerca que Camilla percibía su olor. Era un poco acaramelado, le recordaba a los chicles de cuando era pequeña, pero junto a la colonia, se notaba el olor del tabaco. El resultado era una mezcla imprevisible y seductora. Camilla lo miró de reojo esperando que él no lo notara. Llevaba una chaqueta de cuero negra encima de una camisa oscura y lo suficientemente ajustada como para que se le marcaran los pectorales. Solo entonces le vio el pendiente de la oreja izquierda y un lunar junto a la mejilla, tan pequeño como una joya preciosa.

—Entonces, Teo, ¿cómo te encuentras aquí, en el pueblo? —dijo Jessica para romper el silencio.

—Bastante bien —contestó.

—¿Te gusta el Monkey?

—Conozco sitios mejores.

A Camilla le empezó a picar la lengua y no pudo resistirse.

—¿Cómo que conoces sitios mejores?

—¿Perdona?

—¿Qué quieres decir, que no te gusta?

—No he dicho eso.

—Pero lo has dado a entender.

—Bueno, tranquila, solo he contestado a una pregunta.

Jessica estaba preocupada por la discusión, pero entonces llegó Nino con los *gin-tonic* y otras dos cervezas.

—Tenemos que brindar —dijo, y le dio una a Teo.

—¿Por qué? —preguntó Camilla con la voz tres tonos más baja.

—He aprobado Derecho Privado. ¿Y sabéis lo que se dice de ese examen?

—¿El qué? —preguntó Jessica para seguirle la comente, esperando que fuera una chorrada que deshiciera la tensión.

—«Aprobado Privado, medio abogado» —dijo Nino con una sonrisa de treinta y dos dientes.

—Pero ¿tú no querías ser juez? —replicó Camilla.

Mientras tanto, Teo se bebía su cerveza evitando la mirada de Camilla, que había intentado mirarlo a los ojos para descubrir si de verdad estaba molesto, pero no lo había conseguido. Estaba allí sentado, con mirada enigmática y expresión de sabelotodo, pero sin soltar una palabra. Le irritaba muchísimo.

—¿Tú también estudias Derecho? —le preguntó Teo a Camilla mientras Jessica iba a sentarse encima de Nino.

—No, no es lo mío.

—Pues podrías ser una buena abogada —bromeó.

Camilla intentó pasar por alto el doble sentido. Se dedicó a su *gin-tonic* fingiendo no haberlo oído.

—Entonces, ¿a qué te dedicas?

A Camilla le sorprendió que de pronto empezara a preguntarle tantas cosas.

—Estudio en el conservatorio.

—¿El qué?

—¿Te refieres a qué instrumento? Violín.

Estaba segura de que lo impresionaría. Después de todo, no había muchas mujeres que tocaran un instrumento, y mucho menos el violín.

—¿Y solo haces eso?

Jessica le hizo una mueca a Teo para hacerle entender que había entrado en un terreno lleno de minas. A Camilla le había costado mucho convencer a sus padres de que quería ser violinista y basta. Para Camilla no era solo un pasatiempo. Se le daba muy bien y algún día, cuando consiguiera el diploma, entraría a formar parte de una orquesta importante. Como primer violín. Solo era cuestión de tiempo.

—Hago lo que me gusta —dijo, pero sin mucha convicción.

No valía la pena perder el tiempo explicándole a aquel idiota que, algún

día, la suya se convertiría en una profesión como cualquier otra. Que pensara lo que quisiera.

—No tienes manos de violinista —comentó Teo inclinándose para mirarla.

—¿Y tú qué sabes?

—Tendrías que oírla tocar, Teo —intervino Jessica en su defensa—. Cuando sea famosa te arrepentirás de haberle criticado las manos.

Teo dejó escapar una sonrisa.

—No, en serio, Camilla, cuéntale lo del premio que has ganado...

—No lo gané, Jes, quedé segunda —se entristeció Camilla.

—¿Cómo se llamaba? ¿Premio *Paganoni*?

—Paganini, Jes.

—Y también ha dado un concierto para violín y orquesta. ¿Dónde era, Cami?

—En Berlín.

Teo abrió los ojos de par en par.

—¡Vaya, entonces va en serio! —comentó, aunque Camilla percibió un tono sarcástico.

—Y no solo allí, también en Rávena —continuó Jessica.

—Era en Varenna, en el lago de Como —la corrigió Camilla, sin explicar que entre los dos conciertos había una gran diferencia y que no contaba tanto el lugar en el que hubiera ido a tocar, sino la gente que lo había organizado, la pieza que había tocado y las personas que habían asistido.

Camilla se esforzó por no reír. Era agradable ver que su amiga salía en su defensa, por más que no fuera capaz de contar sus éxitos y que lo más seguro es que Teo no tuviera ni idea de lo que estaban diciendo. Habría podido inventarse cualquier cosa y él se lo habría creído.

—De todas formas, estoy a punto de terminar los estudios y después empezaré a trabajar como violinista —mintió Camilla, que no sabía cuándo terminaría ni mucho menos si conseguiría entrar en una orquesta después.

Teo levantó las manos haciendo un gesto de rendición y Nino empezó a reírse.

—Ten cuidado, no la piques demasiado —le dijo.

Jessica se levantó.



—Tengo que ir al servicio. Camilla, ¿te vienes?

La amiga se levantó con el *gin- tonic* en la mano.

—Perdonad —dijo Jessica—. Las chicas siempre vamos al baño de dos en dos. Es una regla y, desde luego, nosotras no somos la excepción.

Mientras bajaban, Camilla farfulló:

—No es verdad que vamos siempre juntas al servicio. Lo sabes perfectamente.

Jessica la puso de espaldas a la pared.

—¿Se puede saber qué te pasa con ese chico?

—Ah, o sea, ¿que ahora el problema lo tengo yo? ¿Es que no has visto cómo me responde?

—No, Camilla, eres tú la que lo trata como a un gusano. Nino ha estado hablando con él y es simpático. Además, te conozco y sé que te gusta.

—Que sea guapo no quiere decir que me guste. Y aunque me gustara, da igual, porque está claro que yo no le intereso para nada.

—¿Solo porque todavía no se te ha echado encima? No todos son iguales, Cami.

—Pues yo creo que sí. Y de todas formas, está perdiendo puntos a cada segundo que pasa.

En aquel momento entraron Serena y los demás invitados del cumpleaños. Serena pasó por delante de ellas sin siquiera saludarlas. Las demás dijeron «Hola» con cara de sentirse ofendidas.

—¿Ahora también la tienen tomada contigo? —preguntó Camilla.

La amiga hizo un gesto con la mano como diciendo que le daba igual.

Camilla pensó que la noche se estaba torciendo. Miró hacia la pista de baile y le sorprendió que su hermano siguiera allí, bailando con Sonia. ¿Es que no se cansaba?

Cuando volvieron, Teo y Nino estaban hablando de coches. Jessica y Camilla se sentaron a escucharlos, pero Camilla perdió la paciencia enseguida.

—Pero mira que sois aburridos cuando os ponéis a hablar de coches —comentó Jessica.

—Pues anda que vosotras —repuso Nino—, que si no estáis hablando de ropa o maquillaje es porque os estáis dedicando a poner verde a cualquier

otra amiga.

Eso era verdad. Camilla y Jessica se miraron. Sus temas de conversación no eran tan limitados, pero casi siempre terminaban criticando a alguna amiga, o por lo menos a alguien que conocieran bien.

—*¿Has visto a esa, cómo se ha vestido? Parece una fulana* —bromeó Nino imitándolas con voz aguda.

—¿Y vosotros, que un día os vais a matar con vuestras carreras por las curvas de Pianoalto?

—Eso me interesa —intervino Teo—. ¿Qué es Pianoalto?

—Es un barrio de Santa Croce. Se llega pasando por una carretera llena de curvas cerradas. Pero no es verdad que hagamos carreras por ahí, sería un suicidio.

—Ya, y de todas formas no es cosa de mujeres —puntualizó Teo.

—¿Cómo? —replicó Camilla en pie de guerra.

Nino miró a Jessica, que se levantó resoplando.

—Mientras vosotros seguís peleándoos, yo voy a darme una vuelta con mi amorcito —bromeó tirando de Nino.

—Bueno, todo el mundo sabe que las mujeres conducen fatal.

—¿Y quién lo dice? ¿Sale en los anuncios?

—No, está escrito en vuestro ADN.

—Habló el científico.

Teo se rio y se apartó el flequillo de los ojos soplando.

—Pues sí que es un dato científico. Está estadísticamente comprobado que casi todos los accidentes de carretera los provocan las mujeres.

—Hablas como si estuvieras leyendo un manual.

—Ciencia aparte, las mujeres son siempre un desastre al volante.

—Yo no.

Teo le sonrió incrédulo.

—¿No me crees?

Teo alargó los brazos sin decir nada.

—No me crees, vale. Pues cuando tengas tiempo, ¿quieres que te lo demuestre?

Eso no se lo esperaba. Uno a cero para Camilla.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo?

—No, no voy por ahí.

—Pues yo creo que sí. Te mueres de ganas de quedar conmigo.

—Para nada.

—Entonces, ¿qué me estás pidiendo?

—Que aceptes un desafío. Las mujeres saben conducir y yo te lo demostraré.

—Ah, ¿sí?

—Nos apostamos una copa —propuso Camilla.

—Hecho —aceptó Teo.

Cuando Jessica y Nino volvieron, se los encontraron en silencio, mirando cada uno para un lado. Jessica buscó la mirada de su amiga para intentar entender qué había pasado.

—Cami, se ha hecho tarde, ¿nos vamos?

Nino se dirigió a Teo:

—Nos vemos otro día, ¿vale? Llámame cuando quieras.

Teo le dio una palmada en el hombro a Nino y después dijo:

—Entonces, hasta mañana, Camilla.

—Hasta mañana —contestó ella.

Nino cogió a Jessica del brazo.

—¿Nos hemos perdido algo?

—Me parece evidente. Se han tirado toda la noche peleándose, ¿y han quedado para mañana? Yo no la entenderé nunca.

## ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE

**H**ABÍAN QUEDADO A LAS CUATRO. ERAN YA LAS CUATRO y media y Camilla no aparecía. Pensó que había sido una tontería no haberle pedido el número de teléfono. Si lo hubiera hecho, ahora no estaría allí plantado delante del Monkey. Pero el caso era que no quería que pareciera que le gustaba. Se sentía agradecido porque Nino le hubiera invitado a salir, pero la situación se estaba complicando. Lo último que se esperaba era que organizaran una salida de parejas. Quería mantener la amistad con Nino y la única forma de hacerlo era no meterse en líos con la mejor amiga de su novia. Sabía que las mujeres era terribles cuando se trataba de defenderse entre ellas. Si metía la pata con Camilla, Jessica no se lo perdonaría y, por lo tanto, Nino se alejaría de él.

En cuanto a Camilla, odiaba tener que admitirlo, pero seguía sin entender cómo era esa chica. Se presentó en la discoteca como si no le importara nada estar allí. Ni siquiera lo saludó. Se pasó toda la noche mirándolo mal y rebatiendo todo lo que él decía, como si quisiera hacerle sentir incómodo. Y después, al final de la noche, se le ocurrió hacerle aquella propuesta absurda. Un *desafío*, lo llamó. Él aceptó porque no quería ofenderla, y también por curiosidad. Quería saber cómo se le daba conducir. Pero en cuanto quedaron, ella dejó de hablar y él hizo lo mismo. Fue un cuarto de hora larguísimo. Teo no quería herirla y, sobre todo, no quería encariñarse con nadie. Lo que de verdad necesitaba era un poco de diversión. Nada más. La carga de dolor y vergüenza que arrastraba de Cerdeña era demasiado pesada y no estaba

dispuesto a pasársela a nadie, y mucho menos a la primera chica que se ligara en un bar.

El teléfono vibró. Como de costumbre, Michele lo estaba llamando. Michele era, desde siempre, una de esas personas que en mitad de un grupo desaparecen. Había sido como su sombra durante mucho tiempo y ahora que se había quedado solo en Cerdeña, no lo dejaba en paz. Solo con ver el nombre en la pantalla le hervía la sangre. Michele lo insultó cuando se fue, así que no estaba dispuesto a cogerle el teléfono. Ya le había soltado todo lo peor que se le había pasado por la cabeza. ¿Qué más quería? Volvió a pensar en sus palabras, las que usó para despedirse de él: «No tenías derecho a hacer eso. No eres más que un perdedor y lo serás siempre, adondequiera que vayas. Cargarás con esta mierda para siempre, Teo».

Y era verdad. Aquella maldición lo seguía a todas partes. «Serás siempre un perdedor. Cargarás con esta mierda para siempre».

Llegó Camilla. Teo no sabía con qué coche se presentaría, pero cuando la vio aparecer con un Cinquecento que parecía recién salido de un salón automovilístico, se quedó boquiabierto.

—Perdona por el retraso —le dijo mientras bajaba la ventanilla—. ¿Qué, te subes o no?

—Qué bonito —dijo Teo.

—Fue un regalo de mis padres por la selectividad —explicó Camilla al tiempo que metía la primera y pisaba ligeramente el acelerador.

Teo no dijo nada.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que Teo estaba intentando buscar una excusa.

—Nada, solo estoy sorprendido.

—¡Y eso que todavía no has visto nada!

Teo sonrió. Si hubiera sido una cita de verdad, aquella frase habría podido significar otra cosa. La observó al volante. Se había recogido el pelo con un peinado que le dejaba caer unos cuantos mechones por encima de las mejillas. Llevaba una camiseta roja y unos pantalones cortos que le realzaban las piernas largas y blanquísimas. La piel de Camilla lo excitaba. Se impuso mirarla lo menos posible, pero no pudo evitar preguntarse si habría pasado mucho tiempo preparándose para salir.

Camilla embocó la carretera que subía hacia Pianoalto, como indicaba la señal. Teo se agarró al asiento. Iba demasiado rápido, pero no estaba seguro de que lo estuviera haciendo por desenvoltura. Normalmente, las que conducían demasiado rápido no tenían la más mínima idea de lo que estaban haciendo. Cuando se les cruzó un gato, Camilla dio un frenazo.

—Perdona —susurró divertida.

Cuando empezaron las curvas, Teo se preguntó si era una broma. Camilla doblaba el volante con brusquedad y después lo soltaba para volver a cogerlo en el último momento, justo antes de la siguiente curva. ¿Esa era su técnica?

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó concentrada, sin mirarlo.

—B-bien. ¿P-puedo poner la radio?

—¡Claro, siéntete como en tu coche!

Las notas de un violín invadieron el habitáculo. Camilla cogió otra curva. Teo bajó la ventanilla. Quería gritarle con todas sus fuerzas que parara y lo dejara bajar, que era demasiado joven para morir aplastado contra un árbol.

—¿Q-qué es esto, Camilla?

—¿Eh?

—¡La música!

Teo estaba sudando. Como si no bastara, Camilla se había puesto a mover la cabeza siguiendo el ritmo y había empezado a canturrear como si él no estuviera allí.

—*La Campanella* de Paganini —dijo mientras doblaba bruscamente y sonaba el claxon antes de la curva—. ¡No me digas que no la has oído nunca!

Sí, Teo la había oído, pero no tenía ni idea de cómo se titulaba y de todas formas habría preferido otro tipo de música. De André, por ejemplo. Le gustaba dejarse llevar por las palabras de su cantautor preferido y olvidarse durante un rato del resto del mundo. Sin embargo, la locura de Camilla al volante encajaba perfectamente con las notas agudas de aquella melodía.

—Camilla, viene otro coche —dijo Teo en voz baja.

—Sí, ya lo he visto, tranquilo —contestó alegre.

Lo había visto, pero no había desacelerado, sino todo lo contrario. No había espacio suficiente para los dos coches. El conductor del Golf tuvo que pararse y dar marcha atrás unos metros para dejarla pasar. La miró fatal, desde el otro lado del cristal.

—Capullo —gruñó Camilla, y se puso a tocar el claxon para la curva siguiente mucho antes de lo necesario.

—¿A quién le has llamado capullo?

—Al del otro coche. Ya lo has visto, ¿no? Me ha mirado mal. ¿Qué pasa, que tenía que pararme yo por narices?

Teo no se atrevió a rebatir. Esperó que no faltara mucho y que Camilla dejara de conducir como si estuvieran en los coches de choque.

—Ahí hay una casa abandonada —lo informó, y soltó el volante.

Teo miró hacia donde Camilla acababa de señalar, pero no vio nada.

—¿Allí, d-dónde?

Camilla pilló una piedra y se dio la vuelta para mirar como si no estuviera conduciendo. Por un momento, el coche siguió solo, dando botes.

Teo se agarró con más fuerza.

—¡C-Camilla!

—Pues no sé, a lo mejor me he equivocado y era en la curva de abajo. ¿Qué pasa?

—¿P-podrías mirar a la carretera, por favor?

—Pues claro, tranquilo, ¡las mujeres sabemos conducir con los ojos cerrados!

—No lo dudo, pero prefiero el método tradicional.

—Pero ¿por qué te asustas? ¿Nunca has visto dos curvas seguidas?

Camilla dobló de golpe. Teo pensó que iba a vomitar.

—¿P-puedes ir m-más despacio, por favor?

—¡Qué va! ¡Tengo que ganar una apuesta! ¿No te acuerdas? —replicó, y empezó a canturrear otra vez. Se ponía hecha una furia en el coche.

Cuando por fin se paró, después del cartel que daba la bienvenida a Pianoalto, Teo suspiró.

Camilla se volvió a mirarlo con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Estaba esperando el veredicto de Teo, que se pasó las manos sudadas por los pantalones y sonrió.

—¿Me puedo bajar ya?

Camilla asintió.

—¿Y bien? —apremió cuando se bajaron los dos—. ¿Cómo ha estado mi Giuditta?

—¿Giuditta?

—Mi coche.

—¿Le has puesto un nombre al coche?

—Sí, ¿pasa algo?

Teo negó con la cabeza. Camilla se le acercó y siguió su mirada. El valle de abajo ya estaba casi totalmente oscuro. En cambio, donde ellos estaban aún había sol.

—Me ha gustado el paseo —dijo para no ofenderla y al mismo tiempo hacerle entender que lo de conducir no era su vocación, aunque Camilla no lo comprendió.

—Ya te lo dije, las mujeres sabemos conducir muy bien.

—Has ganado la apuesta —se apresuró a decir Teo, pensando con terror en el camino de vuelta que le esperaba, y además cuesta abajo.

—Ya me invitarás a una copa cuando sea —zanjó Camilla.

—Claro.

Se quedaron un rato mirando el paisaje, sin siquiera rozarse, sentados en los extremos opuestos de un banco. Camilla alargó las piernas y Teo observó las venas azuladas de los muslos.

—Estoy más blanca que la pared —se quejó.

—Me gusta tu piel —dijo Teo, e inmediatamente se arrepintió.

Camilla apretó los labios un instante y contestó:

—Pues a mí me gusta la tuya. ¡Estás tan moreno!

—No estoy moreno. Soy así.

Se hizo otro silencio. Teo se sintió tremendamente incómodo y al mismo tiempo, increíblemente feliz. Era raro notar todos aquellos escalofríos sin tener frío. El viento movió los mechones castaños de Camilla y ella se los apartó de la cara.

—Me encanta subir aquí y mirar el paisaje —comentó.

—Es un valle precioso —dijo Teo—, aunque se tarda un poco en cogerle cariño.

Camilla asintió, como si Teo hubiera dicho algo realmente profundo.

—Todas las cosas bonitas necesitan tiempo para que los demás se den cuenta de que lo son —susurró Camilla.

—Entonces, tú... ¿te sientes bien aquí?



Camilla entrecerró los ojos.

—He tardado mucho tiempo en aceptar que mi vida está aquí. Pero ahora no podría pensar en vivir en otro sitio que no sean estas montañas. Me encanta ese campanario torcido. Y que siempre haga un poco más de frío que en el resto de Italia. Y lo que más me gusta es cuando se hace de noche, porque es como si en el valle cayera...

—Una sombra.

Camilla lo miró, sorprendida de que hubiera terminado su frase.

—Sí —murmuró—, una sombra triste, pero que al mismo tiempo da una sensación de paz.

Teo la entendía mucho mejor de lo que ella se pudiera imaginar.

—Perdona que ayer estuviera tan antipática —le dijo.

—Yo tampoco estuve muy simpático. Y si quieres saberlo, no tengo ni idea de cómo son las manos de un violinista.

A Camilla se le iluminó la cara.

—Tendrías que ver las manos de Roberto —exclamó.

—¿Roberto? ¿Quién es?

—Mi profesor de violín. Tiene los dedos finos, con las uñas muy cuidadas, y las yemas se adhieren perfectamente a las cuerdas... Él sí que tiene manos de violinista.

—Estoy seguro de que tus manos son perfectas.

Teo pensó instintivamente que el Roberto ese le caía como el culo. Tenía que ser un pijo. Todo el mundo sabía que los músicos eran gays, ¿o no? O a lo mejor a ese le gustaban las chicas de piel blanquísima. Miró los labios de Camilla y pensó que si seguía un segundo más en aquel banco, terminaría mal. Le estaban entrando ganas de besarla. Pensó en Nino y se obligó a contenerse. Camilla no era una chica cualquiera, tenía que tratarla con respeto si no quería perder al único amigo que se había hecho en Santa Croce. Si quería divertirse, tendría que ser con Sonia. El día anterior no había dejado de mirarlo mientras bailaba con el niño aquel que había salvado en el patio del colegio. A lo mejor podría pedirle a él el número de Sonia. Así por lo menos podría entretenerse un par de días.

Camilla se había levantado y lo estaba mirando.

—Te has ganado una visita turística al palacio de Pianoalto —le dijo.

—¿Tengo que preocuparme? —contestó Teo. Nunca le habían gustado los museos ni los restos arqueológicos.

Camilla se encogió de hombros.

—Es todo un honor. ¡Soy la mejor guía turística de Santa Croce!

—Sí, claro —comentó Teo riéndose.

—Ven, es por aquí —dijo Camilla haciendo una inclinación—. A su derecha se yergue el palacio de Pianoalto, erigido en 1600 por el señorito de estas tierras, don Federico Angioletti...

Teo se paró con las manos en los bolsillos y mirada suplicante. Camilla soltó una carcajada.

—Vale, está bien, vuelvo a ser yo. Ven, Carla nos dejará entrar como estudiantes.

Tenía razón. La anciana que estaba en la taquilla ni siquiera les pidió el carné y los dejó entrar sin preguntar. Camilla le explicó que la conocía desde siempre. Era como si conociera a todo el mundo. Cuando entraron, volvió a asumir el tono de guía turística, aunque esta vez sin darse cuenta, y comenzó con las explicaciones de cómo era la vida en el castillo en 1600. Teo no le hacía mucho caso. Prefería concentrarse en su boca, tensa cuando no se acordaba de algo y abierta en una sonrisa mientras se imaginaba una fiesta en la sala de baile del palacio.

—Y ahora llega lo mejor —dijo Camilla mientras entraban en la última sala—. Esta era la alcoba privada de la esposa de don Federico Angioletti. Era una artista ucraniana.

Teo paseó la mirada por la habitación: una cama con baldaquino, un escritorio, un armario y un espejo. Parecía igual que las demás.

—No me gusta por los muebles —puntualizó Camilla como si él hubiera comentado algo en voz alta—, sino por la decoración de las paredes.

Y entonces Teo se fijó. Eran frescos marcados por el paso del tiempo. Aunque habían perdido un poco de color, seguían resplandeciendo con cierta intensidad. Eran cinco en total. Salían desde el armario y parecían narrar una de aquellas leyendas de amor que a él le aburrían tanto.

—Es una historia de amor que nació entre las montañas —explicó Camilla mientras se acercaba al primer fresco.

Pues eso, lo de siempre. Teo esperó que no se le ocurriera contársela. Eran

todas iguales.

—Pero estoy segura de que no tienes ganas de escucharla —farfulló Camilla sin mirarlo.

Se sintió un capullo.

—Pues claro que quiero —mintió.

Camilla se volvió hacia él.

—¿De verdad?

—Sí.

—Esta no habla solo de amor. Es la leyenda de la estrella alpina.

—¿La flor de la última pintura?

—Sí, es la flor de la montaña —le dijo, y se aclaró la voz como si fuera a recitar una poesía—. Había una chica, en la otra parte de la montaña. Se llamaba Marichka. Un día, mientras caminaba por el bosque, oyó una música preciosa, algo que no había oído nunca. Empezó a seguirla y la música la llevó más allá de las montañas, donde vivía Olexa. Olexa era un joven pastor que tocaba la trembita.

Teo levantó una ceja.

—Es un instrumento ucraniano, como la esposa del señor del castillo. Creo que la leyenda es de su tierra. Es como un cuerno alpino. —Camilla señaló el instrumento en uno de los frescos—. Cuando vio a Marichka, se le paró el corazón. No había visto nunca a una criatura tan bella. Comenzó a tocar la trembita con tanta maestría que las montañas cantaron con él. Los dos se enamoraron perdidamente. Pero no podían estar juntos.

—¿Por qué?

—Él tenía que cuidar a las ovejas y ella tenía que volver a su aldea —contestó Camilla—. Sin embargo, a pesar de la distancia, empezaron a soñar con un futuro juntos. Todas las mañanas, al amanecer, Olexa tocaba la trembita para Marichka. Ella, al otro lado de las montañas, oía aquella música y esperaba a que llegara el día en que pudieran volver a verse y estar de nuevo juntos. Se comunicaban a través de la música, ¿entiendes?

Teo asintió. Ahora sabía por qué aquella leyenda le gustaba tanto.

Camilla pasó al cuarto fresco y su voz asumió un tono grave.

—Pero un mal día, Marichka no oyó la trembita. Asustada, se puso en camino para buscar a su amado. Lo llamaba con toda la fuerza que tenía en el

cuerpo. El viento arrastró el lamento de Marichka hasta la aldea de Olexa. Todos oyeron su voz y se entristecieron, porque Olexa, aquella noche, había sido asesinado. Marichka no se dio por vencida y siguió buscándolo por sus adoradas montañas, llamándolo y llorando. Por cada lágrima que caía al suelo, nacía una flor nueva, una flor que nadie había visto jamás.

—La estrella alpina —murmuró Teo con la emoción de un niño.

—Se dice que solo los valientes pueden encontrar esa flor, que crece en la alta montaña. Y el que se la regala a su amada, tendrá el amor eterno —terminó Camilla absorta.

Estaba preciosa mientras le contaba la historia. Los ojos le resplandecían con una luz distinta. No lo había aburrido en absoluto.

—Qué bonito —susurró Teo.

—Es una pena que ya no se puedan coger las estrellas alpinas —dijo Camilla.

—¿Tú has visto alguna?

Ella afirmó con la cabeza.

—Tenemos una en casa, metida dentro de un diccionario. Nadie se acuerda de quién la metió ahí. Pero no, nunca he encontrado ninguna. Y eso que cuando se camina sobre Pianoalto se ven fácilmente. O eso dicen.

—A lo mejor algún día podríamos ir a buscarlas —le dijo Teo.

Camilla sonrió.

—Sería muy bonito.

«Idiota, da marcha atrás —le susurró una voz—. Antes de que sea demasiado tarde».

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos? —propuso Camilla.

Teo asintió. Volvió a mirar el último fresco, el de la estrella alpina y Marichka llorando. Intentó memorizar la flor, con aquellos pétalos blancos y el centro dorado.

La siguió hacia el coche.

—Camilla, espera.

Ella se volvió con los labios cerrados y mirándolo fijamente.

—¿Sí?

—¿Puedo conducir yo?

—¿Por qué? —Camilla frunció el ceño.

—Me gustaría probar tu Giuditta.

Camilla se encogió de hombros en señal de rendición.

—Vale. —Le dio las llaves—. Pero ten cuidado. Trata bien a mi pequeña joya.

Teo se puso al volante y pensó que, por lo menos aquella vez, había esquivado el peligro.

## EL PRIMER RESPLANDOR

—**D**ADO, SI NO TIENES GANAS DE TOCAR, DÍMELO Y no me hagas perder el tiempo.

Los hermanos estaban ensayando para el concierto anual de Santa Croce, que sería en noviembre. Iban a tocar la *Primavera* de Beethoven, una música que a Camilla le salía natural, mientras que a Davide le costaba mucho interiorizarla. Con su hermana, que tocaba tan bien, él siempre quedaba fatal.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Davide despegó los dedos del teclado. Camilla observó a su hermano, dos años menor que ella, y pensó que a veces era imposible saber qué se le estaba pasando por la cabeza.

—¿Qué es?

—No, nada... Vamos a intentarlo otra vez.

—No, ahora no. Pareces una momia. Todo lo contrario del sábado por la noche en la discoteca.

Davide la miró preocupado.

—¿Tú estabas allí?

—Sí, pero me fui enseguida.

Davide no contestó.

—¿Y entonces? ¿Me vas a contar qué te pasa o no? ¿Te has peleado con mamá?

La relación con su madre no era nada fácil. Era una mujer exigente y sus

hijos eran toda su vida. Pretendía el máximo de ellos. A Camilla le había costado mucho separarse de la voluntad de su madre y sabía que Davide estaba llegando a esa misma etapa. Si quería crecer, tendría que hacerle frente de una vez por todas y hacer valer sus derechos.

—No, por una vez, ella no tiene nada que ver.

—¿Te has enamorado?

—Qué va.

—¿Seguro? Se os veía muy juntos a Sonia y a ti.

—Sonia me gusta, sí..., pero no es eso.

—¿Tengo que seguir adivinando o puedo parar ya?

Camilla se sentó al piano, a su lado. Le resultaba difícil hablar con su hermano como si fueran amigos. Durante muchos años habían tenido los mismos amigos, pero siempre terminaban compitiendo. Davide era enérgico, leal e inteligente. Si fuera un instrumento, sería un piano. Siempre estaba dispuesto a bromear con todos, pero también a tranquilizar a los demás, con aquella voz que cambiaba según los estados de ánimo. Hasta hacía poco tiempo era muy alegre, como si fuera eternamente Navidad. Pero últimamente había cambiado. Parecía que su objetivo era sacar malas notas. Había abandonado sus intereses y se pasaba toda la tarde delante de la televisión.

—¿Y tengo que hablarlo contigo?

—No, también podrías contárselo al piano, pero no estoy segura de que te vaya a contestar.

—Vale, pero no quiero comentarios.

—De acuerdo.

Davide respiró hondo e intentó no mirarla.

—Es difícil explicar cómo te sientes cuando... cuando un chico viene a salvarte y solo consigues decirle «Gracias».

—No lo pillo —bromeó Camilla.

—Hace tiempo volvieron a darme una paliza en el colegio. No soy un santo, me lo merecía, creo, o me lo busqué.

—¿Quién?

—Gabriele y Massimo. Cuando pasé por delante de ellos les dije «Capullos» o algo así, no sé por qué.

—Porque te gustan las broncas, lo habrás sacado de mamá. ¿Y qué pasó

después?

—La emprendieron conmigo. Los profesores hacían como si nada, en parte porque ya nos han dicho que estas cosas tenemos que resolverlas nosotros solos y en parte porque..., bueno, ya sabes quién es Gabriele.

Camilla asintió. Todo el mundo sabía que al hijo del alcalde no se le podía tocar.

—Sabía que después se cansarían. La verdad es que ni siquiera me habían hecho tanto daño, pero llegó un chico que no conocía...

Camilla empezó a ponerse nerviosa.

—¡Tendrías que haberlo visto! ¡Los dejó fuera de combate en menos de cinco segundos, te lo juro! O sea, tan intocables y...

—¿Qué quieres decir, Dado?

—Solo estoy diciendo que me gustaría ser como él. Exactamente así. Que si quiero darle un puñetazo a alguien, lo hago. Y en cambio soy una mierda, Cami, mírame.

Camilla no podía negarlo: su hermano no tenía precisamente un gran físico. Pero en aquel momento, aquello no era lo que más le preocupaba.

—¿Y el que te defendió..., no será uno alto, musculoso, con el flequillo así... y pinta de caradura?

—Es una descripción perfecta.

—¿Y sabes cómo se llama?

—Teo —dijo su hermano—, ¿por qué?

Camilla se quedó de piedra al oír el nombre. ¿Era solo una coincidencia?

*Puede que el destino no exista; pero si existe, tiene un gran sentido del humor.*

—Después del colegio, aquel día, Sonia volvió a casa con él —continuó Davide ante el silencio de su hermana.

Aquello la enervó aún más. Volvió a pensar en cómo Teo le había mirado el trasero en el Monkey.

—¿Y eso?

—Pues no sé. Se pusieron todas a hablar de él y todas decían que les gustaba. Y ya sabes cómo es Sonia, se le metió en la cabeza que tenía que conocerlo. Al día siguiente, en clase, la oí hablar de él. Les estaba diciendo a las otras que de cerca no está tan bien y que encima es antipático.



—En eso tiene razón.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque lo conozco —contestó evasiva.

—Ese es un tío guay, Cami, no me puedo creer que vaya detrás de ti.

—Gracias por la estima, Dado. De todas formas, no va detrás de mí, tranquilo. Y no tengo ninguna intención de volver a salir con él.

—O sea, ¿que no te hace ni caso? —se burló Davide.

—¡Soy yo la que piensa que es un idiota, igual que todos los que tienen menos de veinticinco!

Camilla casi había gritado. Davide la miraba con una sonrisilla maliciosa.

—Sí, sí, ya —dijo.

—Pero me alegro de que te haya defendido —añadió Camilla—. Aunque te lo merecieras, nadie puede ponerle las manos encima a mi hermanito. Pero ¿se puede saber por qué te has vuelto tan... aburrido?

Davide la miró con el ceño fruncido.

—No, lo digo en serio, Dado, ya no te reconozco.

Davide abrió la boca para decir algo, pero después hizo un gesto con la mano como si quisiera restarle importancia.

*Hay espacios en nuestra mente que cuando los rozas, vibran; pero si insistes, pueden llevarte a la destrucción.*

—¿Seguimos tocando? —le preguntó mientras sacaba otra partitura.

Camilla asintió y se colocó el violín debajo de la barbilla. Ahora era ella la que estaba distraída. Pensaba en Teo y en Sonia, y sin un motivo en particular, se sentía molesta. ¿Se había presentado él o lo había seguido ella? ¿Quién era Teo realmente y por qué había defendido a Davide? Volvió a pensar en aquella especie de cita que ella le había dado. No habían vuelto a verse desde entonces. Se acordó de cuando estaba agarrado al asiento, con la mirada clavada en la carretera. De vez en cuando le miraba las piernas de reojo. No tuvo el valor de decirle que conducía fatal. Cualquiera otro se lo habría dicho, pero él no. No le había dicho nada, como si no quisiera ofenderla. Pero cuando se despidieron no le pidió el número. No dijo nada. Se bajó del coche echándose a un lado aquel flequillo maravilloso y se limitó a decir: «Pues ya nos veremos, ¿vale?».

Y Camilla volvió a pensar que no, que él no iba buscando nada. La verdad

es que ella tampoco sabía muy bien qué era lo que quería, pero el hecho de que Teo no intentara nada con ella ni hiciera ningún tipo de comentario le sulfuraba. Se había prometido a sí misma que no volvería a salir con él ni aunque Jessica se lo pidiera de rodillas. Al diablo Teo, su flequillo y sus abdominales de modelo. Había muchos como él.

Sencillamente, lo olvidaría, como había olvidado a todos los que había conocido y no habían dejado ni rastro en ella. En realidad, ninguno lo había conseguido. Ella era dueña de sus emociones y no una esclava del deseo. Y con él no sería distinto.

*Pero es imposible detener una tormenta, aunque solo se atisbe el primer resplandor.*

## **El Moleskine de Camilla**

2 de abril

Tiempo: el sol juega al escondite detrás de las nubes.

Tiempo en mi interior: alguna nube pasajera.

Viento de hoy: foehn. Cuando llega este viento, entran ganas de desnudarse. Trae calor y preocupaciones, hay quienes dicen que también trae enfermedades. En San Francisco lo llaman el viento del diablo. Yo me lo imagino como un niño caprichoso que quiere meter las manos donde no debe y se divierte tomándonos el pelo. Solo hay que mirar para otra parte y hacer como si no estuviera ahí, y al final se cansa y se va.

Cosas que hacer hoy: lista de la compra para la fiesta de cumpleaños. Media hora de cuerdas dobles aprovechando todo el espacio del arco, como dice Roberto.

18 h: cera.

Puede que Jessica tenga razón. Debería dejar de pensar en Roberto sin hacer nada. O sea, ponerlo entre la espada y la pared. Pero no puedo. Me da demasiado miedo que me rechace. Él tiene todo lo que siempre he deseado en un hombre. Roberto es perfecto. Me acuerdo de cuando lo conocí, mientras

subía las escaleras del conservatorio. Todavía no sabía que iba a ser mi profesor. Se me cayó una partitura y él la recogió del suelo y se ofreció a acompañarme a mi clase. Cuando se dio cuenta de que me dirigía a la suya se quedó boquiabierto. Siempre es algo inocuo lo que nos cambia la vida.

    Mi cumpleaños es dentro de unos días. Quién sabe, a lo mejor los veinte me traen suerte.

CUANDO TE DAS CUENTA  
DE QUE LLEVAS UNA ESPINA EN EL CORAZÓN

— **E**NTONCES, ¿CÓMO TE VA CON CAMILLA?  
Teo casi se atraganta con la cerveza.  
—¿Eh?

—Sé que te gusta —insistió Nino—. Se nota por cómo la miras.

Estaban sentados en una de las mesas de la terraza del bar La Vespa. Jessica y Camilla estaban en la barra y llevaban media hora hablando entre ellas. Teo se esforzaba por no mirarlas, pero evidentemente su amigo se había dado cuenta. Nino era de los que buscan siempre compañía y huyen de la soledad como si fuera la peor enfermedad. Teo lo notó enseguida. Normalmente no le gustaban las personas así, porque eran todo lo contrario de lo que él quería ser. Sin embargo, él le caía bien y lo apreciaba desde el primer día. Se veía que era buena persona y sabía hasta qué punto podía insistir. No violaría su deseo de libertad. Estaba seguro.

—¿Qué pasó cuando salisteis juntos?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Le has pedido el número?

—No.

—¿La has añadido en Facebook?

—No estoy en Facebook.

Nino arrugó el entrecejo.

—¿En serio?

—Sí.

—Eres mi primer amigo sin Facebook. Felicidades —le dijo, y le dio una palmada en la espalda—. Por lo menos le habrás pedido salir otro día, ¿no?

Teo alargó los brazos para dar a entender que ni siquiera se le había ocurrido.

Nino entrecerró los ojos y lo miró.

—O de verdad no te gusta o eres de los que no necesitan pedirlo —dijo.

Teo le mostró una sonrisa cómplice.

—Lo segundo, ¿verdad? Pues ten cuidado, porque con Camilla no funciona, ¿eh?

Teo suspiró.

—No tengo nada con Camilla, Nino, de verdad. Yo no estoy buscando una historia. Estoy en esa fase... en la que solo necesitas divertirte. Y no creo que Camilla esté en esa situación, nada más.

—¿Crees que si estás con alguien no te diviertes? —preguntó Nino.

Teo se acordó de que su amigo llevaba tres años con Jessica.

—Yo no he dicho eso. Creo que estar con alguien puede tener sus ventajas, pero ya sabes cómo es esto, ¿no? Pasar de una a otra, no tomarse las cosas seriamente...

—¿Y tú crees que Camilla te tendría cogido con la correa?

—No lo sé, ni siquiera lo he pensado.

—¿Sabes? Yo creo que ella tampoco está buscando una historia. Entiendo que no quieras herir a nadie, pero... el amor es imprevisible. Míranos a Jessica y a mí. Desde luego, no pensábamos que íbamos a durar tanto. Pero no hemos puesto obstáculos a nada. Empezó como tú dices, solo queríamos divertirnos un poco juntos.

—¿Y qué pasó después?

—Me di cuenta de que no me importaba lo de no poder pasar de una a otra. Entendí que no podía estar sin ella.

En ese momento, Camilla, que estaba sentada un poco más allá con Jessica, levantó la mirada del Crodino y sus ojos verdes buscaron los de Teo. Él se paró un instante a mirarla y sonrió.

—¿Ves? A eso me refiero —siguió diciendo Nino.

—Mira, Nino, os respeto muchísimo a Jessica y a ti. Sois extraordinarios,

de verdad. Pero lo mío es distinto. No quiero atarme a nadie.

Nino puso cara de no entender.

—Me gusta estar solo —dijo Teo—, no quiero líos.

—¿Estás diciendo que no quieres salir con nadie?

—No, estoy diciendo que no voy a salir con Camilla.

Como para demostrar lo que acababa de decir, buscó la cabeza rubia de Sonia, que acababa de entrar con una amiga. Estaba dispuesto a pedirle el número para que Nino lo entendiera, pero no la encontró y su mirada volvió a caer en Camilla, que se había girado y estaba riéndose por un chiste de Jessica.

*Siempre es demasiado tarde cuando te das cuenta de que llevas una espina en el corazón. El amor, cuando llega, no toca al timbre.*

—Por lo menos irás a su cumpleaños, ¿no?

—No me ha invitado.

Nino sonrió.

—Pero lo hará, ya verás. Estoy seguro de que te invitará.

Camilla intentaba ignorar a Teo, aunque tampoco es que lo consiguiera del todo. Ya era la tercera vez que se cruzaban sus miradas. Cuando vio que Sonia se acercaba a saludarlos, se le encendió la cara. Jessica se volvió.

—Rival en acción —le dijo.

—¿Rival? Si hay algún rival está en Milán, en alguna parte.

—Espero que no te refieras al profesor. Por lo menos, no con esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La misma que tenía Nino antes de decirme que estaba enamorado.

—Jessica, de verdad que te equivocas, ya no sé cómo decírtelo.

—¿Te acostarías con él?

—Y tú, ¿te acostarías con él?

—Pregunta tabú. Ya has salido una vez con él, así que está fuera de mi alcance. Además, yo ya estoy con Nino. Así que dos veces no, ni aunque fuera el último hombre que quedara en la tierra.

—Yo sí.

Jessica abrió la boca.

—¿Qué pasa? —preguntó Camilla riéndose.

—Nunca te había oído hablar así de ninguno.

—¿No eras tú la que decías que me estaba arriesgando a convertirme en una vieja solterona?

—Sí, pero...

—Es que después de unas cuantas desilusiones, una se cansa, ¿no? Por lo menos, con los de nuestra edad solo habría que esperarse un poco de sexo.

—No estoy de acuerdo.

—Porque tú has encontrado la excepción. Yo me he llevado algunos palos, Jes, y ya lo he entendido. Si tuviera que enamorarme de alguien, no podría ser de mi edad.

—¿Por qué? ¿Crees que después de los veinticinco mejoran?

—Sí.

—Pues a mí me parece una chorrada, pero bueno...

Jessica vio que Teo había sacado el teléfono y estaba guardando el número de Sonia. Nino se volvió hacia ella y movió la cabeza. Cuando Camilla los miró, Sonia se estaba alejando.

—El sábado es tu cumpleaños —le dijo Jessica mientras le cogía la mano.

—Y voy a celebrarlo a lo grande, no te preocupes. Dado y yo hemos convencido a mis padres. ¡Daré una fiesta en casa!

—¡Qué guay! ¿Como las americanas?

—Más o menos. Mis padres se van a ver a unos amigos a Trento.

—Tus padres son increíbles, de verdad.

Camilla no dijo nada. No se llevaba muy bien con su madre, pero desde luego no podía quejarse. Los padres de Jessica estaban separados y su padre se había ido a Irlanda a vivir con otra.

—Nos lo pasaremos muy bien —le prometió.

—Todavía no sé qué regalarte —le confesó Jessica—, así que, si me das una idea...

—No quiero que me regales nada, Jes, ya lo sabes.

—Ya, pero algo encontraré. Llevamos haciéndolo desde que teníamos siete años. Y esta vez me gustaría que fuera algo especial. ¿Una ayudita?

Camilla se rio.

—Venga ya, me da corte.

—Vale, cierra los ojos.

—¿Eh?

—Cierra los ojos y dime qué te gustaría que te regalaran si pudieras tener todo lo que deseas.

—¿Eso también os lo enseñan en Psicología?

—No, pero lo estoy intentando. Piensa en lo que primero que se te ocurra.

—¿Lo primero? ¿Como qué?

—¿Dónde te gustaría estar ahora?

Camilla sonrió.

—Agua.

—¿Cómo?

—Veo agua. Mucha agua. Tal vez el mar.

—¿Qué más?

—Estás tú.

—Me refiero a lo que ves.

—Estás tú, aquí dentro.

—¡Parece una cosa de lesbianas!

—Venga, Jes, que lo digo en serio.

—¡Vale! ¡Ya se me ha ocurrido tu regalo!

—¿Un bikini?

—¡Mucho mejor!

—¡Quiero saberlo! ¿Una entrada para el *spa*?

—¡No querréis ir al *spa* otra vez! —exclamó Nino mientras se apoyaba en el hombro derecho de Jessica.

—¿Cuándo habéis llegado vosotros dos? —protestó Camilla.

—Te alegras de verme, ¿eh? —bromeó Teo.

Camilla no se lo esperaba.

—Hola, Teo. Es verdad, ya hace tiempo que no nos peleamos.

Se intercambiaron una mirada cómplice. Camilla esperó que nadie se diera cuenta del efecto que le causaba aquel chico. En cuanto estaba a pocos metros de ella, empezaba a sentir calor. Se le sonrojaban las mejillas y se le quedaba seca la garganta. Era exasperante. Algo empezaba a revolotearle en el estómago. No podía pensar. A lo mejor podría invitarlo a la fiesta, emborracharlo y encerrarlo en su cuarto. Si lo hacían, aunque solo fuera una



vez, a lo mejor dejaría de sentirse tan atraída.

—¿Queréis tomar algo más? —estaba preguntando Nino.

Camilla negó con la cabeza. Teo se mordió el labio inferior y le lanzó otra mirada.

*Ciertas miradas dicen más que mil palabras. Cuando alguien te desnuda con los ojos, y es algo que solo sabéis vosotros dos, te quedas desnuda, pero solo frente a él.*

Camilla se recogió el pelo con las manos y lo mantuvo un segundo por encima de la cabeza resoplando. Hasta Nino se había dado cuenta de que estaba nerviosa. Teo se sentó al lado de Camilla, que percibía su inconfundible olor. Sus manos estaban a un milímetro la una de la otra.

—Estás roja —le dijo Teo.

—Hace calor —contestó Camilla cruzando los brazos.

—A lo mejor soy yo el que te produce ese efecto.

Nunca lo había oído hablar así. Tal vez se había bebido una cerveza de más. Acercó la rodilla al muslo de Camilla. Aquel contacto la estaba poniendo a mil.

—Lo siento, pero no soy ese tipo de chica.

—¿Qué tipo de chica?

—De las que se excitan cuando se les provoca.

—No te estoy provocando —dijo Teo, y le acercó los labios al oído—. Pero estás más guapa cuando te pones colorada.

Lo estaba haciendo aposta. Estaba ligando con ella delante de Nino, que lo observaba y parecía confundido. Pero ¿por qué no lo había hecho cuando salieron solos? Todo aquello la confundía y no prometía nada bueno.

Teo sonrió y le dijo al amigo:

—Bueno, tengo que irme. Ya hablaremos, ¿vale? Hasta pronto.

Cuando se fue, los otros dos la miraron sonriendo.

—¿Qué pasa? —protestó Camilla.

—Estáis hecho el uno para el otro —bromeó Nino—. Acababa de decirme que no quería ligar contigo, pero en cuanto te ha tenido más cerca no ha podido resistirse.

—Es odioso —replicó Camilla.

—Pero te gusta —insistió Nino mientras miraba a Jessica con

complicidad.

—Que no —rebatió Camilla levantando el tono de voz.

Pero después, cuando los otros dos no miraban, se llevó la mano a la oreja como si quisiera buscar algún rastro de él.

## MINÚSCULAS GOTAS DE FELICIDAD

**S**E HABÍA VUELTO LOCA. ¿LO HABÍA HECHO DE VERDAD?  
Volvió a abrir la conversación de WhatsApp.

«¡Hola! Soy Camilla, ¿cómo estás?».

Él contestó al medio minuto.

«¡Hola! Bien, ¿y tú? Estoy trabajando».

Camilla escribió muy deprisa para que no le diera tiempo a cambiar de idea.

«Mira, el sábado doy una fiesta por mi cumpleaños. ¿Quieres venir?».

Teo leyó el mensaje a las diez y veinticinco y no había contestado todavía. Camilla entró en el conservatorio y resopló. No podía ir a clase estando así. El viaje en tren siempre la dejaba como atontada. El olor del asiento se le pegaba al pelo, por más que pusiera la chaqueta en el respaldo para protegérselo. Volvió a mirar el teléfono. Ninguna respuesta. Hasta se lo estaba pensando, el señorito, en vez de alegrarse porque lo invitara a la fiesta a pesar de todos sus esfuerzos por resultar tan odioso. Además, si hubiera sido por ella, solo por ella, no lo habría invitado; o vale, a lo mejor era solo una excusa, pero la insistencia de su hermano fue lo que de verdad la convenció. Se lo pidió la noche anterior, diciendo que le gustaría poder hablar un rato con su salvador.

«¿Estás seguro?», le dijo Camilla.

«Si a ti no te importa», se apresuró a contestar Davide.

«¿Has hablado con Jessica?».

Él le dijo que no. Era sincero. Camilla siempre se daba cuenta cuando su hermano le estaba mintiendo y esta vez era verdad. Y como Jessica también le estaba insistiendo para que invitara a Teo y Nino la estaba matando a mensajes con cualquier tipo de excusa, al final la convencieron. Nino le dio el número y aquella mañana hizo la grandísima estupidez de escribirle.

Odiaba tener que esperar la respuesta. Odiaba su imagen de perfil, con el pendiente en primer plano y aquella sonrisa idiota. Parecía que se estaba burlando de ella con aquella foto. Odio en estado puro.

Se retocó el maquillaje frente al espejo del servicio. Pero ¿para qué se lo pensaba tanto? Si no quería ir, solo tenía que ponerle cualquier excusa. Y si iba a decirle que sí, que se lo dijera ya, ¿no?

Miró el reloj. No se había dado cuenta, pero llegaba un cuarto de hora tarde. Cruzó el pasillo corriendo y empujó la pesada puerta de madera del aula de Roberto. La clase anterior no había terminado todavía. Camilla se sentó, jadeando, y empezó a preparar el violín. Montó el soporte de hombro y engrasó el arco. Roberto se volvió a mirarla y sonrió. Desde que entró, el chico que estaba tocando no daba una. Camilla percibía su tensión. Tenía que ser difícil, para un principiante, saber que lo estaba escuchando una violinista casi profesional. Tenía ya doce años y estaba haciendo un ejercicio de segundo. Seguramente, para él ya era demasiado tarde.

Camilla se concentró en Roberto. Su Roberto. Era sin duda un violonchelo. La voz cálida, la mirada seductora, el perfume de jazmín que le emanaba directamente de la piel. Como un violonchelo, Roberto era armonioso y de gran valor. Cada uno de sus gestos era una nota cálida que la alcanzaba para seducirla, para hacerla entrar en otro mundo.

Le miró el trasero y se horrorizó al darse cuenta de que lo estaba comparando con el de Teo. Pero su profesor era distinto, solo tenía que abrir la boca para hechizarla. No importaba que el físico diera ya alguna señal de madurez. ¿Madurez? Se estaba dejando influir por Jessica. Roberto no era viejo. No había ni un pelo blanco en mitad de aquella espesa melena negra.

Le tocaba a ella. El chico salió corriendo y Camilla se puso de pie.

—Hola, Camilla —dijo Roberto—. ¿Va todo bien?

Eso sí que era el principio de una conversación decente, no los medio saludos del otro idiota.

—Todo bien, Roberto, gracias. ¿Por dónde empezamos?

—Por las cuerdas dobles, naturalmente. Quiero comprobar una cosa.

Camilla abrió la partitura y se concentró en el difícil ejercicio que Roberto le había dado la última vez. Intentó poner en práctica los consejos que le había dado sobre la postura y al mismo tiempo no perder de vista las notas. Había practicado tanto que ni siquiera necesitaba mirar la partitura. Roberto la observó con una media sonrisa y solo le tocó el brazo una vez. Para como solía ser, ya era todo un éxito.

—Camilla, ¿qué te puedo decir? Has avanzado mucho. Estoy muy contento.

—Yo también —dijo ella rebosante de felicidad.

—Vamos a seguir adelante con el resto y después hablamos —apremió él.

¿De qué tenían que hablar? Normalmente, cuando terminaba la clase él le daba los ejercicios que tenía que hacer y, si todo había ido bien, tocaban algo los dos. Él siempre le dejaba la parte del primer violín. Camilla estaba tocando estupendamente, pero después de oír sus palabras, perdió toda la concentración. Solo quería que terminara la clase para descubrir qué era lo que Roberto le quería decir.

—Siéntate, Camilla —le dijo al final—. Todavía tenemos tiempo.

Camilla se sentó a su lado.

—Lo he estado pensando mucho estos días y no estaba seguro, pero hoy has tocado tan bien que ya puedo decírtelo.

Camilla respiró hondo.

—¿Decirme qué?

—Que estás preparada para el diploma, pequeña.

*Pequeña.* La había llamado pequeña. El resto no importaba. Era la primera vez que se atrevía a tanto. Camilla le sonrió y no dijo nada.

—¿Estás contenta?

—¡Pues claro! ¡Es una noticia fantástica! No me lo esperaba tan pronto. Claro que estoy contenta. ¿Y cuándo... cuándo sería el examen?

—En septiembre. Para septiembre estarás lista, e incluso antes.

—Me concentraré en esto con todas mis fuerzas, Roberto. Haré todo lo que sea necesario.

—Lo sé. Has mejorado todavía más. Quiero que creas en ti misma. Te falta solo esto y después todo será perfecto. Tienes que olvidar el pasado y seguir

adelante, ¿me entiendes? En cuanto te diplomes, te llevaré a hacer alguna audición. Creo mucho en ti. Eres mi mejor alumna. Estoy seguro de que te espera una espléndida carrera.

Perfecto. Se estaban mirando a los ojos. Camilla creyó que iba a besarla. Se inclinó un poco hacia delante, pero Roberto se levantó y fue a coger su maletín.

—Tengo que darte una cosa antes de que lleguen los demás —se justificó; sacó un paquete pequeño y se lo dio.

—Roberto, yo...

—Feliz cumpleaños, Camilla. Es pasado mañana, ¿no? Quería dártelo ahora porque no nos veremos...

Camilla se le acercó para darle un beso. Roberto puso la mejilla, pero a ella le dio la sensación de que vaciló un instante. La abrazó un momento, poniéndole las manos en las caderas. Tenían los labios a pocos centímetros de distancia. Camilla notaba su respiración.

Después la soltó.

—¿Tocamos algo?

Camilla asintió.

—Gracias por el regalo. Te mandaré un mensaje en cuanto lo abra.

Empezaron a tocar. Camilla estaba segura de que se estaban mirando a los ojos más de lo necesario. O por lo menos, más de lo que conviene entre una alumna y un profesor. Le había hecho un regalo por su cumpleaños y había querido dárselo antes de que llegaran los demás. Si eso no era una señal, ¿qué era? ¿Qué diría Jessica, ahora?

En cuanto salió del aula, abrió el regalo. ¡No estaba dispuesta a esperar hasta el cumpleaños! Rompió rápidamente el papel de regalo. Eran unos pendientes con forma de violín. Eran preciosos. Tuvo la tentación de esperarlo hasta que terminara la última clase y preguntarle si podía pasar la noche con él. Nadie, ni su mejor amiga, habría podido hacerle un regalo mejor. Mientras estaba allí, delante de la puerta, sacó el móvil del bolso. Tenía dos mensajes. Uno era de su madre, que le preguntaba cómo había ido la clase. De tanto pensar en Roberto se le había olvidado la gran noticia que le había dado: ¡estaba preparada para el diploma! Solo faltaban unos pocos meses para que su carrera de violinista diera un paso adelante. Decidió dejarla esperando. Ya

le contaría más tarde la buena noticia. El otro mensaje era de Teo.

«¡Pues claro! ¡Allí estaré! Perdona el retraso, estoy trabajando...».

Camilla esperó otra media hora delante de la puerta, pero cuanto más tiempo pasaba, más ridícula le parecía la idea. A fin de cuentas, no había sucedido nada. Solo era un regalo de cumpleaños. No le había dicho que estaba enamorado de ella ni nada por el estilo. Tal vez se lo dijera algún día, y entonces Jessica se iba a enterar. Pero no podía forzar las cosas. Tenía que tener paciencia.

Se encaminó hacia la parada del autobús y volvió a leer el mensaje de Teo.

«¡Allí estaré! Perdona el retraso...».

*Por lo menos, por una vez en la vida, había sido agradable. No se dio cuenta hasta que no se vio reflejada en un escaparate: tenía el móvil en la mano y estaba sonriendo. La felicidad está hecha de cosas pequeñas. Un abrazo, un pequeño regalo, una amiga con la que criticar o un breve mensaje que dice «Allí estaré».*

## FELIZ CUMPLEAÑOS, CAMILLA

ÉL YA SOSPECHABA QUE CAMILLA ERA RICA. ERA INÚTIL que intentara disimular vistiendo en plan alternativo. Había algo en su forma de comportarse que hacía intuir inmediatamente que sus padres tenían dinero. Pero cuando Teo cruzó la cancela de Villa Lanfranchi se quedó boquiabierto. Entró en un jardín inmenso, muy cuidado y decorado con cintas de colores para la ocasión. La casa de Camilla estaba fuera de Santa Croce, cerca del bosque, pero lo bastante en alto como para tener vistas al valle. Parecía una boda, más que una fiesta de cumpleaños. Una mesa enorme con vistas al río, a la que había sentadas por lo menos sesenta personas, estaba colocada frente a la entrada principal y unos jóvenes vestidos de camareros estaban sirviendo los entrantes. Teo vio un equipo estéreo al lado de una fuente con forma de niño. Bailarían al aire libre. También vio a Jessica y Nino en el otro extremo de la mesa, pero no veía a Camilla por ninguna parte. Jessica lo llamó con un gesto. Ya se estaba dirigiendo hacia allí cuando una mano lo agarró de la muñeca.

—Hola —dijo Sonia—. No me escribiste, al final.

Ah, ya, Sonia. Le había pedido distraídamente su número en el bar, pero sin intención de usarlo realmente. Solo por si acaso. Sonrió al pensarlo. A veces era un cabrón.

—Hola... He estado muy liado.

—Teo, ¿vienes? Te van a quitar el sitio —gritó Jessica.

Se despidió dándole un beso en la mejilla y se dirigió hacia sus amigos.



Sonia parecía decepcionada.

—¿Qué hacías con Sonia? —protestó Jessica.

—Nada. ¿Dónde está Camilla?

—Se ha ido con su hermano a buscar más vino.

Teo notó que todo el mundo lo estaba mirando y de pronto se dio cuenta de que Camilla presidiría la mesa, a su lado.

—¿Por qué me has puesto aquí? —protestó digiriéndose a Nino.

—Así no tendrás que levantarte cuando le demos el regalo.

Qué excusa más tonta, y además, el regalo era precisamente lo que más le preocupaba. Nino había insistido tanto en que participara él también que no estaba seguro de que a Camilla le gustara la idea. Jessica se había empeñado en regalarle un fin de semana para dos personas en el lugar que ella eligiera de los que salían en el catálogo. Era uno de esos horribles regalos ya programados por otras personas. La amiga estaba convencida de que Camilla quería ir a la playa.

La voz de Camilla los alcanzó antes de que pudieran verla. Se volvió y vio que estaba bajando las escaleras de la entrada principal junto con un chico bajo y rubio que apenas podía tirar de una caja de vino. Ella no hacía nada por ayudarlo. Llevaba un vestido verde sin tirantes y ajustado en el pecho. El pelo, suelto y muy liso, le llegaba hasta la cintura. Llevaba unos tacones tan altos que Teo pensó que no eran muy estables.

—¿Ese es el hermano de Camilla? —exclamó.

—Sí, ¿por qué? —contestó Jessica distraída mientras se echaba algo de beber.

Teo no podía creérselo. Era el chico que había defendido en el patio del colegio. Le pareció una extraña coincidencia. Primero conoció a Camilla y después a él. Había algo que le turbaba en todo eso.

—Lo conozco.

—Ah, ¿sí? ¿De cuándo?

—Bueno, no es que lo conozca. Se estaba peleando con otro, el hijo del alcalde...

—¿Le estaba pegando a Gabriele? —exclamó Jessica sorprendida.

—Bueno, más bien era Gabriele el que le estaba pegando a él.

Jessica hizo un gesto con la mano, como diciendo que esa versión de los

hechos era mucho más creíble.

Camilla no fue directamente hacia ellos. Estaba de pie, saludando a unos y otros, dando sorbos a su copa de vino y sonriéndoles a todos. Parecía muy feliz.

Cuando por fin se sentó, Teo intentó adivinar su reacción al verlo a su lado.

—Hola —le dijo, y sonrió.

Nunca la había visto tan guapa.

—Hola —contestó él. Esperaba que ella hiciera algún comentario arisco, pero no lo hizo.

Camilla empezó a charlar con Jessica; el tema era el vestido de una tal Serena, que Camilla había invitado porque ella estaba «por encima de esas tonterías». Teo empezaba a sentirse incómodo. A su lado había un chico alto y musculoso que no conocía y que ni siquiera se presentó. Menos mal que estaba Nino, que lo miró señalando a Jessica y levantando los ojos al cielo, como diciendo que no la soportaba. Teo se rio.

Camilla también se estaba riendo. Demasiado, tal vez. Parecía un poco achispada.

Entre el primero y el segundo, a Teo se le agotó la paciencia. Se había fumado tres cigarros y se estaba muriendo del aburrimiento. Camilla no le había dirigido la palabra. Prefería hablar con Jessica. Nino había agotado los temas de conversación. Todo estaba saliendo mal, aunque no es que él necesitara compañía. Se sentía solo entre toda aquella gente rica y sonriente, aunque tampoco es que fuera por eso. Sabía que él era distinto y se sentía orgulloso de ello.

Alguien le dio unos golpecitos en el hombro.

—Hola —le dijo, y se sentó a su lado.

Era Davide, el hermano de Camilla. Al tenerlo cerca notó que tenían los mismos ojos.

—Ah, hola —dijo Teo sorprendido—, ¿cómo estás?

—Bien. Me alegro de que hayas venido.

¿Por qué todos le decían lo que él esperaba que le dijera Camilla?

—Gracias, es una fiesta estupenda —contestó.

—¿De dónde eres? —preguntó Davide.

—De un pueblo que hay cerca de Nuoro —dijo Teo.

Habría preferido no someterse a un interrogatorio.

—¿Y cómo es que te has venido aquí?

Aquel chico no se daría por vencido. Tenía que hacer algo. No quería contestar a sus preguntas. Si Davide insistía demasiado, con la curiosidad, terminaría levantándose de pronto por la rabia. Apretó los dientes.

—He venido por trabajo —dijo, y miró a su alrededor buscando una excusa.

—Ah, ¿para siempre, entonces?

—No lo sé... Mira, tengo que ir al servicio. ¿Por dónde está?

Había logrado evitar una ráfaga de preguntas. E incluso mantener una cierta calma. Dejó que el agua del grifo le corriera por la cara. Cuando se miró en el espejo se dio cuenta de que se le había mojado el pelo. Tenía el flequillo pegado a la frente. Cuando se trataba del pasado, Teo no conseguía razonar. Su propia cara le asustó.

*En los ojos de quienes sufren siempre hay un mundo lleno de fantasmas.*

No quería volver a pensar en aquello, pero cualquier cosa lo hacía volver allí, a Budoni y a todo lo que representaba para él. Su vida. Su infancia infeliz y la adolescencia irremediabilmente destrozada. Si hubiera podido volver hacia atrás..., tal vez habría actuado igual. Ciertas reacciones no se controlan. No olvidaría jamás la mirada de Michele, las habladurías de la gente, el sonido de aquella ambulancia. Hay errores que permanecen en ti como cicatrices.

En el cuarto de baño entró un chico completamente borracho y se fue hacia él adrede. Teo apretó los dientes. «Tranquilo —se dijo—. Esto no tiene nada que ver contigo. No hagas nada».

—Eh, amigo, si no vas a mear, vete —le dijo el otro balanceándose otra vez en su dirección.

Teo se apartó para esquivarlo. El chico se golpeó con el lavabo. Se volvió hacia él e intentó pegarle. Teo se apartó de nuevo. «Esta noche no», pensó.

—Compórtate y déjame en paz —le dijo al chico, que estaba a punto de dejarse caer hacia él, y salió dando un portazo.

La situación había cambiado. Habían puesto música y unas luces psicodélicas relucían sobre los más valientes, que se habían lanzado a la pista

de baile. Camilla estaba entre ellos, con Jessica. Apenas se movía, de lo concentrada que estaba en sujetarse el vestido al pecho y no caerse de los tacones. A Teo le gustaba más en la versión pantalones cortos y *sneakers*. Ella y su precioso trasero atraían las miradas de muchos invitados. Y también la de Davide, notó Teo al verlo bailar con ella.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Nino—. ¡Queremos darle el regalo!

—¿Ahora?

—Jessica cree que es mejor dárselo antes —le explicó.

—¿Antes de qué?

—Antes que los demás.

Camilla se dirigió hacia la mesa dando tumbos.

—Por poco no me caigo en la pista —los informó mientras se sentaba evitando la mirada de Teo.

—No puedo esperar más —dijo Jessica, y sacó un paquete del bolso—. ¡Felicidades!

—Gracias —contestó Camilla arrugando la frente.

No se esperaba aquella cosa cuadrada y tan pequeña, Teo se lo leyó en los ojos.

—Es de parte de Nino, Teo y mía.

Aquello tampoco se lo esperaba.

—Gracias —repitió, y esta vez lo miró a él también.

Aquel «Gracias» le llegó al corazón y por un instante pensó en todas las cosas que podría hacer por ella con tal de sentirse otra vez así.

Cuando abrió el regalo, Camilla se quedó aún más asombrada.

—Pero ¿estáis locos? —protestó apretándole la mano a Jessica.

—Te he sorprendido esta vez, ¿eh?

—Estáis locos de verdad —repitió Camilla.

—Ha sido idea de Jessica —dijo Nino.

—De eso no me cabe duda.

—Entonces, ¿adónde quieres ir? —apremió Jessica.

—¿Tengo que decidirlo ahora?

—Claro. Y también tienes que decidir a quién te vas a llevar.

Teo fulminó a Jessica con la mirada. Él había dado por hecho que Camilla

podría utilizar aquel regalo como quisiera. En cambio, Jessica estaba pilotando la situación.

—Venecia —susurró Camilla, que ya se imaginaba las góndolas.

A Teo le habría gustado decirle que era una elección estupenda.

—¿Venecia? —soltó Jessica.

—¿No hay bastante agua? —bromeó Camilla.

—Tú eliges —rebatió la amiga.

—Y la persona con la que quiero ir...

En aquel momento Teo temió que Camilla lo señalara. No podría decirle que no.

—Eres tú —le dijo Camilla a Jessica.

Teo respiró.

—Perfecto —dijo Jessica—. Iré. Pero me llevaré a Nino.

—¿Qué? —dijo Camilla sorprendida.

Teo pensó que si un amigo le hiciera algo así el día de su cumpleaños, le daría un puñetazo en la cara.

—Venecia es una ciudad romántica. No puedo ir la primera vez sin Nino. Es un viaje inolvidable. Teo, tú irás con Camilla, ¿vale?

—¿Cómo? —dijo Teo agarrando con fuerza el borde del mantel. No le gustaba que la tratara así. Nadie podía decidir por ella. Jessica lo estaba echando todo a perder—. No —contestó, y en cuanto lo dijo se dio cuenta de que la sonrisa de Camilla se estaba apagando—. O sea, yo iría, pero solo si tú quieres...

Camilla apretó los labios y Teo pensó que se iba a poner a llorar.

—Pues claro que quiero —contestó Camilla—, pero no quiero obligaros a ninguno, ya os habéis gastado mucho en esto...

—No te preocupes —la tranquilizó Jessica—, el dinero no es un problema.

Teo estaba alucinado. Nino y Jessica todavía estaban estudiando, pero para ellos el dinero no era un problema.

Se dio la vuelta y vio que entre los invitados, que habían debido de oír el ruido del papel de regalo, había empezado una especie de competición para ver quién era el primero. Todos estaban en fila para darle el suyo.

Se preparó para una noche muy larga.

Había abierto hasta el último regalo. La mesa estaba llena de papel y bolsas de plástico. Muchos ya estaban borrachos, a juzgar por cómo se movían bailando. Camilla los observó y se dio cuenta de que Teo también había salido a bailar y no paraba de moverse cerca de Davide y Sonia. Parecía que se estaba divirtiendo. Ni siquiera la había felicitado. No se había esforzado por conocer al que se había sentado a su lado y se había pasado toda la noche sin dirigirle la palabra y levantándose de vez en cuando para fumar. Se estaba comportando como siempre, como un capullo. Solo sonreía ahora, cuando ya no estaba a su lado. Pero entonces, ¿por qué quería ir a Venecia con ella? Jessica la miró preocupada.

—Tesoro, es tu fiesta, ¿no te lo estás pasando bien?

—Los cumpleaños son siempre una mezcla de felicidad y tristeza —contestó Camilla—, y sí hay algo peor que un cumpleaños es una fiesta de cumpleaños.

—No lo dirás en serio. Hasta Serena te ha hecho un regalo. ¿Qué te pasa?

Camilla miró a su amiga y pensó que era realmente difícil explicarle las cosas. Conseguía hacer que todo pareciera banal, como si le gustara flotar en la superficie.

*A veces, ni las amigas saben darle un nombre a tu tristeza.*

—Nada, no me pasa nada —contestó.

—¿Estás contenta con nuestro regalo?

No, no estaba contenta. Le habría gustado irse con ella sola a Venecia. Pero no quería ser ingrata.

—Pues claro que sí. Es solo que... ¿invitar a Teo?

—Estoy segura de que nos divertiremos, ya verás —dijo Jessica.

—¡Yo no quiero dormir con él! —protestó Camilla.

—Y no tienes que hacerlo. Dejaremos a los chicos en una habitación y yo dormiré contigo, ¿de acuerdo?

Camilla asintió. Por lo menos, vería la ciudad de sus sueños. Cuando Jessica le dio el catálogo, no dudó un instante. Solo había un sitio al que quería ir y era allí. Y solo le preocupaba una cosa: Teo. Esperaba que no lo echara todo a perder. Teo la ponía de los nervios.

—Perdona, Jes, voy un momento al baño.

Se alejó de la amiga, esperando que no la siguiera. Cuando pasó al lado de Teo, que seguía bailando con Sonia, intentó no mirar dónde tenía las manos. En vez de meterse en el cuarto de baño, se escabulló hacia la parte de atrás de la casa. Nadie iría a buscarla allí. Fuera de la puerta había puesto un cartel que decía «No pasar».

Pensó que si las cosas no iban como ella esperaba, aquel sitio podría ser su salvación. Ya, ¿y cómo esperaba que fueran las cosas? Puede que no lo supiera ni ella. Puede que crecer no fuera tan bonito. Le cayó la mirada en el columpio del jardín.

Su padre, Antonio, lo montó cuando cumplió cinco años. «Ahora eres una princesa de verdad, con tu columpio», le dijo. Antonio, al contrario que Lucia, su madre, siempre la había entendido. Tal vez fuera un padre un poco frío, demasiado concentrado en su trabajo, pero los pocos momentos que habían pasado juntos se le habían quedado grabados en la memoria y cuando se sentía sola, solo tenía que recordarlos para sentirse mejor. Aquel columpio había sido su salvación durante muchos años.

Se montó y cerró los ojos. Empezó a impulsarse y dejó que el aire le refrescara las mejillas. Le daba igual el vestido, el pelo y todo lo demás. Se quitó los tacones tirándolos uno detrás del otro. Descalza empezó a sentirse bien otra vez. Si se quitaba los zapatos y se quedaba descalza, todo volvía a adquirir un sentido. Incluso sus veinte años.

Desde allí, Camilla veía todo su valle columpiándose con ella. Era como si el campanario torcido estuviera bailando y las casas con los tejados de piedra siguieran el ritmo del columpio. En cambio, la montaña seguía quieta. De vez en cuando se le desprendía alguna piedra, se quitaba de encima el peso de los años, pero no vacilaba jamás. Aquello, desde niña, la había hecho sentir segura, protegida.

*Cuando ni siquiera una amiga puede llegar a entenderte solo hay un sitio en el que refugiarte. Está dentro de ti.*

Cuando abrió los ojos, Teo la estaba mirando.

—Hola —le dijo.

Teo se le acercó lentamente, como si ella fuera un animal salvaje dispuesto a escapar al primer paso en falso.

—¿No has leído el cartel de la puerta?

—Sí, pero te he buscado por todas partes. Y no solo yo.

—Pero tú eres el único que te has atrevido a entrar.

Teo se encogió de hombros.

—Eso parece.

Camilla intentó no mirarlo. No lo estaba esperando. Quería estar sola, aunque fuera su fiesta de cumpleaños y la gente se esperara exactamente lo contrario de ella.

—Los cumpleaños pueden ser devastadores —susurró Teo.

—Exacto —dijo ella sorprendida.

Teo había usado las palabras que ella quería oír. Increíble. ¿Cómo lo había conseguido? Era la segunda vez que le leía la mente.

—Siempre he intentado no celebrar el mío —le explicó— porque odio tener que comportarme como los demás se esperan de mí.

—Ya —murmuró Camilla.

—Pero tú estás dando una fiesta fantástica, Camilla. Ahí fuera están todos contentísimos.

Solo entonces Camilla se dio cuenta de que el vestido dejaba entrever el pecho más de lo debido. Intentó remediarlo tapándose con una mano.

—No he podido decírtelo antes porque no me gusta hablar delante de tanta gente. Terminó diciendo cosas que no pienso —le explicó Teo acercándose un poco más.

Estaba justo delante de ella. Camilla percibió su olor, el olor intenso de la piel acalorada mezclado con el del tabaco y el aroma dulzón del vino. Teo le dio la mano y ella se levantó. El vestido volvió a resbalársele hacia un lado. Pero Teo la estaba mirando a los ojos.

—Feliz cumpleaños, Camilla —dijo con una dulzura que ella jamás se habría esperado, y le rozó la mejilla con los labios.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Ahí estaba, el chispazo que estaba esperando. Lo único que deseaba de verdad, aquella noche, era un momento así, en el que perder la cabeza, para después encontrarse en los brazos de alguien. Teo era el único que parecía haberlo entendido.

Después de todo, sus veinte años habían empezado del mejor modo posible.



# El Moleskine de Camilla

14 de mayo

Tiempo: el cielo brilla como un diamante y el sol empieza a calentar.

Tiempo dentro de mí: ráfagas de viento inquieto.

Viento de hoy: breva, el viento del lago, la joven sacerdotisa que lanza espuma blanca y risa de melancolía. Es una amiga que quiere tener siempre la última palabra y sabe lo que sientes aun antes de que tú lo admitas ante ti misma. Cierra los ojos. Escúchala. Podría darte un consejo.

¡Mañana nos vamos! He hecho una lista de los sitios que tenemos que ver: la plaza de San Marcos, el puente de los Suspiros, el puente de las Tetas (sí, eso también existe, y quién sabe, con un poco de suerte a lo mejor hace que me crezcan un poco las mías), el Gran Canal (me han dicho que darse un paseo en *ferry* por la noche es fantástico) y Burano, la isla de los encajes y las casas de colores.

Ni siquiera pensar que tendré que soportar a Teo todo el tiempo consigue ponerme de mal humor. Después del día del cumpleaños hemos vuelto a vernos de vez en cuando con Nino y Jessica y ha vuelto a estar tan frío y esquivo como siempre. Pero en fin, mañana nos vamos a Venecia. ¡Nada podrá quitarme esa alegría!

## OBSERVANDO LOS DETALLES CON ATENCIÓN

**C**AMILLA FUE LA PRIMERA EN LLEGAR A LA ESTACIÓN DE Santa Croce, que parecía hundida en la niebla. El pueblecito seguía durmiendo. Habían quedado en que cogerían el primer tren, el de las cinco y cuarto. No había dormido casi nada. Estaba tan emocionada que no había hecho más que dar vueltas en la cama. Las ruedas de la maleta resonaban por el andén. Cuando vio a Teo, que llegaba por el otro extremo de la calle, levantó la mano para saludarlo.

—¡Hola! —gritó saltando como una niña.

Él solo llevaba una mochila y ni siquiera parecía que estuviera llena.

—¿Qué haces con eso? —le preguntó Teo mientras llegaba el tren.

—Se llama maleta. Se usa cuando vas a algún sitio.

—Mañana por la noche estaremos de vuelta, Camilla —rebatía Teo con aquella sonrisa que tanto le molestaba.

—Pues por eso. Pasaremos toda la noche fuera.

—Será una broma —replicó él.

—No —dijo ella—, y te advierto que no conseguirás echar a perder el fin de semana.

—Yo no tengo ninguna intención de... Bueno, da igual. Es inútil. ¿Subimos? Me muero de sueño.

Se sentaron uno frente al otro. Teo fue a meter la maleta de Camilla en el portaequipajes, pero ella protestó.

—Déjala aquí, de todas formas en Milán tenemos que cambiar de tren.

Teo se encogió de hombros.

—¿Has hablado con Nino? —preguntó Camilla mirando el reloj.

—Sí, esta mañana me llamó. Quería estar seguro de que me había despertado.

Camilla miró por la ventanilla.

—Todavía no han llegado y quedan menos de cinco minutos. ¿Qué hacemos?

—Ya llegarán.

—A lo mejor les ha pasado algo...

Teo se tapó los ojos con la visera de la gorra y alargó las piernas entre las de Camilla.

—¡Teo! —le gritó tan fuerte que el amigo dio un respingo.

—¿Qué pasa?

—¡No te irás a dormir ahora!

Teo resopló. Sacó el móvil y marcó el número de Nino.

—No contesta.

—Oh, Dios mío. Oh, Dios mío —dijo Camilla mientras marcaba frenéticamente el de Jessica.

—¿Sí? —contestó con voz de sueño.

—Jessica, soy yo. ¡No os habréis quedado dormidos, ¿no?! ¡El tren está a punto de salir!

—¿Qué? ¿No te ha llegado mi mensaje?

—¿Qué mensaje?

—Qué mierda de teléfonos. Nino y yo no podemos ir, Cami. Lo siento. Estamos hechos polvo. Ayer por la noche se nos ocurrió la magnífica idea de salir a cenar *sushi*... ¡y hemos estado toda la noche fatal!

—Pero ¿qué dices, Jes? ¡Teo y yo estamos en el tren! ¡Y está a punto de salir! Ya te lo he dicho, ¿no? ¡Coged el coche y os vais a Milán! ¡Todavía estáis a tiempo!

—Cami, no podemos ir, de verdad. Divertíos por nosotros también.

—Jes, no cuelgues hasta que no te convenza —le rogó Camilla.

—Tengo que ir al servicio otra vez. Voy a vomitar. Ya hablamos esta noche. Llámame desde el *ferry*.

Colgó. El tren arrancó.

Camilla miró a Teo, que estaba bostezando.

—¿Qué pasa? —le preguntó mientras se restregaba un ojo.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo Camilla.

—¿El qué? ¿Qué he hecho ahora?

—Has bostezado sin ponerte la mano delante de la boca.

Teo sonrió.

—Y deja de sonreír, estoy pensando.

—¿El qué?

—Tantas cosas que ni te imaginas.

—Los otros dos, ¿dónde se han metido? Me da la impresión de que no van a llegar a tiempo.

—Ha hablado el vidente. Pues claro que no, idiota. Estamos solos tú y yo. Y estoy pensando.

—¿Y qué estás pensando, si se puede saber?

—Increíble. Teo me ha preguntado qué estoy pensando. Tengo que apuntármelo en algún sitio. Este momento no volverá repetirse.

—¿Me dices qué se te está pasando por esa cabecita y así puedo dormir?

—Teo, piensa. Estamos solos tú y yo. Nos vamos a hacer un viaje solos tú y yo. Tú... y yo, ¿entiendes? La pregunta es: ¿tengo que saltar de este tren mientras todavía esté a tiempo? Y la segunda pregunta que se me ocurre es: ¿Jessica lo ha hecho aposta?

Teo la miró un momento a los ojos y Camilla pensó que la tranquilizaría dándole su versión de lo que había podido pasar. Sin embargo, Teo chasqueó la lengua, se volvió a poner la gorra sobre los ojos y puso fin a la cuestión.

Camilla le dio una patada en la espinilla.

—¡Ah! —se quejó y se enderezó—. ¿Qué haces?

—Estábamos hablando y tú has cerrado los ojos. No me has contestado todavía.

—¿A qué tengo que contestar?

—A mis preguntas.

—Pues házmelas de una en una.

Camilla suspiró e intentó tranquilizarse. Con Teo, evidentemente, tenía que hablar despacio y no dejarse llevar por el pánico.

—¿Quieres-bajarte-de-este-tren?

—¿Por qué me hablas como si fueras un robot?

Camilla soltó un gruñido desesperado.

—Vale, vuelvo a intentarlo: ¿crees que deberíamos pasar este fin de semana juntos tú y yo?

—Sí.

—¿Crees que mi amiga Jessica lo ha hecho aposta?

—Sí.

Camilla se quedó boquiabierta.

—¿Y ahora puedo dormir? —preguntó.

Sin esperar ningún comentario, cerró los ojos y volvió a meter las piernas entre las de Camilla como si fuera un gesto normal entre ellos.

Camilla se apoyó en el respaldo y pensó en sus respuestas. A Teo le parecía bien hacer aquel viaje juntos. Pero ¿por qué? Nunca había insinuado nada con ella, sí que no le gustaba. Se había comportado como un caballero en su cumpleaños, pero después volvió a desaparecer y no le escribió ni una sola vez. Según él, Jessica lo había organizado todo para dejarlos solos y sin embargo él no parecía ni preocupado ni incómodo, mientras que ella estaba lanzando maldiciones contra su mejor amiga.

«Eres una cabrona», le escribió, pero Jessica no había contestado.

¿Cómo había podido hacerle algo así? Había sido idea suya. Pero no se lo podía creer. ¿Cómo se le había ocurrido dejarla sola con él todo el fin de semana? En el fondo, ¿qué sabían de Teo? Lo conocían desde hacía dos meses, pero él nunca se había abierto con ninguno de ellos. No habían ido a su casa ni habían visto a sus padres, ni siquiera en foto. No hablaba de Cerdeña y solía responder de forma genérica a cualquier pregunta que le hicieran. Podía ser un fugitivo, un asesino en serie... ¡Podía ser cualquier cosa! Camilla lo observó mientras dormía. Tenía la boca medio abierta y se sujetaba la mejilla con el puño cerrado. Le hizo gracia. Algo le decía que Teo no era peligroso. A lo mejor se equivocaba, claro, pero más que nada le daba la sensación de que solo era un chico reservado. Al fin y al cabo, independientemente de cuál fuera el motivo que lo había llevado a mudarse del mar a la montaña, y tal vez solo, no debía de haberle resultado nada fácil encontrarse un trabajo, nuevos amigos e integrarse entre aquella gente que además debía de ser muy distinta de la suya. Ella no habría sido capaz.

Hasta que no empezamos a ver el mundo con los ojos de la otra persona, no empezamos a conocerla.

Estiró las piernas entre las de él, apoyó la cabeza y cerró los ojos.

—Teo, tenemos que cambiar de tren, ¡despierta!

Teo se movió, aunque sin ganas.

—¿Dónde estamos?

Camilla resopló.

—En Milán. Y solo tenemos cinco minutos. Tenemos que darnos prisa.

Camilla tiró de la maleta hacia la puerta. Ya se habían bajado casi todos los pasajeros y ellos estaban a punto de perder el siguiente tren porque, cuando el suyo se detuvo, ella había sido tan tonta como para ponerse delante de Teo y esperar a que reaccionara, pero nada. Si no lo hubiera despertado movida por el pánico, ni se habría enterado. ¿Cómo es posible que no se diera cuenta de que el tren había dejado de moverse? Estaba claro que a él tampoco le importaba nada aquel viaje. Debería haberse ido sola.

—Deja que te ayude —le dijo mientras bajaban.

—No hace falta, ya lo hago yo —contestó Camilla molesta. Miró la pantalla—. Andén número siete —susurró.

Pero ¿qué estaba haciendo? Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Venga —exclamó Teo adelantándola.

Ella no dio un paso.

—¡Venga, vamos! —insistió—. Vamos a perder el tren.

—Si fuera por ti, ya lo habríamos perdido.

—Menos mal que tú estabas ahí y me has despertado —replicó Teo como si estuviera recitando una poesía—. ¿Vamos?

Camilla arrastró los pies y se quedó bastante atrás. Cuando Teo subió al tren, ella seguía en el andén. Lo miró con expresión desafiante.

—¿Te subes o voy a tener que irme solo a Venecia? —le preguntó tendiéndole la mano.

—No tenemos que ir obligados —dijo ella.

Teo levantó los ojos al cielo.

—Nadie va obligado. Quiero ver la ciudad contigo. ¡Venga, Camilla!

—Dame un buen motivo por el que debería subir.

Teo suspiró y cerró los ojos. Los altavoces anunciaron que el tren estaba a punto de salir. Con un gesto rapidísimo, Teo saltó al andén, cogió la maleta rosa y la lanzó dentro del vagón.

—¡Teo! —protestó Camilla.

—Contigo hay que llegar a estas tonterías —farfulló Teo, y le tendió la mano—. Señorita, ¡a la carroza! —dijo.

Camilla se rio y le cogió la mano.

Volvieron a sentarse uno frente al otro y Camilla pensó que no había llegado a ver los billetes de los otros dos. El suyo se lo dio Jessica, diciendo que formaba parte del regalo.

—¿Tú crees que llegaron a reservar para cuatro? —le preguntó a Teo, que daba señales de querer seguir durmiendo en aquel tren.

—Camilla, espero que no te moleste, pero para mí no tiene sentido seguir dándole vueltas al cómo o el porqué. Vamos a disfrutar del viaje y ya está, ¿vale?

Camilla no contestó. Hablar con él era imposible. Conseguía liquidar cualquier tema con una lógica aplastante. Como si todo fuera sencillo. Como si no le importara nada.

Se puso los auriculares del iPod y dejó que la *Chacona* de Bach le invadiera los oídos.

Debió de quedarse dormida, porque cuando se despertó se oía a Schubert en lugar de a Bach. Teo estaba despierto. Había sacado de la mochila un cuaderno arrugado y estaba escribiendo algo. Camilla se hizo la dormida para observarlo con los ojos entrecerrados. Parecía muy concentrado. No sabía lo que estaba haciendo, pero la idea de que Teo tuviera un diario le pareció improbable. No conocía a ningún chico que escribiera un diario. De vez en cuando, mientras movía el lápiz, sonreía como si estuviera escribiendo algo divertido. Camilla habría dado cualquier cosa con tal de leer aquellas páginas y entrar por fin en la cabeza de su amigo. Normalmente parecía enfadado y era la primera vez que Camilla lo veía sin tener la frente arrugada o sin estar tomándole el pelo a alguien. Sumergido en su propio mundo, estaba todavía más guapo.

Teo levantó la mirada hacia ella y Camilla cerró los ojos.

*A veces es inútil hacer preguntas. Es mejor esperar observando los detalles con atención.*

No se había dado cuenta de que estaba despierta. Él también se había puesto los auriculares y parecía ensimismado. A saber lo que estaba escuchando.

Camilla no lo había visto nunca tan relajado, con el rostro distendido y la mirada perdida entre aquellas páginas. Decidió dejarlo tranquilo y, sin mayor esfuerzo, acunada por las notas de Schubert, volvió a dormirse.



## UNA CIUDAD MÁGICA

CUANDO DORMÍA, PARECÍA UNA NIÑA. SE HABÍA PUESTO muy nerviosa, pero en cuanto se puso los auriculares, Teo la vio relajarse con su música y suspiró aliviado. Le daba mucha pena cómo habían ido las cosas. Jessica y Nino se la habían jugado pero bien. Cuando se dio cuenta de que se iba a echar a llorar, intentó parecer tranquilo, aunque en el fondo estaba tan preocupado como ella.

¿Qué pintaban ellos dos solos en Venecia? Él no había estado nunca, pero le habían dicho que era una de las ciudades más románticas del mundo. Estaba aterrorizado.

Cuando llegaron a Padua, Camilla se despertó y le dio un auricular del iPod.

—Esta tienes que oírla —le dijo.

Teo se puso a escuchar. La música clásica no era lo suyo, no la entendía y siempre había pensado que era aburrida, pero la ráfaga de notas que producía aquel violín era espectacular, tenía que admitirlo.

—Parece música de gitanos —comentó.

—Es el *Csárdás* de Monti —explicó Camilla con ojos resplandecientes.

—¿Lo sabes tocar?

—Pues claro.

Se la veía orgullosa cuando hablaba de su violín. Se le iluminaban los ojos y se ponía aún más guapa, si cabe.

—Me gustaría oírte tocar algún día —le dijo.

—Ya veremos —contestó Camilla—. Mira esta, ¡tienes que conocerla!  
Teo escuchó y se le iluminó la cara.

—¡Sí, creo que la he oído! ¡Salía en un anuncio de un detergente!  
Camilla movió la cabeza exasperada.

—¡Es *Carmen*..., es una ópera famosísima!  
Teo le dio el auricular disgustado.

—No me gusta la ópera —le explicó.  
Camilla no parecía muy convencida.

—¿Has visto alguna?  
—No, pero...

—Pues entonces no digas tonterías. No puedes decir que no te gusta algo que nunca has visto. —Como razonamiento, era perfecto—. Aunque es verdad que algunas son más bonitas que otras —añadió—. Yo siempre me enfado cuando muere la mujer.

—Por eso te gusta la de Marichka y Olexa —bromeó Teo—. Porque en esa muere él. ¡Eres una feminista!

—No es cuestión de ser feminista, es más bien que en algunas hay demasiada violencia innecesaria. En *Carmen*, por ejemplo, la protagonista muere a manos de su pretendiente, que la amaba, y que después también tendrá que afrontar la muerte por el delito que ha cometido. No tiene mucho sentido.

—Los crímenes que oímos todos los días en el telediario también son bastante absurdos, y sin embargo son reales.

Camilla siguió hablando como si no lo hubiera oído.

—En *Rigoletto* también muere una mujer, Gilda, la hija del protagonista. Muere como una heroína, por salvar a uno que la engañaba. Y si sigo, también está la de...

—No, por favor. ¡Así me voy a deprimir!

Camilla cerró la boca y Teo se dio cuenta de que le había sentado mal. Por eso, aunque solo fuera por devolverle la sonrisa, le dijo:

—Si algún día me decidiera a ir a la ópera, ¿cuál me aconsejarías?  
Camilla se lo pensó un momento.

—*El elixir del amor*.

—¿Muere alguien?

—No, creo que no. Pero las arias son preciosas y la historia también.

—¿De qué va, resumiendo muchísimo?

—De amor. Pero no es una historia de amor banal, te lo aseguro.

—No hay historias de amor banales —afirmó Teo—. ¿Y en esta también hay montañas que los separan?

—No. Nemorino, el protagonista, está enamorado de la bella Adina, rica y pretenciosa. Al principio le parecía antipática. ¿Sabes?, me recuerda un poco a Serena, que es tan creída. A ella le gusta que todos la cortejen y no cree en el amor fiel.

—Una mosquita muerta.

—No sé, puede ser. El caso es que Nemorino consigue llamar la atención de Adina cuando le dan un elixir, que no es más que una botella de vino que lo vuelve un poco más arrogante. Adina se siente ignorada y entonces es cuando de verdad repara en él.

—Típico de las mujeres: cuando os ignoramos, empezamos a gustaros.

—No es verdad —protestó Camilla riéndose.

—¿Y después qué pasa?

—Adina, para hacérselas pagar a Nemorino, decide casarse con otro.

—¿Qué cabrona! ¿Y él?

—Él, mientras tanto, está rodeado de mujeres porque ha recibido una suma enorme de dinero en herencia.

—¿Y se casa con una de ellas?

—¡No! ¿Estás loco? Te he dicho que es una historia de amor. Mientras él está ahí, con las demás mujeres, la ve llorando. Adina no está dispuesta a admitirlo, pero está enamorada de él.

—¿Y qué pasa al final?

—Ve a ver la ópera, si quieres saberlo.

—Tú también eres un poco cabrona, ¿no?

Camilla se encogió de hombros y Teo sacó el móvil.

—Pues, mira, me lo voy a apuntar, *El elixir del amor*. Haré este sacrificio y por lo menos así te podré decir si me gusta la ópera o no. ¿Contenta?

Camilla estaba a punto de rebatir cuando se oyó por los altavoces que estaban entrando en la estación de Venezia Santa Lucia.

Habían dicho que al llegar irían al hotel para dejar las maletas antes de salir a visitar la ciudad, pero Camilla no hacía más que hacer fotos y lanzar gritos de entusiasmo. Hasta los demás turistas se volvían para mirarla. Parecía que no había salido nunca de Santa Croce. Era vergonzoso. Le había endosado la maleta por toda la cara y en ese momento estaba fotografiando la enésima góndola.

—¡Mira, Teo, mira!

—¿Qué pasa ahora?

—¡Aquel gondolero! ¡Mira, nos está saludando!

Camilla levantó el móvil otra vez.

—¿A qué le has hecho la foto ahora?

—¡Al gondolero!

—¿Me ayudas con el plano? No se entiende nada.

—¡Sí, ahora voy! ¡Anda, mira allí! —exclamó, y le tiró de la manga.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Aquellas máscaras del escaparate! ¡Son preciosas!

Para ella todo era precioso. Abría de par en par aquellos ojos verdes y le parecía que era la primera persona que había llegado a Venecia y se había dado cuenta de lo fantástica que era.

*Una ciudad puede ser fantástica si la visitas con la persona adecuada.*

Lo apuntó con el móvil y le hizo una foto.

—Pero ¿qué haces? ¡Déjalo, que parezco tonto con esta maleta rosa entre los pies!

Camilla se rio. El pelo le caía por las mejillas, despeinado y rebelde, pero ella había dejado de metérselo por detrás de las orejas. La ciudad la había hechizado por completo. Teo también estaba encantado. Estaba deseando llegar al hotel para dejar las maletas y salir a explorarla.

Camilla por fin le hizo caso, sacó el iPhone y metió la dirección del hotel.

—Está a veinte minutos de aquí. ¡En marcha! —le dijo mientras le cogía la mano, aunque enseguida lo soltó para volver a mirar el móvil.

—Ya podías habérmelo dicho antes, en vez de dejar que me volviera loco con el plano.

—¿Y quién sigue mirando los planos para visitar una ciudad? —le tomó el pelo Camilla.

—Sí, ya, eso dímelo cuando se te descargue el móvil.

Cuando la recepcionista cogió el DNI, Teo esperó con todas sus fuerzas que la mujer no...

—¿Teodoro Mele?

«Vale, ya lo ha dicho», pensó.

—Sí, soy yo —farfulló intentando no hacer caso de lo que estaba haciendo Camilla.

Pero era prácticamente imposible. Se había puesto una mano en la boca y se veía que estaba haciendo un esfuerzo enorme para no echarse a reír como loca.

—Y Camilla Lanfranchi —terminó de decir la recepcionista mirándola.

—Exacto. Camilla y Teodoro —repitió ella, y soltó otra carcajada.

La recepcionista volvió a mirarla y les deseó una feliz estancia. Teo quería morirse.

—Teodoro, ¿eh? —le dijo Camilla en el ascensor.

—Sí, ¿y qué?

—No, nada, es que siempre he creído que te llamarías... Matteo, o solo Teo —le dijo, y esta vez se rio de él en toda la cara.

—Eres más cabrona de lo que parece —farfulló él.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—¿Es tan importante?

—No, pero es un nombre curioso.

—No lo he elegido yo. Y ya podrías haberte aguantado la risa delante de la recepcionista.

—Era imposible —dijo Camilla—. Teodoro y Camilla. Camilla y Teodoro. El señor Teodoro. ¡Suena bien!

Teo puso los ojos en blanco.

Camilla abrió la puerta de la habitación mientras decía:

—Lo primero es separar las camas.

En cuanto se asomó por la puerta, volvió a mirarlo desorientada.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Teo.

—No se puede —contestó Camilla, y echó a correr hacia la cama de

matrimonio.

Quitó la colcha y dejó escapar un gruñido.

—Lo que me temía —lo informó—. Es un colchón grande.

Teo se sentó en el borde de la cama y le rozó la mano. Camilla miraba al suelo.

—Te puedes fiar de mí, Camilla, de verdad. No intentaré nada contigo, te lo prometo.

—No es eso —dijo ella, y empezó a abrir la maleta.

—Entonces, ¿qué?

—Nada, déjalo.

Sacó una colcha y unas sábanas limpias.

—Pero ¿qué haces?

Teo estaba cada vez más sorprendido. Nunca había conocido a nadie tan activo e imprevisible. Camilla iba siempre un paso por delante de él, no conseguía seguirle el ritmo.

—Cambio las sábanas. También metí para camas individuales, por si acaso, aunque creía que dormiría con Jessica.

Teo se opuso.

—Habíamos dicho que íbamos a venir para soltar las maletas, no para ponernos a limpiar. ¿Estás loca? ¿Vienes a un hotel y te traes las sábanas? ¿Quieres ver la ciudad o no?

Camilla lo miró un momento antes de volver a mirar el colchón.

—Mi madre lo hace siempre —dijo después, como para justificarse—. Entra en la habitación del hotel y cambia las sábanas. Y me ha pegado la costumbre.

—¿Y no crees que podrías esperar a esta noche? —le preguntó con paciencia.

—Sí, creo que sí. ¿Nos vamos?

Teo se estaba muriendo de hambre. En cuanto bajaron, compró dos bocadillos en un quiosco y le dio uno a Camilla. Ella se lo terminó antes que él.

—Madre mía, eres una caníbal —comentó divertido.

Camilla se había cambiado y llevaba un vestido azul con unos diminutos lazos de encaje en los lados. Teo había comentado que sería incómodo visitar

la ciudad con un vestido, pero ella le dijo que eso era su problema. Él se había cambiado la camiseta y la había esperado sentado en la cama, toqueteando el móvil.

—Tenía todo un programa para estos dos días —le confesó Camilla después de dar un sorbo a la Coca-Cola.

—Perfecto, pues vamos a seguirlo —dijo Teo.

—No sé, es que ahora que estamos aquí, me parece ridículo. Esta ciudad es estupenda. Hasta los rincones más escondidos son preciosos. Qué más da el programa. Podríamos andar y ya está, a ver qué nos encontramos.

—¿Nos dejamos llevar por el instinto, entonces? —bromeó Teo.

—Exacto. Seguro que lo mejor para visitarla es perderse.

Teo asintió. Entre todas las cosas absurdas que había dicho Camilla, aquello era lo primero con lo que estaba completamente de acuerdo.

Teo pensó que Camilla era la mejor guía turística que había conocido hasta entonces. No explicaba nada, solo señalaba con el dedo lo que le llamaba la atención y era imposible no maravillarse con ella. Como si la ciudad los estuviera guiando, llegaron a Rialto y después a la plaza de San Marcos, donde Camilla se puso a perseguir a las palomas con dos niños extranjeros. Luego se metieron por unas calles que estaban desiertas y empezaron a discutir intentando decidir hacia dónde debían ir, pero Teo se dio por vencido enseguida. De todas formas, sabía que ganaría ella. Cuando se montaron en el *ferry* para dar una vuelta por el Gran Canal, ya había caído la noche y daba la impresión de estar pasando entre edificios de otra época, iluminados como si fuera una fiesta, pero repletos de fantasmas y recuerdos del pasado. Camilla había insistido en que quería sentarse fuera, pero ahora estaba tiritando. Teo abrió la mochila y sacó el jersey de lana de Camilla, pero la situación no mejoró. Camilla seguía temblando.

—Ponte mi chaqueta —le dijo.

—¿Y tú?

—Yo soy un hombre —contestó riéndose.

Al cabo de un momento le preguntó:

—¿Te gusta?

Las vistas cambiaban continuamente y cada edificio parecía tener un secreto que susurrar. Camilla pensó que las palabras romperían el hechizo, así

que le dio la mano y Teo notó que tenía los dedos helados. Ella tenía la mirada perdida y a él le pareció oír los latidos de su corazón. Camilla se había enamorado de aquella ciudad y la contemplaba con todo su ser. A Teo también le gustaba, pero intuía que para ella había algo más, como una especie de confirmación, como cuando sientes que perteneces a un sitio y no te sabes explicar por qué.

*Hay lugares que nos llaman, a veces desde muy lejos. No sabemos por qué, pero incluso antes de haberlos visto sabemos que, si respondemos a su llamada, en ellos encontraremos un trozo del alma.*

Cuando se bajaron del *ferry*, Camilla le soltó la mano.

—¿Buscamos algún sitio para comer? —propuso.

—Yo ya he encontrado uno —le dijo Teo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuándo? —preguntó Camilla recelosa.

Teo le enseñó el móvil.

—Me sobró tiempo mientras tú te cambiabas, así que busqué unos cuantos restaurantes. Confía en mí.

Pusieron la dirección en el móvil. Teo se maldijo por no haber calculado bien el recorrido. Estaba en la otra punta de la ciudad.

—¿Y tenemos que ir hasta ahí? —se quejó Camilla, y siguió protestando durante todo el camino—. ¿Qué tiene este sitio de especial? —jadeó al llegar.

—Nada —dijo Teo mientras entraba.

En realidad, esperaba sorprenderla. Hasta aquel momento habían hecho todo lo que ella había querido y le hacía ilusión que por lo menos la cena llevara su firma.

Pidieron una botella de vino y entrantes de pescado. Él se pidió un plato combinado de bacalao y ella un filete de atún. Camilla quiso hacerle una foto a cada plato.

—Tengo que felicitarte —le dijo—, has elegido el mejor sitio de toda la laguna.

Estaba exagerando y Teo sabía por qué: Camilla se había bebido tres vasos de vino y Casi no se tenía en pie. Cuando se levantó para ir al servicio, tuvo que cogerla para que no se cayera.

—¿Puedes? —le preguntó.

—Pues claro —dijo Camilla, y él notó que los ojos le brillaban más de lo



normal.

Cuando volvió, Teo ya había pedido el café.

—Y tráiganos dos vasitos de Limoncello —añadió Camilla.

Teo la miró preocupado.

—No puedes seguir bebiendo —protestó.

—Claro que sí, aguanto más que tú.

Teo se rio. Él estaba perfectamente, mientras que Camilla tenía los labios y las mejillas encendidas y ya había empezado a decir un montón de tonterías. Cuando salieron, aceptó tomarse un cóctel que le ofreció el chico de un puesto callejero y él pensó que aquello sería el golpe de gracia. Y así fue. Si no hubiera sido por su brazo, que la mantenía en pie, se habrían caído al suelo Camilla y su vestidito azul ya totalmente desaliñado.

En la plaza de San Marcos había unos músicos tocando en un palco. Camilla obligó a Teo a bailar un vals. Ninguno de los dos sabía hacerlo y Teo se reía de las caras de los turistas que los veían exhibirse con aquel baile tambaleante.

—Somos los mejores bailarines del mundo —le dijo Camilla.

Teo se dio cuenta de que si seguía haciendo todo lo que ella quería, se pasarían toda la noche dando vueltas, o por lo menos, hasta que se desplomara. Si querían seguir visitando la ciudad al día siguiente, tenían que irse ya. Él también estaba un poco achispado, pero intentó conservar el mínimo de lucidez que se necesitaba para decirle:

—Venga, te llevo al hotel.

—Buena idea —dijo Camilla cogiéndose a su brazo—, ahora sexo.

Teo se estremeció. Cuando entraron en el hotel y vio que las camas no se podían separar, se preguntó cómo iba a ser capaz de resistir, con aquel cuerpo blanco y provocador junto a él durante toda la noche. No podría tocarla. En toda la noche. En eso había pensado durante todo el día. Y ahora ella le proponía sexo. Debía de estar loco.

—¿Qué pasa, no te gusto? —le preguntó Camilla, y se dejó caer hacia él para besarlo.

Teo se apartó.

—Estás más borracha de lo que creía —le dijo— y hueles a vino. Venga, vamos.

La llevó al hotel. Durante todo el camino Camilla no paró de repetir cosas como «Quiero sexo contigo» y «Ya verás». Teo la calló todas las veces.

Cuando abrió la puerta de la habitación, Camilla entró corriendo y se tiró en la cama.

Tenía las piernas abiertas y no era consciente de sus actos, Teo estaba seguro. No resistió y le miró las braguitas por debajo del vestido. Ella empezó a desabrochárselo por detrás.

—¿Dónde tienes el pijama? —se apresuró a preguntarle Teo.

—No tengo —se rio ella.

Teo abrió la maleta y vio una camiseta larga de Minnie.

—¿Es esto?

Camilla asintió.

—¿Quieres ponérmela tú?

El vestido cayó hacia delante. Llevaba un sujetador azul que le apretaba los pequeños pechos que hasta entonces Teo solo había entrevisto. Era preciosa.

—Pero primero tienes que desnudarme —continuó Camilla, y Teo notó que se le había puesto dura.

—Camilla, déjalo ya. ¡Estás borracha! —protestó.

Quería divertirse con ella, pero no si él era el único que se daba cuenta de lo que estaban haciendo.

—Ven aquí —le dijo Camilla, y se quitó el vestido.

Teo le miró la barriga blanquísima y aquellas braguitas a juego con el sujetador. Se las habría quitado a bocados.

Le lanzó la camiseta.

—No hagas el tonto y póntela —le dijo.

—Pídemelo como si fuera una niña...

—Camilla... —gimió él.

Lo estaba excitando muchísimo. No sabía cuánto tiempo iba a ser capaz de resistir, pero le daba miedo que ella no estuviera dándose cuenta de nada. Había visto a muchas chicas borrachas y parecía que Camilla estaba fatal. Si se hubiera tomado un vaso más, ya estaría vomitando en el cuarto de baño, en vez de estar allí haciéndose la gata.

—Te deseo, Teo —le dijo, y se acercó andando a cuatro patas sobre la

cama.

Él se quedó inmóvil. Camilla le cogió la camiseta y se la quitó. Le pasó una mano por el pecho y después se lo lamió. Teo sintió escalofríos por todo el cuerpo.

—No puedo —dijo intentando alejarse.

Camilla le había cogido los vaqueros y estaba intentando abrir el botón. Le temblaban las manos. Teo se distrajo un momento mirándole el culo perfectamente redondo y firme vuelto hacia arriba.

—¡Ya! —exclamó Camilla, y le quitó los vaqueros.

Lo cogió de las manos y él cayó sobre ella. El cuerpo de Camilla estaba ardiendo y tenía las mejillas encendidas. No podía aprovecharse de la situación. Se lo había prometido. Ella se montó sobre él y se puso un dedo en los labios. Empezó a moverse, lentamente, haciendo movimientos circulares y sinuosos con los glúteos. Por la forma en que se la cogía entre las piernas, Teo supo que ella lo deseaba tanto como él. Camilla se abrió el sujetador y lo tiró al suelo. Teo pensó que si hubiera estado sobria, no lo habría hecho. Ella se inclinó y le puso los pezones, pequeños y duros, a la altura de los labios.

—Muchos lo harían... —susurró Camilla mientras le metía una mano en los calzoncillos.

—Camilla, no —protestó, y se sorprendió de su propio masoquismo.

Cuanto más intentaba resistir, más crecía la excitación.

Camilla se inclinó aún más y empezó a besarle el cuello, tumbándose por completo sobre él. Sus movimientos se hicieron más lentos y discontinuos y Teo creyó que iba a explotar. Al diablo, pensó, si se despertaba por la mañana y se quejaba, peor para ella. Alargó la mano para tocarle el culo y quitarle las bragas. Lo tenía tan firme como se esperaba. Se lo apretó y dejó escapar un gemido. No resistiría ni un segundo más.

Camilla dejó de besarle el cuello y de pronto la respiración se le hizo más regular.

—¿Camilla? —dijo Teo apartándose.

Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta.

—¿Camilla? —insistió, y la sacudió suavemente.

Camilla farfulló algo incomprensible.

Se había dormido. Teo se rio en voz baja por temor a despertarla, aunque

tenía la impresión de que se necesitaría mucho más que aquello para hacerla volver al mundo real. Si quería desahogarse, no sería con ella y no sería en aquella cama. Apartó la mano de donde la tenía y la rodeó con un abrazo. Se quedó así, en aquella absurda posición debajo de ella, sin intentar apartarse. Seguía teniéndola dura y sabía no se le pasaría tan fácilmente. Pero le gustaba tenerla encima, aunque el aliento le oliera a vino y a la mañana siguiente se levantara con el brazo dolorido.

Era la primera vez que dormía con una chica con la que no se había acostado.

LAS PERSONAS QUE TE ENTIENDEN  
RECONOCEN LA DIFERENCIA

CAMILLA ABRIÓ LOS OJOS. TEO LA ESTABA MIRANDO CON sus preciosos ojos marrones.

—Buenos días, niña —dijo él sonriendo.

La había llamado *niña*. Algo no cuadraba. Intentó sentarse en la cama. Le iba a explotar la cabeza.

—Alguien se pilló una buena pea ayer, ¿eh? —bromeó Teo.

Estaba tumbado a su lado, en calzoncillos, con un brazo debajo de la cabeza, los magníficos pectorales a plena vista y expresión relajada. Estaba guapísimo.

—¿Qué pasa, te ha comido la lengua el gato?

Camilla se llevó una mano a la cabeza e intentó recordar. Habían ido a aquel espléndido restaurante. Se acordó del vaso de vino tinto y los ojos de Teo que la miraban como si quisieran comérsela. Cuando salieron, volvió a beber. Se había emborrachado de verdad. Había bañado en plaza de San Marcos. De eso se acordaba perfectamente. Pero después, ¿cómo había vuelto al hotel? Otras imágenes claras: Teo en calzoncillos.

Ella, que lo desnudaba. Ella, que se quitaba el sujetador. Ella, que se montaba sobre él y le pedía sexo. No, por favor. ¿Había pasado de verdad?

—¿Te lo he hecho yo? —le preguntó Camilla al verle un horrible chupetón en el cuello. Era enorme.

—Eres peor que un vampiro, niña —contestó antes de levantarse.

—¿Qué... qué ha pasado? —quiso saber Camilla.

Si lo habían hecho, no se lo perdonaría jamás, como tampoco se lo perdonaría a sí misma. No se acordaba de nada, era una sensación horrible.

—Has estado fantástica —contestó Teo.

—¿Lo hemos hecho de verdad?

—¿Qué quieres desayunar?

—¡Contesta! —gritó.

Intentó levantarse ella también, pero le dolía demasiado la cabeza, así que se tapó con la sábana.

—Ayer por la noche no estabas tan antipática —comentó Teo mientras se ponía los vaqueros.

—¿Nos hemos acostado, sí o no?

—¿Tú qué crees?

—Teo, no es broma. Si ha pasado algo, tengo el derecho de saberlo.

—Ah, ¿sí? Yo creía que cuando uno bebe, lo hace para olvidar.

—Pero ¿qué...? Teo, ¿te importaría decirme qué ha pasado?

Él le contestó con una sonrisa.

—Voy a por el desayuno. No puedes bajar así. A lo mejor podrías darte una ducha, mientras tanto.

—Me duele la cabeza —murmuró ella—. Por favor, contesta...

—Deja de preguntármelo como si fuera algo de lo que avergonzarse y te lo diré. Te voy a traer una aspirina también.

Se fue dando un portazo. Camilla pensó que lo había echado todo a perder. ¿Cómo iba a pasear por la laguna en ese estado? Miró el móvil. Cinco mensajes de Jessica y uno de su madre. Los de Jessica eran un *crescendo* de frases penosas.

«¿Yo, cabrona? Me lo agradecerás, ya verás».

«Entonces, ¿qué? ¿Os estáis divirtiendo? Qué envidia».

«¿Por qué no me contestas? ¿Sigues enfadada?».

«Pequeña putilla, ¿qué estás haciendo en la ciudad del amor?».

«Mañana por la noche quiero todos los detalles...».

A Camilla le dio por reír. A ella también le gustaría saber los detalles. Si de verdad lo habían hecho, eso era precisamente lo que se había perdido, los detalles, que al fin y al cabo son los que hacen bonito un recuerdo.

Buscó en su propio cuerpo alguna señal de la noche anterior. Tenía las rodillas llenas de cardenales. Entonces, ¿era verdad? Pero a lo mejor se los había hecho bailando el vals con Teo. En aquel momento, ninguno de los dos sabía lo que estaba haciendo.

Cuando Teo volvió con el desayuno, ella ya se había duchado y se había hecho una trenza recogida en un moño. Le seguía doliendo la cabeza.

—Tienes que comer algo para tomarte la aspirina —le dijo Teo.

Camilla le dio un mordisco a un cruasán. Tenía el estómago revuelto y no estaba segura de ser capaz de comer nada más que un bocado.

—Te lo tienes que comer entero, Camilla —insistió Teo—, si quieres que salgamos de aquí.

—Sí, papá —resopló ella, y dio otro mordisco—. ¿Es tarde? —preguntó con la boca llena.

Teo le pasó el agua y la aspirina.

—Nos da tiempo a ver Burano, si quieres —la informó—. El tren sale a las seis. Todavía tenemos todo el día.

Camilla asintió.

—¿Puedes o te sientes muy mal?

—Puedo.

Seguía con aquella pregunta en los labios, pero no quería parecer desesperada, así que metió todas sus cosas en la maleta y a los cinco minutos ya estaba lista.

—¿Qué hay en Burano? —preguntó Teo cuando estaban en el *ferry*.

—No lo sé —dijo Camilla—, nunca he estado, pero dicen que está llena de casas de colores y que todas son distintas. Me espero otro sitio mágico.

Y así fue. Una vez más, Camilla se sintió hechizada por la belleza de aquellos lugares y logró olvidar por un instante la duda que la estaba carcomiendo por dentro. Obligó a Teo a hacerle un montón de fotos, una por cada casa que encontraban. Burano no tenía el carácter grandioso de Venecia. Como Camilla había leído en algún sitio, era una isla pequeña de pescadores. Sin embargo, el turismo estaba sustituyendo a la pesca, por lo que las calles estaban llenas de gente que paseaba haciendo fotos por todas partes bajo la

mirada cordial de los habitantes.

—Es la ciudad más colorida que he visto —admitió Teo cuando Camilla se dignó a sentarse un momento junto a él.

—Hay una leyenda sobre el color de las casas —explicó Camilla—. Por lo visto, los pescadores las pintaban de colores para reconocer su casa desde la barca después de pasar mucho tiempo en el mar.

Camilla se dio cuenta de que Teo se había quedado pensando en algo.

—¿De qué color era tu casa en Cerdeña? —se atrevió a preguntar.

Teo tocó instintivamente una cadena que llevaba al cuello. Se la había puesto, entre otras cosas, para tapar la señal que le había dejado Camilla. Ella ya se la había visto otras veces, aunque siempre como pulsera.

—Blanca —contestó distraído, y miró hacia otro lado.

No era la primera vez que lo veía así. A veces le daba la impresión de que Teo hacía de todo por mantener alejados ciertos recuerdos. En momentos como ese, Camilla sentía que la excluía de su vida, como si de pronto la dejara sola. Se iba tan lejos con la mente que era incapaz de seguirlo.

—¿Nos tomamos un helado? —propuso.

La tristeza de su mirada la había asustado. Intuía que Teo tenía algo que ocultar, o algo que no quería contarle, y no quería presionarlo.

*Hay momentos hechos para el silencio y momentos en los que necesitamos las palabras. Las personas que te entienden reconocen la diferencia.*

Los dos lo pidieron de pistacho y se sorprendieron.

—Es raro —comentó Teo—, tú y yo no nos parecemos en nada, pero a los dos nos gusta el helado de pistacho.

—No es tan raro, le gusta a mucha gente.

Camilla hizo la enésima foto a la ropa que había tendida delante de una casa azul.

—¿Se puede saber por qué te gusta tanto?

—¿El qué?

—La ropa tendida. Ayer vi las fotos y me fijé. Le vas haciendo fotos por todas partes.

Camilla se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es verdad, me gusta. A lo mejor... porque creo que nos



dice mucho.

—No te entiendo —admitió Teo.

—Toda la vida de la gente está ahí. Mira aquel tendedero, por ejemplo.  
¿Qué ves?

Teo siguió la mirada de Camilla.

—Calcetines, ropa interior, una bata de trabajo, ropa de bebé y un sujetador.

Camilla sonrió.

—¿Y qué? —dijo Teo antes de terminarse el helado.

—Que me has contado una historia.

—Ah, ¿sí?

—Él es un artesano del vidrio. Ella lo espera en casa, con el niño que acaba de cumplir un año. Tienen que quererse mucho. Todas las mañanas se levantan y, antes de irse a trabajar, él la besa en la frente.

—Muy romántico, pero te das cuenta de que te lo has inventado todo, ¿no? Puede que no sea así.

—Me gusta creer en las historias que cuenta la ropa tendida —explicó Camilla—, aunque no espero que lo entiendas.

—Puede que no lo entienda, pero es una idea bonita —dijo Teo.

—Una vez —le contó Camilla—, otros tres chicos del conservatorio y yo fuimos a tocar a Nápoles. Dimos un concierto en una villa llena de gente rica y después nos entrevistaron. Hasta vino la televisión local. Un señor levantó la mano y nos preguntó qué nos había llamado más la atención de Nápoles.

—¿Y tú qué dijiste?

Camilla sonrió.

—¿Tú qué crees? Le dije: «La ropa tendida». Todo el mundo se rio, y yo también, pero después el señor insistió: «Lo digo en serio, señorita, ¿qué es lo que más le ha llamado la atención?».

—No me lo puedo creer —exclamó Teo.

—Me puse como un tomate, pero contesté lo mismo. Intenté explicarle lo que significaba para mí: «Cuentan vuestras historias. Despiden olor de casa. Y de familia».

—Madre mía, lo hiciste muy bien. ¿Y te aplaudieron?

—Algunos sí —admitió Camilla—, pero el señor me puso cara rara, como

si le estuviera tomando el pelo.

Teo sonrió.

—A veces la gente va tan cargada de prejuicios que ve maldad donde no la hay.

Camilla se volvió a mirarlo.

—A veces me sorprendes —le dijo.

—¿Por qué?

—Porque a veces pareces muy superficial, como si todo te diera igual, pero después saltas con una frase como esa y una se pregunta... pero ¿quién es realmente Teo Mele?

—¿Y qué te contestas cuando te lo preguntas?

Camilla guardó silencio un momento, buscando las palabras adecuadas.

—Alguien a quien me gustaría conocer más a fondo —dijo.

Siguieron paseando. A Camilla le habría gustado darle la mano, como había hecho en el Gran Canal, pero no se atrevió. Le pareció que sería demasiado. Después de todo, él había dejado de tocarla, y eso que habían dormido juntos, y hasta... y a lo mejor hasta había estado dentro de ella.

Teo se paró y señaló unas sábanas tendidas.

—Cuéntame esa historia —le propuso.

Camilla se acercó y miró a su alrededor. Parecía que no había nadie.

Rozó una de las sábanas con la mano.

—Son dos —empezó a decir en voz baja—, un hombre y una mujer. Él la ama y ella lo ama a él, pero no pueden estar juntos.

—¿Por qué? —preguntó Teo divertido.

—Les da miedo sufrir —dijo Camilla al tiempo que desaparecía por detrás de la sábana.

La voz de Teo le llegó como si viniera de lejos:

—Y entonces, ¿qué hacen?

—Por la noche hacen el amor —continuó ella, siguiendo la sombra de Teo desde el otro lado de la sábana—, pero después, antes de que la mujer se despierte, él se viste y se va.

—¿Y adónde va?

—Vuelve a su casa —contestó Camilla—. Cuando la mujer se despierta y ve que está sola, ya sabe que aquel día él no estará con ella. Y entonces lava

las sábanas en las que han hecho el amor.

—¿Y por qué las lava?

—Lo hace por él. Para que así, cuando vuelva por la noche, sepa que tiene otra posibilidad. Todos los días lava las sábanas para poder amarlo, por la noche, como si fuera la primera vez, esperando que un día él decida quedarse.

Lo oyó suspirar. Vio sus zapatos por debajo de la sábana, los cordones de colores, los vaqueros arrugados. Le habría gustado ver algo más, pero la sábana tapaba el resto. Se preguntó si en aquel momento Teo tendría la sonrisa sabionda de siempre o si estaría serio. Se le acercó lentamente y Camilla pensó que estaría sonriendo. Aguantó la respiración. Lo único que quería en aquel momento era tenerlo más cerca. Se quedaron inmóviles durante un tiempo que se les hizo infinito, hasta que un soplo del viento movió ligeramente la sábana hacia ella. Camilla, por un instante, entrevió el rostro de Teo y notó su mirada seria, casi hechizada. Tal vez seguía inmerso en la historia que acababa de contarle, o a lo mejor estaba esperando a que ella diera el primer paso. Duró menos de un segundo, después el viento se calmó y quedó solo una brisa ligera que parecía decir: «Ahora os toca a vosotros». Teo dio un paso adelante. Oían el ritmo de su respiración, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso.

Camilla apoyó los labios en la sábana y tendió los brazos como para abrazar al viento. Estaba segura de que él también podía oír los latidos de su corazón. Después notó las manos de Teo en las suyas, a través de la tela. Entrevió la boca de Teo, que buscaba la suya muy despacio. Apoyó aún más los labios hasta que Teo los alcanzó. Se estrechó a su cuerpo sin dejar de apretar los labios contra los de él, deseando que la tela desapareciera y al mismo tiempo agradecida de que estuviera allí para separarlos.

Aquella sábana blanca estuvo en medio del beso como el eco indefinido de una promesa. Duró un instante que pareció eterno. Luego Camilla se apartó, soltándose de aquel abrazo perfumado, y vio los tenis con los cordones de colores de Teo, que se separaban de sus pies hacia atrás para acercarse a ella. Ninguno de los dos se atrevió a levantar la sábana.

Cuando Teo apareció frente a ella, se miraron sin decir una palabra.

Tenía en los labios el sabor del detergente con camomila. Le habría gustado poder conservar aquel sabor para siempre.

Mientras se dirigían hacia la estación empezó a llover. Camilla se puso el plano de la ciudad en la cabeza. A Teo le habría gustado disfrutar de aquella lluvia, pero ella apremió:

—¡Corre, por favor! ¡No quiero mojarme!

—Pero si son dos gotas —dijo Teo.

—Es por el pelo —explicó Camilla—, se me pone horrible si se hincha.

Teo se rio.

—No tiene gracia. ¿Es que quieres ir por ahí con un puercoespín?

—Venga, vamos a meternos ahí dentro —propuso—. Aquí. ¿Ya estás mejor?

La miraba con aquella sonrisilla idiota que tanto le irritaba.

—¿Qué pasa?

—Tan profunda, y después te pones a hacer aspavientos por dos gotas de agua.

—Tú dices eso porque tienes el pelo liso y por la mañana ni te peinas.

Camilla se tocó el pelo y se horrorizó al darse cuenta de que se le había encrespado, sobre todo por encima de la frente.

—Ya está hecho un asco —se quejó.

—Estás muy bien así, despeinada.

—Cállate.

—No, de verdad. Pareces más natural. Más salvaje.

Camilla se sonrojó.

Cuando se subieron al tren, se sentó junto a él y notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. El pelo mojado se le pegaba a la cara. El peinado se había ido a freír espárragos, igual que el maquillaje.

Teo la miró y se dio cuenta de que le pasaba algo. Camilla estaba a punto de echarse a llorar.

—Tengo que saberlo, Teo, por favor.

Él abrió la boca sorprendido.

—¿Todavía estás con eso? De verdad que eres tonta, Cami. Mírame.

Teo le levantó la barbilla con la mano. Con la otra, le pasó un mechón por detrás de la oreja.

—No pasó nada, de verdad. Te deseaba con todas mis fuerzas, pero no

habría podido hacerlo. No sabías lo que hacías. Te lo había prometido y no te hice caso. Aunque estabas bastante provocadora, ¿sabes?

Camilla sonrió.

—Gracias —le dijo.

—No habría podido hacerlo. ¿Por quién me has tomado?

—Nunca se sabe —contestó ella—. No sé cuántos chicos se habrían aprovechado en tu situación.

Se quedaron en silencio un momento. El tren salió.

—Cuando vi que las camas no estaban separadas —susurró—, no me dio miedo el sexo. Me daba miedo dormir con alguien. No lo había hecho nunca, hasta hoy.

Teo abrió la boca como para decir algo, pero después la cerró y se puso los auriculares del iPod. Camilla hizo lo mismo. Al rato, le entró sueño. Como si lo hubiera intuido, Teo le pasó un brazo por los hombros y ella se acurrucó en su pecho. Notaba su respiración en la frente. Era precioso dormir así. Por primera vez en mucho tiempo, Camilla se sintió protegida.

## CUANDO DOS SE AMAN

— **P**ERO ¿LO HABÉIS HECHO O NO?  
Era la cuarta vez que Jessica se lo preguntaba.  
Camilla sonrió.

—No, ya te he dicho que no.

—Pero dormisteis juntos. Abrazados.

—Sí.

—Todavía no he entendido cómo llegasteis a eso. Fue todo muy rápido, ¿no?

Camilla frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Cuando salisteis de aquí, prácticamente no os hablabais. Sí, habíais salido una vez y después pasó lo del día de tu cumpleaños. Pero aparte de eso, no os habíais quedado solos nunca. Y después, de golpe, dormís juntos y... y os besáis.

—No fue un beso de verdad, estaba la sábana en medio. —¿Y no os habéis vuelto a besar?

—No —dijo Camilla—, pero dormimos todo el tiempo acurrucados en el tren. Y él me acariciaba...

Jessica estaba sonriendo.

—Cuéntame otra vez cómo fue cuando volvisteis al hotel.

Camilla levantó los ojos al cielo.

—Jes, la versión no cambia, por más que te la repita.

—Pero es divertido —dijo ella—, sobre todo la parte en que te lo encuentras en calzoncillos...

—Eso es lo último que recuerdo —mintió Camilla.

En realidad, al día siguiente se acordó de más cosas, pero no quería contarle a su amiga nada de la locura de aquella noche.

—¡Pobre chico, lo que habrá sufrido!

—Todavía estoy esperando tus disculpas —se rio Camilla.

Le había contado a Jessica todo el fin de semana y le había dicho que, aunque al principio le sentó mal, la verdad es que habían pasado dos días estupendos. Le daba la impresión de haber descubierto a un Teo distinto, más atento y cariñoso, aunque seguía pensando que tenía un pasado misterioso.

Estaban en el parque, sentadas en la tapia que había delante del tobogán. Camilla estaba estudiando, pero en cuanto se tomó un descanso, Jessica aprovechó para ir a verla. Nino volvería aquel día de Milán.

—¿Cuándo volveréis a veros? —quiso saber Jessica.

—Dentro de un cuarto de hora —admitió Camilla sonrojándose.

—No perdéis el tiempo, ¿eh? Y eso que es miércoles.

A Camilla le parecía que había pasado una eternidad, pero no se lo dijo.

—¿Y tu profesor?

—¿Qué pasa?

—¿Sigues pensando en él?

Camilla se encogió de hombros.

—Él es... perfecto, Jes. Ya no sé lo que quiero. O por lo menos, no del todo. Solo intento divertirme, abrirme a los demás. Jessica hizo una mueca de satisfacción.

—Llevo meses diciéndotelo. Tenía que llegar alguien como Teo para que me hicieras caso.

Teo estaba corriendo hacia el parque. Estaba deseando verla. Solo habían pasado dos días desde Venecia y no había dejado de pensar en ella ni un segundo. Le había mandado un montón de mensajes por WhatsApp, se sentía como un quinceañero con el primer amor. Le había escrito cosas que ahora le parecían muy tontas y, al volver a leerlas, le daba por reír.

«¿Qué estás haciendo?».

«Tocando».

«Me gustaría estar ahí contigo».

«Y a mí me gustaría que estuvieras aquí».

«¿Cuándo volveremos a vernos?».

«Cuando consiga tocar esta pieza sin ningún error».

«Estoy celoso de tu violín».

«Je, je».

Ahí estaba. Y Jessica con ella. Estaban riéndose. Camilla se remetió el pelo por detrás de la oreja, levantó la mirada y lo vio. Le brillaron los ojos.

—Entonces, os dejo, y no os deis al sexo desenfrenado —bromeó Jessica, y le dio una palmada en el hombro.

Teo le dio un beso en la mejilla como si no la hubiera oído.

Camilla se volvió hacia el coche.

—Giuditta nos espera. ¿Vamos?

Teo asintió. Todo lo que quería decirle había dejado de tener importancia, en aquel momento. Se agarró al asiento mientras la escuchaba canturrear las notas de una música que él no conocía.

—¿Vamos otra vez a Pianoalto? —preguntó cuando empezaron las curvas.

—No te orientas todavía, ¿eh? No, no vamos allí. Te llevo a otro sitio.

Camilla frenó bruscamente, aparcó en un anchurón que quedaba entre una curva y otra, sacó un mantel y embocó un sendero que no parecía llevar a ninguna parte. Lo había cogido de la mano y lo miraba con los ojos brillantes y excitados.

—Quería estar contigo en algún sitio en el que nadie nos vea —le explicó mientras extendía el mantel en el suelo, en medio de unos árboles.

—Yo también —susurró Teo.

Se alegraba de que Camilla no le hiciera las preguntas que cualquier otra chica le estaría haciendo ya, como por ejemplo: «Entonces, ¿estamos saliendo juntos? ¿Somos novios? ¿Estarás siempre conmigo?». Él no habría sabido responder a ninguna de aquellas preguntas. Lo único que quería era estar solo con ella. Sobre eso, estaban totalmente de acuerdo.

*Cuando dos se aman, no hay espacio para otras personas. Cuando dos están hechos el uno para el otro, terminan en sitios inaccesibles para el*



*resto del mundo.*

Se tumbaron juntos. Teo se dio cuenta de que Camilla llevaba los pantalones cortos que tanto le gustaban a él. Y se había dejado el pelo rebelde y rizado.

—Estás muy guapa así —le dijo mientras le apartaba un mechón.

—Así, ¿cómo?

—Sin peinados raros... Así, un poco despeinada.

—No estoy despeinada.

Teo le pasó una mano por el pelo y se lo revolvió.

—¡Teo! —protestó Camilla intentando protegerse.

—Ahora sí —se rio.

Alargó la mano para acariciarle la pierna y Camilla suspiró. Se inclinó sobre ella y le rozó los labios con los suyos. Hacía días que quería besarla. La boca de Camilla respondió como si fuera lo único que deseaba y él le metió la lengua buscando su sabor. Apoyó la cabeza en el mantel mientras Teo seguía besándola, notando cómo su respiración se hacía cada vez más jadeante. Camilla le acarició la barriga metiendo la mano por debajo de la camiseta y él hizo lo mismo. Subió con la mano hacia el pecho y buscó un pezón. Camilla separó los labios de los suyos y dejó escapar un gemido.

—¿Estás segura de que no pasa nadie por aquí? —preguntó Teo.

—Si tenemos suerte... —dijo Camilla.

Siguieron besándose. Teo deslizó la mano por debajo de los pantalones cortos y la acarició por encima de las bragas. Cuando Camilla le mordisqueó la oreja, un escalofrío le recorrió la espalda. Apartó las bragas con los dedos y la acarició ahí. Camilla volvió a gemir.

—Estás muy mojada —le susurró mientras la penetraba con el dedo.

Las manos de Camilla le pasaron por encima de los pantalones acariciándolo sobre su erección. Teo jadeó. Camilla empezó a desabrocharle los vaqueros, pero de pronto se paró. Miró a su alrededor y cuando él fue a decir algo, lo calló poniéndole un dedo en la boca.

—¡Scotti, vuelve aquí! —gritó alguien en la distancia.

Un perro blanco estaba corriendo a toda velocidad hacia ellos. Mientras ella se ponía bien los pantalones a toda prisa, Teo se abotonó los suyos. Enseguida, Camilla abrió los brazos y dejó que la pequeña bola de pelo le

chupara la cara.

—Hola, Scotti —le dijo.

—¿Lo conoces? —gruñó Teo esperando que no llegara nadie, porque la erección aún se notaba claramente debajo de los vaqueros.

—No, pero el dueño lo ha llamado así. Es precioso, ¿verdad? —dijo Camilla sin dejar de acariciarlo.

—Menos mal que por aquí no pasaba nadie, ¿eh?

—¡Scotti! —lo llamó el dueño mientras se les acercaba—. Ven aquí ahora mismo.

Camilla saludó con la mano al anciano que se estaba llevando al perro. Lo vieron alejarse mientras se intercambiaban miradas incómodas.

—¿Tampoco lo conoces a él? —preguntó Teo cuando el señor desapareció.

—No, pero aquí es normal que todo el mundo se salude —le explicó Camilla.

Teo le apartó el pelo de la cara y ella le tocó el flequillo rebelde.

—Me gusta tu flequillo —le dijo sonriendo, y le acarició el cuello—. Ya se ha ido la marca —comentó tocándolo donde se la había dejado.

—Quiero otra —dijo Teo.

Camilla rozó la cadena que llevaba al cuello. Él se apartó instintivamente.

—¿Y esto? —preguntó Camilla.

—¿No has visto ninguno? Es un ojo de santa Lucía. Es de Cerdeña.

—Ojo de santa Lucía —repitió Camilla—. No lo había oído nunca.

—Son conchas pequeñas. ¿Ves la espiral?

—¿Se encuentran así, en la playa?

—Sí, aunque cada vez es más difícil encontrarlas. Sirven para proteger de los espíritus malignos y contra el mal de ojo.

Camilla se rio.

—No te lo creerás, ¿no?

Teo frunció el ceño.

—Más por tradición que por fe —contestó.

No le gustaba hablar de su casa, sobre todo en aquel momento. Con la llegada del puñetero perro se había puesto nervioso. Tenía la impresión de que ningún sitio sería seguro. No los dejarían en paz ni aunque se fueran a la cima

de la montaña. No podía llevarla a su casa. Ella no podía saber nada de él. Solo podía ser así, una historia sin demasiado compromiso. La parte de su vida que quedaba lejos de las montañas tenía que permanecer en secreto.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Camilla mientras se le acercaba para darle un beso.

—Nada, siento que nos hayan interrumpido.

—¿Y habrías seguido hasta el final, así, en el campo? —lo provocó ella.

Teo observó su expresión. No parecía molesta por la interrupción.

—Tú lo sabías —dijo—, ¡qué mala! ¡Tú sabías que llegaría alguien!

—Anda ya, ¿cómo iba a saberlo?

Pero Teo se le había echado encima y le estaba haciendo cosquillas.

—¡Por favor, Teo, ya está, por favor!

Camilla se reía descontrolada, doblada hacia delante, protegiéndose las caderas con las manos, con el pelo alborotado en la cara y los ojos cerrados. Teo pensó que, desde que la conocía, nunca la había visto tan feliz.

—Me gustaría oírte tocar —le dijo cuando se tranquilizó.

Camilla lo miró y el verde intenso de sus ojos lo traspasó.

—¿De verdad? Eres el primer chico con el que salgo que me lo pide con tanta insistencia.

—Entonces, ¿me lo concederás? —contestó él inclinando la cabeza hacia un lado.

Camilla se recostó para besarlo y esta vez sus labios se encontraron con más suavidad, como si ya hubieran empezado a conocerse. Teo intentó no tocarla demasiado. Si volvía a empezar y luego volvía a aparecer alguien, sería de masoquistas de verdad.

—Me gusta tu sabor —susurró ella.

—Y a mí el tuyo.

—Espera un momento, se me ha ocurrido una cosa.

Camilla sacó el teléfono y buscó un número en la agenda.

—Hola, ¿Jes? No, no nos hemos perdido. Mira, necesito que me hagas un favor enorme...

## LO QUE NO SE DICE

**L**E HABÍA DEJADO CONDUCIR A GIUDITTA PORQUE no se atrevía a dejarle el violín, pero ahora estaba molesta.

—Deja que te lo diga: de vez en cuando eres odioso —farfulló mientras daba golpecitos con los dedos sobre la funda que llevaba entre las piernas.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —preguntó Teo fingiendo inocencia, y tocó suavemente el claxon.

—Es por la forma en que sonríes mientras vas conduciendo. La cara que pones.

—Te estás enamorando de mí —bromeó Teo, y se mordió la lengua.

—Qué tonto, qué va. Cuando conduces, te detesto.

—Y yo también, para ser sinceros —dijo Teo—. Cuando conduces, no sé si quieres que nos matemos o si de verdad lo haces sin darte cuenta.

Ya era otra vez fin de semana y estaban yendo a Pianoalto. Jessica le había dejado las llaves de la cabaña y le aseguró que no iría nadie a molestarlos.

«Vais en serio, ¿eh?», había comentado la amiga.

«Solo quiere que toque».

«Sí, ya, eso es lo que decís los músicos», le dijo Jessica riéndose.

«Qué tonta», contestó Camilla, pero después se sonrojó.

Camilla metió la llave enorme en la cerradura e intentó girarla.

—Uf, está muy duro —se quejó.

—A ver —dijo Teo, que estaba detrás.

Abrió la puerta con un gesto natural, como si fuera muy fácil. Camilla resopló y él se rio.

—¿Y ahora qué pasa? —protestó—. Los hombres tenemos que servir para algo, ¿no?

—Podía yo sola —replicó Camilla.

En cuanto entró, respiró el olor de madera de la pequeña cabaña, fantástica e inolvidable, que Jessica y ella habían usado tantas veces como refugio cuando no querían saber nada de los mayores. Tenían trece años la primera vez que consiguieron que sus padres les dejaran las llaves. Insistieron tanto que al final se las dieron. «Nada de chicos, nada de porros y nada de alcohol», les dijo el padre de Camilla, y poco a poco, en pequeñísimas dosis, habían ido desobedeciendo a las tres cosas. Jessica y ella tenían muchísimos recuerdos allí. Pasó la mano por la mesa de alerce, las repisas llenas de libros, los viejos juegos de mesa y el cenicero de piedra. Se sintió en casa. Teo encendió la luz.

—No durará mucho —lo informó Camilla.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido.

—Funciona con placas solares y hoy no ha habido mucho sol. Nos quedaremos a oscuras.

Camilla sacó del cajón de la mesa una caja de cerillas y le dio unas cuantas a Teo, que no se había dado cuenta de que había velas por todas partes: sobre la mesa que estaba a los pies de la cama, en la mesa, en las repisas y al lado de la hornilla.

—Es chulísima —comentó Teo mientras Camilla ponía en el banco la funda con el violín.

—Entonces, ¿quieres que toque ya? —preguntó Camilla y siguió la mirada de Teo, que iba directamente a la cama de matrimonio que estaba detrás de la mesa.

—Claro —dijo Teo—, hemos venido para eso, ¿no?

—Pero antes será mejor que encendamos la estufa. Hace muchísimo frío por la noche.

No tardaron nada en preparar la chimenea. Teo parecía muy experto.

Cuando la llama se alzó chisporroteando, Teo se dejó caer en la hamaca que había en el centro de la habitación. Camilla pensó que aquella expresión de satisfacción era el mejor agradecimiento por haberlo llevado hasta allí arriba. Era una cabaña pequeña y sin ventanas, sin luz y con el cuarto de baño fuera, pero Teo parecía el hombre más feliz de la tierra. Aparte de las fiestas que habían hecho entre amigos, Camilla no había llevado nunca a nadie.

*Abrir las puertas no es fácil. Solo una persona realmente especial puede echar una ojeada entre tus recuerdos más secretos.*

—Estoy listo.

Camilla sonrió y cogió el violín.

—Cierra los ojos —le pidió.

—¿Por qué, no te puedo mirar?

—Preferiría que no. Si no resistes, vale, pero por lo menos déjame empezar.

—¿Te da vergüenza? —preguntó Teo sorprendido.

—Sí. No. Bueno, un poco. Es más difícil tocar para una persona sola, sobre todo si me mira así.

—No te estaba mirando —protestó Teo.

—Sí, bueno, cierra los ojos.

Estaba más nerviosa que en un concierto. Menos mal que el *Csárdás* de Monti empezaba con un motivo lento y atormentado, así le daría tiempo a calentar los dedos antes de hacer fluir aquellas notas alocadas y coloridas. Mientras tocaba, Camilla no perdió de vista la expresión de Teo. No se fiaba de lo que él pudiera decirle. Quería estar segura de que su música le llegara al corazón, de que su violín le contara algo. Al cabo de un momento, Teo abrió los ojos y la miró con la boca abierta, como si nunca hubiera oído nada igual. Sin embargo, ella percibió que en su expresión no había más que estupor. No lograba emocionarlo de verdad. Su violín, una vez más, era realmente elegante y se dejaba tocar, pero no contaba ninguna historia.

*Para poder transmitir una emoción, a veces hay que cruzar las puertas del dolor.*

—Tocas muy bien, Camilla —le dijo Teo en cuanto se apagó la última nota.

—Gracias, pero todavía me queda mucho que aprender.

—Ven aquí, no te hagas la modesta —replicó mientras se la sentaba sobre las rodillas y le apartaba el pelo de la cara—. Qué pendientes tan bonitos —susurró—. Es un violín, ¿no?

Los pendientes de Roberto.

—Sí.

—¿Quién te los ha regalado?

Tal vez podía mentir, pero decidió ser sincera.

—Mi profesor.

Teo la alejó para mirarla a los ojos.

—¿Tu profesor te hace esos regalos?

—Solo este, por el cumpleaños —explicó Camilla.

Teo no dijo nada. Se quedó sentado mirando el fuego y a Camilla le pareció que le ardían los ojos.

—¿Estás celoso? —le preguntó con una sonrisa, pensando que no le molestaría verlo rabiarse de celos.

—No —contestó él sin pensarlo.

Pasaron unos segundos de silencio.

—Sí —admitió—, creo que estoy celoso desde la primera vez que me hablaste de él.

Camilla no dijo nada. Por más que Teo le gustara, no había dejado de pensar en Roberto.

Teo le rodeó la cara con las manos y la atrajo hacia él. La besó con pasión, como si quisiera hacerle sentir aquellos celos que se habían presentado de repente.

—Eres mía —le susurró, y Camilla se estremeció. Quería que fuera así, pero no conseguía decirlo ni admitirlo ante sí misma.

*Lo que no se dice pasa a través de otro lenguaje: los mensajes del cuerpo, esos pequeños gestos que hablan de nosotros cuando las palabras no salen.*

Teo la besó y ella le mordisqueó los labios. Sus besos eran todavía más profundos e intensos que la última vez. Teo se quitó el jersey y Camilla le abrió la camisa y le pasó los dedos por el pecho antes de suspirar. Lo sentía debajo de ella y sabía que la deseaba muchísimo. La hamaca se mecía peligrosamente.

—Vamos a la cama —propuso Camilla.

Teo se quitó la camisa y los vaqueros y se quedó en calzoncillos delante de ella. Ya lo había visto así, pero con el resplandor del fuego estaba todavía más atractivo. Sentada en la cama, lo atrajo hacia ella y le pasó la lengua por el ombligo. Él le puso la mano en la cabeza y le acarició suavemente el pelo. Camilla le dio un beso por encima de los calzoncillos, luego metió la mano por debajo, se la cogió delicadamente y empezó a acariciarlo. Lo oyó suspirar.

—Camilla —murmuró—, me vas a volver loco.

Empezó a besársela y a pasarle la lengua alrededor mientras Teo la despeinaba tirándole de algunos mechones tan fuerte que casi le hacía daño.

No le había dado tiempo a metérsela en la boca cuando él le apartó la cara.

—Un momento —le dijo sonriendo.

Dejó caer los calzoncillos en el suelo y volvió a guiarle la cabeza hacia donde estaba. Esta vez Camilla se la chupó con ganas. Teo gimió.

—Joder —susurró.

Camilla se alegraba de ser capaz de provocarle tanto placer.

Teo la levantó, le quitó el sujetador y le apretó los pechos con las manos.

—Eres preciosa —suspiró.

Sus dedos le dejaron marcas rojas en la piel. La tumbó en la cama y se le puso encima mientras le daba un beso largo en la boca.

—No estás tan locuaz como en Venecia —bromeó, y se agachó para quitarle las bragas.

Camilla se sonrojó. Se había quedado completamente desnuda. Él la contempló un momento, pasándole la mirada por todo el cuerpo. Camilla pensó que ya la había observado una vez así: la primera vez, en el bar La Vespa, cuando sus miradas se cruzaron. En aquel momento, le produjo el mismo escalofrío.

—¿Y qué te decía en Venecia? —susurró.

—Querías que te tratara como si fueras una niña —contestó Teo sonriendo.

—Estaba borracha de verdad —murmuró Camilla.

—O a lo mejor eras más sincera que ahora —replicó.

—Puede ser —admitió Camilla.

—¿Quieres que te haga de todo?



—Sí —le dijo en voz baja.

—Entonces, dímelo.

—Quiero que me hagas... de todo —susurró Camilla.

Teo le abrió las piernas con una mano y la acarició con suavidad. Sus dedos se movían dentro de ella. Camilla se dejó llevar por completo por aquel tacto, como si fuera un instrumento a merced de un músico experto. Se acordó de lo que le había dicho Jessica: «Eso es lo que decís los músicos». Sonrió y gimió de placer. Teo se puso sobre ella y la penetró despacio sin dejar de mirarla a los ojos. Camilla siguió su movimiento lento al tiempo que le rodeaba la espalda con las piernas. Tal vez era eso lo que sucedía cuando un violín contaba su historia: seguía las intenciones del músico. Camilla se daba cuenta de que Teo estaba atento a todos sus movimientos, por eso conseguía darle aquel placer inmenso. No temió gemir más fuerte cuando él aumentó el ritmo. Los ojos de Teo se convirtieron en dos diminutas rendijas. En su cara se veía una expresión de puro placer.

Camilla estiró las piernas y sintió escalofríos por todo el cuerpo. Apretó los muslos hasta notar dolor mientras él la penetraba cada vez más rápido. Quería que siguiera, que continuara cada vez más fuerte, que no temiera hacerle daño, que se dejara llevar libremente. Iba a decírselo, pero le dio miedo echar a perder el momento.

—Teo —gritó cuando sintió que su cuerpo no era capaz de contener todo aquel placer—. Teo —repitió, solo para tener su nombre en los labios durante el orgasmo.

Él alcanzó el clímax un instante después, hundiéndose entre sus piernas tensas, y se dejó caer sobre ella, por fin relajado. Camilla siguió oyendo sus gemidos al oído.

Cuando lo miró, vio que le brillaban los ojos. Se sonrieron abrazados y ninguno de los dos se atrevió a decir nada durante un buen rato.

Luego Teo se incorporó apoyándose en los codos y la miró con ojos distintos.

—¿Sabes, niña? —le confesó—. Ha sido mejor de lo que me esperaba.

—Vete a la mierda —contestó ella fingiendo que quería levantarse de la cama.

Él la cogió por las caderas y la obligó a tumbarse otra vez.

—Era broma —le dijo—, ha sido fantástico. Eres estupenda.  
No le contestó.

—¿A ti te ha gustado? —quiso saber Teo.

Camilla se volvió para mirarlo.

—Muchísimo —susurró—, y es raro, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Dicen que la primera vez que lo haces con alguien no es tan bonito.

—¿Quién dice eso?

—Lo he leído en internet —contestó Camilla.

—Pues mejor —exclamó Teo.

—¿El qué?

—Sí esa teoría es verdad, quiere decir que las próximas veces serán todavía mejores.

—Ah, ¿sí?

—Podemos comprobarlo ahora mismo, si quieres.

Camilla sonrió. Le pasó una mano por el pelo y lo estrechó contra ella pensando que no lo dejaría marchar tan fácilmente.

## EL CORAZÓN NO CONOCE EL INSTINTO DE SUPERVIVENCIA

**T**EO SE ENCENDIÓ UN CIGARRO RECOSTADO SOBRE LA cabecera de la cama.

Camilla estaba fregando los platos. Parecía que no se daba cuenta de que la estaba observando. Cuando Camilla se ponía a hacer algo, se concentraba por completo. Sabía quedarse en silencio, como si las palabras no fueran importantes.

Después de hacer el amor la noche anterior cocinaron juntos a la tenue luz de las velas. Más tarde, Camilla se lo llevó a la cama y se abrazaron desnudos debajo de las mantas.

«Vuelve a decirme que ha sido bonito», le susurró ella al oído.

Teo sonrió al recordarlo. Le gustaba sentirse importante. Se quedaron dormidos enseguida y Teo se despertó antes que ella. Se quedó contemplándola, pensando que por la mañana, con el pelo revuelto y sin maquillaje, estaba todavía más guapa. La despertó con delicadeza, acariciándole la cara y el cuello, y se detuvo un instante en la marca que tenía debajo de la barbilla.

«Es porque soy violinista», le explicó Camilla con orgullo cuando él le preguntó qué era. Después se estiró y le arregló el flequillo. Él comenzó a provocarla y rodaron uno sobre el otro hasta que empezaron a hacer el amor lentamente, como si sus cuerpos se estuvieran despertando poco a poco.

Camilla se volvió a mirarlo y Teo apagó el cigarro. Le sonrió. Tenía la

impresión de que si salían al descubierto, aquella mañana de principios de junio, todo podría cambiar para siempre. Le habría gustado poder quedarse allí para siempre, tumbado en aquella cama, fumando y haciendo el amor y acariciando el cuerpo blanco de Camilla, contándole los lunares, sintiendo de nuevo su sabor en la lengua. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan atraído por alguien. Se preguntó cuánto tiempo podría durar. Si había algo de lo que estaba seguro era de que no estaba preparado para nada más. Había intentado, inútilmente, no dejarse arrastrar por los sentimientos y ahora que se había metido en todo aquello, empezaba a asustarse. Allí, dentro del pequeño refugio, todo le parecía posible. Fuera era distinto. Todavía no estaba preparado para abrirse y confesarle lo liada que estaba su vida. Tal vez no llegaría a estarlo nunca. Le habría gustado poder compartir con ella otros mil momentos como aquel, sin salir de la cabaña.

—¿Vas a levantarte o voy a tener que llevarte el desayuno a la cama? —le dijo Camilla mientras terminaba de secar el último vaso.

—No, en la cama no, voy —dijo Teo poniéndose en pie.

Alargó los brazos, se estiró y bostezó. Cuando vio que Camilla levantaba la ceja, se puso inmediatamente la mano en la boca.

—Gracias —aprobó Camilla—, ya puedo preparar el café. Creo que tiene que haber leche en algún sitio...

—El café solo también está bien —dijo Teo.

Teo tenía una voz en la cabeza que seguía repitiéndole: «No te enamores. El amor decepciona. No te enamores. Guarda las distancias».

Le habría gustado hablar con ella, preguntarle qué pensaba del amor y de la idea de poder pasar toda la vida con alguien. Quería saber si ella creía en el amor.

Se sentaron a la mesa de madera con el café caliente en las tazas.

—Solo tengo estas galletas, no es un gran desayuno —susurró Camilla, y alargó las piernas. Llevaba una camiseta larga que no llegaba a taparle las braguitas.

Teo estuvo a punto de decir algo, pero Camilla lo estaba mirando con una expresión tan despreocupada que decidió quedarse callado. Se metió una galleta en la boca y siguió sonriendo.

—Fuera hay muchísimo sol —le dijo Camilla—. Podemos ir a dar un

paseo, si quieres.

*De la naturaleza tendríamos que aprender que demasiado sol puede ser tan peligroso como un huracán.*

—Sí, claro —dijo Teo.

Terminaron de comer sin decir casi nada. Camilla se levantó y volvió al fregadero. Si no quería mirarla, era más fácil hablar.

—¿Camilla?

—¿Sí?

—¿Tú crees en el amor?

Al oírlo, se dio la vuelta con expresión interrogativa y se echó a reír.

—Lo digo en serio. ¿Tú crees que existe?

Camilla fue a decir algo, pero de pronto se puso pálida y dejó caer la taza al suelo.

—Teo —murmuró—, ayúdame, no me siento bien.

Apenas le dio tiempo a levantarse de la silla cuando Camilla se desmayó en sus brazos. Estaba tan blanca como las sábanas y empapada en sudor. Teo pensó que a lo mejor ya estaba así cuando se despertó pero no le había dicho nada. Aterrorizado, la tumbó en el suelo y le puso uno de los cojines del banco debajo de la mesa. Le levantó las piernas y le pellizcó la mejilla.

—¿Camilla? —casi gritó—. ¿Me oyes?

Las mejillas recobraron un poco de color e intentó abrir los ojos.

—¿Puedes contestarme? —insistió Teo manteniéndole las piernas hacia arriba.

—Sí —dijo Camilla, y Teo se dio cuenta de que había hecho un esfuerzo increíble.

—Llamo a una ambulancia —le dijo, y alargó la mano para coger el teléfono—. Mierda —farfulló al acordarse de que allí arriba no había cobertura.

Camilla había abierto un poco los ojos y se había llevado una mano a la cabeza.

—Me duele —dijo en voz baja—. ¿Me he desmayado?

—Sí. Tenemos que irnos. Voy a sacarte de aquí —contestó.

—Llévame a casa, Teo —susurró Camilla—. Me encuentro fatal. —No la había visto nunca tan pálida—. Tenemos que cerrar la llave del agua, ahí abajo

—dijo ella.

Teo estaba intentando mantener la calma, pero no estaba seguro de estar haciendo lo correcto. A lo mejor debería esperar a que Camilla se recuperara un poco, en vez de moverla. ¿Y si volvía a desmayarse? Pero ya lo había decidido. Abrió la puerta del coche, reclinó un poco el asiento y le puso las piernas sobre el salpicadero.

—Los pantalones —le dijo Camilla antes de volver a cerrar los ojos.

Teo se dio cuenta de que se le seguían viendo las bragas.

—¿Dónde están?

—En la mochila —le dijo Camilla.

Por lo menos estaba consciente.

La ayudó a ponérselos antes de subirse al coche y arrancar.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco mejor.

—¿Te llevo al hospital?

—Quiero irme a casa.

—¿Es la primera vez que te pasa? —quiso saber Teo en cuanto empezaron las curvas.

—No es la primera vez que me desmayo, pero solo me pasa cuando no desayuno.

Teo se dio cuenta de que Camilla estaba entrecerrando los párpados.

—¿Ves bien?

—Veo puntos verdes —le dijo ella.

—Es la debilidad —la tranquilizó.

—Y me duele la cabeza —continuó Camilla.

—Es normal. Tranquila, te has desmayado en mis brazos. No te has golpeado la cabeza.

Cuando llegaron a casa de Camilla, Teo aparcó delante de la entrada y fue a cogerla en brazos.

—Puedo andar —le dijo ella mientras se cogía a su hombro.

—¿Segura?

—Sí, dame la mano.

Camilla abrió la puerta de la casa. Su madre salió a recibirlos y, en cuanto la vio, se llevó una mano a la boca.

—¿Qué ha pasado? Ven, tumbate en el sofá.

—No pasa nada, solo me he desmayado, mamá.

Con el rabillo del ojo, Teo vio que el padre de Camilla se asomaba para ver qué pasaba, con el mando de la televisión en la mano y expresión cansada. Notó cómo lo observaba.

—¿Has desayunado? —preguntó Lucia.

—Sí —dijo Camilla.

—Solo se ha tomado un café —dijo Teo.

Y fue como si la madre de Camilla no hubiera advertido su presencia hasta ese momento. Lo miró de arriba abajo. Con las prisas de llevarla a su casa, Teo no se había puesto la camiseta. Había conducido todo el tiempo sin ponerse nada por arriba y ni siquiera se había dado cuenta.

—Ya me encargo yo —le dijo sin mirarlo a los ojos—. De todas formas, gracias.

—Si hay algo más que yo pueda hacer...

—Puedes irte, ya has hecho bastante.

¿Era un tono sarcástico? ¿O no?

Buscó la mirada de Camilla, pero se había tumbado en el sofá con los ojos cerrados. Se sintió aliviado al ver que había recuperado un poco el color y parecía más tranquila. El padre de Camilla no le quitaba los ojos de encima.

—Adiós, Camilla —dijo.

Pero ella no le contestó. A lo mejor se había dormido.

—Adiós, señora —añadió.

Lucia le hizo un gesto con la cabeza. No sabía qué hacer y se tropezó al intentar saludar a su padre.

Mientras salía casi dando tumbos, Teo notó que tenía el corazón a mil.

«Eres tonto, ya está a salvo», pensó, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de Camilla desmayándose en sus brazos y suplicándole ayuda.

Maldijo su propio corazón por haberse metido otra vez en problemas.

*Pero es inútil tomarla con quien no conoce el instinto de supervivencia.*

## **El Moleskine de Camilla**

8 de junio

Tiempo: sereno, pocas nubes.

Tiempo dentro de mí: llueve desde hace días.

Viento de hoy: siroco. Es un niño caprichoso que te embiste con protestas de arena y tormenta. No sirve de nada regañarle ni intentar calmarlo con palabras tiernas. Él es así. Lo único que se puede hacer con él es esperar a que pase. Todo pasa. Hasta el mal viento.

Cosas que hacer: una ducha, por ejemplo.

Llevo tres días metida en casa. No hay escapatoria. No se me pasa la fiebre y el dolor de cabeza es cada día más insoportable. Desde que Teo me acompañó, las cosas no han hecho más que empeorar. Mi madre dice que tengo gripe y que esa noche en la cabaña me ha sentado fatal. No ha servido de nada decirle que pusimos la estufa y no pasamos frío. Ella cree que soy una inconsciente. No la aguanto cuando sigue tratándome como si tuviera quince años. No me quedaré en esta casa cuando me cure. En cuanto esté mejor, me voy a vivir a otro sitio, por mi cuenta. Me pondré a trabajar. No aguanto más.

El médico vendrá mañana otra vez. No tengo fuerzas para ir a la consulta. Espero que no me dé antibióticos, porque me quitan el apetito y me dan ardores de estómago. Tengo que curarme de esta mierda lo antes posible.

Hace tres días que no veo a Teo. Me escribe, pero no es lo mismo. Jessica ha venido a verme, pero enseguida le pedí que se fuera porque me iba a explotar la cabeza. Qué mierda de gripe. Me perdí la clase de violín de ayer...



## ¿TÚ CREES EN EL AMOR?

**E**STABA ESPERANDO A QUE LA LLAMARAN. LA ESPERA Estaba durando siglos. Había sido todo tan rápido que a Camilla ni siquiera le había dado tiempo a pensar. Estaban tardando mucho. Si querían hacerlo, que lo hicieran y punto. Se sentó en la cama y se dio cuenta de que le costaba respirar.

—¿Estás bien? —le preguntó el padre, que estaba sentado a su lado.

Era la millonésima vez que se lo preguntaba. Era desesperante. Su madre había ido a por un café y Camilla esperaba no tener que volver a verla antes de que la llamaran.

—Estoy bien, papá —respondió Camilla con una pizca de ironía.

«Estoy como a punto de subir al patíbulo», pensó.

No estaba bien en absoluto, el médico no había hecho más que repetírselo.

Cuando Camilla por fin se decidió a meterse en la ducha, después de pasarse tres días de la cama al sofá y del sofá a la cama, hizo un descubrimiento terrible. Le había salido una protuberancia muy rara debajo de la clavícula, sobre el pecho, justo ahí en medio. Era dura y se movía, aunque no le dolía. Salió corriendo a buscar a su madre, desnuda como un gusano, y le pidió que tocara aquella porquería. A la madre no le gustó ni un pelo. Su padre intentó restarle importancia, como hacía cada vez que alguna de ellas no se encontraba bien, pero para entonces Lucia ya tenía el teléfono en la mano. El médico le dijo que pidiera una cita con el oncólogo, un tal Mario Dotti, que a Camilla no le sonaba de nada.

«Es mejor que te vea él también —le dijo el médico intentando tranquilizarla, pero sin ningún resultado—. Puede que no sea nada, o a lo mejor te dice que hay que extraerlo».

«¿Extraerlo? ¿Cómo que extraerlo?», soltó ella.

«No lo sé, Camilla, no te quiero decir nada que pueda preocuparte. Primero hay que hacer unas pruebas. Créeme, Mario te sabrá decir algo más. ¿Confías en mí?».

«Sí».

¿Acaso podía decir lo contrario?

El tal Mario Dotti había sido más claro. Se puso las gafitas oscuras sobre la nariz y se rascó la calva antes de empezar. Le palpó el cuello, las axilas y el tórax y después se detuvo con manos expertas sobre aquella bola dura que no tenía intención de deshincharse. A continuación se sentó a su mesa y empezó a escribir una lista de pruebas más larga que la de la compra. Por último, como si de pronto se hubiera acordado de que su madre y ella estaban allí, dijo: «Hay que hacer inmediatamente una biopsia».

Biopsia. Camilla no tenía la más mínima idea de qué era una biopsia, porque sí, conocía el término, pero como un eco lejano, algo que siempre le pasaba a otras personas y que había oído una vez, sin prestar mucha atención, en un capítulo de *Anatomía de Grey*.

Entonces, el tal Mario Dotti, con calma, le explicó que la biopsia consistía en extraer una parte de tejido para ver si algo no iba bien.

«En tu caso, preferimos extraer toda la parte afectada».

«Vale —le dijo fingiendo tranquilidad—, ¿y cómo se hace eso?».

«¿Quieres saber todos los pasos o solo si te van a dormir?».

Camilla miró a su madre desorientada.

«Doctor —dijo entonces Lucia—, creo que Camilla quiere saber qué es... esa cosa que le ha salido».

La madre usó un tono extraño, como si ya supiera la respuesta y Camilla fuera una idiota sin esperanzas.

«Señora —contestó el oncólogo con calma—, el objeto de esta operación es precisamente descartar lo peor, para que puedan dormir tranquilos. No es bueno alarmarse antes de tiempo. Teniendo en cuenta los síntomas de Camilla, mi consejo es hospitalizarla de inmediato. Voy a reservar la sala de

operaciones para mañana. Mientras tanto, le haremos las pruebas hematológicas de rutina, otros exámenes más específicos y, por supuesto, una TAC. Hay que esperar a los resultados antes de llegar a ningún tipo de conclusión».

Camilla no había entendido mucho, pero aquel Mario Dotti le transmitía confianza. Aunque solo fuera porque había sido capaz de callar a su madre. Le sonrió antes de salir de la consulta y le agradeció que hubiera hablado claro.

Era la primera vez que la ingresaban en un hospital. A ella nunca le había pasado nada, ni siquiera de pequeña. Había tenido las enfermedades típicas de los niños, pero nunca se había roto un brazo, como le pasó a Jessica. En primaria, cuando alguien se rompía una pierna, a Camilla le entraba un poco de envidia porque todos los demás lo consolaban y le hacían firmas y garabatos en la escayola con los rotuladores de punta gorda.

Pero ella nunca se había roto una pierna ni se había caído del tobogán. Le estaba pasando algo distinto.

A aquellas alturas, Camilla intuía que se trataba de algo importante. No era tonta. Su padre, secretario del ayuntamiento, no había faltado ni un solo día al trabajo, y sin embargo estaba allí, junto a ella, y no la dejaba ni un segundo, ni siquiera para ir a orinar. Y no intentaba quitarle importancia al asunto, no se reía, no despotricaba contra las enfermeras para hacerla reír. Estaba encerrado en su bola de ansia y no hacía nada por esconderlo. Todo esto a Camilla le resultaba intolerable. Su padre, Antonio, había estado con ella durante la TAC y el análisis de sangre. Y ahora estaba ahí, retorciéndose las manos sin decir nada. Sin embargo, también era posible que el doctor Mario Dotti tuviera razón. A fin de cuentas, ¿para qué preocuparse antes de tener los resultados? A ella, más que nada, le preocupaba la anestesia total. La anestesista, una mujer de pelo corto y cara regordeta que parecía un hombre, se había presentado en su habitación el día anterior y le había enumerado todos los riesgos y peligros que comportaba aquel procedimiento, y al mismo tiempo le había dicho que aquella era la praxis. Le había hablado como una máquina y a ella le habían entrado ganas de taparse los oídos y no escuchar nada más.

Camilla resopló.

—Papá —le dijo—, ¿por qué no vas a tomarte un café?

—De eso nada. ¿Y si vienen a por ti?

Camilla sonrió.

—Para eso estoy aquí, para que venga alguien a por mí. Además, estoy harta de esperar.

—Ya lo sé, por eso no te dejo sola.

—No estoy sola. Esto está lleno de enfermeras. Y además, aquí hay un botón para llamarlas si te entra un ataque de pánico, ¿lo ves?

Antonio la miró sin entender. No tenía ningunas ganas de bromear. Era raro, en alguien como él. Camilla siempre había podido contar con su sentido del humor. Pero, por lo visto, aquel día no, precisamente cuando más lo necesitaba.

Entró una enfermera.

—Camilla, te toca. Tienes que desnudarte. Y después ponte esto —le dijo, y le dio una bata verde que parecía de papel—. Venimos a por ti dentro de cinco minutos.

Lucia, como si tuviera un radar, entró en ese momento en la habitación.

—Ha llegado el momento, tesoro —comentó con una sonrisa forzada.

Vale, pero no se iba a la guerra.

—Sí, mamá —dijo Camilla mientras se quitaba el pijama—, ahora me cortan como una salchicha y luego me meten en el horno.

Lucia movió la cabeza y Antonio por fin dejó escapar una sonrisa.

Camilla pensó en Teo. Él no sabía que estaba allí. Sabía que no estaba bien y que había ido al hospital para hacerse unos análisis, pero ella no le había dicho nada de la operación. No quería que se preocupara. Jessica era la única que lo sabía y la estaba matando a mensajes que transmitían un ansia insoportable. Camilla le había pedido que no le dijera nada a nadie, ni siquiera a Nino. No quería que todo el pueblo se preocupara, tal vez para nada. En Santa Croce los cotilleos corrían a la velocidad de la luz.

—Ya estamos listos —anunció otra enfermera, que entró arrastrando una camilla.

«¿Ya?», habría querido decir Camilla. Después de toda aquella espera, de pronto le entró el miedo. Estaba temblando como una hoja y no podía hacer nada por evitarlo. «Eres una miedica», se dijo, pero no logró animarse.

Su madre le dio la mano y Camilla se sorprendió al pensar que le habría gustado tenerla a su lado. Hacía mucho tiempo que no le daba la mano con

tanta fuerza.

—Hasta luego, tesoro —le susurró—. Te esperamos aquí.

«Adiós, mamá —pensó—. Espero volver a verte». Había oído hablar de gente que no se despertaba de la anestesia, y pasaba por unas chorradas increíbles: intolerancia a algún fármaco, por ejemplo, o un descuido de algún médico que había pasado una mala noche.

Estaba sola. Cruzaron un largo corredor por el que Camilla vio un montón de caras desconocidas que la miraban de reojo desde las puertas de sus habitaciones. Las enfermeras abrieron la puerta antipánico que llevaba a la sala de operaciones. Le dio por reír: *antipánico*. ¿Le habían puesto ese nombre aposta? A ella le había entrado el pánico. Sí, tenían que ser muy bromistas los de aquel hospital.

Se detuvieron un momento y se le acercó una chica más o menos de su edad. Llevaba una bata blanca. Debía de estar en prácticas.

—Te tengo que poner la vía —le dijo.

Tenía voz de mandolina, dulce dulce, como si la hubieran puesto allí adrede para dorar la píldora antes de la ejecución.

Camilla asintió y se dio cuenta de que no podía estarse quieta en la camilla. Había perdido el control de su cuerpo.

—¿Es normal que tiemble tanto? —preguntó.

La enfermera miró hacia los lados, como si quisiera asegurarse de que le estaba hablando a ella. Vaya, hombre, ¿era su primer día de trabajo?

—Es normalísimo —contestó, y Camilla notó que a ella también le temblaban los dedos.

Las manos de una enfermera no deberían temblar, ¿no?

Le entraron ganas de gritar para pedir ayuda y escapar. Todavía estaba a tiempo.

—Intenta relajarte —le dijo la enfermera—, respira hondo.

«Y tú también», pensó Camilla mientras se le acercaba.

La aguja se le clavó en el brazo y sintió un dolor insólito. Vio que las manos de la enfermera se movían con torpeza y le entraron ganas de llorar.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó la enfermera preocupada mientras le ponía un algodón para que no le saliera sangre.

—Sí, pero da igual —susurró Camilla entre dientes.

—Ya está —la tranquilizó.

Un médico se acercó y observó el trabajo de su ayudante.

—Pero ¿de qué parte vamos a operarla? —le preguntó impaciente.

—Izquierda —contestó otro médico.

La enfermera abrió la boca.

—Mierda —dijo la chica mandolina, y Camilla apretó los labios.

—Entonces, ¿por qué le has puesto la vía en el lado izquierdo? —la regañó el médico.

Camilla esperó que no fuera el que tenía que operarla y que se fuera de allí con su ayudante.

—No estaba segura, pero usted me dijo que me diera prisa —replicó.

Perfecto. Camilla estaba temblando de la cabeza a los pies.

—Lo siento —dijo la enfermera—, lo siento de verdad —repitió, dirigiéndose también a Camilla.

—Te pongo la anestesia —dijo alguien.

—Tranquila, niña. Es normal que estés asustada. Irá todo bien.

*Niña.* Camilla pensó en Teo y se le llenaron los ojos de lágrimas.

El cirujano —Camilla pensó que aquel tenía que ser el cirujano— le hizo unas marcas cerca del bulto que tenían que quitarle.

La metieron en la sala. A Camilla le dio miedo pensar que a lo mejor no se dormía. Estaba muy lúcida. Tal vez estaba tan nerviosa que la anestesia no le hacía efecto.

—Podemos entrar por aquí —siguió diciendo el cirujano dirigiéndose a su ayudante—, es lo más fácil. Camilla, tienes que tranquilizarte. La anestesia hará efecto dentro de poco. Quédate tranquila. Te fías de nosotros, ¿no?

No. Absolutamente no. Ya no se fiaba de nadie.

—¿Y esto? —preguntó la ayudante señalando un lunar que estaba en el sitio exacto en el que tenían que operar—. ¿Qué hacemos con esto?

—A ver —dijo el cirujano tocándose—. Lo quitamos también —decidió mientras señalaba el lunar que sobresalía sobre el pecho izquierdo.

A Camilla siempre le había molestado ese lunar porque le rozaba el tirante del sujetador y le hacía daño. Estaba contenta de que se lo quitaran también, pero no entendía por qué no se lo habían dicho antes.

—¿Estás bien, Camilla? —preguntó el cirujano.

Intentó contestar, pero no le salía la voz. Dijo que sí con la cabeza.

El cirujano siguió hablando, pero Camilla oía su voz cada vez más lejos.

Su último pensamiento consciente fueron las manos de Teo sobre las suyas y aquella pregunta que había quedado sin respuesta: «¿Tú crees en el amor?».

## POR FAVOR, NO ME DEJES

**H**ABÍAN TERMINADO LAS OBRAS DEL COLEGIO Y ESTABAN trabajando en la casa de un abogado rico que se hallaba a orillas del río. Hacía casi tres semanas que no la veía. Hablaban por teléfono, pero no era lo mismo. Estaba deseando que dieran las cinco para poder abrazarla de nuevo. La noche anterior, por teléfono, Camilla le había dicho que podían salir a dar un paseo, si todavía quería.

«¡Pues claro que quiero! Lo dices en broma, ¿no?», exclamó él.

Camilla había pasado una mala racha, pero ya estaba mejor. Se le había pasado la gripe y estaba recuperando las fuerzas. Había visto varias veces a Nino durante aquellas dos semanas y él también le había dicho que Camilla se encontraba mejor. Teo se había acordado muchas veces de aquella noche en la cabaña y no dejaba de echarse la culpa. Si se hubiera despertado cada dos o tres horas para reavivar el fuego, Camilla no se habría pillado aquella gripe. Pero ya no servía para nada seguir dándole vueltas.

Teo se sentía culpable por todo. Michele había conseguido lo que quería. No era nada fácil apartar aquella voz de la cabeza y ya oía el teléfono vibrar hasta en sueños. Hasta entonces había logrado ocultar sus recuerdos, pero si empezaba a salir con alguien como Camilla, antes o después le haría las preguntas que él seguía siendo incapaz de afrontar.

«Nunca serás capaz. Has nacido egoísta y así seguirás».

«Cállate, Michele», le habría gustado decirle. Pero era inútil. Aquella voz se le había metido dentro.



Teo suspiró. Recogió las herramientas y se arregló un poco el pelo, que estaba lleno de polvo. No le daba tiempo a ir a casa para ducharse.

En cuanto la vio, sonrió. Lo estaba esperando sentada en la tapia de la entrada del Monkey. Llevaba un vestido largo, abrochado hasta el cuello. Parecía una especie de kimono. Camilla y su estilo inconfundible. Sería capaz de reconocerla entre miles de personas.

Corrió hacia ella y la abrazó hundiendo la nariz en el pelo, que olía a crema, como si acabara de lavárselo.

—Me alegro mucho de verte —le dijo, y ella levantó los ojos verdes hacia él.

Estaba pálida y se la veía un poco más delgada. Le dio un beso en los labios. Cocinaría para ella, uno de aquellos días. Un bistec enorme con un montón de patatas fritas. Fue a decírselo, pero Camilla se puso de puntillas para besarlo de nuevo.

Se cogieron de la mano y le dijo:

—¿Damos un paseo? Te llevo a ver la cascada.

—Vale, pero cuando te canses, dímelo y volvemos.

—No quiero que te preocupes por mí —dijo Camilla sonriendo.

—No es nada, es solo que no quiero que te canses.

Camilla se volvió y miró detrás de él.

—¿Qué pasa?

—Nada, quería saber dónde estaba ese chico antipático e insensible con el que salía antes —dijo riéndose.

—Qué tonta —murmuró Teo dándole un suave empujón.

—No quiero que me trates como si fuera débil, ¿vale?

—Claro que no, Camilla, yo solo quería...

—Venga, vamos a andar y ya está.

Estaban paseando como si ya fueran pareja, bajo las miradas curiosas de los que conocían a Camilla y la observaban de reojo. Seguro que se convertirían en el cotilleo del domingo por la tarde. Alguien susurró su nombre. Teo pensó que a Camilla no debía de importarle nada lo que pensarán los demás, porque miraba hacia delante ignorándolos a todos, como si solo existieran ellos dos.

Cuando llegaron al quiosco que había antes de la cascada Teo notó que le

cambiaba la cara. Era como si de pronto se hubiera puesto triste. Hasta hacía un instante sonreía, y sin embargo ahora parecía que se había acordado de algo que le ofuscaba el alma y no conseguía disfrutar de nada. Teo estaba seguro de que sabía el motivo. Mientras pasaban por delante del quiosco, un grupo de chicos, tal vez de su misma edad, los había visto y una chica la había señalado con el dedo. Se habían puesto a hablar en voz baja y todos parecían muy serios. Teo se sintió responsable. A lo mejor estaba entre ellos el ex de Camilla, o puede que no les cayera bien por cualquier otro motivo que él desconocía. Lo único que realmente quería en aquel momento era irse hacia ellos de cabeza como habría hecho tiempo atrás y desafiarlos uno a uno con la mirada. «¿Tenéis algo contra ella, gilipollas?», les habría dicho, y el primero que hubiera hecho un movimiento se habría ganado un puñetazo en la nariz. Fin de la historia. Pero no podía cometer siempre los mismos errores.

Camilla se había entristecido y había aflojado la mano.

—¿Los conoces? —le preguntó.

Camilla asintió.

—¿Quieres contármelo?

Camilla se quedó de nuevo en silencio.

—No tienes que contármelo si no quieres, pero si alguno de ellos te ha hecho algo...

—Nadie me ha hecho nada.

—Vale, pero ¿hay algo que debería saber? Estás un poco rara.

—No me pasa nada, Teo. Deja de hacer preguntas.

Se volvió hacia él y Teo se dio cuenta de que le brillaban los ojos. A él le habría gustado hablar de un montón de cosas, aunque fueran tontas. Se habían pasado tres semanas mandándose mensajes y ahora le parecía absurdo tanto silencio y dejar que unos idiotas que no tenían nada que hacer echaran a perder su primer día juntos. Pensó que ellos dos se parecían mucho, aunque a Camilla no se le daba tan bien esconder las cosas.

—Está bien, vale. Tema cerrado. No te preguntaré más.

Camilla estaba a punto de contestar cuando una gota de lluvia le cayó en la nariz. Siguieron otras, hasta que de pronto comenzó un repentino aguacero. La gente echó a correr en todas direcciones intentando protegerse con cualquier cosa: bolsos, chaquetas de cuero, cascos.

—Joder —murmuró Teo mientras se ponía las manos sobre la cabeza—. ¿Va a llegar un huracán?

Camilla se quedó inmóvil, mirando a su alrededor como si no le importara nada, ni siquiera la lluvia. Teo buscó algún sitio en el que pudieran refugiarse y vio un cobertizo vacío a pocos pasos de ellos. Echó a correr hacia allí gritando:

—¡Vamos, antes de que se te encrespe el pelo!

Era una broma tonta, pero evidentemente había metido la pata por algo, porque Camilla no se movió. No fue a resguardarse debajo de la marquesina. Se quedó allí, mojándose la cabeza, empapándose el vestido y con el pelo pegado a la frente.

—¡Camilla, ven! —gritó Teo preocupado.

Después de la gripe que había pasado, se volvería a resfriar si se quedaba bajo la lluvia. Parecía distante, nunca la había visto así. Era como si fuese otra persona.

—¡Camilla! —gritó otra vez antes de salir corriendo hacia ella.

Camilla, totalmente empapada, le sonrió. Levantó los ojos al cielo y abrió la boca. Gotas de lluvia le cayeron en la lengua y los labios. Teo negó con la cabeza.

—Camilla —murmuró, y esta vez habló despacio, como hechizado por su belleza, empapada de lluvia. Después reaccionó—. No te puedes quedar ahí. Te vas a resfriar otra vez —le dijo, y le tiró del brazo.

Ella se dejó llevar hacia la marquesina de aquel cobertizo abandonado sin dejar de mirar al cielo. Hacía un momento estaba sonriendo, pero ya estaba seria otra vez. Tenía el vestido pegado al cuerpo y las lágrimas que Teo sabía que estaban rodándole por las mejillas se confundían con la lluvia.

—Por lo menos aquí no nos mojamos —le dijo.

Camilla se esforzó en sonreír. Teo pensó que era la sonrisa más triste que había visto en la vida. No era tonto, sabía que algo no iba bien y le daba miedo perderla, le daba miedo que se hubiera echado atrás y estuviera a punto de cortar con él.

—¿Por qué pones esa cara? —le preguntó.

—¿Qué cara?

—Esa, la que acabas de poner. Yo la llamo sonrisa *ocultatristeza*.

—Es un nombre un poco largo para una expresión.

—Pues no me gusta. No me gusta en ti.

—Lo has visto mal. Estaba sonriendo de verdad.

—Sí, estabas sonriendo —dijo Teo—, pero debajo de esa sonrisa había algo feo.

Camilla se encogió de hombros y no replicó.

—Hemos sido tontos. Teníamos que haber traído el paraguas —dijo mientras se quitaba los zapatos y los calcetines empapados—. En la montaña, el tiempo puede cambiar de un momento a otro.

Camilla arqueó una ceja y Teo adivinó lo que estaba pensando: qué iba a saber él de la montaña.

Aquello iba de mal en peor. Todo lo que él hacía parecía oscurecer aún más el humor de Camilla. Se sentó en una pila de leña y buscó el tabaco.

Cuando la miró, vio que estaba sonriendo.

«Por fin», pensó.

—¿Buscas algo? —le preguntó Camilla.

—Sí, el paquete de tabaco —contestó mientras se levantaba para buscar entre la leña.

—¿Este?

Camilla tenía en la mano su paquete de Marlboro Light.

Teo la miró asombrado.

—¿Se puede saber cuándo... cómo...? ¡Eres una ladrona!

Camilla volvía a parecer una niña. Echó a correr a su alrededor sin parar de reír. El repentino cambio de humor lo turbó, pero intentó seguirle el juego. Mejor la alegría fingida que la cara de funeral que tenía antes.

Teo empezó a perseguirla hasta que consiguió alcanzarla y ponerla contra la pared del refugio. La besó con pasión, buscando en su interior lo que ya no encontraba en su mirada. El pelo mojado de Camilla se le metió en la boca y saboreó por un segundo el olor a trigo, hierba fresca, cemento y fango.

—Están buenísimos —dijo cogiendo un mechón—<sup>^</sup>—. ¿Me das un poco más?

Camilla sonrió. Una sonrisa sincera.

—Quieres el tabaco, ¿verdad? —le susurró.

—Sí.

—Pues todo tiene un precio.

—¡Eh, eso era mío!

—¡Qué va, ya no! ¡Te lo he quitado del bolsillo! —se rio Camilla.

Le gustaba cuando la veía jugar como una niña. Lo provocaba sin darse cuenta. Normalmente era él el que se comportaba como un caradura con las chicas. Pero con Camilla no lo conseguía. Era como si la respetara. Y ella, sin darse cuenta, se aprovechaba para hacerse irresistible.

—Veamos, ¿y qué puedo hacer para que sea como antes?

La sonrisa le desapareció de pronto y volvió a ponerse seria, con el aire sombrío del que alberga un secreto en el corazón y no está preparado para revelarlo. Tenían algo en común.

Teo temió que volviera a echarse a llorar. La miró a los ojos y le pareció ver un verde distinto, como si las pupilas le cambiaran de color en función de los pensamientos. Era otra persona. Habían bastado tres semanas para que se levantara una barrera entre ellos, por más que se esforzara en ignorarla.

—¿Cuál es tu precio? —intentó preguntar de nuevo.

Fue como si la respuesta de Camilla llegara de muy lejos. Aunque estuviese allí con él, era como si en realidad estuviera en otro sitio, sumida en un pensamiento demasiado grande para poder expresarlo con palabras.

—Quiero bailar —susurró—. Por favor, quiero bailar.

El paquete de tabaco cayó al suelo. Teo pensó que no era el momento de decirle que no sabía bailar, que no lo había hecho nunca. Había una potencia oscura dentro de aquella petición, una fuerza indescriptible, un deseo que él quería colmar.

Ya habían bailado una vez, en Venecia, jugando y completamente borrachos. Pero aquella vez era distinto. Teo se dio cuenta enseguida.

Camilla le puso la cabeza en el hombro y se movió despacio. Él siguió el movimiento de sus caderas y cerró los ojos. Nadie los veía. Todos habían ido a buscar cobijo a otro sitio. Estaban ellos dos solos, en aquel baile extraño e imprevisto. Camilla también había cerrado los ojos y se estaba agarrando a él como si fuera su único salvavidas.

Hasta le pareció oír una música. Era algo parecido a una balada, con un ritmo pausado, marcado por los movimientos lentos de Camilla, que de vez en cuando alargaba los brazos y daba una vuelta sobre sí misma. A Teo le pareció

una gaviota herida que intentaba retomar un vuelo interrumpido. Se sintió un tonto y se sintió fuerte, sintió que ante él no había solo una chica guapísima, sino una criatura con una fuerza extraordinaria que alguien o algo había querido arañar. Se quedó inmóvil mirándola, hasta que ella terminó de dar vueltas y se apoyó de nuevo contra él suspirando. Teo estuvo a punto de abrirse a ella. Estaba seguro de que en aquel momento lo habría escuchado sin juzgarlo. Pero Camilla estaba a años luz de querer escuchar su historia. Tenía los ojos cerrados en su propia oscuridad y lo estrechaba con fuerza con el cuerpo empapado. Teo le hizo dar otra vuelta y se inclinó sobre ella rozándole los labios.

Cuando Camilla abrió los ojos, la lluvia había cesado.

Se miraron como si se estuvieran viendo por primera vez y sonrieron de nuevo.

Era raro estar con ella aquel día. Primero te hacía sentir en el paraíso y un segundo después te daba miedo caer en los antros oscuros de la tristeza. Era algo que a Teo se le hacía tan familiar que no creía que hubiera nadie en el mundo tan parecido a él.

*Por favor, no me dejes. No ahora que he decidido intentar fingir que aún soy capaz de amar.*

—Eh —le susurró como si acabara de despertarse.

—¿Qué? —preguntó Camilla—, ¿qué te ha parecido?

—Tú bailas muy bien —le dijo—, pero yo soy un desastre.

—A mí me ha encantado. Era... como estar en otro mundo.

Camilla miró a su alrededor. Caían chorros de agua del tejado, pero había dejado de llover. El sol despuntó por detrás de una nube.

—Ven —le dijo animada, y echó a andar por el sendero.

Teo se quedó donde estaba.

—¿Qué pasa, no quieres ver la cascada?

—Sí, pero...

—Entonces, vamos, bailarín —bromeó Camilla.

—No me llames así —se quejó Teo dirigiéndose hacia ella—. Camilla, espera —gritó—. ¿Mi tabaco?

—¡Ven a por él!

—Pero ¿cómo...? ¡Estaba en el suelo!

Teo movió la cabeza y echó a correr.

—Mira, ahí está... —dijo Camilla.

No le dio tiempo a terminar la frase cuando Teo dejó escapar un murmullo de aprobación. El agua estaba como hechizada. El sol acababa de salir de entre las nubes y creaba un arco iris sobre la cascada que despedía tonos esmeralda, azul y violeta. Las rocas, que formaban un círculo irregular, resplandecían alrededor del agua como un collar de piedras preciosas en el cuello de una princesa de piel clara. La luz que los rodeaba había adquirido un matiz dorado y los pájaros jugueteaban con el agua de colores, metiéndose en el pozo para salir volando después sobre el salto de agua que caía desde muy alto. Como toque final del encanto, unas cuantas mariposas azules y blancas salieron todas juntas de un arbusto y empezaron a colorear el aire como las geniales pinceladas de un artista enloquecido.

—Nunca la había visto así —susurró Camilla muy bajo, como si hablar en voz alta hubiera podido romper la magia de aquel espectáculo de la naturaleza.

Teo le quitó el paquete de tabaco de la mano y ella ni se dio cuenta. Sacó un cigarro y buscó el mechero en el bolsillo de los vaqueros.

Volvió a mirar la cascada, el reflejo de la luz a su alrededor, los pájaros que jugaban y las mariposas esparcidas como diamantes y le pareció que no era un buen momento para fumar.

—Soy tonto —dijo en voz alta, y volvió a meter el cigarro en el paquete.

—Lo digo en serio, Teo —susurró Camilla hechizada—, nunca había visto nada igual.

Se puso delante del salto de agua y allí se quedó, con la boca abierta y los ojos relucientes. Sin darse cuenta, juntó las manos. Por lo que estuviera rezando era un misterio, pero a Teo le habría gustado unirse a ella. Parecía un ángel. No se atrevió a tocarla, se quedó así, mirándola a ella, que contemplaba la cascada con la piel iluminada por un reflejo violeta, y cuando abrió la boca le salieron aquellas palabras, que a pesar de ser tan banales, nunca habían sido tan sinceras:

—Yo tampoco había visto ninguno así.

Camilla se volvió hacia él. Todavía tenía la luz dorada en los ojos.

—Llevo años viniendo aquí —le explicó Camilla— y siempre me ha

parecido fascinante. Pero hoy, después de la lluvia, tiene algo distinto. Podría quedarme mirando este arco iris para siempre.

—No suele durar tanto —dijo Teo, y se arrepintió de inmediato.

Todo lo que decía o hacía delante de aquella maravilla parecía inadecuado, como si desentonara.

—Entonces llevaré este momento dentro de mí para siempre —le dijo Camilla.

—Y yo —afirmó Teo.

Y le pareció que acababa de hacer una promesa importante.



## ESPÉRAME AQUÍ, DONDE TE ESTOY DEJANDO

**N**O PODÍA PONERSE NERVIOSA. ESTABA SENTADA FUERA de la consulta del médico, temblando. No había podido resistir y la noche anterior se había puesto a hacer unas búsquedas en Google. Sabía lo que le esperaba, pero hasta que el oncólogo no se lo escupiera a la cara todavía le quedaba una mínima esperanza. Se había pasado una hora leyendo foros y páginas web de gente que tenía sus mismos síntomas y que se habían sometido a la misma operación. Su madre, Lucia, trató de tranquilizarla cuando rompió a llorar delante de la pantalla, mientras que Antonio, su padre, ni siquiera lo intentó y fingió ocuparse de unos papeles que se había llevado del trabajo.

«Todavía no podemos saberlo —le había dicho su madre—. Apaga el ordenador y métete en la cama».

La mirada del oncólogo era impenetrable. Lucia se sentó con los brazos cruzados. Antonio se quedó de pie, con cara cadavérica y ojeras. Camilla clavó la mirada en el médico. Dependía totalmente de sus palabras.

—Por desgracia no tengo buenas noticias —comenzó a decir el doctor mirando a Camilla, y ella pensó que su voz era como la de un fagot pero con un tono un poco más grave, como si siempre gruñera—. Las pruebas han confirmado nuestras sospechas. Se trata de un linfoma de Hodgkin.

Hizo una pausa para escrutar la reacción de Camilla y ella asintió.

—Quisiera saber en qué estado de la enfermedad me encuentro.

El oncólogo la miró boquiabierto.

—He estado leyendo un poco por internet estos días y ya me esperaba este

diagnóstico —le explicó.

Lucia la cogió de la mano. Ella tampoco parecía muy sorprendida.

—En estos casos es mejor no leer nada en la red, créeme —dijo el oncólogo antes de aclararse la garganta para contestar a la pregunta—. Lamentablemente, este tipo de enfermedad puede ser taimada y permanecer latente durante un periodo de tiempo significativo.

Camilla aguantó la respiración. No era la respuesta que esperaba. Estaba preparada para el monstruo, pero no hasta ese punto.

—¿Qué significa eso? —preguntó Lucia, apretándole la mano con más fuerza.

Antonio dejó escapar un resoplido, como si se le hubiera olvidado respirar demasiado tiempo.

—Según los resultados de las pruebas, hay varias estaciones linfoglándulares afectadas —contestó el oncólogo.

«Estadio tres», se dijo Camilla.

—¿O sea? —insistió su madre.

Camilla la atravesó con la mirada. Si hubiera leído todo lo que había leído ella, no estarían allí perdiendo el tiempo con cosas que ella ya sabía.

Estaba haciendo de todo por mantener la calma. Había leído sobre muchos jóvenes que se encontraban en su misma situación y sabía que la tasa de curación ya había alcanzado el ochenta por ciento. Y el porcentaje seguía aumentando. No podía perder los nervios, por más que todo su cuerpo se opusiera. Había empezado a dolerle el estómago y se estaba mareando. «Sé fuerte», se dijo. «No te derrumbes», insistió mentalmente. Había gente que estaba mucho peor que ella y en los foros decían que la clave para vencer al cáncer era el optimismo. El pensamiento positivo. Sí, vale. Pero una cosa era decirlo y otra muy distinta, estar metida hasta el cuello.

—El linfoma ha afectado a varias glándulas de órganos distintos —explicó el médico intentando usar términos que no resultaran demasiado complejos.

—Entonces, ¿es muy grave?

Camilla puso los ojos en blanco. Le habría gustado poder gritarle a su madre que se callara. Intentó aguantar las lágrimas. No podía llorar. No era la primera a la que le pasaba algo así.

*Uno no se da cuenta de lo difícil que es hasta que no se enfrenta a un*

*dolor más grande del que puede soportar.*

—Camilla —dijo el médico—, ahora estarás asustada, pero te puedo asegurar que el tratamiento resulta eficaz en la mayor parte de los casos. En tu situación no tendría sentido proceder con la radioterapia. Ahora mismo no. Tienes que empezar con un ciclo de quimioterapia lo antes posible.

Estadio tres. Menos esperanzas. Quimioterapia. Pérdida del pelo. Náuseas. Fármacos. Contraindicaciones. Efectos secundarios. En la cabeza de Camilla, sin que ella lo quisiera, empezaron a mezclarse las palabras que le decía el médico con todas las que había leído y los recuerdos de las situaciones de las que alguna vez había oído hablar.

—Lo único que tenéis que hacer ahora —estaba concluyendo el oncólogo, y ahora sí que es verdad que su voz se confundía con las notas de un fagot que Camilla creía haber oído cientos de veces— es luchar y tener confianza. Es importante que la terapia se considere exactamente lo que es, una cura, algo que lleva a la recuperación de una vida normal. Si quieres, Camilla, te puedo dar el nombre de nuestro psicólogo y el de algunos grupos que se han creado. Pero no aquí, en Lecco, por ejemplo...

Camilla pensó en aquella vez que Jessica le habló de su vecina y de cómo la habían dejado las curas. Según su amiga, la señora María era una mujer de unos cuarenta años, y muy guapa, antes del tumor.

«De verdad, Cami —le dijo—, antes era guapísima. Con unos pechos que serían la envidia de cualquier chica de veinte años. Se cuidaba mucho, iba al gimnasio... Y un día mi madre se la encontró en las escaleras. Estaba distinta. Más delgada y con los ojos tristes. Por educación, mi madre le preguntó cómo estaba y María se echó a llorar diciendo que le habían descubierto un cáncer en los ovarios».

«¿Y qué pasó después?», quiso saber Camilla.

«Después... después se convirtió en una máscara irreconocible, hinchada, delgadísima y sin pelo. Te lo juro, Cami, impresionaba verla».

«Ya me lo imagino —comentó ella—. ¿Y después?».

Jessica bajó la mirada. Y después murió.

En Santa Croce todos conocían la historia de aquella mujer. Cuando alguien enfermaba, las viejas del pueblo lo iban diciendo por todas partes, en la panadería, en el supermercado, en la plaza, por donde fuera. Decían el

nombre seguido del árbol genealógico y se santiguaban, viéndose ya en el funeral de «la pobre alma» que había caído en desgracia. Entre los más jóvenes era todavía peor. «Qué mala suerte», era el comentario más típico, y después señalaban con el dedo al enfermo en cuanto lo veían. Más o menos como le había pasado a ella cuando pasó por el quiosco de la cascada con Teo. Intentó imaginarse sin pelo. Imaginó cómo sería notar todas aquellas miradas cuando el cuerpo empezara a dar señales de la enfermedad. Movi6 la cabeza.

—Pregúntame todo lo que se te ocurra, Camilla —le dijo el médico con dulzura interrumpiendo el flujo de sus pensamientos.

—Se me caerá el pelo, ¿verdad?

—Todavía no hay un método seguro para evitarlo, aunque hay casos en los que no se pierde. De todas formas, el pelo vuelve a crecer, Camilla.

Lo había dicho para hacerla razonar, como si en realidad quisiera decir: «Piensa que podrías morirte». Camilla apretó los dientes. No era fácil para aquel doctor, que veía de todo todos los días, entender qué significaba descubrir que tienes algo así, con veinte años.

—Tengo un examen importante en septiembre —continuó Camilla, agarrándose a algo concreto—. ¿Cuánto dura el tratamiento?

—Todo depende de cómo reaccione el cuerpo. Y también depende mucho de ti. Puedes seguir una vida normal, pero tienes que respetar tu físico. La quimio puede hacerte sentir muy mal, sobre todo al principio. Pero ya hablaremos de todo eso, no te preocupes.

Le pedía que le preguntara, pero después le contestaba con frases hechas.

Pensó en Teo, en cómo se sentiría delante de él, con las mejillas hinchadas y la cabeza calva. Imposible. Él no podía enterarse. Jamás le permitiría verla así.

—No quiero estar aquí durante el tratamiento —murmuró Camilla—. Quiero irme a Milán.

Dirigió a su madre una mirada suplicante. Lucia alargó los brazos y se giró hacia el marido. Antonio asintió débilmente, como si estuviera dispuesto a hacer todo lo que quisiera Camilla. A él le daba igual. A lo mejor ni siquiera era muy consciente de estar allí y no en su despacho.

—Estaría más cerca del conservatorio y Roberto podría venir a darme

clases a casa. ¿Crees que la tita podría dejarnos su piso?

—Tesoro, primero tenemos que preguntárselo al médico.

Camilla entendió que su madre habría hecho cualquier cosa con tal de contentarla.

—Si quieres irte a Milán puedo hablar de tu caso con un médico excelente, aunque yo creo que irse de Santa Croce, en esta situación, no es lo mejor.

Él *creía*. ¿Y qué iba a saber? A Camilla no le importaba lo que el doctor Mario Dotti creyera o dejara de creer. Cada vez que abría la boca para soltar aquellas notas ridículas, Camilla no oía más que un ligero murmullo que no lograba seguir.

—Podrías empezar el primer ciclo en Milán y ver cómo van las cosas, así puedes pensártelo un poco mejor. No tienes por qué decidirlo ahora.

—Ya lo tengo decidido. Quiero irme a Milán —afirmó Camilla.

El doctor asintió.

—Muy bien, Camilla, estás en tu derecho. Habrá otros gastos...

—Los gastos no son un problema —se apresuró a decir Antonio.

El médico se volvió a mirar en su dirección como si acabara de percatarse de su presencia.

—¿Puedo ir un momento al cuarto de baño? —preguntó Camilla.

—Pues claro, te esperamos aquí.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó su madre.

¿Ya estaba empezando a tratarla como a una moribunda?

—No, mamá.

Se levantó, se golpeó la cadera con el pico de la mesa, apretó los labios y salió intentando no oír lo que seguía diciendo el oncólogo. El pasillo le pareció más estrecho que nunca. Olía a lejía, fármacos y puré recalentado. Hacía calor. Se dirigió hacia el servicio intentando aguantar las lágrimas. «No me quiero morir —pensó—. No quiero quedarme calva. No quiero estar enferma. No quiero tener que depender de mi madre ni de nadie. No quiero estar así». De pronto, se sintió incapaz de soportar todo aquello. Se preguntó cómo podían los demás, todas aquellas personas que habían escrito en internet lo que les había pasado. Mientras leía sus historias se decía que si le pasara a ella, sería más valiente. No lloraría. No se quejaría. No buscaría el apoyo de nadie. Pero tal vez no era tan fuerte como creía. No sabía lo que le esperaba,

pero le parecía más lúgubre que cualquier funeral al que hubiera asistido. Se sintió pequeña, y se miró al espejo como para despedirse de aquella Camilla que tenía frente a ella y dar la bienvenida a la otra, a la Camilla en la que se convertiría. Ahora había dos Camillas. La primera era la anterior a la noticia del linfoma. Se había ido. Había abierto la puerta y se había llevado sus veinte años, todos juntos, con las caricias, los besos, las locuras, las borracheras, las sonrisas a medias y los llantos por tonterías. La nueva, a estrenar, la miraba con expresión interrogativa y le preguntaba: «¿Quién eres? ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué haremos cuando las cosas empiecen a ponerse feas de verdad?».

Creyó que se iba a volver loca.

Se metió en un aseo y se sentó en la taza.

«No llores», se dijo.

Sacó el teléfono. Tenía un mensaje de Teo. Antes de entrar en la consulta del doctor Mario Dotti se estaban escribiendo. Teo le había preguntado qué estaba haciendo y ella le había dicho que estaba tocando.

Teo había escrito: «Te deseo».

Ella había contestado: «Si quieres, podemos quedar mañana».

Y él: «¿Tengo que esperar hasta mañana?».

Ella le había dicho que sí.

Y después entró. No se esperaba realmente aquella noticia. Si no, no le habría escrito que podían verse al día siguiente. Estaba segura de que esperándose lo peor, lo peor nunca llega. Y sin embargo allí estaba, con nombre y apellido, para que quedara más claro, para que doliera aún más. Para que se le reconociera mejor. ¿Le había servido para algo ser pesimista? Hasta Teo se había dado cuenta de que le pasaba algo cuando se vieron el día anterior. Tenía que inventarse una excusa creíble, algo que no le hiciera sospechar nada. Tenía que alejarse de él poco a poco. Así le dolería menos. Unas vacaciones en otro país podrían ser una buena excusa. Tal vez, después del primer ciclo vencería al cáncer y podría retomar su historia desde donde la habían dejado. Pero no le permitiría verla en una cama de hospital. Sin pelo. Sin maquillaje. Sin defensas. Él no lo soportaría. Había muy pocos capaces de soportarlo, por lo que había oído. Lo de que el chico de turno se enamorara de la enferma solo pasaba en las películas. Su única esperanza era dejarle un recuerdo tan bonito que no pudiera olvidarla ni sustituirla por otra

tan fácilmente.

Espérame aquí, donde te estoy dejando. Sentado en una roca, fumando, con ese flequillo rebelde en la frente y la mirada de quien no quiere despedirse de mí.

El mensaje de Teo decía: «¿Quieres dejar de meterte en mi cabeza? Tengo que trabajar».

Camilla intentó sonreír, pero notó que tenía todos los músculos de la cara tensos y la boca le dolió. Tan solo entonces se dio cuenta de que se estaba mordiendo el labio inferior con tanta fuerza que le había salido sangre.

«Tranquila», se repitió inútilmente. No consiguió contestar a Teo. Buscó rápidamente un número en la agenda.

«No llores. Si empiezas, no vas a poder parar. Serías como todos los demás, como todos los que han pasado por este pasillo blanco con los sueños hechos añicos después de haber descubierto que estaban enfermos».

Un toque. Dos. Tres.

—Contesta, por favor —dijo en voz alta.

Jessica contestó al quinto toque y la voz se oyó como si llegara desde cien mil kilómetros de distancia.

—¿Camilla? ¿Cómo ha ido?

—Jes —consiguió susurrar Camilla.

Fue como si el dolor se desbordara.

—Jes —repitió un poco más fuerte.

Y rompió a llorar.

... QUE NO QUEREMOS UNA HISTORIA  
Y DESPUÉS ESTAMOS SIEMPRE LOS DOS

**E**L SUEÑO ERA SIEMPRE IGUAL. TODAS LAS NOCHES. Teo se despertaba sudando y tardaba un poco en darse cuenta de que no estaba en Cerdeña. Sabía perfectamente lo que significaba, y estaba seguro de que ese sueño volvía a presentarse noche tras noche porque se sentía culpable.

En el sueño estaba ella. Tan guapa como solo Chiara podía ser. Con su vestido de flores, el pelo cortísimo y los ojos de un marrón intenso. Lo cogía de la mano y corrían juntos hasta la playa.

«Mira —le decía—, estos son ojos de santa Lucía. Sirven para protegemos de las cosas malas. Ponte uno y dejarás de ser vulnerable».

Teo miraba extasiado sus dedos, que sujetaban la concha. Después ella le acariciaba la cabeza y le decía: «No estés triste. Todo pasa. Esto también pasará».

Contemplaban juntos el mar y las olas rompían contra los escollos.

«¿No sabes hacerlo mejor?», decía Teo dirigiéndose al mar, y las olas se hacían más grandes.

«¿No sabes hacerlo mejor?», repetía Chiara, y sus voces se confundían.

En ese momento, el sueño se convertía en pesadilla. Por detrás de él aparecía Michele con los puños cerrados y maldad en la mirada.

«Sabía que estaríais aquí», decía.

«Te estábamos esperando», contestaba ella dejando caer en la arena el ojo de santa Lucía.



«Mentira —insistía Michele mirándolo con odio—. Queríais dejarme solo».

«Ven», continuaba ella, y tendía la mano.

Michele se daba la vuelta y Chiara empezaba a disolverse en el viento, con la mirada triste, mientras la arena se alzaba y formaba una espiral alrededor de su cuerpo. Al instante, ya no estaba.

Quedaba solo su voz, que decía: «Os quiero a los dos. Os quiero».

«¡Has hecho que se vaya!», gritaba Teo.

Las olas se hacían más amenazadoras.

«No volverá nunca más», le reprochaba.

Michele sonreía.

Teo lo agarraba por el pelo y lo arrastraba al agua.

«¡Suéltame! —gritaba Michele—. ¿Qué vas a hacer?».

«Lo que siempre he deseado», decía Teo, y le metía la cabeza en el agua.

Michele se debatía, pero Teo lo tenía agarrado y no le dejaba sacar la cabeza.

«Muérete —susurraba—, así por fin me dejarás en paz».

Michele jadeaba, intentando liberarse, pero Teo no lo soltaba.

Cuando el cuerpo de Michele dejaba de moverse, el mar se teñía de sangre. Y entonces Teo volvía en sí.

Miraba el color rojo de las olas y el cuerpo de Michele flotando en la superficie, sin vida. Metía la mano en el agua y cuando la sacaba, la tenía llena de sangre.

«¿Qué he hecho? —murmuraba siempre jadeando—. ¿Qué he hecho?».

Y se despertaba.

—¿Qué he hecho? —murmuró Teo mientras se llevaba las manos a la cara.

Acababa de limpiar la habitación en la que había estado trabajando durante todo el día, pero el sueño no lo había abandonado. Giacomo ya se había ido. Teo miró el reloj. Él también había terminado.

Sacó el teléfono y, en vez de los mensajes amenazadores que Michele no dejaba de mandarle, tenía uno de Camilla. Era de dos horas antes.

«A lo mejor voy a recogerte después».

Sus mensajes se habían vuelto más fríos. Ella decía que no, pero Teo se había dado cuenta. Esperó no tener que afrontar una situación como la de la

última vez que la vio. No lo aguantaría. Y además, no entendía por qué de pronto Camilla tenía que irse con su madre a Croacia. Se había quedado de piedra cuando le mandó el mensaje, y encima le decía que no sabía cuándo volvería. Si creía que él iba a estar allí esperándola como un idiota, estaba muy equivocada. Quería decírselo. Aunque no sabía si iba a atreverse. A lo mejor conseguía convencerla para que no se fuera o para que no estuviera fuera más de un mes. Un mes era demasiado. Es verdad que no estaban juntos y él podía hacer lo que quisiera, pero ¿un mes entero sin Camilla? Se quedó sin respiración solo de pensarlo. Estaba colado por ella, maldita sea. Aquella chica le había hecho algo, se había metido bajo su piel, le había escarbado en el pecho y se había llevado una parte de él. ¿Qué iba a hacer sin ella? Si de verdad se atrevía a irse, estaba claro que ella no sentía lo mismo por él. Pero él necesitaba saberlo. Tenía que conseguir que le dijera la verdad, de una vez por todas. No quería una relación, no era eso. Solo quería saber si ella sentía lo mismo por él. Por lo menos eso se lo debía.

Esperaba con todas sus fuerzas que Camilla estuviera fuera de las obras esperándolo.

Cuando la vio, suspiró aliviado. Llevaba una mochila y tenía una expresión misteriosa. Iba con un chándal y una camiseta de deporte y se había hecho una cola de caballo. Parecía otra, pero no por eso menos guapa.

—¿Adónde me quieres llevar esta vez? —dijo él fingiendo no estar sorprendido.

—Vamos a un sitio mágico. Por lo menos, para mí.

Se lo dijo con una sonrisa y había seguido sonriendo todo el camino. Teo se sintió aliviado, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que el que estaba de mal humor era él. Seguía pensando que Camilla se iría al día siguiente, y que vería el mar y a un montón de chicos... y a lo mejor se olvidaba de él. Después de hacerse tanto el duro con Nino, había caído como un tonto.

Y allí estaba, con una carga de preguntas que le pesaban cada vez más. A lo mejor, si ella hubiera sido de las que te dicen «cariño» y «te quiero» desde la primera cita, él habría salido huyendo enseguida. A lo mejor lo que más le gustaba de ella era el hecho de no llegar a entenderla del todo. A lo mejor, o a lo mejor no. A lo mejor, esta vez, simplemente se había enamorado, aunque no quisiera admitirlo. Precisamente cuando había decidido que no quería tener a

nadie más dentro del corazón, ella había encontrado la llave.

*Devuélveme la llave, Camilla. O entra y tiralá y olvidemos esta tontería de que no queremos una historia y después estamos siempre los dos juntos.*

Cuando Camilla anunció que habían llegado, Teo miró a su alrededor con escaso interés. El sitio le daba igual, él solo quería hablar con ella.

Era una viña abandonada. No cortaban la hierba con regularidad, hacía años que no crecían uvas y sobre una piedra había una vieja higuera que se estaba secando. En el último bancal había una minúscula caseta de piedra que seguramente contendría los aperos de labranza. Camilla se quitó la mochila de los hombros y extendió un mantel en la primera terraza. Puso encima una cesta con bocadillos y fruta fresca y sonriendo le enseñó también dos latas de cerveza.

—Te dije que te traería a un sitio mágico —comentó mientras se tumbaba sobre el mantel—. Para mí lo fue durante mucho tiempo, antes de que mis padres tuvieran que venderlo. Cultivaban uva, incluso la americana. Allí crecían grosellas. Veníamos a asar castañas y a hacer unas barbacoas que ni te cuento. Después, el encanto terminó. El dueño de ahora no tiene tiempo para cuidar la viña. No sé para qué quiso comprarla. Yo vengo a menudo, cuando me quiero consolar por algo malo que me esté pasando o si quiero estar sola.

—Entonces, ¿eres una solitaria? —le preguntó, y enseguida se arrepintió de haber hablado. Cada vez que intentaba explicarle a alguien lo de las categorías en las que clasificaba a las personas, se reían de él en su cara.

—¿A qué te refieres? —preguntó Camilla.

Teo suspiró. Quizá no debía hablar del pasado, pero aquella tontería sí podía contársela.

—De pequeño hacía un juego muy tonto.

—¿Y cuál es?

—Creía que se podía clasificar a las personas por categorías observando cómo se comportaban con los demás.

—Está guay —dijo Camilla—, ¿y cuáles eran las categorías?

—Había muchas y cambiaban siempre —dijo Teo para protegerse mientras hacía un gesto con la mano—, pero la que más me gustaba era la de los solitarios, las personas que están bien consigo mismas y no necesitan a nadie.

—Entonces sí, me gustaría que me metieras en esa —susurró Camilla—,

aunque no creo que sea ese tipo de persona.

Teo se quedó en silencio. Él tampoco sabía qué tipo de persona era Camilla.

—Lo sigues haciendo, ¿verdad?

—¿El qué?

—El juego de las categorías.

—No —mintió Teo, pero ella sonrió.

—A mí puedes contármelo —lo animó Camilla—, yo te entiendo. Yo también hago algo parecido. De vez en cuando, cuando menos me lo espero, se me vuelve a ocurrir. A veces, al ver a una persona, pienso en qué instrumento podría ser. Según la voz o cualquier otra característica. Es muy tonto, ya lo sé.

—No es tonto —le aseguró Teo.

—De pequeña, hasta hacía una tabla y ponía el nombre de la persona al lado del instrumento.

—Como un contable —bromeó Teo, y se rieron—. ¿Tú crees que somos los únicos dos idiotas?

Camilla lo miró sin entender.

—O sea, ¿crees que todo el mundo se pone a pensar cosas así o...?

—Resígnate, Teo. Tú eres el primero que no me ha dicho que estoy loca.

—Qué va. Me encanta tu idea. ¿Qué instrumento soy yo? —le preguntó.

Camilla se rio, pero después se puso seria.

—Contigo no puedo —dijo—. Lo he pensado más de una vez, pero no se me ocurre nada.

A Teo le entró un escalofrío. Abrió la boca, pero después la cerró.

—Ibas a decir algo —lo animó Camilla.

—No, es que... yo... Es verdad. Iba a decirte que... este sitio sigue siendo mágico, si tú estás conmigo.

Camilla se echó en sus brazos y lo besó con pasión. Teo la cogió del pelo y la estrechó contra él con fuerza, pero ella se soltó. Él la miró sin entender. Tenía tantas ganas de hacer el amor con ella que aquel rechazo le escocía como un bofetón.

—No se hace el amor con la barriga vacía —lo tranquilizó ella guiñándole un ojo. Lo había pillado—. Venga, vamos a comer. Espero que tengas hambre, porque he hecho un montón de bocadillos.

—Claro que tengo hambre —mintió Teo.

Solo la quería a ella.

Entre bocadillos, besos y cerveza, cayó la noche.

Camilla tenía razón. A su modo, aquel sitio había conservado un cierto encanto, sobre todo cuando oscurecía y no había farolas para alumbrarlos. Para compensar, había una inmensidad de estrellas. Parecía que todo el cielo se había cubierto de perlas doradas.

—Aquí no vendrá nadie —le susurró Camilla, y lo besó.

—Es fantástico —dijo Teo.

Y por un instante le dio la impresión de haber vuelto a sus tierras salvajes. Por primera vez le pareció que aquel lugar de montaña no era tan distinto de su Cerdeña. Quizá era solo porque estaba con ella.

Se quedaron así, tumbados bajo el cielo repleto de estrellas y hablando en voz baja, como si alguien pudiera oírlos. Ella le contó que aquel sitio era lo único que tenía, además de la música, y Teo no pudo evitar preguntarse si habría llevado allí a algún chico antes que a él. Tenía la impresión de que Camilla se estaba abriendo poco a poco y se avergonzó por no haberle contado nada de su pasado. Quería que ella le diera respuestas, pero él era el primero incapaz de dárselas.

—Camilla —dijo de pronto.

—¿Sí?

—¿Qué sientes por mí?

Camilla intentó contestar, pero no salió ningún sonido de su boca.

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo después.

—¿No puedes contestar?

—Hoy no.

¿Qué quería decir *hoy no*?

—¿Y tú? ¿Qué sientes por mí?

Habría necesitado toda la noche para contestar a esa pregunta, y al mismo tiempo habrían bastado dos palabras.

—Tú me gustas, Camilla —se limitó a decir.

—Y tú a mí. ¿No es suficiente con eso?

«Si te vas, no», le habría gustado decirle.

—¿Cómo puedo estar seguro de que tú..., total, que nosotros...?

Suspiró. Se dio cuenta de que Camilla se estaba yendo en el peor momento. Si hubieran pasado algunos meses, a lo mejor ellos...

—¿Te acuerdas... de la pregunta que te hice antes de que te desmayaras?

—Sí.

—¿Puedes contestar ahora?

Ella miró para otra parte. Cuando se volvió, a Teo le pareció ver que tenía los ojos brillantes. Pensó que era un idiota.

—Claro que creo en el amor. Siempre he pensado que cuando llega el amor, uno lo reconoce. Sin necesidad de decir nada.

Quería preguntarle si había llegado, con él, el amor. Si ella también tenía todo ese revuelo en la cabeza y el estómago, si al escuchar una canción pensaba en él, si se acordaba de cada momento que habían pasado juntos repitiéndose todos los detalles como si fuera una película que siempre vuelve a empezar. Pero no se atrevió. Le daba demasiado miedo la respuesta. Camilla se recostó hacia él buscando sus labios. Le dio un beso intenso, que sabía a cerveza y caramelo.

Las manos de Teo se deslizaron por debajo de su camiseta y le rozaron el pecho. Ella se echó hacia atrás y a él le pareció ver una mueca de dolor.

—¿Te he hecho daño? —preguntó.

—No —mintió masajeándose el pecho—, no.

—¿Seguro?

—Sí, pero... déjame a mí esta noche —le susurró.

—Muy bien, niña —le dijo Teo, ya excitado por la idea.

Camilla le bajó los pantalones y empezó a besarle ahí, haciéndolo gemir de placer. Con ella era distinto. Siempre le parecía algo nuevo, puro y sucio al mismo tiempo, sin barreras y cargado de ternura. A lo mejor esa era la diferencia entre el sexo y hacer el amor, una migaja de nada, pero que lo era todo; disfrutar maravillado, sin esperar el final.

—¿Te gusta así? —le preguntó apartando un instante la boca.

—Me gusta... me gusta todo lo que me haces —susurró Teo.

Camilla se subió sobre él y dejó que la penetrara inclinando la cabeza hacia atrás y abriendo la boca, como cuando bebió del agua de la lluvia. No se había desvestido del todo, solo se había quitado las braguitas, como si tuviera prisa por poseerlo. Aquello lo excitó aún más. Teo la cogió por las caderas y

se movió con ella. Estaban bailando, otra vez. Uno dentro del otro, en un instante que habría querido que durara para siempre^ Alcanzaron el clímax al mismo tiempo, sintiendo cada uno la respiración del otro. Camilla se inclinó sobre él y le gimió al oído. A Teo le entraron escalofríos. Se quedaron abrazados en silencio, uno contra el otro. Teo tenía el pelo de Camilla en la cara.

En parte por la cerveza y en parte por la extraña capa de niebla que se había formado de repente, enseguida empezaron a sentirse cansados y Teo cerró los ojos. Durmió un minuto, o tal vez unas horas. Fue el primero en despertarse y tardó un poco en entender dónde estaba y con quién. Todo había cambiado, como si hubiera pasado un elfo de los bosques o de pronto hubiera entrado en otra dimensión.

—Cami, despierta. Mira, están lloviendo estrellas.

—¿Qué?

—Despiértate y mira —insistió Teo con la voz rota por la emoción.

Camilla abrió un ojo, levantó la cabeza y abrió el otro.

Estaban allí, por todas partes, danzando a su alrededor sin tocarlos,' sin marcharse en desbandada, como si quisieran protegerlos. No podían contarlas, pero tenían que ser muchísimas, por lo menos cien. Eran luciérnagas, o tal vez hadas, o quizá criaturas mandadas directamente del cielo. Se quedaron tumbados, abrazados, mirándolas, hechizados, inmersos en un lugar sin espacio ni tiempo, donde era imposible estar triste.

—Te lo dije —susurró Camilla tras un tiempo infinito—, ya te dije que este sitio era mágico.

Teo se quedó en silencio y la abrazó con fuerza. Era la segunda vez que la naturaleza daba un espectáculo cuando ellos estaban juntos. Al día siguiente terminaría la magia y él no se había atrevido a decirle lo que sentía. Ella no le había pedido que la esperara, como él creía. ¿No le daba miedo perderlo?

Una luciérnaga se posó en el dorso de la mano de Camilla y ella la miró con melancolía.

—No te apagues —le susurró antes de alejarla—, no te apagues nunca. —Luego se volvió hacia Teo y murmuró—: Nunca había visto luciérnagas en la viña. Tiene que haber algo mágico en ti.

—Me gustaría que no te fueras —le dijo.

—Volveré pronto. Te lo prometo.

Teo apoyó la cabeza en el hombro de Camilla y pensó que podía confiar.



## CUANDO LO TIENES TÚ

SU MADRE ERA UNA TROMPETA. SU VOZ ERA LA QUE RESONABA siempre más fuerte entre las demás y, si querías superarla, tenías que ponerte a gritar. Era prepotente, siempre lo había sido. Ella era la verdadera cabeza de familia. Camilla se había pasado toda la adolescencia peleándose con ella por un montón de chorradas, como la hora a la que tenía que volver o los chicos que frecuentaba. *Frecuentar*. Ese verbo todavía la ponía de mal humor. Mucho antes de saber qué sentía por un chico, sin tener siquiera tiempo de escuchar su corazón, Camilla tenía que enfrentarse a su madre. Normalmente le llovían sermones sobre las personas que debía frecuentar y las que debía evitar, sobre los buenos chicos y los que «solo quieren una cosa de ti y no te darás cuenta hasta que sea demasiado tarde». Camilla ya se sabía aquellas frases de memoria. Cuando la madre se ponía a darle consejos, no había quien la callara. Era un solo insoportable. Ni siquiera su padre conseguía tranquilizarla en esos momentos y seguía impotente las riñas de las dos mujeres intentando no ponerse de parte de una ni de otra. Pero a veces era inevitable y casi siempre tomaba partido por Camilla. Y entonces estallaba el fin del mundo. Lucia gritaba todavía más fuerte y se ponía aún más roja, diciendo que se había casado con un inútil.

Hacía mucho tiempo que Camilla había dejado de hacerle caso. Se había conquistado su libertad a base de peleas.

Fuera, el campo se movía lentamente, todo igual. Una sucesión de terrenos cultivados, casas de campo enormes y aisladas, el ruido pesado del tren en

movimiento.

Camilla bajó la ventanilla y se pasó la mano por el pelo, aburrída. Las montañas ya habían desaparecido. Su madre y ella llegarían muy pronto a Milán.

—¿Estás bien, tesoro? —le preguntó Lucia, y le acarició la mejilla.

Ninguna de las dos se atrevía a hablar, tal vez porque había demasiado que decir.

—Sí, mamá, estoy bien. Deseando llegar.

Camilla volvió a mirar por la ventana.

Aquella mañana habían tenido la enésima discusión. Fue pocos minutos antes de salir, cuando su madre fue a su habitación y le dijo que había un chico fuera que quería despedirse.

«¿Un chico?», le dijo Camilla fingiendo estupor.

«Sí, aquel Teo que te trajo a casa el día que te sentiste mal. Pregunta por ti».

Su madre la siguió con la mirada mientras ella bajaba corriendo por las escaleras, abría la puerta y se encontraba a Teo con el mono del trabajo y las mejillas encendidas.

«Hola», le dijo con las manos en los bolsillos.

«Ay, hola —contestó Camilla al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—. ¿Qué haces aquí?».

«No he hecho bien en venir, ¿verdad? Solo quería despedirme. Ayer por la noche voló el tiempo».

Camilla no se lo esperaba. Ya había sido bastante difícil, la noche anterior, no echarse a llorar delante de él y contárselo todo.

«También he venido para darte una cosa», añadió, y se sacó el iPod del bolsillo.

«No puedo aceptarlo», dijo Camilla cruzando los brazos.

«Solo quiero prestártelo. Tiene toda mi música. Puedes escucharla como si fuera la banda sonora de tus vacaciones. Ya me lo devolverás cuando vuelvas».

«Vale, pero entonces hacemos un cambio», le dijo, y buscó el suyo en el bolso.

«No tienes por qué».

«Quiero dártelo, Teo. Pero te advierto que también tiene música clásica».  
Se sonrieron.

Lucia salió de la casa con dos maletas muy pesadas para meterlas en el coche.

«Señora, ¿puedo ayudarla?».

«No, gracias —dijo ella recelosa—. Camilla, llegamos tarde. Si tu padre nos hubiera echado una mano, ahora no estaríamos como estamos».

Camilla resopló digiriéndose a la madre e intentó sonreírle a Teo.

«No, definitivamente no ha sido una buena idea», bromeó, y dio un paso hacia atrás.

«Que le den», pensó Camilla, y lo abrazó con fuerza.

«Escríbeme», le dijo antes de subirse al coche.

Teo se quedó mirándola mientras se iba y ella tampoco lo perdió de vista hasta que doblaron la esquina.

«¿Quién es ese?», le preguntó su madre.

«Ese tiene un nombre. Se llama Teo».

«¿No es demasiado mayor para ti?».

«Tenemos la misma edad».

«¿En qué trabaja?».

«Es albañil».

«Ah».

Silencio.

«¿Y qué quiere de ti?».

«Mamá, ¿esto parece un interrogatorio!».

Lucia paró el coche y la miró directamente a los ojos.

«¡Solo intento saber quién frecuenta mi hija!».

Camilla apretó los puños y se preparó para sacar toda la voz que tenía. Superar el sonido de una trompeta no siempre es fácil.

«Ya hemos hablado de esto, mamá —le dijo—. Yo tengo mi vida. Tú, la tuya. No puedes meterte en mis cosas como si tuviera dieciséis años. Ya he crecido».

La madre hizo una mueca de desacuerdo, pero por lo menos se calló.

«Lo digo en serio. Es mi vida. Si salgo con un chico que no conoces, no es culpa mía».

«Yo solo estaba intentando saber si es un buen chico para ti», replicó Lucia.

«¿Qué? ¿Qué estabas intentando hacer, mamá? Es absurdo. Tienes que dejar de comportarte así».

«Yo solo quiero lo mejor para ti».

«Yo también quiero lo mejor para mí, te lo aseguro. Pero ¿nunca se te ha ocurrido pensar que a lo mejor quiero buscarlo yo sola? De todas formas, esta es la última vez que hablamos».

«Es que... yo siempre me había imaginado a alguien muy distinto para ti. Ese chico parece tan... tan... no sé, no me dice nada».

«¿Es que no tiene que decirte nada a ti! Tiene que decírmelo a mí».

«¿Y a ti qué te dice?».

«¿Eso es cosa mía! No-no-no... Por Dios, si es que hasta me haces tartamudear. A ti nadie te detuvo cuando te quisiste casar y te fuiste de casa, ¿verdad?».

«¿Y eso qué tiene que ver?».

«Solo quiero que entiendas que...».

«¿Quieres casarte con él?».

«¡No! Pero aunque lo hiciera, tú tendrías que estar contenta. Lo que tú te imagines para mí no cuenta. Cuenta lo que quiera yo. ¿Por qué es tan difícil metértelo en la cabeza?».

Lucia se quedó en silencio. Señal de que se sentía culpable.

«¿Quieres saber una gran noticia, mamá?».

Camilla dejó una pausa muy larga aposta.

«Las cosas no son nunca como nos las imaginamos. ¡Bum! La realidad explota delante de nuestras narices como si fuera una bomba. Y esto vale para todos, no solo para ti».

«Sí, pero...».

«¿No íbamos a llegar tarde?», la interrumpió Camilla exasperada.

Lucia suspiró y volvió a arrancar.

Ya hacía mucho tiempo que su madre había dejado de controlarla, pero cuando le podía el ansia se desfogaba con aquellas artimañas, esperando que ella volviera a caer en sus redes. «Si es un buen chico para ti» era definitivamente una frase de otros tiempos.

Le dio pena mentirle a Teo. Aquello había sido lo más difícil. Cuando le preguntó qué sentía por él, la noche anterior, Camilla habría querido decirle que un segundo antes de quedarse dormida por la anestesia, había pensado en él. Pero no podía. Puede que aquella fuera la última vez que hacían el amor y no quería echar a perder esos momentos. Quería que él se llevara una buena imagen de ella, con pelo y las mejillas sonrojadas. Le daba miedo convertirse en un monstruo horrible.

*Alejar a alguien es fácil, mientras no se trate de alejarlo de tu cabeza.*

La única que sabía la verdad era Jessica. Camilla creía que ella la entendería mejor que nadie. Siempre se lo habían contado todo. En cambio, desde la llamada que le hizo desde el servicio del hospital ya se había dado cuenta de que la amiga estaba asustada. Incluso más que ella.

Cuando la vio, la actitud de Jessica se lo confirmó.

«Se me caerá el pelo, Jes», le dijo Camilla en lágrimas.

«A lo mejor a ti no te pasa, Cami».

«Sí que pasará, lo sabes perfectamente. Y no conseguiré diplomarme en el conservatorio. No volveré a tocar delante del público. A lo mejor ni siquiera podré tocar sola después de las curas...».

«Cami, no deberías pensar esas cosas. He estado leyendo sobre ese linfoma. Ahora tiene cura».

«Lo has leído en internet, ¿eh?».

Jessica le dijo que sí con la cabeza.

«Yo también estuve leyendo antes de saber el diagnóstico».

«Entonces, no te preocupes. Todo el mundo dice que es uno de los más fáciles de curar».

«Es un cáncer, joder».

«Impresiona la palabra, pero cuando vas a ver las estadísticas...».

«No es lo mismo, joder. Cuando lo tienes tú... Es imposible que lo entiendas».

Jessica la miró desconcertada y dijo: «Es verdad, yo no lo puedo entender».

Aquello, para Camilla, fue un golpe bajo. Jessica siempre había pilotado su vida y a ella siempre le había parecido bien. Jessica era la fuerte, la que animaba, la que se deshacía en consejos. Y ahora no sabía qué decir. Su mejor

amiga no había encontrado palabras para consolarla. Para tranquilizarla diciéndole que siempre estaría a su lado. Le daba demasiado miedo perderla. Ni siquiera había conseguido distraerla. Le había dicho que no quería hablar de la universidad, ni del próximo examen, ni de Nino, porque, según ella, todo aquello pasaba a un segundo plano si Camilla estaba enferma. Y de pronto Camilla se sintió sola, sola con su enfermedad desconocida, sola con algo que nunca llegaría a entender del todo.

*De pequeño, siempre hay alguien que te da la mano, que te mira cuando te tiras por el tobogán, cuando intentas hacer el pino, cuando te haces una herida en la rodilla. Esa persona siempre está ahí para ti, te prepara la comida y te consuela cuando lloras. Crecer quiere decir aceptar que, en los momentos difíciles, la única persona con la que podemos contar somos nosotros mismos.*

Se miraron un momento y Camilla le dijo:

«Como se lo digas a alguien te juro que no vuelves a verme».

Jessica le había cogido la mano.

«¿No te fías de mí? Nadie sabrá nada. Ni siquiera Nino».

Camilla esperaba que fuera verdad, pero sabía cómo eran las cosas en Santa Croce. Jessica hablaría con alguien, puede que con su madre, o con Nino, o con la capulla de Serena. Y se correría la voz. Esperaba poder confiar en ella, pero no podía hacerse ilusiones y pensar que su amiga se quedaría callada. Y tampoco se fiaba de su hermano. Davide no sabía mentir.

El tren llegó a la estación central.

Camilla cogió la maleta y se puso en fila delante de su madre para bajarse lo antes posible. No era como cuando iba a Milán para las clases del conservatorio. Nada le llamaba la atención. Ni las voces de los transeúntes, ni sus pasos ligeros hacia el metro, ni el llanto de un niño que estaba sentado sobre una maleta, ni la mano de su madre, que apretaba la suya.

Pensó en su violín. Se lo había llevado, pero algo le decía que se quedaría dentro de la funda todo el tiempo.

Aquella noche no quiso hablar con su madre. Se dirigió directamente a él, a aquel mal casi desconocido, hablándole como si fuera una persona.

«Pero ¿dónde estás, eh? —le preguntó—. ¿Por qué has venido a torturarme? ¿Por qué has llegado así, de repente, para destrozarme la vida?».

Se durmió con esos pensamientos, sin mirar el teléfono siquiera. Si lo hubiera hecho, habría visto todos los mensajes que Teo le había mandado.

«Hola, niña. ¿Cómo estás? ¿Has llegado? Te echo de menos».

«Camilla, estoy celoso. No te rías, va en serio. No quiero perderte».

«Eh..., ¿por qué no contestas? No lo entiendo. ¿Ha pasado algo? Contesta, por favor».

«Vale, muy bien. No me echas de menos. Yo a ti tampoco. Te lo juro, ya te he olvidado. Adiós».

«No puedo. Sigo pensando en ti. Dime que tú también piensas en mí».

«Vuelve a intentarlo, mañana tendrás más suerte. Vete a la cama. Buenas noches, niña».

## PUEDES CONFIAR EN MÍ

«**R**EGLA NÚMERO UNO: NO ESCRIBIR A CAMILLA MÁS de tres veces al día. Regla número dos: no pensar en Camilla mientras estoy trabajando. Regla número tres: no agobiar a los demás hablando de Camilla o preguntando por ella».

Era todo absurdo. Él, que nunca respetaba las normas, se había impuesto estas reglas absurdas y las repasaba todos los días antes de levantarse. Pero no servían de mucho. Los mensajes, al final, eran por lo menos diez. Se pasaba el día pensando en ella, incluso en el trabajo, y hasta se había dado un martillazo en el dedo. Y cada vez que veía a Nino, Jessica o Davide, les preguntaba si habían hablado con ella.

Nino aceptó uno de los cigarrillos de Teo y buscó el mechero. Se dejó caer en la silla del bar La Vespa.

—Estoy deseando que llegue agosto —dijo con el cigarrillo en la boca.

—¿Te vas de vacaciones a algún sitio? —le preguntó Teo.

—Sí, Jessica y yo queremos irnos a Europa.

—Hacéis bien.

—Ya sabes, de vez en cuando es bueno desconectar de la rutina.

Teo lo miró sin entender a qué se refería. ¿Hablaban de la rutina con Jessica o de la rutina en general?

—Rutina... ¿de los exámenes?

—No, la rutina de... el sexo siempre igual.

Teo se humedeció los labios con la cerveza. Pensó en el sexo con Camilla.



Ellos acababan de empezar. Si hubiera podido, la habría encerrado en una habitación durante un mes. O más.

—¿No te gusta el sexo con tu novia?

—Claro que me gusta. Me encanta. Pero cuando vives con alguien se crean ciertos mecanismos y no es fácil romperlos.

—¿Cómo qué?

—Como... que vuelves a casa cansado después de las clases y a lo mejor ella ya está allí. Cocinamos juntos, vemos una película y luego nos metemos en la cama y llega el sexo —explicó Nino.

Teo seguía sin entender dónde estaba el problema. Ya le habría gustado a él estar viviendo con Camilla...

—¿Y qué?

—Pues no lo sé —se rindió Nino alargando los brazos—, la rutina es algo tremendo. Yo sé que quiero a Jessica y la sigo deseando, pero a veces... somos como dos viejos.

Teo dejó escapar una sonrisa.

—Intenta cambiar el orden de las cosas que hacéis. —¿Eh?

—Intenta cambiar algo tú. Ya verás como le gusta. De todas formas, no es que sea un experto de la vida en pareja.

—¿De verdad que nunca has tenido novia?

—Más de dos semanas, no.

Nino lo miraba admirado. Para él tenía que ser difícil imaginar una vida así.

—¿Y nunca has tenido problemas para...?

—¿Tener sexo? No, nunca. Hay un montón de chicas que piensan lo mismo, Nino.

Nino se quedó un momento boquiabierto, mirando más allá de Teo. Tal vez estaba pensando en quién habría podido tirarse si no hubiera tenido novia. O tal vez no. Teo no estaba seguro.

—¿Te acostarías con otra, ahora?

—¿Eh?

—¿Ahora que has conocido a Camilla?

Teo se dio cuenta de que tan solo oír su nombre lo hacía sobresaltarse. Miró a Nino, desarmado, sin saber qué contestar.

—Estás jodido tú también, esta vez —dijo Nino.

—Ya verás como el viaje por Europa os ayuda —dijo Teo para cambiar de tema.

—¿Y tú? ¿Tu jefe te da vacaciones?

Teo hizo una mueca.

—Todavía no lo sé. Pero me da igual, no podría ir a ningún sitio.

—Podrías volver a Cerdeña —dijo Nino.

Teo aspiró el humo del cigarro y no contestó. Si lo hubiera hecho, le habría salido algún taco. Nino no sabía nada de él. Si había una cosa que no quería hacer era volver a Cerdeña. Si pudiera explicárselo, a lo mejor Nino lo entendería. Pero no, ¿qué iba a entender alguien como Nino? Suspiró e intentó no pensarlo. Tenía que encontrar una solución también para aquello. No podía entrar en crisis cada vez que alguien decía algo que no debía o intentaba conocerlo un poco más haciéndole preguntas sencillas. Con aquella actitud le caería mal a todo el mundo.

—Perdona, no me quiero meter donde no me llaman —se apresuró a añadir Nino.

Teo le sonrió.

—Tranquilo —dijo—, no pasa nada. Además..., me gustaría volver a ver a Camilla.

Nino asintió.

—Ese viaje me parece raro —comentó.

—¿Por qué?

—Camilla nunca se ha ido de vacaciones con su madre. O sea, con ella sola. Y además, tan largas. No sé qué estarán haciendo solos Davide y su padre.

—¿Crees que hay algo más?

Nino movió la cabeza.

—No lo sé. Le he preguntado a Jessica, pero es una tumba cuando se trata de proteger a su amiga. También he ido a curiosear en su página de Facebook, pero no publica nada desde el quince de junio. Y eso es todavía más raro, amigo mío.

Nino se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó Teo.

¡Justo cuando la conversación se estaba poniendo interesante!

—Voy a por Jessica. ¿Te vienes al cine con nosotros esta noche?

—No, gracias, estoy ocupado —contestó Teo.

Ojalá hubiera podido quedarse un poco más de tiempo para oírlo hablar de Camilla.

«La echo tanto de menos que cuando alguien me habla de ella casi percibo su olor», pensó.

Sacó su cuaderno de la mochila y decidió aprovechar aquel momento de paz, con el lápiz en la mano, la música de los Green Day que salía del bar y sin nadie que lo molestara.

Se sentía bien cuando estaban él, los buenos recuerdos que conseguía sacar con cuentagotas y aquel cuaderno. Encontraba la paz. Era agradable pensar en las imágenes de Camilla que le daban vueltas en la cabeza. Por un instante, fue como si ella estuviera allí.

—Hola —dijo alguien detrás de él.

Pelo castaño, ojos marrones, un culo precioso. Sonia.

—Hola —contestó Teo.

—¿Qué estás escribiendo?

Teo cerró el cuaderno.

—Nada importante. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Puedo sentarme?

—Claro.

—Estaba estudiando, pero he salido para descansar un poco. Dentro de dos días son los orales.

—Suerte.

—¿Algún consejo de veterano?

Por más que se esforzara, Teo no se acordaba del día en que hizo la selectividad.

—Creo que no soy la persona más adecuada para estas cosas. Podrías fumarte un porro antes de entrar —bromeó.

—No creo que sea buena idea —dijo Sonia.

—Seguro que te irá bien.

—Gracias. ¿Y tú cómo estás?

Teo suspiró.

—Ese suspiro lo dice todo —comentó Sonia mientras se apartaba un mechón de la cara.

—Bebamos para olvidar —dijo Teo al tiempo que levantaba la cerveza.

—Eres un encanto, ¿sabes?

Teo no sabía qué decir. Pensó que lo mejor sería ser sincero con aquella chica. Ya la había tratado fatal una vez.

—Estoy así por una chica, Sonia —le confió en voz baja.

—Ya me lo imagino —dijo ella, y se le apagó la sonrisa.

—Vine aquí para volver a empezar —continuó Teo— y no quería encariñarme con nadie, de verdad. Pero después llegó ella... y mis propósitos se fueron al carajo.

—Conmigo has sido muy claro desde el principio.

Teo resopló. ¿Por qué tenía que abrirse precisamente con Sonia? Pero no podía evitarlo. Necesitaba hablar con alguien.

—Sonia, yo no quería hacerte sufrir.

Sonia hizo una mueca con la boca.

—Pero ahora estás sufriendo tú.

Golpe bajo. Tenía razón. A lo mejor, si le hubiera dado una oportunidad para conocerse mejor, ahora todo sería distinto. Después de todo, era muy guapa. Pero no era Camilla.

—¿Qué te ha hecho Camilla para que estés así?

—¿Cómo sabes que es Camilla?

Sonia se rio.

—Aquí todo el mundo lo sabe todo. No hay manera de esconder nada.

—Camilla no ha hecho nada, ese es el problema —se desahogó Teo—. Creo que ni siquiera quería estar conmigo. En realidad, creo que sigue sin quererlo y punto.

—¿Seguís hablando?

Teo la miró con expresión interrogativa.

—Quiero decir, ahora que se ha ido.

¿Cómo sabía...? Ah, sí. «Aquí todo el mundo lo sabe todo».

—Sí, pero siempre soy yo el que le escribe. Y cuando la llamo, siempre tiene prisa. Creo que se lo está pasando en grande. Habrá conocido a otro. Eso me pone de los nervios. A veces pienso que debería mandarla al carajo.

—Pues entonces, diviértete tú también, ¿no?

Teo la miró de reojo. Fingía ser su amiga, pero en el fondo seguía intentando ligar.

—No puedo, Sonia. Lo único que quiero es verla. Aunque después a lo mejor me pondría a insultarla... Me está tratando como a un idiota. Lo estoy pasando fatal.

—Era broma —se defendió Sonia. Se puso seria y reflexionó un segundo—. Ayer fui a casa de Davide —susurró— para estudiar Historia, aunque dos desastres juntos no es que consigan hacer mucho...

Teo prefirió no preguntarle qué habían hecho en vez de estudiar.

—¿Y?

—La casa estaba hecha un asco. Davide pidió dos *pizzas* a la hora de cenar, pero a las ocho el padre todavía no había llegado. Le pregunté dónde estaba su madre y me dijo que se había ido de vacaciones, pero parecía enfadado. Yo creo que sé lo que está pasando.

—¿El qué? —apremió Teo.

—Que los padres se han peleado y Camilla se ha ido con su madre.

—No, no creo. Me lo habría dicho.

¿O no? ¿Estaba seguro de que Camilla le habría contado algo tan íntimo? Al fin y al cabo, él tampoco le había contado nada de su vida aunque ella le hubiera pedido varias veces que lo hiciera.

Sonia se encogió de hombros.

—Sí estás tan seguro... De todas formas, cuando hables con ella, pregúntale. Nunca se sabe. A lo mejor necesita que la animes, para abrirse.

—No creo que quiera contármelo por teléfono.

—Eso no se sabe. A veces ayuda no tener que mirar a una persona a los ojos.

En eso tenía razón.

—Gracias, Sonia.

—Si te quiere de verdad, volverá contigo —lo consoló, y le cogió la mano—. Mientras tanto, ¡bebamos para olvidar! —añadió, levantó el vaso y le sonrió con aquellos dientes perfectos.

—¿Hola? ¿Cami?

—¿Teo? Hola, ¿cómo estás?

—Bien. Después del trabajo he estado en el bar La Vespa con... con Nino.

—¿Estaba solo Nino?

—Sí, después se fue con Jessica al cine.

—¿Y tú?

—Me fui a casa.

—Ah.

—Te echo de menos, niña.

Silencio.

—¿Y tú a mí, aunque sea un poco?

—Pues claro que te echo de menos, tonto.

—¿De verdad que no sabes cuándo vuelves?

—No, Teo. Deja de preguntármelo, por favor.

—Oye, ¿si... si pasara algo más me lo dirías? O sea, ya sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad?

—No está pasando nada, Teo.

—Yo sé lo que es tener un secreto que no se puede contar, créeme.

—No sé lo que ocultas tú, pero te aseguro que yo no tengo nada nuevo que contarte.

—¿Segura?

—¿Con quién has hablado?

—¿Por qué?

—¿Has visto a Jessica?

—Pues claro que la he visto. Pero ¿por qué? ¿Qué tenía que decirme?

—No lo sé, dímelo tú. ¿Te ha dicho algo de mí?

—No, pero estas vacaciones, así, de repente...

—Tengo que irme, Teo. Te llamo yo, ¿vale?

—¡No, espera, joder!

Teo se mordió la lengua. Le había gritado.

—¿Qué pasa?

—Estoy harto de que hablemos sin hablar de nada. Si has conocido a otro,

dímelo y ya está.

Camilla se quedó en silencio.

—¿Es eso? —preguntó él.

Se le encogió el estómago.

—No —dijo Camilla—, pero no entiendo por qué te enfadas tanto.

—Me enfado porque no me hablas.

—¿Y qué quieres que te diga?

—No lo sé, cualquier cosa. Estaría bien saber que cuento algo para ti.

—Ya sabes que eres importante para mí, Teo. Pero si lo estás pasando tan mal por la distancia, puede que sea mejor que no volvamos a hablar.

—¡No! —volvió a gritar—. Quiero hablar contigo. Quiero saber que estás bien. Dímelo, Camilla.

—Estoy bien. Pero ahora tengo que irme, de verdad. Nos mandamos mensajes, ¿vale?

—Vale. ¿Camilla?

—¿Sí?

Silencio.

—Teo, ¿qué pasa?

—Nada, hasta luego.

—Hasta luego.

Teo colgó. Jessica sabía la verdad. Tenía que hacerla hablar. Tenía que conseguir sacárselo. Si Camilla no tenía intención de volver a Santa Croce, si se había mudado para siempre, él tenía derecho a saberlo. Si sus padres se habían separado y ella se había ido a vivir a otro sitio, él se mudaría también y a tomar por culo todo lo demás, hasta su padre.

Todos sus propósitos habían quedado en nada. Un día más. Se impuso una nueva regla: no sufrir por Camilla.

Eso, por lo menos, se lo debía a sí mismo.

MIENTRAS TE ESTÁS AHOGANDO,  
ALGUIEN TE TIENDE UNA MANO

**C**AMILLA, ENCERRADA EN SU PROPIO DOLOR, NO HABÍA tenido en cuenta un dato importante: no estaba sola. Se dio cuenta al día siguiente, cuando cruzó la puerta de la unidad en la que se sometería a la quimio y se sentó en la sala de espera, mirando los ojos espectrales de otros pacientes como ella, jóvenes o mayores.

Entonces se dio cuenta. No era la única enferma del mundo.

*Cuando llega el dolor, los demás pierden importancia. Y sin embargo, mientras te estás ahogando, alguien te tiende una mano.*

Un chico delgado y palidísimo, tan pálido que sus ojos parecían dos faros, se dirigió a Camilla.

—Hola, guapa. No te he visto nunca por aquí. ¿Eres nueva?

Tenía la voz de un flautín. Sí, sin duda: un tono agudo, pero que no molestaba. A Camilla le alegró poder seguir con aquel estúpido juego entre las paredes del hospital.

Lo observó de nuevo. Estaba completamente calvo, pero aquellos ojos grandes y azules eran preciosos.

—Sí —contestó, y le dio la mano.

—Soy Marco —le dijo, y le apretó los dedos huesudos.

«Hola, flautín. Me alegro de poder escuchar un poco de música».

—Yo, Camilla. ¿Por qué estás aquí?

Él le sonrió y Camilla pensó que había sido una pregunta muy tonta.



—Desde esta parte del cristal se ve un paisaje mejor —contestó, y le guiñó un ojo antes de añadir—: linfoma de Burkitt.

Camilla no sabía nada de aquel linfoma.

—Yo de Hodgkin —dijo.

—Genial —dijo él.

Camilla no se lo esperaba.

—Es como en el bar —continuó Marco—. «¿Tú qué tomas?», «Un bocadillo de jamón», «Yo de salchichón, gracias». «Y el linfoma, ¿cómo lo quiere? ¿Hodgkin o...?», «No, Burkitt, gracias».

Marco se rio. Era un flautín realmente alegre. Camilla no consiguió imitarlo.

Él continuó.

—Me lo pillé hace ocho meses. He intentado hablar con él, convencerlo de que me deje en paz, de que ni siquiera soy un tipo interesante, pero él nada, se ha enamorado. Me ha elegido a mí y ha decidido que no se va, el cabrón.

—¿Cómo te diste cuenta?

—Bueno, no le gusta hablar claro. Me dolía el pecho, luego la espalda y después todo junto. Tenía tos y un poco de fiebre. Al principio, el médico de cabecera me dijo que era artritis. Con veinte años. ¿Te imaginas? Después de la segunda consulta con el fisiatra estaba prácticamente paralizado.

—¿Y qué hiciste?

—Me fui derecho para urgencias. Me hicieron una TAC y vieron que tenía una masa de... esa mierda en la aorta. Me dieron cortisona, varios fármacos y me hicieron una biopsia. Y por fin me dijeron el nombre del cabrón que se había enamorado de mí: Burkitt. Vaya mierda de nombre. ¿Y a ti? ¿Cómo te sedujo?

—No me sedujo. Se presentó de golpe, una mañana. Llevaba unos días mala. Creía que era gripe, pero...

—Pero era él. Qué cabrón. ¿Cuántos años tienes?

—Veinte. ¿Y tú?

—Veintidós.

—¿Eres de Milán?

—No, de Frosinone.

—¿Y llevas ocho meses aquí? —preguntó Camilla.

—Llevo dando vueltas por los hospitales ocho larguísimos y jodidísimos meses, sí. Pero aquí solo dos. Ahora que te he conocido, espero que no me manden a casa.

Camilla se sonrojó.

—Lo digo en serio, eres la chica más guapa que he visto en mi vida.

—Vaya... Gracias.

—Yo tampoco estaba nada mal antes, ¿eh? Era todo músculos y abdominales.

Camilla se rio.

—No, lo digo en serio, las chicas se peleaban por mí.

—¿De verdad?

—A su manera. Vosotras, cuando os peleáis, os vais derechas al pelo. No sé por qué.

—Porque es un instrumento de seducción —dijo Camilla, y se tocó la densa melena. «Y a mí se me caerá», no pudo evitar pensar—. ¿Y ahora no tienes novia?

—¿Ves? Ya estás ligando —contestó Marco eludiendo la pregunta, y tosió—. Perdona, es el Burkitt, que está celoso. En cuanto huele a tía, se cree que lo voy a traicionar.

—Pues espero que lo traiciones pronto —susurró Camilla.

Marco la miró como si hubiera dicho una cosa imposible.

—¿Me estás invitando a tu habitación? —dijo después—. ¿Sabes? Aquí las viejas se pelean por mí. Yo les digo que estoy ocupado con el cabrón, pero contigo podría hacer una excepción.

Camilla sonrió de nuevo. No lograba quitarle los ojos de encima a la enfermera, que pasaba continuamente de aquella sala a la de la quimio.

—¿Es la primera vez? —le preguntó Marco viendo que no dejaba de retorcerse los dedos.

—Sí.

—¿Estás asustada?

¡Tenía tanto miedo que estaba a punto de echarse a llorar!

—Un poco.

—¿Quieres que te dé un consejo?

—O dos, si tienes —contestó sonriendo.

—Pequeña, si me sonríes otra vez así, no me va a quedar más remedio que ponerme a ligar contigo —bromeó Marco.

Camilla sintió una ternura infinita y se preguntó cómo habría sido conocer a aquel chico fuera de allí, delante de una *pizza*, un día cualquiera.

—No pienses en lo que está pasando. Te quita las fuerzas. Si tienes un sueño, concéntrate en eso. Si no puedes, refúgiate en algún recuerdo bonito. No será fácil. No importa lo que te digan ni a quién tengas al lado. Tu monstruo y tú tendréis que combatir solos, encerrados en un tiempo y un espacio distinto del de los demás. Y eso no te lo quitarás nunca de encima.

Camilla entrecerró los ojos. No se le ocurría nada que valiera la pena recordar. O tal vez no quería recordar nada.

—Eh, Camilla, lo digo en serio. Si quieres vencer a ese jodido cabrón, tienes que luchar contra él.

Camilla estaba a punto de darle las gracias, pero Marco le cogió la mano y no se la soltó hasta que la llamaron.

—¿Camilla Lanfranchi?

Camilla asintió. Se dio cuenta de que tenía las manos sudadas y heladas y se separó de Marco lentamente, como si hubiera querido llevárselo con ella. Él le guiñó un ojo otra vez.

—Hasta luego, tesoro —bromeó.

—Tranquila —le dijo la enfermera—, no es para tanto.

Camilla entró en una habitación en la que ya habían preparado una cama con un gotero.

Al lado de la cama había otra vacía, y al lado había otra en la que había una mujer de mediana edad, calva y con una masa enorme de pelo sedoso a su lado. Tenía los ojos cerrados, pero cuando entró Camilla, levantó la cabeza y sonrió.

—Muy bien, Camilla, pues lo único que tienes que hacer es tumbarte aquí, esperar un momento a que te pinche... y después, si tienes algún problema, tiras de esta cuerda y yo llego enseguida. Está tranquila, ¿vale?

Era la segunda vez que le decía que estuviera tranquila.

Cuando te dicen que estés tranquila, empiezas a moverte en la silla, porque si tienes que contenerte es porque hay algo que te podría agitar. Cuando te dicen que te animes, tú te hundes aún más porque quiere decir que te han visto

triste.

La señora de mediana edad esbozó otra sonrisa y volvió a cerrar los ojos.

Camilla no tenía ganas de hablar. Le daba igual que hubiera otras personas allí afrontando la misma situación. Ahora era ella la que estaba allí y todo le parecía terrible.

La enfermera volvió y le pinchó en el brazo. Camilla se sobresaltó.

—No, no te muevas, pequeña. Ya verás, durará menos de lo que crees.

Si existía una eternidad, probablemente era un gotero de quimio. Eso pensó Camilla aquel día, mientras notaba que un líquido que le pareció helado le entraba en el cuerpo.

Había intentado convencerse de que aquella era su medicina y nada la haría odiarla, pero se retractó enseguida. No es como cuando te desmayas, que te dan agua y azúcar para reanimarte. Se notaba claramente que lo que le estaba entrando en el cuerpo era veneno para desesperados.

No era algo que sentara bien, pero probablemente era esencial.

—Gracias —farfulló Camilla esquivando la mirada preocupada de la enfermera.

—¿Puedo irme, niña?

Camilla asintió. Se sentía completamente impotente. *Niña*. Teo. Apartó ese pensamiento de la cabeza.

Intentó distraerse observando la gota que caía continuamente del gotero, pero se dio cuenta de que la ponía todavía más nerviosa porque el tiempo parecía infinito.

Pensó en Marco y en lo que le había dicho: «No importa lo que te digan ni a quién tengas al lado. Tu monstruo y tú tendréis que combatir solos, encerrados en un tiempo y un espacio distinto del de los demás. Y eso no te lo quitarás nunca de encima».

No, esas palabras no la ayudaban. Eran demasiado reales.

Volvió a pensar en Teo y el flequillo rebelde que le caía sobre los ojos.

Con él había sido todo dulce, natural, perfecto. Tal vez habría podido entender. Debería haberse fiado.

No había caído ni la mitad del líquido. Tenía que concentrarse en otra cosa.

La enfermera entró y miró el gotero de la señora de al lado.

—Bueno, Marisa, pues ya casi estás.

—Por hoy sí.

Camilla movió las piernas y le entraron ganas de escapar, arrancarse todo y mandar a tomar por culo a la enfermera tan agradable y tan lejana, tan absolutamente lejana de su mundo.

—No, túmbate, Camilla, túmbate. Tienes que estar tranquila, por favor.

Era fácil decirlo. Le estaba entrando hielo en las venas, un hielo que inhibía su sangre y se le subía a la cabeza. Sentía náuseas por aquella habitación en la que todos los días, en aquella misma cama, se tumbaban personas como ella. Un mundo subterráneo hecho de enfermos, en el que lo importante no era vivir sino sobrevivir, escapar de la maldición que los había alcanzado un día mientras se duchaban, mientras jugaban, mientras se masturbaban bajo las sábanas.

—Me estoy ahogando —gimió Camilla, que empezaba a ver puntos verdes delante de los ojos.

—Tranquila, no es nada. Todo es acostumbrarse, ya verás como pasa.

La enfermera le levantó las piernas mientras la otra señora la miraba como diciendo: «Yo también he pasado por eso. Sé lo que estás sintiendo».

Camilla cerró los ojos y deseó poder volver atrás en el tiempo, a cuando su vida era algo parecido a un sueño y el cielo era de verdad azul, y no solo el maquillaje de un buen pintor sádico. Necesitaba refugiarse en algún lugar mágico. Y ese lugar estaba relacionado con Teo. Solo habían estado aquella noche, pero ella sabía que los recuerdos sirven para eso: se presentan en el momento de la necesidad y te dan la fuerza de afrontar el presente. De pronto la habitación se oscureció y Camilla pensó en el abrazo de Teo, en su despertar brusco, en las luciérnagas que danzaban a su alrededor. Alguien había querido regalarle aquella magia para que ella pudiera afrontar aquel momento. El destino le había hecho encontrar a Teo para que él estuviera allí con ella, en su cabeza, junto al esplendor de aquellos seres brillantes que gritaban todos juntos con fuerza: «No te apagues, Camilla. No te apagues nunca».

Se acunó en aquellos pensamientos, sintiendo la piel otra vez cálida, las manos de Teo en las suyas, su boca que la besaba por todas partes. Marco tenía razón: refugiarse en un recuerdo bonito era la clave para vencer a aquel

jodido cabrón.

Después una cascada en arco iris, que se le había quedado dentro, le anunció que por aquel día la tortura había terminado.

La enfermera le sonrió y comentó:

—¿Has visto como has podido? Lo has hecho muy bien.

Mientras salía, vio a Marco en otra cama. Tenía los ojos clavados en ella y cuando le pasó por delante, levantó la mano para saludarla. Y ella también.

Solo tenía ganas de echarse en la cama y estar sola, junto con aquella nueva Camilla que al espejo ya le costaba reconocer, ella y aquella sensación de vómito mezclado con gas que empezaba a subirle por la garganta. Todavía tenía que aprender muchas cosas sobre aquella enfermedad. Una de ellas es que, cuando se combate una batalla, hay que cuidar a los propios soldados. Teo, Jessica, Davide, su madre, su padre y, sobre todo, aquel Marco que estaba luchando con ella.

*Hay momentos en los que somos nuestros peores enemigos, cuando no aceptamos nuestra situación y nos condenamos a ser otros, distintos de nosotros mismos, una mala copia de lo que un tiempo fuimos y hemos dejado de ser.*

## HÁBLAME, AMIGA MÍA

— **E**H, ESPLENDOR, ¿ADÓNDE VAS?  
 Marco la siguió por el pasillo del hospital.  
 Cuando llegó hasta ella, Camilla se apoyó en él. Acababa de terminar la quimio.

—Me han dicho que espere un poco para ver si tengo alguna reacción, pero quería dar un paseo.

—Di la verdad, me estabas buscando, ¿eh? —bromeó cogiéndola del brazo—. Ven, te llevo a mi habitación, mi guapísima forajida —dijo.

No lo había vuelto a ver desde el primer día de la terapia. Él ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que a Camilla se le había caído todo el pelo.

—¿Cómo me has reconocido? —le preguntó.

—Hace varios días que te estoy buscando —admitió Marco—, pero las enfermeras no querían decirme nada. —Le guiñó un ojo—. Mira, este es mi reino —le dijo mientras la hacía entrar en la habitación número quince—. Apúntate el número, así puedes venir a verme cuando quieras.

Marco compartía la habitación con otro paciente, un hombre que parecía muy mayor, aunque a lo mejor no lo era, y que en aquel momento estaba durmiendo.

—Este es Gio, cáncer de próstata —la informó Marco.

Camilla abrió los ojos de par en par.

—¿Qué pasa? Ni siquiera es tan grave.

—Nada, es que no se me habría ocurrido nunca presentarme a alguien

diciendo: «Encantada, Camilla Lanfranchi, linfoma de Hodgkin».

Marco sonrió.

—Pues deberías intentarlo. No está tan mal. El jodido cabrón se asusta cuando le damos por culo.

Camilla se sentó en la cama.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Marco.

—Regular.

—Estás un poco verde —dijo entonces él—, si quieres ir al baño...

—Creo que sí.

—Te has tomado las pastillas para el vómito, ¿no?

—Sí.

—Entonces no te preocupes, está todo controlado.

Camilla alargó una mano. Él lo entendió al vuelo. La acompañó a la taza del váter. Ella intentó vomitar, pero solo le salió un poco de saliva.

—Es normal —le explicó Marco—, sobre todo las primeras horas. Te notas como... un sapo rebozado en mierda en la garganta, ¿verdad?

Camilla intentó contestar, pero el sapo todavía intentaba salir de ahí.

—No he oído una comparación más asquerosa en mi vida —comentó poco después, cuando consiguió sentarse otra vez en la cama.

—Con la quimio es así. Se te ocurren las cosas más asquerosas de este mundo. Al cabo de un tiempo te acostumbras, pero el asco no pasa.

—Como... un bote de encurtidos podridos.

Marco arrugó la frente.

—Seguro que se te ocurre algo mejor, pequeña.

—Mejillones secados al sol.

Marco negó con la cabeza.

—Eres demasiado poética. Libera la porquería que hay en ti.

Camilla tosió.

—Qué asco —murmuró.

—Vas por buen camino —dijo Marco.

—Almendras garrapiñadas en vómito —dijo Camilla.

—Parece apetitoso.

—Eructo de cabra al gusto de caca —siguió ella.

Marco la miró con los ojos como platos.



—Esa es buenísima. Casi mejor que las mías.

—Gambas al moco frito —dijo Camilla.

—Vaya, llegarás a ser mejor que yo.

Camilla estaba a punto de decir algo cuando Jessica se asomó a la puerta. Hasta entonces, solo se habían mandado mensajes.

Jessica miró rápidamente y se dio media vuelta.

A Camilla le dio por reír.

—No me lo puedo creer —susurró—. Esa es mi mejor amiga.

—¿En serio? —preguntó Marco.

—¡Y no me ha reconocido! —dijo Camilla.

En aquel momento le pareció divertido. Al cabo de unos minutos, la cabeza de Jessica volvió a asomar por la puerta de la habitación de Marco.

—Jes —dijo entonces Camilla, y Marco se volvió para mirarla—, ¿qué haces aquí?

—¡Cami! —exclamó Jessica acercándose a grandes zancadas—. Me he recorrido todo el hospital buscándote. Tu madre decía que tenías que estar por aquí.

La voz le salía tres tonos más alta de lo normal. Hasta el compañero de habitación de Marco se había despertado y estaba mirando a su alrededor como si no reconociera su habitación. Jessica apartó los ojos de Camilla y lo observó.

Camilla se dio cuenta enseguida de que su amiga estaba sobrecogida. Normal: había cruzado la puerta y se había encontrados tres pseudocadáveres en solo dos camas. Y a saber en cuántas habitaciones había metido la nariz antes de encontrarla.

—Encantado, soy Marco.

Jessica se volvió otra vez. Parecía un poco perdida. Miró la mano que Marco le tendía y Camilla se dio cuenta de que le costaba cogerla.

—No me toco ni nada parecido —dijo Marco, que también lo había notado—, y de todas formas, me he lavado las manos. Por cierto, perdona por el olor, pero aquí, tu mejor amiga, no deja de ir al baño.

Camilla se echó a reír.

Jessica no sabía qué contestar.

Camilla se fijó en su pelo largo y fresco de champú y pensó que Marco

debía de verla como a una diosa. Estaba guapísima, incluso más de como Camilla la recordaba. Todo, en ella, decía: «Vida, vida, vida».

Todo, en Camilla, parecía gritar: «Mierda, mierda, mierda». El sapo rebozado en mierda que tenía en la garganta intentó salir en ese preciso momento.

—¡Cuidado! ¡Todos quietos! ¡Próxima parada: váter! —dijo Marco mientras se la llevaba corriendo al baño.

Nada, que no salía nada. Camilla intentó vomitar, pero solo consiguió que le entrara un ataque de tos.

—No te esfuerces —le explicó Marco—, solo es una sensación. Créeme, vomitar no mejora las cosas.

Cuando volvieron a la habitación, Jessica seguía donde estaba y Gio se había dormido otra vez.

—¿Has ido a la facultad? —le preguntó Camilla mientras se sentaba en la cama.

—Sí, me he saltado la última clase para venir aquí —explicó Jessica al tiempo que se echaba el pelo hacia atrás con una mano.

Camilla percibió el olor. Parecía que había impregnado toda la habitación. Le molestaba. Y eso que lo habían elegido juntas en Sephora.

—¿Salimos a dar un paseo? —propuso Camilla.

La amiga ni siquiera la había rozado.

—Sí, si quieres, sí —respondió Jessica aliviada.

—Claro —dijo, y miró a Marco insegura.

—Yo me quedo aquí haciendo una lista de porquerías —dijo Marco mientras daba unos golpecitos en el colchón—. Vuelve cuando quieras, pequeña.

Camilla lo miró con los ojos cargados de gratitud.

—Perdona, hoy va así —le explicó a Jessica mientras bajaban por las escaleras—. La cosa esta tiene un efecto distinto cada día.

La amiga asintió, de nuevo sin saber qué decir.

*Háblame, amiga mía. Dime que todo va bien. Que para ti no ha cambiado nada. Dime que soy la misma, la que te hace reír, a la que le puedes confiar tus secretos más grandes y las emociones más tontas. Dime que juntas podemos afrontar esta mierda que me ha alcanzado solo a mí.*

—¿Cómo van las cosas? —dijo Camilla.

Parecía que entre ellas se había levantado una especie de barrera que no sabía explicarse. Buscó un banco que estuviera libre y lo señaló.

—Bien —contestó Jessica por fin, alargando los labios en una sonrisa—, muy bien. Desde luego, no puedo quejarme.

A Camilla, aquello le cayó como un martillazo. El sentido de aquella frase era algo así como: «No puedo quejarme, teniendo en cuenta cómo estás tú».

—Entonces, venga, cuéntame algo.

Jessica bajó la mirada y escondió la cara entre el pelo. Por un momento, Camilla pensó que iba a insultarla. Cuando la amiga volvió a mirarla, vio que estaba llorando.

—Perdona, Cami —dijo sollozando—. Perdona, joder. Cuando te he visto sin pelo, yo... Mierda.

Camilla no sabía si abrazarla o salir corriendo. Era raro ver llorar a Jessica. No solía llorar. Al final, las dos sensaciones contrastantes se anularon entre ellas y el resultado fue que le pareció no sentir ninguna emoción.

—El pelo volverá a crecer, Jes —la informó con frialdad.

—Sí, lo sé —contestó Jessica, e intentó cogerle la mano.

—No te conviene, he tocado la taza del váter y no me las he lavado —dijo Camilla.

Jessica la apartó.

—No te esperaba —dijo Camilla—, de verdad. No tan pronto.

—Me parecía que hacía siglos que no te veía —comentó Jessica intentando aguantar las lágrimas.

—Pues para mí es como si siempre hubiera vivido aquí. Ya ni me acuerdo de Santa Croce. Pero tienes razón, Milán no es tan bonito.

Estaba hablando por hablar y era consciente de ello. En realidad, solo quería que Jessica se fuera.

—Es un buen hospital, Camilla.

La fulminó con la mirada.

—Un hospital siempre es lo que es: la antecámara del infierno.

—No digas eso. Estás aquí para curarte.

—Estoy aquí porque no tengo elección. Pero estos sitios te matan poco a poco.

—¿Y tú cómo estás, Camilla? Quiero decir, aparte de esto —preguntó Jessica.

—Por la noche me entran unos calores que parece que estoy en menopausia. Ya no tengo la menstruación. Ah, y el pelo tampoco. Tengo un sapo rebozado en mierda en la garganta, ahora mismo. Me duele siempre la barriga. El cuarto de baño es mi mejor amigo. El espejo, no. Siempre tengo sueño, pero no puedo dormir. Nunca tengo hambre, pero tengo que comer. Aparte de eso, estoy bien. Eso es lo que se dice en estos casos, ¿no?, por educación.

—A mí me puedes decir todo lo que quieras —dijo Jessica, pero no parecía convencida.

—Me gustaría descansar un poco.

—Claro, como quieras.

Se levantaron. Camilla no se movió. Intentaba hacerle entender que era una despedida.

—Cami, si hay algo, cualquier cosa que yo pueda hacer por ti... —susurró Jessica mientras se secaba las lágrimas. Tenía las uñas pintadas de rosa fucsia.

«Recuérdame por qué tienes el derecho a que te llame mi mejor amiga», le habría gustado decirle.

—No hay nada que tú puedas hacer, Jes, pero gracias.

—Lo digo de verdad, Cami.

El sapo de mierda le daba saltos mortales en la garganta y el estómago. Camilla miró a su alrededor buscando un baño.

—A lo mejor hay una cosa que puedes hacer —susurró, y se llevó la mano a la garganta.

—Lo que quieras.

—No vuelvas.

—¿Qué?

—Por favor, Jes. Podemos hablar por WhatsApp, pero prefiero no verte aquí.

—No puede ser. ¡Soy tu mejor amiga!

Para Camilla, aquello había dejado de tener sentido.

—Te lo pido por favor, Jes. Y no le digas a nadie que has venido, por favor.

Jessica estaba a punto de romper a llorar otra vez. Camilla se lo leyó en los ojos.

—Esperaré a que cambies de idea —dijo Jessica.

—No lo haré.

—No puedes saberlo ahora, Cami. Estás hecha polvo, joder. Es normal. Pero nunca te dejaré sola, ¿me entiendes?

«Ya lo has hecho», pensó Camilla. Esperó que llegara un abrazo, pero Jessica dio un paso atrás.

—Lo siento —dijo—. Soy una mierda de amiga.

—No eres tú —contestó Camilla.

«Sí que lo eres —le decía una voz en la cabeza—. Eres una mierda de amiga».

## **El Moleskine de Camilla**

15 de julio

Tiempo: sol demasiado fuerte.

Tiempo en mi interior: granizo, nieve, vendaval.

Viento de hoy: lebeche. Es un señor con turbante que viene del desierto. Nunca se baja del camello y te mira con unos ojos oscuros y penetrantes que cohíben. Trae oleadas de ansia y lluvia caliente, que se te pega al cuerpo. Da dolor de cabeza, aunque no habla. Solo puedes escapar de él si sabes volar.

Cosas que hacer hoy: luchar contra el jodido cabrón con todas mis fuerzas.

Hay un mundo aparte, entre los pasillos blancos del hospital. Se entra en un túnel hecho de batas y términos que uno, en la vida normal, no usa. Estadio tres. Estadio cuatro. Estadio terminal. Encamado. Vendas, gasas, gotero, aerosol. Es como estar en otra dimensión, como vivir fuera del mundo. No importa que sea domingo, Semana Santa o fiesta nacional. Están los ritmos lentos de los exámenes de rutina, las auxiliares que hacen y deshacen las camas y les limpian el culo a los pacientes que ya no pueden hacerlo solos. Hay algo que se me escapa en toda esta forma de vivir fuera de la realidad.

Cuando estás aquí, la normalidad te parece una situación para privilegiados. No me siento afortunada. Formo parte de ese grupo de personas que ha dejado de mirar hacia abajo. No me importa la ropa que lleve y no quiero saber qué tiempo hará mañana. Solo intento sobrevivir.

Mentirle a Teo es cada día más difícil. No deja de hacer preguntas. Lo echo mucho de menos, pero no quiero contarle la verdad. Se me ha caído el pelo. Estoy horrible. Le daría asco.

Cuando empecé a encontrarme mechones enteros en la almohada, me lo corté. No habría podido soportar que se me cayeran poco a poco. Tenía un pelo tan bonito. No quiero pelucas. No quiero parecer que soy como no soy. Tengo que mirar a la cara lo que me está pasando y afrontarlo.

Ayer vino a verme Roberto. Acababa de volver del hospital. Mi madre no quería dejarlo pasar, pero él decía que solo quería saludarme. Le había dado yo la dirección del piso. No me daba miedo que me viera así. Ya no. Marco dice que quien te quiere, te acepta como eres, y que él nunca se ha avergonzado de la enfermedad. De todas formas, dice que los amigos siempre son los que menos te entienden. A mí también me ha pasado con Jessica. Vino a verme una vez y se echó a llorar, delante de mí. Me pidió perdón, pero el daño ya lo había hecho: la sentí muy lejana. No necesito a nadie que se ponga a llorar.

Estoy segura de que Roberto me quiere. Ni siquiera me puse el pañuelo. Quería que me viera como soy ahora. Quería ver su reacción. Fue perfecto, como me imaginaba. Me cogió de la mano y me habló con ternura, contándome lo que pasa en el conservatorio. Estuvimos hablando hasta que me entró sueño. No quería que se fuera, así que se quedó y se puso a tocar para mí.

Marco tiene razón. Quien te quiere de verdad, te acepta tal y como eres.

## EL AMOR, CUANDO LLEGA

**Y** AHACÍA UN MES Y MEDIO QUE SE HABÍA IDO. CREÍA que así la olvidaría más fácilmente, pero la distancia no hacía más que aumentar las ganas de volver a verla. Volvía a pensar en los pocos instantes que habían pasado juntos y le parecía absurdo que en tan poco tiempo una persona pudiera llegar a meterse dentro de su ser de aquel modo. Antes de acostarse, pensaba en los momentos que había pasado sobre ella, inmerso en su perfume, tocándola por todas partes mientras jadeaba.

A la atracción física y aquella especie de sentimiento que se obstinaba en no llamar amor, ahora se había sumado algo más. A veces la odiaba, porque se estaba comportando como una egoísta, apenas respondía a sus mensajes y a menudo lo hacía con frases que le parecían falsas, como si estuviera escribiéndole otra persona.

Teo estaba intentando seguir la conversación de Jessica y Nino, pero no lo conseguía. Lo habían invitado a salir con ellos para contarle sus planes de viaje, pero él estaba distraído. Observó la forma en que Nino le cogía la mano a Jessica y cómo la miraba. Sus cuerpos se rozaban continuamente. Pensó que hacían muy buena pareja.

—Primero iremos a París —explicó Nino— y después a Madrid.

—No el mismo día, claro —se apresuró a aclarar Jessica.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Teo.

—Pasado mañana.

—¿Y cuándo volvéis?

—Dentro de dos semanas, como mucho. ¿Seguro que no te quieres venir con nosotros?

Teo negó con la cabeza.

—Solo tengo vacaciones una semana. Creo que sin vosotros me voy a morir del aburrimiento.

—Sonia se queda —lo pinchó Jessica.

Nino le dio un pellizco en el brazo.

—¿Cómo?

—No, nada, era por decir algo.

De verdad que en Santa Croce no se podía mover un músculo sin que alguien lo viera. Sí, había salido con Sonia alguna vez, para tomarse una cerveza y hablar de Camilla. Le había dejado claro desde el principio que no quería nada con ella y que jamás habría nada entre ellos dos. Pero por la cara que le estaba poniendo Jessica, estaba claro que ellos no pensaban lo mismo.

Nino se levantó para saludar a dos amigos y se quedó solo con Jessica.

—No tiene nada de malo si te gusta Sonia —le dijo.

—¿Qué estás intentando decirme, Jes?

Jessica se encogió de hombros.

—Nada, solo que te entiendo. Seguirías siendo nuestro amigo. Camilla me ha dicho que no os habéis prometido la luna, así que puedes estar tranquilo, ella no espera grandes cosas de ti.

—¿Te ha pedido que me digas eso?

—No.

—¿Hablas mucho con ella?

—¡Soy su mejor amiga! —soltó Jessica, pero después apartó la mirada—. Pero no, apenas hablamos —admitió, y Teo notó que hablar de Camilla la ponía triste.

—¿Por qué? ¿Tampoco quiere hablar contigo?

—Eso parece.

—¿Y sabes por qué? La gente no cambia así, de un día para otro, Jes. Tiene que haber un motivo. Me estoy volviendo loco. Y me enfado con ella, pero no sirve de nada, solo para que se aleje aún más. ¿Por qué se comporta así, Jes?

—No lo sé, de verdad. Yo tampoco lo entiendo.



Estaba mintiendo, Teo estaba casi seguro.

—Jessica, si sabes algo, tienes que decírmelo. Estoy preocupado. No puedo estar sin ella, de verdad.

Jessica suspiró y lo miró a los ojos.

—Intenta no darle muchas vueltas. En serio, es un consejo de amiga. Si te gusta Sonia, vete con ella. Camilla no quiere una historia ahora mismo.

Teo negó con la cabeza.

—No tiene sentido —dijo—. Vosotros me habéis insistido mucho para que salga con ella, ¿y ahora quieres que la olvide así, de pronto?

—Bien dicho —dijo Nino, que apareció a su espalda—. Yo estoy de acuerdo con Teo. No debes olvidarla. Vete a Croacia y ponte a buscarla por todas partes.

—Será broma...

—Sí, pero estoy convencido de que solo deberías hacer lo que quieras hacer. No te fuerces, Teo.

—¿Y desde cuándo tengo un novio tan listo? —quiso saber Jessica.

—¿Desde que te conocí a ti? —dijo Nino.

Teo pensó que su amigo sabía tratar a su novia. Entre ellos había una complicidad que solo nace después de pasar años y años juntos, peleándose, haciendo el amor, yendo y viniendo, viajando. Teo se sorprendió al pensar que lo envidiaba.

—Eres un pelota —susurró Jessica.

—Ya —dijo Nino, y le guiñó un ojo a Teo.

Nino se inclinó sobre el pecho de Jessica y le hizo una pedorreta. Después la estrechó contra él y la besó. Teo apartó la mirada de aquellas lenguas entrelazadas.

—Perdonad, chicos, pero tengo que irme. Nos despedimos después, ¿vale?

Nino levantó el dedo índice sin dejar de besar a Jessica, que intentaba soltarse para despedirse.

—Adiós, Teo —gritó al final, mientras Nino intentaba taponarle la boca otra vez.

Teo se rio, pero cuando se dio la vuelta, aquella risa le pareció vacía, como su mundo.

Sacó el iPod de Camilla y se puso los auriculares. Lo llevaba siempre

encima y casi siempre ponía las canciones que habían oído juntos.

«No te fuerces, Teo. Tú solo haz lo que sientas que quieres hacer».

Dejó que la música lo llevara adonde quisiera. Ya no tenía fuerzas para intentar ser quien no era e imponerse reglas que no conseguía respetar.

*A veces, para encontrar la verdad dentro de nosotros solo hacen falta unos cascos, música y un camino que recorrer.*

Se encaminó hacia aquel sendero que le era tan familiar, el que le había enseñado ella, e intentó ver el mundo con los ojos de Camilla. No era fácil. Volvió a pensar en el día en que se puso a llover y en cómo ella había inclinado la cabeza hacia atrás para mirar al cielo. Hizo lo mismo y se encontró rodeado de montañas y nubes, el espectáculo de un cielo gris que esperaba la noche. Siguió caminando y llegó a la marquesina bajo la que habían bailado. Cerró los ojos y estiró los brazos, como para hacerla aparecer mágicamente ante él. El sonido apremiante de los violines le obligaba a no quedarse quieto. Y qué más le daba si parecía un maricón o si estaba más rígido que un tronco. Se puso a bailar, con los ojos cerrados y la mente concentrada en Camilla.

Tropezó con un montón de leña y dejó escapar una palabrota. El dolor le sentó bien. La música le pedía que continuara. Llegó a la cascada. Sin Camilla, no era más que agua que caía hacia abajo. Las notas del violín se hicieron más lentas.

Volvió a imaginarse a Camilla, intentando abrir la puerta del refugio, y le pareció oírla: «Podía yo sola».

«Yo no puedo solo —pensó—. Yo no puedo hacer nada sin ti».

Se sentó en el suelo, delante de la cascada, mientras caía la noche. No había nadie. Solo él, con el iPod y aquel chorro de agua insignificante. Le parecía mentira que aquel sitio hubiera sido un lugar mágico para los dos.

Sacó el teléfono y empezó a escribir. Era inútil enfadarse con ella. Así no conseguiría que volviera.

«Hola, niña. ¿Cómo estás hoy? Estoy escuchando tu música. Estoy en la cascada, pero este sitio no tiene ningún sentido sin ti. No me has llamado. Me gustaría oír tu voz. Me gustaría volver a verte. Sigo repitiendo lo mismo, ya lo sé, pero es que no puedo evitarlo. Si estás con otro, por favor, dímelo. Si no quieres volver conmigo, dímelo. No me dejes aquí, suspendido en el vacío,

haciéndote siempre las mismas preguntas. Me siento idiota. Ninguno de los dos queríamos una historia, lo sé, pero me hiciste una promesa: me dijiste que volverías pronto. Y yo te creí, niña. Sigo creyendo en ti. Te espero».

Exactamente lo que se había obligado a no hacer: esperarla. Le había dicho que la estaba esperando, aunque preferiría no haberlo hecho, pero no tenía elección. Si hubiera podido decidir él, se habría metido en la cama con Sonia y adiós al resto del mundo. Pero no podía. El corazón había decidido por él. No era la primera vez que una mujer le complicaba la vida. Eso seguro. Ya había hecho muchas tonterías por una mujer. Pero nunca, ni una sola vez, había encontrado a ninguna por la que valiera la pena quedarse. Camilla era la primera. Lo había arrasado como un huracán y ahora lo dejaba allí, delante de una cascada, de rodillas, llorando como un niño.

El amor era una grandísima putada.

*El amor, cuando llega, es un tren en movimiento que hace ruido y se lo lleva todo por delante. El amor es una ola imparable que renace siempre y no teme volver a estrellarse contra la arena.*

## LOS CHICOS DEL TORNILLO

—**E**STA ES CAMILLA, LA NUEVA DE LA QUE OS HABLABA —dijo Marco, y sonrió.

Era como estar otra vez en el primer día de instituto, cuando todo es un reto y tienes que hacerte respetar.

—Hola, yo soy Rio —dijo el chico, y le tendió una mano enorme.

Camilla dudaba que se llamara realmente así. Tenía los ojos verdes, preciosos.

—Yo, Gina, pero todos me llaman Gin —dijo la chica, que también era guapísima, con la piel aceitunada y los ojos marrones, grandes y muy expresivos.

Los dos, sin pelo.

Estaban los tres en pijama, en la habitación de Marco. Gin estaba sentada en su cama, junto a él. Se rozaban los dedos. Tenían que estar muy unidos. Rio estaba hojeando la *Gazzetta* del día anterior en un sillón.

Camilla se quedó inmóvil ante ellos. No sabía qué hacer ni qué decir, y con un gesto mecánico se llevó las manos al pelo. Tocó el borde del pañuelo y apartó la mano abochornada.

—No nos habías dicho que era tan guapa —le susurró Gin a Marco, que se encogió de hombros.

—No quería que te pusieras celosa —contestó sin mirar a Camilla a la cara.

—¿Vienes a la reunión de esta noche? —le preguntó Gio.

—No... no sé nada de ninguna reunión —balbuceó Camilla.

Miró a Marco en busca de ayuda, pero estaba distraído.

—Marco, ¿todavía no le has dicho nada? —dijo Gin.

—Quería quedársela solo para él —añadió Rio.

Marco sonrió. Camilla intuyó el verdadero motivo por el que nadie la había puesto al corriente de la reunión.

—Vamos a hacer un mural —explicó Marco un poco avergonzado— y hoy hay una reunión para organizarnos.

—¿Un mural? —preguntó Camilla, que empezaba a sospechar que le estaban tomando el pelo.

—Es el proyecto que tenemos ahora —dijo Rio con orgullo.

—¿Tenéis? ¿Quiénes?

—Los B.Livers —dijo Gin, y la miró sorprendida.

Camilla bajó los hombros y de pronto se sintió cansadísima.

—Perdonad, no sé a qué os referís.

—No, perdona tú —comentó Rio—, Marco nos ha hablado tanto de ti que creíamos que ya lo sabías todo.

—Todos los chicos enfermos, aquí, lo saben —añadió Gina.

Camilla fulminó a Marco. ¿Por qué no se lo había contado?

—Me alegro de enterarme —dijo sin lograr esconder una pizca de resentimiento.

Le entraron ganas de irse.

—Mira —dijo Gin alargando una mano hacia ella—, podemos darte uno, si quieres.

Camilla tocó el colgante con forma de tornillo que le estaba enseñando Gin.

—Es nuestro símbolo —explicó Rio—, todos tenemos uno.

—¿Un tornillo?

Los chicos se rieron.

—Perdona, Cami —dijo Marco—, es una larga historia.

¿Y vas a contármela, o tampoco?

—Pues claro, pero siéntate, que es larga.

Camilla se sentó en la única silla que había quedado libre. Gio acababa de salir, pero nadie se sentaba en su cama.

—Todo empieza con una niña —comenzó Gin—. Es muy guapa, siempre está sonriendo y tiene un montón de sueños. Pero un buen día, se pone enferma. Sus padres hacen de todo para curarla, pero la enfermedad no quiere dejarla. Ella hace sonreír a todos, hasta a los enfermeros. Y no pierde la esperanza hasta el final.

—Su padre decide que la vida de su hija no puede olvidarse —añade Marco—, y entonces se le ocurre que puede crear una asociación para llevar la sonrisa de la niña a todos los enfermos de cáncer. A todos los que sufren.

—Así que monta un grupo y empieza a trabajar en los hospitales. Organiza actividades para los niños enfermos, hasta que se da cuenta de que los jóvenes también necesitan su espacio —continuó Gin hablando muy deprisa.

—Resumiendo —dijo Rio—, que al final nace B.Live, un espacio para jóvenes.

—¿Y por qué se llama así? —preguntó Camilla.

—Ser, creer, vivir —dijeron a la vez Gin, Rio y Marco.

—Nos lo inventamos nosotros —explicó Marco.

—Pero lo del tornillo fue idea mía —rebatió Gin orgullosa.

—Hasta hemos creado una colección de moda con una estilista —explicó Rio al ver la cara perpleja de Camilla.

—Y hemos diseñado varios modelos de bolsos —añadió Gin—, pero necesitábamos un símbolo, algo en común, algo que nos uniera a todos y hablara de nosotros.

—A alguien se le ocurrió la idea de la vida, porque se parece a *vida*.

—Yo estaba dibujando una en un cuaderno —dijo Gin.

—Pero nosotros creíamos que era un tornillo —se rio Marco.

—Cuando nos lo dijeron, ya era demasiado tarde. Todo el mundo nos conocía como *los chicos del tornillo*.

Camilla los escuchaba con interés, mirando con envidia sus caras emocionadas.

—¿Y qué hay que hacer para convertirse en una chica del tornillo? —preguntó al final.

Volvió a sentirse como la niña con la que nadie quiere sentarse en el colegio.

—Eso es lo bueno —exclamó Gin, como si la pregunta de Camilla,

después de todo lo que le había contado, no tuviera sentido—. ¡Nada! No tienes que hacer nada. Estás aquí. Con eso basta.

Era la primera vez que Camilla no tenía que hacer nada para conseguir lo que deseaba.

*Ser. Siempre, en todo momento, solo tú mismo. Con todas tus dudas, tus alegrías inmotivadas, las angustias que llegan en el peor momento.*

*Crear. En una rama que no se rompe. En la sonrisa del que lucha junto a ti. En un amor que parece imposible.*

*Vivir. Cada minuto que pasa. El silencio del que combate. Los gritos del que lo consigue. El latido del corazón del que espera que no todo haya terminado.*

Camilla sonrió.

—¿A qué hora es la reunión?

Eran muchos. No se lo esperaba. Se encontraron en la gran azotea del hospital. Algunos charlaban y no le prestaban atención a Gary, que estaba dando las instrucciones sobre cómo realizar un mural; otros tomaban apuntes, y otros se lanzaban miradas de fuego. Era igual que estar en el colegio, aunque los unía algo más. Todos estaban conectados por algo grande y oscuro, que allí arriba, como por arte de magia, daba menos miedo que en los pasillos del hospital. Todos tenían una cicatriz en algún sitio. Unos en el cuerpo y otros en el corazón.

—Hablad de uno en uno —dijo Gary cuando terminó las explicaciones técnicas—. Ya tenéis una idea, ¿no? —preguntó después.

Algunos asintieron. Marco miró a Camilla y le guiñó un ojo. Gin lo atravesó con la mirada. Camilla ya se había resignado: ellas dos nunca llegarían a ser amigas. Rio se había alejado un momento. Camilla vio a una morena que no le quitaba los ojos de encima.

«Qué ridículos somos. Luchamos por sobrevivir, pero no dejamos de enamorarnos», pensó, pero al mismo tiempo, aquello la hizo sentirse más viva que nunca.

—¿Dónde está la chica nueva? —preguntó Gary.

Camilla se sonrojó.

—Los otros ya han hecho sus dibujos en el folio, pero no tenemos más tiempo. ¿Te atreves a improvisar algo?

Camilla le habría dicho que no, pero todos la estaban mirando. Alguien que no conocía dijo:

—Venga, Camilla. ¡Tú puedes!

Y la convenció.

No se le daba bien dibujar. Menos mal que le habían dejado una esquina muy pequeña. Al lado del suyo, los dibujos de los demás eran preciosos. Camilla intentó concentrarse sin mirar el trabajo de los otros.

—¿Qué es? —le preguntó otro chico con la cara llena de pintura y el ceño fruncido.

—Una estrella alpina —dijo Camilla mientras se secaba el sudor.

No le había salido muy bien, pero a ella le parecía preciosa. Era su primer día con los B.Livers y nada iba a ser capaz de desmoralizarla.

Los colores del mural relucían bajo el sol. Poco a poco, los chicos se fueron parando para admirar la obra. Alguno la inmortalizó con el móvil. Marco se paró junto a Camilla y le pasó un dedo azul por la frente.

—Es tu bautismo —bromeó.

Aquel gesto despertó algo en los demás, que los rodearon con los ojos cargados de emoción.

Gin se quitó el colgante del tornillo y se lo puso a Camilla en el cuello con una sonrisa. Fuera de allí habrían sido enemigas y rivales; sin embargo, en aquella azotea se miraron a los ojos y se dieron cuenta de que estaban en la misma barca a la deriva.

—Te lo has ganado —dijo Gin.

Camilla estaba tan embargada por la emoción que ni siquiera pudo darle las gracias.

Aquellos chicos que apenas la conocían se le fueron acercando para abrazarla. Algunos tenían los dedos tan llenos de pintura que su pijama blanco se tiñó de arco iris.

—Ser, creer, vivir —susurró Rio.

—Ser, creer, vivir —repitió Camilla.

Miró los rostros y los ojos de sus compañeros, que aún no habían sido derrotados. Notaba el sol en la piel y el olor de la pintura fresca. Por primera



vez desde que enfermó, se sintió de nuevo feliz.

## El Moleskine de Camilla

28 de agosto

Tiempo: se muere de calor.

Tiempo en mi interior: se muere de frío.

Viento de hoy: gregal. Es un mendigo disfrazado de payaso. No habla, pero te revuelve el pelo y a veces te desvela un secreto al oído. Le gusta jugar a hacerse el amante, pero no es bueno tomarle demasiado cariño porque, antes o después, todos los vientos se van.

Cosas que hacer hoy: ganarle a Marco al póquer.

Esta noche he tenido un sueño. Estaba en Venecia, yo sola. Había luna llena. Se reflejaba en los canales creando unos fantásticos juegos de luces. Vagaba por las calles. Me paré en mitad de una calle que estaba repleta de sábanas blancas tendidas. La luna las iluminaba con tanta fuerza que parecían fluorescentes. Sus rayos también iluminaban mi cuerpo. Detrás de mí estaba Teo. Me sonrió y echó a correr hacia mí. Me asusté y me escondí detrás de una sábana.

«Camilla, ¿dónde estás?», me preguntó.

No le contesté.

«Camilla, hace frío, volvamos dentro», continuó.

Empecé a desvestirme. Me quedé desnuda bajo la luna. Aparté una sábana y él estaba allí, delante de mí. Me miró con desprecio y empezó a retroceder.

«¡Teo!», le grité mientras le tendía la mano.

Él salió corriendo, tirando una sábana al suelo. Me avergoncé. No lo seguí. Me quedé allí, con su nombre en la boca, sin conseguir llamarlo. Cuanto más intentaba gritar, menos voz me salía de la garganta.

Cuando me desperté, estaba helada. No me ha servido de nada taparme con la manta. El frío me ha penetrado los huesos.

## CUANDO DOS TIENEN UN DOLOR EN COMÚN

V EÍA A MARCO TODOS LOS DÍAS. CON ÉL SE SENTÍA LIBRE. Lucia le daba una o dos horas antes de ir a por ella diciendo que tenía que descansar. Marco no podía salir del hospital porque su enfermedad había que controlarla en todo momento.

—¿Se puede? —preguntó Camilla mientras daba unos ligeros golpecitos en la puerta abierta.

—Te estaba esperando, pequeña —dijo Marco.

Camilla vio que tenía un gotero puesto.

—Si hoy no estás bien, podemos dejarlo para mañana.

—Chiquilla, quédate cinco minutos —le rogó Gio, que aquel día estaba despierto y animado—, que siempre me toca aguantar a esta furia yo solo.

Camilla le sonrió y se sentó en la cama de Marco.

—Será mejor que hoy nos quedemos aquí —dijo Marco con la voz más baja de lo normal.

—Vale —dijo Camilla—. ¿Quieres jugar al póquer? Marco era un volcán de ideas. Le había hablado de *Miénteme*, una serie en la que el protagonista es un hombre que consigue descubrir, por las expresiones del rostro, cuando alguien miente. Camilla había empezado a verla. Cada vez que quedaban, comentaban los capítulos e intentaban desenmascarar las mentiras de los dos.

«¿Estás enamorada?», le preguntó Marco un día.

Gio dejó de mirar el periódico para escuchar la respuesta.

«No», le dijo Camilla.

«¡Mentira! Has movido el hombro y me has mirado directamente a los ojos».

Efectivamente, Camilla había pensado en Teo.

«Bueno, ¿y cómo estás?».

«Pues bien, aparte de las náuseas de ayer por la noche y el dolor de garganta de ahora», contestó Camilla.

«¿Y el cabrón cómo está?».

«Lo tengo cada vez más asustado».

«¡Muy bien, pequeña!», aprobó Marco, y le rozó el brazo.

Marco le había enseñado a hablar de la enfermedad con cierta superioridad, como si fuera un enemigo ingenuo. Camilla lo intentaba, al tiempo que trataba de disimular para que no se viera lo asustada que estaba.

«¿Tocaste ayer por la noche?».

«Sí».

«Y eso es mentira. Ya te pillo siempre. Eres un libro abierto para mí, Camilla Lanfranchi».

Esa era otra de las cosas en las que siempre insistía Marco. Según él, para demostrarle al jodido cabrón que no conseguiría nada, había que seguir siendo las personas de siempre, tal y como uno era antes de enfermar.

«Mírame a mí, por ejemplo —le explicó—, jugaba al fútbol y estudiaba Economía. Y sigo haciendo las dos cosas».

Camilla lo había mirado con los ojos como platos.

«¿No me crees? Pregúntaselo a Gio».

Gio farfulló algo incomprensible.

«Por lo menos, ¿tocabas bien?».

«¡Pues claro que tocaba bien! ¿Tienes alguna duda? Estaba a punto de diplomarme y después habría podido entrar en alguna orquesta importante...».

«Sigues a un paso del diploma. Tienes que cambiar de óptica. Repite conmigo: “Me llamo Camilla Lanfranchi y voy a diplomarme en el conservatorio”».

Camilla hizo una mueca.

«No es tan fácil como crees».

«No es fácil para nadie, lo sé mejor que tú, pero si empiezas a pensar que no volverás a ser como antes, al final lo más seguro es que te pase

exactamente eso. Yo creo que lo más importante es coger solo las cosas buenas que tenía nuestra vida antes de la enfermedad. Si eras violinista, agárrate a eso y olvida el resto».

Camilla pensó en Teo. Él también era una de las cosas buenas que le habían pasado en la vida. ¿Podía llevárselo con ella? Quería preguntárselo a Marco, pero no sabía cómo formular la pregunta.

«¿Tú qué has elegido?».

Marco acomodó mejor la almohada detrás de la espalda.

«Un amigo especial, el fútbol y los libros de economía. No es igual que antes, pero sigo estudiando, y en cuanto termine la terapia empezaré los entrenamientos. No me olvido de quién soy».

De pronto, empezó a gritar: «¡Eh, jodido cabrón! ¡Sé que, encima, estás sordo! ¡No estoy dispuesto a morir! ¿Me oyes? ¡Voy a poder contigo!».

La enfermera entró en la habitación y dijo: «Pero ¿qué estáis haciendo aquí?».

Camilla y Marco se echaron a reír.

—¿Pasas o ves?

—Veo.

Camilla enseñó las cartas. Marco se enderezó en la cama. Estaba muy pálido.

—¡Mío, es todo mío! —dijo, y reunió el botín de monedas que se habían apostado.

—No es justo, siempre ganas tú —protestó Camilla cruzándose de brazos.

—¿Jugamos la última? —propuso Marco.

Era temprano todavía, pero Camilla sabía que él no aguantaría mucho. Tenía que descansar.

—Vale.

Iba a apostar cuando Marco le cogió las manos.

—Vamos a jugar otra cosa, esta vez —dijo.

—Vale, ¿el qué?

—Una cita.

Camilla había visto sus fotos de antes de que la enfermedad lo redujera a

un saco de huesos. Era muy guapo. No pensó en Teo cuando le dijo que sí. Marco se lo merecía. Gracias a él, las curas y los días en el hospital se le estaban haciendo más llevaderos.

—Muy bien —dijo, y de pronto pensó que ojalá ganara él.

—Barajas tú —decidió Marco. Sus ojos azules la miraban por detrás de las cartas—. Puedes cambiar tres —la informó mientras cogía las suyas.

—Está bien así —aseguró Camilla sonriendo.

—A ver, ¿qué tienes? —quiso saber Marco.

—Tú primero.

—Trío de ases —dijo Marco radiante.

Camilla puso las cartas en la cama.

—Yo, nada.

—¿No tienes nada y no has cambiado las cartas? Estás colada por mí, pequeña.

Se rieron y Gio se rio con ellos.

Lucia apareció por la puerta y saludó a Gio. De pronto, Camilla se sintió cansadísima.

—Tesoro, ¿nos vamos? Se ha hecho tarde —le dijo.

Marco le sonrió.

—Me alegro de haberte conocido gracias al jodido cabrón, Camilla. ¿Lo ves? De vez en cuando hace algo bueno.

—Calla, no lo digas tan fuerte. Si nos oye, su ego podría hincharse.

Se intercambiaron una larga mirada mientras Lucia arrugaba la frente sin entender.

*Cuando dos tienen un dolor en común, hablan una lengua distinta a la del resto del mundo.*

Delante de la puerta del piso estaba Roberto.

—Buenas tardes, señora. He venido a ver a Camilla, y como el portal estaba abierto...

Lo acompañaba una mujer rubia, de pelo rizado, que llevaba un uniforme de azafata.

—Encantada, soy Sabrina —se presentó la rubia al tiempo que alargaba la

mano hacia ella.

—Estoy muy cansada, mamá —susurró Camilla, y se apoyó en la puerta.

—Ahora entramos, tesoro.

Lucia rebuscó las llaves en el bolso.

Nada más entrar, Camilla se sentó en el sillón, ocupándolo todo.

—Perdonad, hoy estoy muy cansada.

—Perdona tú —dijo Roberto—. Hemos venido sin avisar, pero quería que fueras una de las primeras en saber la noticia. No te he hablado nunca de Sabrina, ¿verdad?

Camilla negó con la cabeza. ¿Quién era aquella mujer que la miraba como si fuera una atracción de circo? ¿Qué hacía en su salón?

—Es mi novia. Nos casamos en diciembre.

Lucia lo miró sorprendida. Sabía que su hija estaba enamorada del profesor y, aunque se imaginaba que no era un amor correspondido, siempre se había preguntado qué pensaba Roberto.

—Sería un honor para nosotros si quisieras tocar el *Ave María* en nuestra boda.

Camilla intentó sonreír, pero le salió una mueca bastante torpe.

—Si sigo en este mundo, será un placer —dijo.

Sabrina se llevó la mano a la boca y Roberto la miró atónito. Nunca la había oído hablar así.

—Eres una luchadora. ¿No irás a rendirte ahora?

Camilla pensó que Roberto era un capullo. Durante todo aquel tiempo no había hecho más que darle esperanzas, con sus regalos, sus palabras dulces y todo lo demás. Tal vez nunca le había importado realmente, puede que solo fuera la fascinación del profesor, pero ya podría haberle dicho que tenía novia. No habría malgastado un tiempo valiosísimo. Un tiempo que ya no tenía.

—Os felicito —dijo mecánicamente—. Y, por favor, perdonadme, pero necesito dormir un poco.

Sabrina asintió y le lanzó una última mirada indagadora. Por su respuesta, Camilla supo que se había dado cuenta de lo que sentía por el profesor, o por lo menos, lo que había sentido antes de conocer a Teo y enfermar.

—Hasta pronto, Camilla.

Roberto se inclinó para darle un beso en la mejilla, pero ella se apartó. Lucia intentó decir algo que su hija no hubiera dicho ya, pero no se le ocurrió nada.

—La cena estará lista dentro de cinco minutos —le dijo cuando se fueron.

—No tengo hambre, mamá —contestó Camilla.

Solo de pensar en la comida le entraban ganas de vomitar.

—Ya sabes que tienes que comer.

Camilla miró el móvil. Tenía un mensaje de Teo. Era el único que le escribía todos los días. El único que habría querido tener a su lado en aquel momento, mimándola y acariciándola en aquel sofá.

«Tu iPod es chulísimo, Camilla. Me encanta tu música. Pero ¿tú has oído mis canciones?».

Camilla se mordió el labio inferior. ¡No! Ni siquiera había sacado el iPod de la maleta.

—Mamá, ¿me puedes hacer un favor? ¿Me traes la maleta rosa?

Lucia se la llevó. Nunca había sido tan servicial, ni siquiera con su marido.

Camilla sacó el iPod de Teo y lo encendió.

Miró los nombres de los cantantes y se quedó boquiabierta: Riño Gaetano, Fabrizio de André, Andrea Parodi, De Gregori y otros cantautores italianos que Camilla conocía solo de oídas. No se esperaba que Teo oyera ese tipo de música. Se lo imaginaba como un tipo de *rock* duro, o como mucho, de música comercial. ¿Quién era en realidad? Camilla siempre se había preguntado si la música que oímos puede influir en cómo somos realmente.

Al final de la lista había una carpeta especial: *Para Camilla*.

La abrió. Contenía tres canciones. La primera se llamaba *Un uomo*, de Eugenio Finardi. Se puso los auriculares y tardó un momento en acostumbrarse a aquella voz un poco antigua con sus palabras llenas de poesía. La canción le habló de Teo. En cuanto terminó, volvió a ponerla desde el principio y la oyó con los ojos cerrados, pensando en Teo, sentado en el bar, el día que lo conoció. Se lo imaginó a él y su pendiente, el cigarro en la boca, el flequillo rebelde; Teo y aquella mirada despierta e impertinente que le lanzaba de vez en cuando; Teo y sus manos grandes que la tocaban por todas partes. La sensación de sentirse especial ante él. Se habían alejado aquellos días, pero

Camilla percibió la intensidad de aquellas sensaciones y se preguntó cómo había podido estar sin él todo aquel tiempo. Le rodó una lágrima mientras Finardi gritaba: «Impresentable para tus padres, tan coherente hasta en los errores».

Así era exactamente como se sentía con Teo. No lo había olvidado. Solo había intentado no pensar en él, para no sufrir demasiado si Teo no fuera capaz de soportar su enfermedad. Aquella sensación de calor volvió a envolverla gracias a las palabras de la canción y se dijo que Teo era la fuerza que necesitaba para sentirse viva. Tenía que arriesgarse.

Cogió el teléfono y escribió:

«La canción de Finardi es preciosa. Habla de ti».

La respuesta le sorprendió:

«¿De verdad que te gusta? La primera vez que la escuché, me pregunté si la habrías escrito tú».

Camilla siguió oyendo la misma canción toda la noche. No quería seguir escondiéndose tras mil excusas. Ni cáncer ni nada. El único que había conseguido entrarle dentro y no soltarla era Teo. Aun arriesgándose a perderlo, él tenía que saberlo. Se quedó dormida soñando que lo abrazaba y se hundía entre aquellos brazos fuertes y el olor a tabaco y chicle, que era lo que más echaba de menos en el mundo.



## DONDEQUIERA QUE VAYAMOS

— **C**AMILLA, ¿ESTÁS LISTA? ¡TENEMOS QUE IRNOS!  
Volvió a mirarse al espejo. Mejillas hinchadas, sonrisa forzada, los ojos fuera de las órbitas, la piel amarillenta.

Abrió la puerta del baño.

—Creo que es mejor que hoy no vaya...

Marco inclinó la cabeza hacia un lado y la observó.

—Dicen que van a darle un montón de maquillaje gratis a las participantes.

—Ya lo sé.

—Y que lloverán consejos de moda, y puede que algún vestido gratis.

Camilla levantó los ojos al cielo.

—Ya me imagino a algunas dando botes si no participas —susurró Marco.

—Estoy amarilla.

—Ellos pueden ponerte todavía más guapa. No sé cómo lo hacen, debe de ser una especie de magia negra, porque más guapa de como estás me parece imposible...

Camilla le dio un ligero empujón.

—Deja de decir tonterías, no me vas a convencer, solo me entran ganas de vomitar.

—A todos nos da la impresión de que se nos va a escapar el vómito, Camilla.

—Pero el mío sabe a lombriz podrida.

—Y el mío a diarrea ahumada.

Camilla sonrió.

—Eres asqueroso —comentó.

Marco se inclinó ante ella y la cogió por el brazo.

—¿Me concede este baile, *mademoiselle*?

Camilla dio un respingo. Solo había bailado con un chico. Y no estaba en aquella habitación. Formaba parte de un pasado que cada día echaba más de menos.

—Está bien, me has convencido, vamos.

No era verdad, pero quería evitar aquella situación. No podía bailar con Marco. Habría pensado en Teo y se habría echado a llorar.

—¿He dicho algo malo?

—No, pero me has convencido. ¿No era lo que querías?

Bajaron los tres pisos por las escaleras y entraron en la sala contigua a la de ortopedia siguiendo las flechas que los B.Livers habían dejado por todas partes.

Cuando Camilla entró en el salón, vio que Gin y Rio ya estaban allí. No sabía cómo lo hacía Gin, ni qué tenía en concreto, pero siempre parecía más fresca que una rosa. Había tres maquilladoras, un estilista y un peluquero.

Camilla intentó no fijarse en las chicas que todavía tenían pelo.

—Por eso —estaba diciendo una de las maquilladoras—, hoy lo hemos dedicado a vosotros. Se puede estar guapo también aquí, en el hospital, y vosotros sois la prueba.

—Uf —resopló Marco—, ¿por qué no se ahorran el discurso de apertura? Podríamos haber llegado un poco más tarde.

—Yo ni siquiera quería venir —protestó Camilla.

Marco alargó la mano y le hizo cosquillas.

—¡Déjame! ¡Déjame!

Camilla se puso la mano en la boca. Casi había gritado. La maquilladora se volvió a mirarla.

—Perfecto —dijo—, ahí tenemos a nuestra primera chica.

—¿Qué?

Marco ahogó una carcajada y le dio un ligero empujón.

—Pero yo... yo...

Camilla se encontró en el centro del salón. La maquilladora ya estaba lista,

con su maletín lleno de productos. Miraba a los demás chicos como si estuviera a punto de tocar un concierto de Chopin con los ojos cerrados.

—Siéntate, Camilla.

A ella antes le encantaba maquillarse, ya fuera para un concierto o solo para salir a tomar algo con Jessica. Le encantaba probarse sombras de ojos de distintos colores, comprarse barras de labios de tonos encendidos e ir cambiando. Desde que entró en el hospital, las pocas veces que se maquilló se sintió ridícula. No estaba muy convencida de que aquella chica de labios violeta pudiera ayudarla a estar más guapa.

—Voy a parecer un payaso —protestó.

La maquilladora la miró boquiabierta.

Otros chicos habían caído también en las garras de los demás expertos de belleza. Gin estaba en la otra parte del salón, charlando con Marco. Lo maldijo por haberla convencido a participar.

«Mi único plan para esta noche es meterme en la cama —pensó—. Estaré tan cansada que ni siquiera tendré fuerzas para ver una película. Qué pérdida de tiempo».

—Cierra los ojos, Camilla —dijo la maquilladora—. No puedes ver el resultado hasta que termine.

Camilla suspiró y obedeció. Se acordó de cuando estuvo en Kiko con Jessica. Había una prueba de maquillaje gratis y ellas se apuntaron un mes antes. Se pasaron toda la tarde en la cola y salieron de allí como si se fueran a una fiesta.

«Parece que te han dado una paliza», comentó Jessica al ver lo mucho que la habían maquillado.

«Pues tú pareces una prostituta», replicó Camilla.

«Me apuesto lo que quieras a que no te atreves a salir así».

«¿Que no?».

Salieron, con aquel aspecto ridículo, y se pasaron toda la noche bailando con todo el maquillaje corrido de tanto llorar de la risa.

«No volveré a reírme así. Reír hasta que no pueda más. Reír hasta que me duela la barriga. Entre las risas estará siempre el recuerdo amargo de lo que soy: un ser mortal, un soplo en el viento, que se deshace al primer manotazo».

—¿Camilla? Ya puedes abrir los ojos. Gracias.

Movió los párpados y se encontró ante la mirada de Marco.

—Madre mía —exclamó; se quedó con la boca abierta y no dijo nada más.

—Ya puedes mirarte al espejo —exultó la maquilladora.

Seguía siendo su cara. Siempre la misma. Una cara hinchada, por culpa de las medicinas. Pero los ojos, con aquella sombra verde claro, relucían con una luz nueva. Camilla se llevó la mano al colgante del tornillo y chasqueó los labios para admirar aquel carmín rosa fresa.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Un chico que Camilla no había visto nunca susurró:

—A mí también.

Marco lo fulminó con la mirada.

Gin la miraba desde lo lejos. Seguramente, se moría de ganas de que la maquillaran a ella también.

—Tenéis que aprender a dar valor a vuestra mirada —explicó la maquilladora— y a cuidar vuestro aspecto. Sois guapísimos, B.Livers.

Camilla se levantó y se dirigió hacia Marco un poco atontada. Las notas de una música alegre irrumpieron en el salón.

—¿Zumo de naranja? —le propuso Marco—. No creo que tengamos nada con alcohol.

Camilla asintió y, mientras Marco iba a por algo de beber, miró a su alrededor. No los conocía a todos y no los conocía bien, pero se sentía como si fueran una familia. Todo aquello le recordaba un poco a las comilonas de Navidad, en las que todos son parientes, incluso los que solo ves en esa ocasión, y todos hablan pero sin decir nada comprometido, y el día sigue como si la comida, la música y las charlas fueran a durar eternamente. Nadie piensa que muy pronto volverá al trabajo. Por un instante, todos se olvidan de los problemas. Así estaban ellos. Juntos, la quimio no era más que una cita para el día siguiente, algo lejano. Por lo menos, hasta que se lo permitieran las fuerzas.

Marco se paró a charlar con Rio y Gin y un chico bajo y delgado que Camilla no había visto nunca. Los maquilladores recogieron sus cosas y se despidieron. Camilla se bebió el zumo de naranja y pensó que pronto tendría que quitarse el maquillaje de la cara.

—Tenemos que hacernos una foto así —dijo Gin, y sacó el móvil.

Se hicieron una foto, todos sonrientes, y Gin se la mandó por WhatsApp con un montón de corazones. Entonces, puede que no fueran enemigas.

Marco se subió a la mesa con un vaso en la mano y una cuchara en la otra. Se aclaró la garganta, le guiñó un ojo a Camilla y empezó a darle golpecitos al vaso con la cuchara.

Alguien apagó la música.

—Un momento de atención, B.Livers. Ya sé que os estáis divirtiendo y que ya habéis aguantado el sermón del día. Pero... me gustaría pedir os una cosa.

Los chicos se reunieron alrededor de Marco, algunos murmurando «Y qué querrá ahora el tonto este», otros resoplando y otros simplemente con curiosidad.

—Estamos cruzando un océano en mitad de una tempestad —dijo Marco con tono solemne—, pero no estamos solos. Cada uno tiene a su compañero de habitación como aliado. Aquí, todos juntos, los B.Livers nos apoyamos los unos a los otros. Nadie nos puede entender mejor que otra persona que se encuentre en nuestra misma situación.

Siguió un murmullo de aprobación.

—Pero todos, a fin de cuentas, soñamos lo mismo. Salir de aquí sanos y salvos. Pegar tirones de la camiseta que queremos ponernos, pellizcarnos las espinillas o afrontar ese examen que no aprobaremos nunca.

—Eso sí que es verdad —susurró Camilla.

—A algunos les pasará de verdad. Se irán de aquí muy pronto. Llegarán las revisiones y después el mundo que habrá que afrontar, y el hospital será solo un recuerdo lejano y nosotros, unas caras valientes que un día conocieron.

Marco hizo una pausa. En el salón se había hecho el máximo silencio.

—Pero nosotros hemos pasado por aquí y esto nos ha marcado para siempre. Tenemos un tornillo para recordarnos que somos distintos. Y lo seremos siempre, sin importar adónde vayamos. Os pido, B.Livers, que hagamos una promesa: dondequiera que vayamos, no olvidemos lo que hemos sido hoy. Hagamos una foto, con los malditos teléfonos que llevamos siempre en la mano, en todos los sitios a los que vayamos. Llevemos el tornillo por el mundo entero. No nos olvidemos de nosotros.

A Gin se le escapó una lágrima. Camilla estaba segura de haberla visto,

pero hizo como si nada.

—Dondequiera que vayamos —gritó Marco levantando el tornillo que llevaba al cuello y cerrando los ojos.

—Dondequiera que vayamos —le hizo eco Camilla, y su voz suave se unió a un coro de otras voces cargadas de esperanza.

—Dondequiera que vayamos —gritaron todos juntos.

## SI ÉL, SI ELLA...

**M**ARCO ACEPTÓ IR A LA ÓPERA CON ELLA. ÉL TAMPOCO había estado nunca, pero al contrario que Teo no se había lanzado a hacer juicios apresurados y se había mostrado curioso de asistir a «una especie de concierto en el que también hay cantantes». Camilla se rio al oír su definición. Le explicó que para seguir una ópera era mejor conocer la historia antes y a lo mejor, leerse el libreto.

—Pero así estropeo el final —se quejó Marco.

—No, ya verás, te gustará más.

Marco le hizo caso y se presentó puntual y preparado.

—Tengo ganas de saber qué cara tiene ese Nemorino —le dijo mientras la cogía del brazo y cruzaban la puerta de La Scala.

Camilla notó cómo los miraban los demás. No iban muchos jóvenes a la ópera, pero sabía que ese no era el motivo de tanto interés. Leía en los ojos de Marco el mismo fastidio. La gente los miraba así porque tenían cáncer.

«Tranquilos, que no es contagioso», le habría gustado gritar.

Se cogió con más fuerza al brazo de Marco.

—A veces somos nosotros los que nos lo metemos en la cabeza —le susurró Marco cuando se sentaron.

—¿El qué?

—Cuando estamos en lugares públicos, nos entra el síndrome del «Todos me miran». Pero de verdad que a veces no es así. Nos miran, sí, pero la gente siempre se mira, aunque solo sea por distraerse. Lo que pasa es que a nosotros

siempre nos parece que es por la quimio. Pero no todos nos miran por eso, Camilla. Tú eres muy guapa, ya lo sabes.

Camilla se sonrojó. Se había puesto un vestido azul muy elegante y un pañuelo plateado en la cabeza.

La señora que estaba a su lado le dedicó una amplia sonrisa y ella empezó a calmarse.

—Operación Encuentra Váter de Emergencia —le susurró Marco—. ¿Tú sabes dónde están?

—En la entrada, ¿no los has visto?

—No, creo que te estaba mirando a ti. ¿Cómo va tu sapo?

—Mucho mejor, gracias. Ya es una ranilla. Sigue siendo molesta, pero mucho menos que aquella mierda de...

La señora de al lado la miró con ojos severos.

Marco ahogó una carcajada.

—Piensa en cuando se convertirá en un renacuajo —le dijo.

Camilla se volvió a mirarlo. Parecía muy cansado. Desde hacía unos días, su piel había asumido un tono amarillento.

—¿Y tú cómo estás?

—Según los médicos, para tirarme a la basura. Pero yo me encuentro genial.

Camilla sonrió.

—¿Cuándo empieza? —preguntó Marco—. Estoy deseando verla.

Camilla suspiró y pensó que le habría gustado tener a Teo a su lado. Seguramente se habría aburrido y habría hecho algo inapropiado, como darle patadas al asiento de delante, resoplar o incluso quedarse dormido. Durante la pausa habría salido corriendo para fumarse su maldito cigarro. Pero le habría gustado poder darle la mano y ver si la música lograba conquistarlo, aunque solo fuera un poco. Aquella era la ópera de la que le había hablado en el tren de camino a Venecia. No le había contado el final, esperando que algún día aceptara ir a verla con ella. En aquel momento ya sabía que aquella ópera iría a Milán aquella temporada. En cambio, el destino había elegido por ella y la había llevado allí con otro chico, en pésimas condiciones. Marco y Camilla habían quedado en que si uno de los dos se sentía mal, lo diría enseguida, sin hacerse el héroe. El jodido cabrón te asaltaba en los momentos más



imprevisibles.

Un compañero suyo del conservatorio tocaba aquella noche. A Camilla le habría gustado estar en su lugar. No podía dejar que la reconociera. No quería que nadie de su ambiente la viera en aquel estado.

—Ya empieza —susurró Marco, y le cogió la mano. Pero después se volvió a mirarla—. Perdona, ¿te molesta?

—No, es que... No, no, está bien.

Él sonrió.

—Me siento como el Nemorino ese... El desgraciado que intenta conquistar a la mujer guapa e imposible.

Camilla no contestó y se hundió en el sillón sin pensar en nada más. Quería dejarse llevar por las voces de los cantantes y las notas de la orquesta y olvidarlo todo durante todo el tiempo que durara el espectáculo. Cada vez que iba a la ópera era como dejarse transportar en un velero antiguo para llegar a mundos que no existían, pero que en su día debieron de ser espléndidos. El primer acto se cerró con Nemorino y Adina, que todavía no estaban dispuestos a amarse. Ella se casaría con Belcore, el odioso sargento. Aunque Camilla sabía cómo terminaba la historia, cada vez que la veía sentía la misma incertidumbre, como si algo pudiera cambiar en el último momento y no pudieran llegar a estar juntos.

—¿Te está gustando? —le preguntó a Marco cuando se encendieron las luces.

—Mucho —contestó—. Tenías razón, leerse el libreto ayuda a entenderla mejor. ¿Quieres salir a tomar el aire un momento?

Camilla negó con la cabeza.

—Estoy bien aquí.

—¿Te importa si voy un momento al baño?

—Por supuesto, ve.

Cuando se quedó sola, sacó el teléfono. Tenía un mensaje de Teo.

«No te imaginas dónde estoy ahora mismo».

Sonrió.

«¿En nuestra cascada?».

La respuesta llegó de inmediato, con una foto.

«No, mucho mejor. Mira esto... P. D.: Tenías razón, no se puede decir que

una cosa no te gusta si no la conoces».

Camilla se descargó la foto y le entró un escalofrío. No había dudas. Era el teatro La Scala de Milán. Teo estaba allí. Estaba viendo la ópera, exactamente igual que ella. Aquella coincidencia tenía que tener un sentido. ¿Cuántas posibilidades había de que él decidiera ir al teatro el mismo día que ella? No se lo había dicho a nadie. Solo lo sabía su madre, que evidentemente no había podido decírselo a Teo. Se hundió aún más en el asiento, sin mirar para ninguna parte. Se preguntó si Teo sería capaz de reconocerla. Al fin y al cabo, él tenía en mente a una chica con el pelo largo y castaño, no a una especie de vieja en los huesos con un pañuelo en la cabeza. Si la viera, no la reconocería.

—¿Camilla?

Todos los músculos de su cuerpo se pusieron tensos al oír la voz que la llamaba. No se volvió.

—Camilla Lanfranchi —insistió la voz, y ella suspiró.

Cuando se dio la vuelta, lo primero que pensó fue: «Mierda», y lo segundo: «Por lo menos, no es Teo».

Era Alex. La miraba como si acabara de salir del cubo de la basura.

—Hola —dijo ella esforzándose en sonreír.

Después de todo, la última vez que lo vio, lo mandó a tomar por culo.

—¿Qué te has hecho? —le preguntó Alex, que se puso en el asiento de Marco, pero sin sentarse.

Seguía siendo muy elegante. Él no había perdido sus largas pestañas oscuras.

Qué idiota. No se daba cuenta. «Tengo cáncer, gilipollas», le habría gustado contestar.

—He venido a ver la ópera —dijo Camilla, esperando que el cerebro de Alex sumara dos más dos.

—Eso ya lo veo —continuó el idiota—, pero... no he vuelto a verte por el conservatorio.

—Ya, hace tiempo que no voy.

—Pero ¿qué te has hecho en el pelo?

«Mierda. Es que no lo entiende. ¿Cuántos años tiene, cinco? ¿Dónde vive, en la luna? ¿En la barriga de su maldito piano?».

—Linfoma de Hodgkin —dijo pronunciando bien cada sílaba.

Alex arrugó la frente.

—Es un tumor —le explicó Camilla con una sonrisa.

Alex abrió la boca y dio un paso atrás.

—Pero no es contagioso, ¿eh? —le dijo—. ¿Y tú cómo estás?

—Bien —contestó Alex.

Ahora no dejaba de mirarle la cabeza.

—Ya no tengo —exclamó Camilla intentando parecer tranquila—, ni aunque lo busques. Pero volverá a crecer.

Alex intentó sonreír y Camilla pensó que era un idiota patético.

—¿Estás... aquí sola?

—No, con un amigo.

—Ah.

¿Tan raro le parecía que una enferma pudiera salir con alguien? Le entraron ganas de matarlo.

Se quedó allí, atontado, hasta que Marco le dio un golpecito en el hombro.

—Perdona, ¿puedo?

—¿Cómo?

—Ese es mi sitio.

Alex se apartó.

—Perdona, ya me iba.

—Gracias —contestó Marco.

Alex lo miró a él también. Con la misma mirada de antes.

—Bueno, Camilla, no sé lo que se dice en estos casos. No sé, a lo mejor podría decirte... ¿que te mejores? O si no, ¿que te recuperes pronto?

«Que te jodan, Alex». A Camilla le habría gustado mandarlo a tomar por culo otra vez. Allí, delante de todo el mundo. Volvió a pensar en su mirada cargada de deseo aquel día en Fiesole, que ya le parecía que había quedado a años luz. Lo comparó con aquellos ojos fijos en ella, asqueados y sorprendidos, cargados de preguntas. La enfermedad aleja. Con Teo le pasaría igual, seguro. La miraría sin verla. Solo vería las marcas que la quimioterapia le había dejado.

—Hasta luego, Alex —contestó apretando los dientes.

Él se dio media vuelta y corrió a su sitio.

—¿Estás bien? —preguntó Marco. Se sentó a su lado y le pasó una botella de agua—. ¿Quién era ese idiota?

—Uno que conocía.

—¿Salías con él?

—Lo intentó una vez, pero no quise.

—Sabia decisión.

—No sabes cuánto me alegro de haberle dicho que no. Estúpido, idiota, arrogante e imbécil.

—Eh, Camilla, ¿estás bien?

—Sí —dijo, y bebió un sorbo de agua.

—Si quieres que nos vayamos, dímelo —dijo Marco.

—No, estoy bien. Solo tengo sed.

—No sabes mentir, ya te lo he dicho.

—No, en serio...

—Cuando mientes haces un movimiento con la boca. Es pequeño, casi imperceptible. Pero yo me doy cuenta.

Camilla lo miró con expresión implorante.

—Vale, vale, tranquila, no te pregunto nada. Ya vuelve a empezar.

Volvió a cogerle la mano. Camilla suspiró aliviada cuando se apagaron las luces, pero no consiguió relajarse.

Seguía pensando qué habría podido pasar si en lugar de Alex hubiera sido Teo.

*Él la habría reconocido al instante. No hay disfraces ni engaños que puedan esconder los ojos de una persona enamorada.*

Teo había llegado tarde. Un joven vestido de pingüino lo había mirado con malos ojos y lo había acompañado a su asiento tratándolo como si fuera la última mierda sobre la faz de la tierra. Aquel no era un lugar para él. Sin embargo, cuando se apagaron las luces y la orquesta empezó a tocar, se sintió mejor. Le encantaba estar allí solo, porque lo único que tenía que hacer era disfrutar del espectáculo. Si hubiera estado con ella habría sido distinto, pero se alegraba de no haberle pedido a nadie que lo acompañara. Además, ¿a quién iba a pedírselo? Nino y Jessica se habrían reído de él en su cara. Le había escrito a Camilla al final del primer acto, pero ella no había contestado. Le había sentado mal. Se sentía como aquel Nemorino, que para llegar a Adina

hacía las cosas más absurdas, bebía elixires falsos y se fijaba en mujeres que no le interesaban. Él, por Camilla, había terminado en uno de aquellos cómodos asientos de La Scala. No era un gran sacrificio, pero para alguien como él, que no sabía estarse quieto, no era tan fácil obligarse a pasar tanto tiempo escuchando. De todas formas, tenía ganas de saber cómo terminaba la historia.

Cuando Nemorino empezó a cantar *Una furtiva lágrima*, Teo pensó que en aquel canto había algo desgarrador y que había que ser de piedra para no notarlo. Se avergonzó por haberle dicho a Camilla que la ópera no le gustaba sin haber estado nunca en ninguna. Esperaba que aquella idiota de Adina, al final, se tragara el orgullo y se fuera con él. Le llamó la atención que él se mostrara decidido a marcharse hasta el último momento con tal de arrancarle una declaración de amor. Si él se hubiera abierto con Camilla, ¿ella no se habría ido? Lo había intentado, pero ella había estado tan fría...

Por fin, Adina se declaró. Se alegró de haber asistido a una historia de amor con final feliz. La última aria, *Ei corregge ogni difetto*, la cantaba Dulcamara, el falso doctor que hacía pasar sus porquerías por potentes pociones mágicas. Teo aplaudió con fuerza hasta que le empezaron a doler las manos. Sacó el teléfono y lo encendió. Ninguna respuesta de Camilla. Le escribió otra vez.

«No me vayas a decir que estabas usando la táctica de Nemorino cuando te fuiste...».

Siguió escribiendo.

«Lo digo porque si fuera así... creo que deberías decírmelo. La ópera me ha encantado. He sido un idiota al decirte lo contrario. Me encantaría volver contigo».

Delante de la puerta, mientras estaba haciendo cola entre la gente, Teo miró hacia los servicios y vio a una chica de ojos verdes que lo estaba mirando.

Un señor lo empujó hacia delante.

—Espabila, chico, o estamos aquí hasta mañana —lo apremió.

Cuando Teo se volvió otra vez, la chica había desaparecido. Salió y se encendió un cigarro. El corazón le latía con fuerza y tenía las manos sudadas. ¿Era Camilla o estaba empezando a tener alucinaciones? Puede que solo fuera

una chica que se le parecía muchísimo. Esperó a que saliera la última persona del teatro y se cerraran las puertas. Se estaba volviendo loco. Camilla estaba en Croacia. Sacó el teléfono y leyó su mensaje.

«Me alegro de que te haya gustado. Perdona que no te haya contestado antes, estaba en el restaurante».

Teo escribió a toda prisa.

«¿Quieres que te cuente una cosa absurda? Acabo de ver a una chica que se parecía muchísimo a ti. Pero no eras tú. Tú eres más guapa».

Camilla no contestó. Teo se encaminó hacia el metro canturreando la última melodía que había oído.

*Si hubiera seguido su instinto y se hubiera quedado con los ojos clavados en los de ella, a lo mejor no habría huido. Si le hubiera tendido la mano, si hubiera dado un paso adelante, si hubiera movido la cabeza, ella se habría quedado. Pero se había dado la vuelta, perdiendo la posibilidad de reconocerla. A veces, un único gesto cambia el curso de los acontecimientos y nosotros ni siquiera lo sabemos.*

## SIEMPRE HABRÁ DERROTAS

—¿S EGURO QUE NO QUIERES SALIR HOY, NI SIQUIERA para dar un paseo? Hace Mucho sol.

Era la cuarta vez que su madre entraba en la habitación para preguntarle lo mismo.

—No, mamá, gracias. Voy a tocar un poco.

—Vale, como quieras. Si necesitas algo, estoy ahí —dijo, y cerró la puerta.

Camilla cogió la funda del violín, pero no tenía fuerzas ni para abrirla. En parte, por lo que había pasado la noche anterior en La Scala. Ver a Teo la había turbado. Lo había visto en la entrada y por un instante se quedó inmóvil en la puerta del servicio, sin decidirse a entrar. Sus miradas se cruzaron y Camilla estuvo a punto de salir corriendo hacia él y lanzarse a sus brazos. Pero él se dio la vuelta. Ella se metió en el servicio con el corazón en la boca y se miró al espejo. Parecía un monstruo. Tenía unas ojeras violetas que ni el maquillaje lograba esconder. El pañuelo se le había caído un poco hacia atrás y la frente parecía una autopista. Cuando salió, él seguía allí. Estaba fumando. Le pasó por delante, pero él estaba mirando para otro sitio. Buscaba a otra persona. Después le llegó aquel mensaje, que le rompió el corazón. Hasta Marco se dio cuenta. Se paró en mitad de la calle y se echó a llorar. Marco la llevó a la acera.

«¿Por qué lloras?», le preguntó.

Ella no logró responder.

«Camilla, mírame. ¿Qué pasa?».

«Quiero... quiero mi cara de antes. Mi pelo. Un poco de carne en los muslos. El pecho. Quiero volver a ser yo», dijo entre lágrimas.

Marco la abrazó.

«No te dejes vencer por él. Cada vez que vuelves a pensar en cómo eras, te alejas de la luchadora que hay en ti. No te puedes rendir, Camilla. Tú sigues siendo guapísima, ¿lo entiendes? Si alguien no se da cuenta, es un perfecto idiota».

Camilla abrió la funda y metió la mano en el bolsillo de fuera. Sacó unas hojas que llevaban años olvidadas: apuntes sobre la posición de los dedos, una postal de su primera maestra croata y el folleto del Premio Paganini.

Ir a la ópera le había sentado bien y mal al mismo tiempo. Se sentía mal porque, además del pelo, había perdido la posibilidad de diplomarse aquel año. Su historia no era como la de los demás. Ella había descubierto la música un poco más tarde que el resto de los violinistas que conocía. Tenía siete años cuando se enamoró del instrumento. Fue por casualidad. Entró en una tienda de música con Davide, que quería un teclado por su cumpleaños. En cuanto oyó aquella melodía alegre, dejó a sus padres donde estaban para ir a averiguar de dónde procedía. Allí fue donde conoció a Sania, su primera maestra. Tenía el pelo de color rojo fuego, un montón de pendientes pequeños y unas manos maravillosas, que no paraban de moverse por las cuerdas. Estaba probando un violín que iba a comprar para un alumno. Cuando la vio, le sonrió y empezó a tocar otra melodía con más ritmo. Camilla empezó a bailar a su alrededor. Sania, al cabo de un rato, se paró y le pidió que cantara los sonidos que ella producía. Camilla obedeció entusiasmada. Acarició el arco y quiso saber de qué estaba hecho.

«Es crin de caballo», le explicó Sania.

«¿Se los han arrancado uno a uno y después los han pegado ahí con Attak?».

Sania se rio.

«No sé qué pegamento han usado», contestó.

«¿Y al caballo le ha dolido?».

Sania se volvió a reír.

«¿Y el violín? Es de madera, ¿no?».



«Sí, pero no es una madera cualquiera».

Camilla abrió los ojos de par en par.

«¿Es una madera mágica?».

«Exacto. Viene de árboles especiales, árboles hechizados en los que antes vivían las hadas. Por eso el sonido del violín es tan bonito, porque esas plantas eran mágicas».

«¿En serio?».

«Pues claro. Para hacer este violín, un brujo tuvo que esperar a encontrar el árbol que quería. Y para cortarlo tuvo que esperar a una noche de luna llena, porque si no, el árbol se habría muerto».

«Entonces... ¿el violín está vivo?».

«Pues claro que está vivo, menuda pregunta. Si no, ¿cómo iba a tener voz?».

Sania pellizcó una cuerda.

«Ese es un sonido agudo. Significa que va hacia lo alto, ¿entiendes?».

«Sí, como los pájaros. Igual que tu madre cuando se enfada», dijo Camilla.

Sania se rio y tocó otra cuerda.

«Ese es un oso pardo», dijo Camilla al oír el sonido grave.

«¿Quieres intentarlo tú?».

Camilla tocó varias cuerdas.

«El violín está contento cuando lo tocas —dijo Sonia— y se pone triste cuando no habla durante mucho tiempo. Igual que las personas».

«Ah», susurró Camilla.

«¿Quieres tocar?», le preguntó Sania con una sonrisa.

«¿Y si se enfada porque no lo toco bien?».

«Tranquila, tiene mucha paciencia. No se enfada por tan poca cosa».

Camilla dejó que Sania le pusiera el violín en el hombro.

«Con esta mano te lo pones en el cuello, así», le explicó.

Camilla cogió el violín con la izquierda.

«¿Lo ves, Camilla? Los violinistas no necesitan sujetarlo con la mano. Se queda apoyado en el hombro. Si apoyas la barbilla aquí, sobre esta parte negra... —Sania le señaló la barbada—. Así, muy bien. Ahora, intenta soltarlo».

Camilla la apretó con fuerza y soltó el violín.

«Perfecto. ¿Lo ves? Se ha quedado apoyado en el hombro. Y tú te apoyas en él. Genial. Ahora... —continuó Sania—, este es el arco. Cógelo así, pon el pulgar en esa ranura y los otros dedos como si quisieran rodearlo».

Sania apretó las manos de Camilla alrededor del arco.

«Muy bien —dijo Sania—, ahora pareces una violinista de verdad».

El corazón le latía con fuerza. Se quedó quieta en aquella posición hasta que Sania la guio para pasar el arco sobre las cuerdas.

«Pero vamos a tocar flojo —bromeó— o saldrán corriendo todos los que están en la tienda».

Cuando lo intentó, el sonido que emitió el violín parecía el chillido de un gato al que acababa de aplastar un coche, pero a Camilla no le importó. Estaba tocando. Lo demás le daba igual.

«Camilla, ya hemos terminado —la interrumpió su madre—. Perdona —le dijo a Sania—, normalmente no es tan entrometida».

«Creo que le gusta el violín», dijo Sania, y le dio la mano para presentarse.

Lucia se la tendió. Antonio solo hizo un gesto con la cabeza.

«Si les interesa —siguió diciendo Sania—, enseñé violín en la escuela de aquí enfrente. Les dejo mi número».

Después le guiñó un ojo a Camilla. Lucia se volvió para mirar a Antonio, que primero asintió y después levantó los ojos al cielo.

Su madre la apuntó a los dos días. Camilla había usado la técnica del martillo: se pasó los dos días hablando del violín, de cuánto le gustaría aprender a tocar y de lo divertidas que tenían que ser las clases con aquella maestra tan simpática. Era la primera vez que mostraba interés por algo, y al final sus padres cedieron.

Camilla no se equivocaba, las clases con Sania eran las más divertidas de todas. Usaba el método Suzuki y contaba muchos chistes. La hacía reír tanto que Camilla aprendió a tocar sin darse cuenta. Todos los días, después del colegio, cogía el violín y se ponía delante del espejo para ver si era capaz de mantener la posición correcta. Leía los consejos que Sania le escribía en su cuaderno lleno de dibujos y caritas graciosas. Antonio y Lucia estaban contentos por la pasión de su hija, aunque ninguno de los dos sabía lo que quería decir estudiar un instrumento musical. No entendían por qué Camilla no

conseguía emitir un sonido decente, por más que se pasara tantas horas practicando. Con el piano de Davide era más fácil, les explicó Sania, pero con el violín se necesitaba mucha más paciencia. Sin embargo, el violín de Camilla dejó de maullar muy pronto y en muy poco tiempo alcanzó un nivel extraordinario.

Un día, Sania se presentó en su casa para hablar con Antonio y Lucia. Camilla los escuchó por detrás de la puerta.

«Se lo digo de verdad —les estaba explicando Sania—. Sinceramente, creo que Camilla está preparada. Nunca había visto un talento como el suyo, créanme».

«Pues no sé... No nos interesan mucho estas cosas, la verdad. Pensábamos que para ella esto no era más que un pasatiempo como cualquier otro», comentó su madre.

«Se lo digo de verdad, Camilla puede llegar muy alto, pero necesita ir al conservatorio. Si es por el dinero, hay becas...».

«El dinero no es problema —le aseguró Antonio—, pero no queremos que esto la aparte demasiado de los estudios».

«Si les parece bien, pregúntenle qué quiere ser de mayor», insistió Sania.

Al cabo de unos días, Camilla cruzó las puertas del conservatorio por primera vez, acompañada por Sania y su madre. Su profesor se llamaba Enzo Salvi y Camilla pensó que, cuando hablaba, la voz le salía directamente del estómago, como si fuera un trombón, y que debía de tener una caja de resonancia en vez de intestino delgado. Entonces fue cuando empezó el juego de comparar a las personas con instrumentos musicales que jamás había abandonado, ni siquiera cuando lo intentó para no tener que oír por todas partes una orquesta de instrumentos desafinados y sin ritmo. Pero era más fuerte que ella. Con Enzo Salvi aprendió muchísimo y dejó de ver el violín como un juego. Hizo el examen de quinto y, al año siguiente, el de octavo. Con dieciséis años la invitaron a Berlín a tocar con una orquesta importante.

Sus padres empezaron a creer en todo aquello y un año más tarde Enzo Salvi la obligó a inscribirse en el Premio Paganini, un concurso internacional que tenía lugar en Génova cada dos años. Camilla estudió día y noche, sola, con Sania y con Enzo Salvi. Todos la apoyaban. Cuando se presentó en Génova con sus padres, se dio cuenta de que la competición era de un nivel

altísimo. Era un premio muy codiciado por violinistas de todo el mundo.

Camilla tocó bien los *Caprichos*, que se había preparado con su profesor, acompañada por un maestro de piano del conservatorio y pasó a la segunda prueba. Recordaba las miradas de envidia de quienes no lo habían conseguido. Lo hizo muy bien y llegó a la final. Lucia y Antonio estaban exultantes. Su hija estaba a punto de ganar un concurso internacional de violín y su vida cambiaría para siempre.

Pero no fue así. Puede que Camilla estuviera preparada técnicamente, pero no logró afrontar con la correcta mentalidad la tercera prueba, la más difícil, acompañada por la orquesta. Sintió que su violín jadeaba y fue como si se sintiera desnuda delante de todas aquellas personas, que estaban allí para juzgarla. Leyó la desilusión en la mirada de todos los que habían ido a acompañarla y cuando anunciaron el nombre de la vencedora, una violinista coreana, los ojos se le llenaron de lágrimas. No lo había logrado. Había estado a un paso de la meta, pero algo la había paralizado.

No sirvieron de nada las palabras de conforto de Sania ni los bisbiseos de Enzo Salvi, que le echaba la culpa al jurado.

Camilla dejó pasar el año de la selectividad sin apenas tocar el violín. Sania volvió a Croacia porque había vencido el visado que tenía para estar en Italia. Le dejó una nota: «Sigue tocando, Camilla. No te rindas nunca. Siempre habrá derrotas, pero tú seguirás siendo lo que eres: una violinista extraordinaria. Espero volver a verte algún día, tal vez en Dubrovnik, durante una gira».

Camilla no había vuelto a verla.

Cuando decidió volver al conservatorio, después del instituto, supo que Enzo Salvi se había jubilado, y en su lugar había otro profesor mucho más joven: Roberto.

Gracias a él, Camilla se animó a recomenzar y empezó a estudiar de nuevo día y noche para sacarse el diploma lo antes posible. Su madre no se mostraba entusiasta. Se acordaba de lo abatida que se quedó tras la derrota y temía que su hija volviera a sufrir.

«Es tu vida —le dijo mientras tiraba a la basura los folletos de las universidades que su hija ni siquiera había mirado—. Solo espero que sepas lo que estás haciendo».

Camilla lo sabía. Dejar el violín había sido el error más grande de su vida. Después, a un paso del diploma, el huracán Hodgkin la había vuelto a detener.

Cogió el violín y se lo puso en el hombro. Cerró los ojos. Apoyó el arco en la cuerda y emitió un sonido. Uno solo. Los dedos de la mano izquierda comenzaron a danzar, como animados por vida propia. Salió un lamento lento y largo, como una nota estirada. Como si no fuera capaz de tocar. Y después lo vio. Estaba allí, en su mente, el sonido que adquiriría la forma de una historia. Había un árbol, idéntico a decenas de otros árboles, con las ramas altas y orgullosas y la espalda recta. Era un abeto rojo. Estaba con sus compañeros cerca de un arroyo. Le caía la lluvia, le daba el sol y dejaba que el viento lo acariciara. Una noche que hacía más frío de lo normal, vino un hombre y lo tocó. No supo por qué, entre tantos árboles iguales, aquel hombre lo eligió precisamente a él, que estaba tan tranquilo disfrutando de la vida. Era un abeto como los demás, ni más alto, ni más bonito, ni más elegante. Parecía que el hombre lo adoraba. Se alegró, al principio, el abeto, y pensó que podía nacer una gran amistad, algo que los demás árboles no podían tener, el contacto con un ser humano. Pensó que era especial y se lo contó a los demás cuando el hombre se marchó. Pero los abetos no quisieron escucharlo. El hombre regresó una noche de luna llena. El abeto se asustó cuando vio el hacha, pero pensó que si aquel era su destino, que por lo menos lo hiciera rápido. Sufrió mucho cuando lo cortó. Sintió un dolor que no podía expresar con palabras, gritos ni gemidos, porque el árbol no podía expresarse. Sin embargo, una cosa lo sorprendió: no estaba muerto. Había visto a otros abetos cortados y estaba seguro de que cuando se muere ya no se puede sentir nada. En cambio, él seguía escuchando, sintiendo sensaciones, sufriendo el frío y el calor. Entonces, a lo mejor era verdad lo que decían los viejos sabios, que cuando se corta un abeto durante la luna llena, su alma se revitaliza y él sigue viviendo. Después de todo, había tenido suerte.

Pasaron los años y el abeto creyó que el hombre lo había olvidado. Lo había abandonado en una habitación oscura. El hombre entraba y salía de aquella habitación a menudo, pero no lo tocaba nunca, ni siquiera lo miraba. El abeto empezó a pensar dos cosas: una, que aquel hombre era malo, porque lo había cortado sin motivo, solo para fastidiar; y la otra, que habría sido

mejor morir para no seguir sintiendo emociones. Hasta que un día, uno de tantos, el hombre se acordó de él. Lo cogió y lo puso sobre una tabla. El abeto quería gritarle que lo dejara en paz, que ya le había hecho bastante daño condenándolo a una vida de soledad y silencio. Pero el hombre empezó a cortarlo a trozos. El dolor fue lancinante y una vez más creyó que iba a morir. Sin embargo, por algún extraño motivo, sobrevivió.

Cuando el abeto ya empezaba a resignarse, pensando que lo destrozaría en mil pedazos, el hombre le habló por primera vez: «Ánimo, ya falta poco».

El árbol tembló. No sabía lo que se podía esperar. Cuando el hombre terminó de cortarlo, empezó a juntar los trozos otra vez. El abeto ya no sentía ningún dolor. El pegamento que el hombre estaba usando olía muy bien y era como si lo estuviera arrullando. Adquirió una forma distinta, sinuosa, casi elegante. Y no estaba solo. El hombre le pegó en los bordes unos trozos de madera de arce, y el arce también estaba vivo. No se dijeron nada entre ellos, pero les bastó un instante para entender que estaban destinados a vivir juntos para siempre.

El hombre dejó pasar tiempo, hasta que un día se puso de nuevo manos a la obra y completó su unión pasando por todo el cuerpo del abeto un barniz de un color cálido y sereno que emanaba un perfume maravilloso. De pronto, el abeto lo entendió. Ya no era un árbol. Se había transformado en otra cosa. No sabía lo que era. Pasó días escuchando, asustado e inquieto, hasta que el hombre volvió y colocó en su interior una lámina de madera que le había pertenecido y susurró: «Esta es tu alma». Inmediatamente se sintió mejor, orgulloso e importante y, sobre todo, otra vez vivo.

Pasó el tiempo y vino otro señor. Le cayó bien enseguida, porque lo tocó con delicadeza. Y después hizo algo raro: se lo puso en el hombro y empezó a acariciarlo de una forma tan dulce y delicada que él se puso a cantar. Era la primera vez que oía su propia voz y le pareció que tenía un sonido precioso.

«Me llevo este violín», dijo el señor simpático, que se llamaba Edoardo. Y le dio un nombre: Ícaro, el que no tiene miedo de volar alto. Se hicieron compañeros inseparables. Iban por las plazas, calles y patios, y todo el mundo, cuando él cantaba, bailaba a su alrededor. Pero Edoardo, muy pronto, demasiado pronto, pensó el abeto, se sintió cansado y dejó de tocar. Una noche, Edoardo lo cogió entre las manos y le susurró: «Ícaro, violín mío. Has

sido el mejor amigo que he tenido. Te lo agradeceré eternamente». Ícaro cantó para él por última vez. Estaba seguro de que nunca llegaría a querer tanto a alguien.

Pasaron los años y su certeza se hizo realidad. Pasó por manos de violinistas expertos y niños mimados, pero ninguno despertó en él el cariño que había albergado por Edoardo.

Hasta que una mañana, cuando ya había perdido la esperanza, Ícaro notó que lo tocaban unas manos tan delicadas y finas que sintió un escalofrío de placer. Era solo una niña, la que estaba ante él, pero tenía unos ojos tan grandes y unas manos tan bonitas que Ícaro se enamoró de ella al instante. Con ella, la vida volvería a tener un sentido. Tuvo que tener mucha paciencia, al principio, porque la niña estaba empezando. Pero Ícaro estaba convencido: había encontrado a una nueva amiga. Alguien que, como él, no temía volar alto.

Camilla abrió los ojos y dejó de tocar. Las lágrimas le nublaban la vista y le temblaban los dedos.

—No puede ser —dijo—, no puede ser.

Tardó un poco en recuperarse. Cuando miró entre las efes del violín, se sobresaltó. ¿Cómo es que nunca lo había visto? Su nombre estaba tallado en la caja, tan al fondo que tuvo que inclinarlo para verlo. Su violín tenía un nombre. Una sensibilidad. Un alma.

—Hola, Ícaro —susurró—, por fin me has contado tu historia.

Empezó a tocar. Y no paró hasta que no empezaron a faltarle las fuerzas.

Camilla miró el calendario. Al día siguiente sería un día importante, para ella y el jodido cabrón.

—No conseguirás detenerme —murmuró mientras estrechaba a su violín—. Esta vez, ganaré yo.

## LOS PUÑOS SIEMPRE ARRIBA, PEQUEÑA

**H**ABÍAN LLEGADO LOS RESULTADOS DE LOS ANÁLISIS, los que servían para ver si la quimioterapia estaba cumpliendo con su deber. El médico los llamó por la mañana y les pidió que fueran a su consulta lo antes posible.

Camilla observaba Milán en la hora punta y no lograba entender cómo toda aquella gente podía vivir así, sin pararse nunca a escuchar. Todos se subían y se bajaban del metro con los ojos tristes y la cabeza gacha. Camilla sintió la tentación de gritarles: «Vivid, disfrutad, sonreíd, porque la vida es corta y nadie sabe lo que pasará mañana».

—Cami, es nuestra parada. Venga.

El Milán de los enfermos había transformado a su madre. Lucia se había adaptado perfectamente al clima de frialdad y apatía de los habitantes. Vestía de un modo soso, ya no se maquillaba y siempre llevaba el pelo recogido. Había decidido renunciar a su feminidad, como si así le hiciera un favor a su hija. Por el contrario, a Camilla, por más calva y chupada que estuviera a causa de las curas, le parecía importante maquillarse y vestirse bien, aunque se sintiera morir por dentro.

Las dos se bajaron sin ganas en la parada que las llevaría al hospital. Todo como siempre. Y sin embargo, aquel día había algo distinto.

Camilla lo oyó y después lo vio.

Allí estaba, en vez de la anciana coja de siempre, con una expresión muy digna. Tenía en brazos un violín de madera oscura y tocaba.



Tocaba tan bien que Camilla se paró de pronto y cerró los ojos para apropiarse de aquella melodía.

Cuando los volvió a abrir, el niño la estaba mirando mientras tocaba balanceándose de un pie al otro. Solo Camilla y su madre se habían parado a escuchar al niño. La gente pasaba distraída. Algunos le dejaban una moneda en la funda sin ni siquiera mirar hacia arriba para ver quién estaba tocando.

Un niño.

—Este niño toca mejor que yo —susurró Camilla mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—No digas tonterías —gruñó la madre, preocupada por llegar tarde al oncólogo.

Pero Camilla lo decía de verdad. Aquel niño tenía algo en el corazón, algo que ella solo lograba expresar con la música. Aquel niño estaba afrontando su dolor.

—Lo digo en serio, mamá. Y no me refiero solo a la técnica.

De pronto, lo entendió.

*Solo empezamos a tener razón cuando admitimos nuestros errores.*

Había hecho mal en esconderle sus sentimientos a Teo, y ahora él se alejaría para siempre.

Había hecho mal en no tocar todos los días, por más que temiera que su violín pudiera renegar de ella.

—¡Camilla! —insistió, molesta, la madre.

Camilla rebuscó en los bolsillos y dejó delicadamente en la funda varias monedas. Quería acariciar al niño, darle las gracias por haberla despertado de su torpor con su música. Pero no podía hacerlo. Habría roto el encanto: Se alejó con la imagen del pequeño músico grabada en los ojos.

—Buenos días, Camilla y doña Lucia —saludó el oncólogo.

Y ella lo entendió. No necesitaba oír sus explicaciones. Las había recibido con la misma sonrisa tensa que tenía Mario Dotti cuando habló con ellas la primera vez.

Algo no iba bien. Lucia estaba asintiendo. Camilla se retorció las manos. Había tomado una decisión aquella noche, aunque no había encontrado el

momento apropiado para decírselo a su madre.

—Así que esperaremos los resultados del próximo ciclo y seguiremos luchando —concluyó el oncólogo.

—¿No se puede hacer nada más? —preguntó Lucia.

—Señora, solo dos ciclos no son suficientes para este estadio. Camilla tiene que estar con personas que la hagan sentir bien. Tiene que seguir teniendo fe en la vida. Las curas surtirán efecto.

Se dieron la mano. Camilla tenía escalofríos.

—Tesoro, ¿tienes frío? —le preguntó su madre.

En el hospital siempre hacía mucho calor, pero Camilla estaba helada.

—¿Nos vamos a casa?

—Quiero ver a Marco.

Necesitaba hablar con él. Marco siempre sabía encontrar las palabras adecuadas. Hablaría con él y le contaría lo de Teo y que se había equivocado al no ponerlo al corriente de lo que le estaba pasando.

Cuando entró en la habitación, solo estaba Gio. La cama de Marco estaba hecha y en la pared no estaban sus fotos.

—¿Adónde se lo han llevado? —preguntó Camilla sin saludar.

Gio apartó la revista que estaba leyendo y suspiró.

—Te estaba esperando, Camilla.

Se quedó de hielo.

—¿Dónde está Marco? —insistió con un tono de voz más alto.

Le sudaban las manos.

—Camilla, siéntate. No te quedes ahí.

—Gio, por favor, ¿dónde está? Tengo que hablar con él.

Gio bajó la mirada.

—Se nos ha ido.

Camilla apretó los puños. Le temblaban los labios. No conseguía decir nada. Su madre le puso una mano en el hombro y ella se apartó.

—¡No puede ser! —dijo mientras las lágrimas le inundaban los ojos.

Se había imaginado su propia muerte muchas veces, pero siempre había dado por hecho que alguien como Marco sobreviviría. Tenía demasiadas ganas de vivir.

—En realidad, los médicos no entendían cómo podía seguir viviendo.

Llevaba meses así. Parecía que te estaba esperando.

—¿Qué?

—Cuando te conoció, se agarró a la esperanza con todas sus fuerzas. Se pasaba el día hablando de ti. Decía que te conquistaría, cuando os curarais. Le has regalado un mes fantástico, Camilla.

Camilla negó con la cabeza.

—No debía pasarle a él.

—Era feliz, créeme. Sabía que no se podía hacer nada, pero siguió luchando hasta el último día, esperando siempre un milagro.

—No, Gio, dime que no es verdad. Dime que se han equivocado y ahora entrará por la puerta.

—Me ha dejado esto para ti.

Le dio una carta. Camilla cogió el sobre doblado que decía: «Para mi Camilla».

Entonces era verdad. Se había ido de verdad.

—La escribió hace unos días. Sonriendo todo el tiempo.

Camilla se sentó en la cama de Gio. Lucia miraba a su alrededor sin saber qué hacer.

—¿Te importa, mamá? Me gustaría leerla con Gio. ¿Te puedes sentar un momento?

Lucia asintió mientras su hija abría la carta.

*Hola, Cami:*

*Si estás leyendo esta carta es porque las cosas con el jodido cabrón no han ido como yo esperaba. Si hemos llegado a este punto es porque ha ganado él. Hay que saber perder, como decía la canción, y yo lo acepto; de mala gana, con rabia, pero lo acepto. Ya hacía tiempo que me había resignado a la evidencia, estaba preparado para ver lo que hay en la otra parte, pero después llegaste tú. Cuando te conocí, aquella mañana, pensé que eras lo más bonito que había visto en la vida. Entiéndeme, fuera de aquí he estado con muchas chicas. Pero cuando te dije que desde esta parte del cristal se ve un paisaje distinto, me refería a que uno ya no se conforma con juzgar a una chica por su aspecto. Quiere mirarla dentro. Te he mirado a los*

*ojos, pequeña, y con todo ese verde he entrado en tu mundo. He aprendido a conocerte día tras día, Camilla, y no puedo ser más feliz.*

*Cuando me diagnosticaron el cáncer no me lo quería creer. Durante días estuve intratable, dándole patadas a todo lo que me iba encontrando por delante, me desahogaba insultando a los demás y diciendo que no podían entender lo que sentía. No podía aceptarlo. El Marco de antes era guay, gustaba, era un pequeño líder. No quería abandonar esa parte de mí y no aceptaba la idea de tener que dejar los entrenamientos. Seguí yendo a los partidos cuando me lo permitían las fuerzas, pero ya no era lo mismo. Es difícil ser forofo de alguien cuando lo único que quieres es participar.*

*Mi entrenador fue el único que supo qué decirme. Me dijo que, como era el mejor, alguien había querido ponerme a prueba y ahora me tocaba jugar un partido mucho más difícil. Decidí someterme a todas las curas posibles y al mismo tiempo intenté no abandonar mis pasiones. Me volví todavía más guay de lo que era, ¿entiendes? Quería luchar. Pero conforme iban pasando los días, los médicos empezaron a negar con la cabeza. Al final me dijeron: «No te lo mereces, pero no se puede hacer nada más».*

*Estaba hecho polvo. Nadie merece morir tan joven. Me dije que tenía que seguir jugando aquel partido. Dentro ya estaba muerto, como cuando el otro equipo mete dos goles seguidos y ya sabes que el tuyo no tiene ninguna esperanza. En ese caso, ¿sabes lo que hace un verdadero campeón? Se esfuerza al máximo. Aunque sepa que no tiene la más mínima posibilidad de ganar. Porque nunca se sabe, ¿no?*

*Después te conocí y supe que la vida me estaba dando una última posibilidad de meter un gol.*

*Eres fuerte, aunque todavía no lo sepas. El jodido cabrón te quita muchas cosas: la suavidad de la piel, los kilos, los que antes a lo mejor te molestaban y ahora querrías tener a toda costa, el pelo, el hambre. No quieres seguir corriendo, te quedarías todo el día en la cama. Algunos días ni siquiera quieres despertarte. Te sientes feo, apagado, antipático, te sientes la persona más desgraciada del mundo. Podría hacerte una lista infinita de las cosas que la enfermedad te quita. Pero a cambio te hace el regalo más grande: la maravilla. Somos seres especiales, pequeña. Todavía tenemos unas capacidades asombrosas. Los de ahí abajo, que corren para ir*

*al trabajo o se agobian porque tienen que llegar puntuales a una reunión, no saben lo que es tener media hora para ellos. No saben lo que es levantar los ojos al cielo y ver que ahí arriba sigue el sol. No saben reflejarse en un rostro y encontrarse a sí mismos. Lo sabían antes, de pequeños, pero se les ha olvidado. A los que pasamos por aquí, a los que conocemos al jodido cabrón, no se nos vuelve a olvidar.*

*Esto es algo maravilloso, Camilla. Llévalo siempre contigo. Llévaselo a quienes no lo conocen aún y luchan con todas sus fuerzas con esa energía que tú tiendes a suprimir, en vez de dejarla salir. Lucha por ese chico, del que siempre he estado celoso, desde el primer día. Agárrate fuerte a él y deja de tener miedo. ¿Que cómo lo sé? Tranquila, no he leído tu Moleskine ni he estado preguntándole a nadie sobre ti. Simplemente te he observado. Solo me hablaste de él una vez, incluyéndolo entre las personas que no podían acceder a tu mundo, pero a mí me dio la impresión de que él ya ha encontrado la forma de derribar esa puerta. Solo tuve que mirarte a los ojos mientras hablabas de él. Hazme caso: el amor, cuando llega, nos deja señales indelebles en el cuerpo. Nos cambia. Yo también me siento cambiado desde que te conocí, y si me hubiera curado, ese Teo lo iba a pasar muy mal. Tiene que ser fuerte, si te ha conquistado.*

*Combate siempre, Camilla, no dejes que el jodido cabrón se lleve lo bueno que hay en ti. Y no llores por mí. Por favor. Si existe un lugar bonito después de la muerte, puedes estar segura de que lo encontraré. Si de verdad hay algo, y yo creo que sí, la vida no nos puede hacer tanto daño en vano. Te esperaré allí. Pero quiero que tú sonrías pensando en mí. Y no dejes de jugar al póquer. Eres buena, aunque nunca te haya dejado ganar.*

*Los puños siempre arriba, pequeña, y la mirada alta. Recuérdalo: nosotros somos especiales.*

*Ahora me despido, porque estás a punto de llegar. Espero poder sacarte un beso, antes o después. Y espero que Gio no tenga que darte esta carta. Ya sé que cuando se lo pida, se pondrá a protestar y a decir que no debo pensar en la muerte. Los buenos amigos mienten por ti, algunas veces.*

*Adiós, maravilla. Llévame en el corazón y búscame en el viento. Allí nos vemos.*

*Marco*

Intentó no llorar, pero no lo consiguió. Se llevó la carta al pecho e hipó entre sollozos. Gio también estaba llorando. Para él, que compartía aquella habitación con Marco desde hacía meses, tampoco era fácil.

—Tendría que haberme pasado a mí —dijo Gio—, no a él.

—No es justo —murmuró Camilla—. No es justo.

Gio no sabía qué decir. Lucia se acercó para abrazarla. Intentó tocarla otra vez.

—Mamá —dijo Camilla, y se lanzó a sus brazos.

—Tesoro mío...

Camilla levantó la mirada hacia ella y se dio cuenta de que su madre tampoco era feliz allí. Tenía que echar de menos a Antonio y Davide por lo menos tanto como ella echaba de menos a Teo.

Su madre no la había dejado sola ni un momento, y en cambio ella la trataba mal y no se lo agradecía jamás. Se estaba comportando exactamente como no debía.

Fue a decir algo, pero se echó a llorar otra vez. Cuando por fin logró formular una frase, dijo:

—Quiero volver a casa, mamá.

## ADIÓS, MARCO

**N**O PODÍA VOLVER A CASA SIN DESPEDIRSE DE LOS B.LIVERS. Pero le costaba muchísimo. En cada uno de ellos le parecía ver una expresión de Marco. «Quedamos a las nueve en la azotea del hospital», les había escrito Gin en el grupo de WhatsApp. Podían quedar en muchos sitios, pero el hospital era el único en el que podrían estar todos. Camilla se miró al espejo y ni siquiera intentó maquillarse.

«Estás guapísima, ¿sabes?».

Era como si todavía oyera su voz alegre. Era como si siempre estuviera allí, detrás de ella. Todavía no se lo podía creer. Había leído su carta una infinidad de veces, como si se esperara un final distinto.

«Camilla, ¿estás lista? ¡Tenemos que irnos!».

Era increíble, recordaba cada una de sus frases. Marco era como las diminutas astillas que te clavas en la montaña, en esos bancos que tienen siglos. En ese momento no te hacen daño, pero cuando llegas a casa y haces un movimiento brusco, te das cuenta de que te han penetrado la piel. Y no hay forma de sacarlas.

«Te queda muy bien ese vestido de flores —le había dicho una vez—, pero en pijama también eres una maravilla». No se cansaba de decirle lo guapa que era.

Camilla sacó del armario el vestido de florecillas. «¿Cuánto te apuestas a que, cuando salgamos de aquí, serás mi novia?».

Suspiró.

Se sentó en el borde de la cama.

Se levantó.

«Si no luchas contra el jodido cabrón, te ganará él».

—Ya está, Marco, por favor —dijo Camilla, y se sentó otra vez.

Su madre llamó a la puerta.

—Cami, ¿estás ya? —le preguntó.

—Sí, un momento.

La madre abrió la puerta.

—¿Estás segura de que podrás?

Camilla bajó la mirada.

—No —admitió—, me da miedo.

Volvió a sentarse en la cama.

—Cada vez que pienso en él... Lo echo tanto de menos... Y me pregunto dónde estará. No entiendo por qué ha tenido que pasarle a él, que era mucho más fuerte que todos nosotros. No hay forma de oponerse a la muerte, ¿verdad?

Su madre apretó los labios y le acarició la cabeza. Camilla cerró los ojos.

—Contéstame, mamá, por favor.

—¿Por qué has tenido que crecer tan deprisa?

—¿Crees que puede oímos?

—Yo... no lo sé, Camilla. Nunca se me ha dado bien hablar. Y no creo en estas cosas, ya lo sabes.

—¿Tú adónde crees que vamos cuando nos morimos?

—Yo creo que se apaga todo... como cuando te duermes.

Camilla apretó los puños.

—Marco no —dijo, y empezó a llorar otra vez—. Yo sé que él es mucho más fuerte que todo eso. Tiene que haber ido a algún sitio, mamá.

—Camilla, yo...

—¿Cómo puedes no creer que...? ¿Cómo puedes soportar la idea de que tú misma, un día..., de que yo...?

Camilla se quedó callada, con una mano levantada, clavando en su madre una mirada cargada de llanto y agotamiento.

—Me ha dicho que lo busque en el viento —susurró— y eso es lo que voy a hacer. Y ahora, vámonos o llegaré tarde.



Gin no lloraba. Camilla esperaba cruzar su mirada desde que subió a la azotea, pero Gin estaba demasiado ocupada dando instrucciones, abrazando a la gente, consolando a los niños que seguían llorando.

La estaba evitando.

Camilla no sabía qué relación tenía con Marco. No había hablado con ella fuera de las reuniones de los B.Livers. No sabía cómo sería su dolor.

Una mano le rozó la espalda. Era Rio. Tenía los ojos rojos. No le había dado tiempo a saludarlo cuando él la abrazó.

—No me lo puedo creer —dijo Camilla.

Se habría quedado arrullada por aquel abrazo un buen rato más si no hubiera sido porque la voz de Gin rasgó el aire oscuro de la noche.

—¡B.Livers! —gritó.

Todos se volvieron hacia ella. Estaba guapísima, con su chal ocre y los ojos llenos de rabia y tristeza. Parecía una guerrera.

—A ninguno de nosotros nos gustaría hablar esta noche —dijo Gin con voz clara y segura—. Pero alguien tiene que hacerlo. Y sé que a Marco le gustaría.

Siguió un instante de silencio. Para ella tampoco era fácil. Se hacía la dura, pero por dentro estaba destrozada. Era casi imposible encontrar las palabras adecuadas. Los más pequeños no dejaban de llorar. Seguramente les habrían insistido a sus padres diciendo que querían darle su último adiós a Marco, pero Camilla no soportaba aquellas lágrimas. Apenas lograba contener las suyas.

—Conocí a Marco en este mismo hospital —continuó Gin—. Él ya había perdido el pelo, yo no. Yo ya había perdido la esperanza, él no. Marco fue el primero que, estando aquí dentro, me hizo sentir en casa. Y sé que ha hecho lo mismo con cada uno de vosotros. Él era especial. No se sabe por qué a las personas tan especiales no se les permite quedarse en este mundo durante mucho tiempo.

Gin cruzó la mirada de Camilla y enseguida miró para otra parte.

—He querido mucho a Marco desde el primer momento en que lo vi. Cuando supe lo que había pasado, una parte de mí murió con él.

Camilla notó que las lágrimas le estaban corriendo por las mejillas, pero esta vez no hizo nada por retenerlas.

—No sé adónde vamos cuando dejamos de respirar. Pero sé lo que pensaba Marco. Él estaba convencido de que cuando se muere, una parte de nosotros se queda cerca de las personas que hemos amado.

Gin se detuvo un momento y miró a un punto concreto cerca de la entrada. Había un señor con gafas y pelo largo que sostenía a una mujer que estaba temblando. Parecían pequeñísimos y delgadísimos. Camilla había visto solo una vez, de pasada, a la madre de Marco. Pensó que había perdido mucho peso desde aquel día.

—Esta noche estamos aquí para hacerle una promesa a Marco. No lo olvidaremos. Su batalla y su sonrisa serán siempre un ejemplo para todos nosotros.

Rio se acercó a Camilla y le hizo un gesto para que lo siguiera. Tan solo entonces Camilla se dio cuenta de que a los pies de Gin había tres farolillos de los que se lanzan al cielo durante las fiestas.

—He traído tres farolillos voladores esta noche, porque si existe un cielo al que se puede volar, ahí es donde Marco debe estar. Como veis, tienen nuestras tres palabras: ser, creer, vivir. Ser siempre, todos los días, para nosotros mismos y los que aún están luchando. Creer que hay un mañana, aun cuando las fuerzas no nos lo permiten. Vivir intensamente cada uno de los instantes que pasamos en esta tierra. Antes de lanzarlos, cada uno puede escribirle lo que quiera a Marco. Gracias a todos por estar aquí. Sé cuánto os ha costado venir.

Camilla no sabía qué escribir. Tenía la cabeza llena de preguntas y sabía que no conseguiría una respuesta para ninguna.

«Marco, ¿por qué te has ido? ¿Por qué todas las personas a las que quiero se alejan de mí? ¿Con quién jugaré al póquer? ¿A quién le voy a tomar el pelo en el pasillo del hospital? ¿Cómo voy a luchar contra el jodido cabrón? ¿Me lo dices?».

Todos hacían cola, en la oscuridad, para escribir en los farolillos.

Camilla escribió: «Dondequiera que vayas».

Gin se le acercó. La miró un segundo a los ojos y después, con un gesto totalmente inesperado, la abrazó.

—No te echas a llorar tú también, por favor —dijo Camilla.

Gin se separó ligeramente de ella.

—Él te quería —le dijo—. No sé cómo lo conseguiste, pero lo conquistaste desde el primer día. Él te quería a ti.

—Nos quería a todos —murmuró Camilla.

Se sentía mal porque no había conseguido decir nada. Se había quedado en una esquina, dejando que Gin y Rio lo hicieran todo.

—No estés triste —susurró Gin, como si hubiera podido leer sus pensamientos—. Él te oye todavía. Estoy segura.

Camilla necesitaba que se lo dijeran. Necesitaba creer que después de la muerte había algo. Nunca se lo había preguntado tan intensamente como aquellos días, y le parecía imposible que todo se apagara, como decía su madre. Marco tenía que estar allí, aunque ella no pudiera verlo.

Lanzaron al aire los farolillos. El primero subió enseguida y se perdió entre las estrellas. El segundo se quedó un momento flotando por encima de sus cabezas. El tercero no quería dejar la azotea, y cuando se alzó, estalló un fuerte aplauso. Se quedaron allí, en silencio, con la nariz hacia arriba y el cuello estirado hasta que les empezó a doler, mientras señalaban los tres farolillos que tomaban direcciones distintas por el cielo. Una repentina ráfaga de viento los elevó aún más.

—¡Es Marco! ¡Es Marco! —gritó un niño.

—¡Nos está saludando! —exclamó una niña mientras levantaba la mano.

—¡Hola, Marco! —gritó el tercer niño movido por el entusiasmo.

—¡Hola, Marco! —gritaron los demás niños.

—¡Adiós! —gritaron todos juntos.

Era como si consiguieran ver algo en la oscuridad de la noche, algo que los adultos no lograban ver.

—Adiós —susurró Camilla uniéndose a ellos, pero en voz baja para que no la oyeran, porque ella ya era grande.

## NO SEAS ORGULLOSO

**N**O ESTABA SEGURO DE LO QUE ESTABA HACIENDO. Le había preguntado a Giacomo y el domingo por la mañana, sin pensárselo dos veces, simplemente echó a andar. «Tú solo haz lo que sientas que quieres hacer», había sido el consejo de Nino. Y él quería alcanzar la cima de la montaña. Lo pensó el día que subió a la cascada. Caminar lo hacía sentir mejor. Era como si estuviera más cerca de Camilla. Después de todo, ella había nacido allí, entre las montañas.

Llegó a Pianoalto haciendo autostop. Lo recogió un hombre que llevaba una furgoneta llena de heno. Aquel hombre no le preguntó adónde iba. Puede que no hiciera falta: zapatos de senderismo y mochila a la espalda. Teo parecía un turista. Le entraron ganas de reír. Él, que fumaba como un carretero y odiaba andar, había ido hasta allí y estaba dispuesto a embocar el sendero que subía y que, según Giacomo, no era nada fácil. El jefe de obra le había dicho que tardaría unas dos horas y media en llegar a la cima. Teo se paró en la fuente, nada más salir de Pianoalto, para leer las indicaciones que había escritas en una señal de madera. Debajo del cartel había un cuadro colgado con una especie de poesía. Teo la leyó. Le parecía cada vez más bonita.

*Respetar este lugar y todo lo que hay en él:  
si tú no lo has traído hasta aquí, otro habrá hecho el esfuerzo de hacerlo.*

*Si tú, ser vivo, no crees en un ser supremo,  
mira a tu alrededor y piensa si serías capaz de hacer lo que ven tus ojos.  
Quiéreme y no te traicionaré, ten ánimo y me ganarás.  
Ten cuidado de donde pones el pie:  
por tu culpa, alguien de abajo podría dejarse la vida.  
A 1500 metros olvida quién eres:  
trata de usted a los mayores y tutea a tus iguales.  
A 2000 metros olvida el mundo, los afanes y las farsas, y disfruta de la  
verdadera paz.  
A 2500 metros olvídate de ti mismo, tus humos, tu cultura, tu fuerza  
física;  
si estás aquí es porque has llegado, y en todo eres igual a los demás.  
No seas orgulloso, pequeño hombre,  
porque antes de que tú nacieras, yo ya existía,  
y cuando tú dejes de existir, yo seguiré aquí.*

### *La montaña*

Era un poema cargado de sabiduría. Para no olvidarlo, Teo le hizo una foto con el teléfono.

Se puso de nuevo en camino embocando el sendero que llevaba directamente al corazón del bosque. La naturaleza lo envolvía como una manta suave. Era un espléndido día de sol, pese a que ya estaban casi a mediados de septiembre. Con todo, el aire estaba helado y cuando se respiraba se formaban unas pequeñas nubes blancas.

Sin embargo, los pensamientos no seguían el ritmo de sus pasos. Se había pasado buena parte de la noche despierto, en tensión, atento a todos los sonidos. El móvil lo había atormentado más de lo normal y tuvo que contestar. Cada vez que abría un contacto con el mundo que había dejado atrás, en su corazón se creaba un abismo. Cuanto más intentaba alejar los recuerdos, con más fuerza y prepotencia volvían hacia él, como un bumerán. Volvía a oír el llanto de una mujer, los gritos de un niño, la leña que ardía en la chimenea la última vez que... Teo se paró jadeando. Estaba empapado en sudor y tenía la

garganta seca. Sacó la botella de Gatorade de la mochila y bebió un sorbo. Si seguía así, no llegaría a la cima. Empezó a caminar otra vez y enseguida la mente echó a correr hacia los mismos tormentos.

«Papá —llamaba alguien—, papá, ¿dónde estás?».

Una voz que procedía de la habitación de al lado:

«Se ha ido. Otra vez. Rápido, hay que salir a buscarlo».

Seguía oyendo las sirenas y el sonido de la ambulancia como si todo estuviera pasando en aquel mismo momento.

«Rápido, por aquí». Era la voz de Michele.

«Ahí, ahí está. Pero ¿qué está haciendo? Teo, no... Teo, no vayas. No hagas el idiota otra vez».

Cuando se trataba de liarse a puñetazos, a Teo no lo paraba nadie. Aquellos recuerdos terminarían matándolo.

—Eh, chico, ¿estás bien?

Teo estaba doblado hacia delante, con la cabeza en el pecho y resollando. Lo más seguro era que el hombre que tenía delante de él ya llevara un buen rato observándolo.

—Sí, gracias, solo un poco cansado —contestó Teo.

—A veces la montaña nos puede causar ese efecto las primeras veces —se rio el hombre, que llevaba un chándal adherente y zapatillas de corredor—. Siéntate aquí un momento para recuperar el aliento —le aconsejó señalando una piedra.

—Gracias —dijo Teo.

Había ido hasta allí para sentirse en paz consigo mismo, pero estaba claro que no lo conseguía.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el deportista.

—Teo.

—Yo soy Luca, encantado —le dijo, y le tendió la mano.

La de Teo estaba sudada.

—Yo vengo para entrenarme —continuó diciendo Luca mientras Teo intentaba recuperar el aliento— y no hay una competidora mejor. Cuando tienes un problema, te lo saca de la cabeza y te dice: «Si sigues pensando en eso, no llegarás a la meta».

Teo sonrió, azorado.

—Eso es lo que me está pasando —admitió.

—Entonces vuelve atrás —contestó el hombre.

Teo negó con la cabeza.

—Quiero llegar arriba —susurró intentando no mirarlo a los ojos.

El atleta asintió.

—Pues no lo conseguirás si no te concentras. Yo podría explicarte cómo lo hago, pero no serviría de nada. Cada uno tiene que encontrar su forma de hacerlo. Con la montaña es así. Si no, no serviría de nada, ¿no crees?

Teo no entendía nada, pero asintió con la cabeza, aunque solo fuera por educación.

—La primera vez que vine —dijo Luca— tenía cinco años, y ningunas ganas de llegar a la cima. Me trajo mi padre, que era un gran deportista, no como yo.

Teo no dijo nada, pero le dio a entender que le interesaba lo que le estaba contando.

—Yo no hacía más que quejarme y quería que me cogiera en brazos. Me prometió que si hacía todo el camino con mis propias piernas, al llegar a la cima me daría una sorpresa.

—¿Y mantuvo la promesa?

—Por supuesto. Me dijo que era algo bonito, que no había visto nunca y que seguramente tampoco habían visto mis compañeros del colegio. Ni te imaginas la fuerza que me dio esa tontería. No hacía más que pensar en qué podría ser aquella cosa que solo habría visto yo.

—Y no te cogió en brazos ni una vez, ¿no?

—No, ni siquiera un momento. Llegué andando yo solo.

Luca se quedó en silencio.

—¿Y la sorpresa?

El hombre sonrió, como si estuviera esperando la pregunta.

—Cuando llegamos, ya ni siquiera me acordaba. No le pedí nada. Estaba tan cansado que me senté en el suelo y allí me quedé, sin preguntar ni pedir nada.

—O sea que solo había sido una forma de convencerte, no llevaba un regalo en el bolsillo ni nada parecido.

Luca negó con la cabeza.

—Lo entendí mucho tiempo después, cuando mi padre ya había fallecido. La mayor sorpresa era poder ver el mundo desde una perspectiva tan... única. Con cinco años, ninguno de mis compañeros había llegado hasta la cima de la montaña ni había hecho una foto desde esa altura. Tenía razón.

Teo asintió.

—Tú llegaste con cinco años —susurró—. Puede que yo no llegue nunca.

—Qué tontería —exclamó Luca—, ¿para qué te sirven todos esos músculos si no tienes fuerza de voluntad?

Teo suspiró.

—Hazme caso y ponte a andar. Deja las preocupaciones en casa. Aquí te matarían. Pesan demasiado, en la montaña. ¿No querrás tirar con todo?

Teo negó con la cabeza.

—Entonces, disfruta de la caminata —dijo el hombre, y echó a correr—. ¡Y piensa solo en subir!

«Piensa solo en subir». Era un buen consejo. Teo decidió intentarlo. Se concentró en los pies, que iban apoyándose en el sendero, uno detrás del otro, siempre a la misma distancia. Olió el perfume de los árboles y oyó el canto de los pájaros.

«Quiéreme y no te traicionaré», decía el cartel. Inspiró lentamente y saboreó aquel aire gélido que le entraba en los pulmones. Se dejó guiar por el viento que pasaba por el bosque y le acariciaba el flequillo. La montaña era una amante exigente. Reclamaba toda su atención. No había espacio para nadie más. Solo estaban él y sus pies, que se movían a un ritmo regular y atento.

Cuando salió del bosque, vio que no estaba ni a mitad del camino. El cartel que señalaba hacia la cima decía que todavía quedaba una hora y media. Y eso que le parecía que llevaba muchísimo tiempo andando. Tenía la camiseta empapada en sudor, le costaba respirar y le pesaban las piernas. Se dijo que no podía darse por vencido, con aquel cielo limpio y las ganas de ver el panorama que le esperaba en lo alto. Se apoyó un instante sobre los talones y echó a andar de nuevo.

Le habría gustado tenerla a su lado. Con Camilla habría sido más fácil. Distrayéndose, no se notaría tanto el cansancio. Se habría metido con ella por su mala forma física y al mismo tiempo le habría dado ánimos para no darse por vencido.



Teo apartó aquellos pensamientos. Tenía que conseguirlo él solo. «Ten ánimo y me ganarás», pensó, y eso lo ayudó a ignorar el dolor que notaba en la pantorrilla. Los tenis nuevos no eran de gran ayuda.

De pronto, se sintió animado, como si alguien le hubiera dado una carga de energía tal que se sentía capaz de retomar el camino completamente regenerado. No sabía explicárselo. El sendero se iba haciendo cada vez más empinado y tenía que inclinarse a menudo para cogerse a las piedras si no quería perder el equilibrio y, sin embargo, el cansancio había desaparecido. Había encontrado su ritmo. Había descubierto ese punto misterioso y que muchas veces no logramos encontrar que permite no percibir la fatiga. No debía pensar en la meta, porque aún estaba demasiado lejos. Tampoco debía pensar en el camino que había recorrido, porque ya había pasado. Existía solo el presente. Existía solo la montaña, que se erguía a su alrededor, dándole ánimos y desafiándolo al mismo tiempo. Exactamente igual que una chica que quería ser conquistada pero que jamás admitiría que se había enamorado.

«Tú también cederás a mis encantos», pensó Teo dirigiéndose a la montaña, y le pareció que el crujido de las hojas era una respuesta más que suficiente para animarlo a continuar.

«Olvídate de ti mismo, tus humos, tu cultura, tu fuerza física».

«¿Quién soy? ¿Qué hago aquí, sudando y cansado? Ya ni me acuerdo. Y mientras olvido el motivo por el que estoy caminando, el sendero se va quedando atrás. Estoy a punto de llegar. Queda muy poco. Hay una música, ahora, que me anima a subir, cada vez más rápido. Si no estuviera tan cansado echaría a correr. Gracias, montaña».

Un último esfuerzo para llegar. Lo había logrado. Había conseguido no pensar en nada y concentrarse tan solo en sus pasos.

Había otro amante de la montaña en la cima. Se intercambiaron una rápida mirada con una sonrisa de complicidad.

Teo se sentó en la hierba y sacó el bocadillo gigante que se había llevado. Saborearlo así, mientras el valle seguía adormecido, envuelto en la niebla, era aún mejor. Desde allí arriba se veían todas las cadenas montañosas como reinas empolvadas que parecían sonreírle. Miró más allá del valle. Se entreveía el lago. Pensó que al otro lado de aquellas cimas estaba Camilla. Suspiró. Se levantó y alzó la cara hacia el sol. Se quitó la camiseta y la puso a

secar. Tendría que haberse llevado un cambio.

El hombre que contemplaba el paisaje lo saludó al pasar a su lado. Teo reconoció la mirada. Era la marca de los solitarios, de los que están bien cuando están solos porque ya no se esperan nada de la vida. Él también había intentado ser como ellos, pero todavía no lo había conseguido realmente.

Algo se movió detrás de unos arbustos. Una cabra montesa salió corriendo hacia él. Parecía que quería derribarlo, pero en el último momento dobló hacia la izquierda y lo esquivó.

Teo se dejó caer al suelo, conmocionado. Y entonces la vio.

Allí estaba, solitaria y silenciosa, como si estuviera esperándolo. Como si estuviera esperando su caída repentina. Teo la miró y se aseguró de que la cabra montesa ya se hubiera ido y el otro alpinista se hubiera alejado lo suficiente para que no lo viera.

Se acercó lentamente y, cuando estuvo a pocos pasos de ella, se inclinó para susurrarle:

—Qué guapa eres.

Estaba seguro de que si hubiera podido, se habría sonrojado.

## ALGO QUE QUISIERA SER AMOR

**L**A HABÍA ESPERADO TANTO QUE CUANDO LE LLEGÓ aquel mensaje, no podía creérselo.

«Hola, Teo. Estoy volviendo a Santa Croce. Estoy deseando verte».

«¿En serio? ¿Y cuándo llegas?».

«Faltan menos de tres horas. Te tengo que decir una cosa importante».

«¡No me lo puedo creer! Estoy impaciente, niña».

«Estoy escuchando tus canciones. Creo que no te voy a devolver el iPod».

Teo esperó que el tiempo pasara lo más rápido posible. «Por lo menos, hoy —se dijo—. Hoy que soy feliz. Hoy que vuelve Camilla».

Siguió silbando hasta llegar a las obras. Ya no estaban solo Giacomo y él. Para la casa que estaban construyendo en la otra parte del río se necesitaban cinco albañiles. Había que terminar las obras pronto.

—¿Cómo es que llegas tan puntual esta mañana? ¿Y con los ojos sin legañas, además? —bromeó Giacomo.

—Ya ves... —dijo Teo sonriendo.

La verdad es que Giacomo ya se imaginaba el motivo de tanta felicidad. Teo solía hablar con él y el jefe de obra intuyó que toda aquella alegría tenía que ser por la chica de la que siempre le hablaba.

—¿Vuelve hoy? —preguntó Giacomo.

—Sí.

—O sea, que mañana llegarás al trabajo sin fuerzas.

Teo lo miró con malos ojos. Aunque en realidad tenía razón. Ya se la

imaginaba corriendo hacia él, muy morena y con la larga melena al viento. Casi le parecía percibir el olor del mar que seguramente traería en la piel. Estaría guapísima. Ya era septiembre, se había tirado tres meses de vacaciones, la puñetera. Estaba deseando ponerle las manos encima y dejarle bien claro cuánto la había echado de menos. Así que Giacomo se había acercado bastante a lo que él deseaba con todas sus fuerzas. Se la llevaría a la viña y pasaría toda la noche con ella. Se excitaba solo de pensarlo.

La mañana se le hizo larguísima. No hacía más que mirar el reloj, pero las horas no pasaban.

—Venga, Teo, baja de ahí. Hacemos un descanso —lo llamó Giacomo desde abajo.

—Ya voy —contestó Teo, y dejó caer el martillo al suelo.

Fue cuestión de segundos. Tropezó con un travesaño mal puesto y perdió el equilibrio. Se balanceó peligrosamente hacia fuera. No le dio tiempo a gritar, tal vez ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Cayó de espaldas, con las manos extendidas hacia arriba, como si intentara buscar algo a lo que agarrarse. El travesaño y el andamio cayeron después. Evidentemente, no estaban bien sujetos. Mientras caía, solo le dio tiempo a pensar: «¡No! ¡Ahora no! ¡Por lo menos déjame volver a verla!».

La cabeza golpeó contra el suelo y perdió el conocimiento.

En su mente se alternaban voces y suspiros, gritos e imprecaciones. Pero no se veía nada. Estaba todo oscuro. Quería hablar, pero no le salía la voz. Ni siquiera podía levantar el brazo.

Solo consiguió pensar: «A lo mejor estoy muerto».

—¡Que nadie lo toque! He llamado a una ambulancia.

—¡Le sale sangre de la cabeza!

—Ahí están.

—Teo, ¿me oyes?

—¡Dejen paso!

—¡Espacio! ¡He dicho espacio!

Notó que lo estaban levantando y se lo llevaban.

—Pásame la gasa. Y el oxígeno. ¿Dónde coño está el oxígeno?

—Eso, así.

—Teo, ¿me oyes?

—Este está en otro mundo.

«Por lo menos no estoy muerto», fue su segundo pensamiento consciente. Y volvió a hacerse la oscuridad.

—Teo, ¿me oyes?

El rostro desconocido de un médico. Una cama blanca. La cara de una enfermera. Guapa. La luz cegadora de la habitación.

—Creo que se está despertando. Monica, apaga la luz y descorre las cortinas, por favor.

—Enseguida.

—¿Puedes hablar? No, no te muevas. Dime solo cómo te llamas y cuántos años tienes.

Tenía una vía en el brazo. La cabeza vendada. Una pierna rota.

«Mierda».

—Háblame, chico. ¿Cómo te llamas?

—Teo —consiguió decir.

Y vio a Sonia detrás de la enfermera.

—Hola, Teo —le dijo saludando con la mano.

Intentó saludarla, pero tenía demasiado sueño. Y volvió a perderse en la oscuridad.

Otra vez la luz cegadora. La cama blanca. Ninguna enfermera. Solo la cara de una chica inclinada sobre él.

—Camilla —murmuró Teo mientras alargaba la mano para acariciarle el pelo.

Cogió un mechón e intentó olerlo.

Sonia se rio.

—No soy tu Camilla, tonto —contestó, y le cogió la mano.

—Camilla —repitió.

Sonia le rozó la mejilla.

—Soy Sonia.

Teo por fin consiguió enfocar su rostro.

—¿Qué hora es? —preguntó, repentinamente consciente.

—Las cinco de la tarde —dijo Sonia.

—Tengo que avisar a Camilla —murmuró.

Intentó levantarse, pero todo le daba vueltas.

—Teo, ya es un milagro que estés aquí. ¿Adónde crees que vas? —preguntó Sonia, y sonrió mientras lo empujaba de nuevo contra la almohada con la otra mano.

—Pero yo...

—Ya verás a Camilla cuando te mejores. No querrás presentarte así, ¿no? ¿Te acuerdas de lo que ha pasado?

—Me caí... Me golpeé la cabeza...

—Ha ido todo bien. Alguien te protege desde ahí arriba. Teo se incorporó para mirarse las piernas.

—¿Sigo entero?

—Pues claro, qué tonto. Te ha ido de lujo.

—Pero ¿podré andar pronto?

—Eso ya lo veremos. Esperemos que sí. De todas formas, el médico está a punto de llegar.

Sonia lo miró, arrugó la frente y le colocó mejor el flequillo.

—Estás más guapo cuando te cae de lado. Así. Menos mal que no te han cortado el pelo.

—Qué me importa el pelo —gruñó Teo mientras apartaba la mano que Sonia le había puesto en la frente.

—Qué mentiroso —se rio ella.

La puerta de la habitación se cerró de pronto.

—Pero ¿qué...? —dijo Sonia, y se levantó.

—¿Qué pasa? —quiso saber Teo.

Sonia salió corriendo hacia la puerta, la abrió y se asomó al pasillo.

Teo tenía un mal presentimiento.

—¿Hay alguien?

—La enfermera —dijo Sonia mientras volvía a entrar.

—¿Y ya está?

—Había un niño corriendo por las escaleras.

—¿Un niño?

—Sí, será algún idiota que no tenía nada mejor que hacer.

—¿Estás segura?

—¿Y quién quieres que sea?

Teo se estiró para coger el móvil de la mesita.

—Espera, tonto, ya lo hago yo —le dijo Sonia, y se lo dio.

—Gracias.

Tenía un mensaje de Camilla.

«Teo, ¿qué ha pasado? ¿Dónde estás?».

Tres llamadas perdidas con su nombre.

Se llevó el móvil a la oreja e intentó llamarla. No se lo cogía.

—Pues sí que estás pillado, ¿eh? —dijo Sonia.

Teo la miró. Sonia era la única que había ido a verlo. Por lo menos, debería darle las gracias.

—¿Cómo te has enterado del accidente? —le preguntó.

—Te llamé por si querías salir a tomar algo después del trabajo y me contestó un tal Giacomo.

—Es el jefe de obra.

Sonia se echó el pelo para atrás.

—Camilla ha vuelto, ¿verdad? —le preguntó Sonia.

—Sí, esta mañana. ¿Ya se ha corrido la noticia por Santa Croce?

Sonia suspiró.

—He hablado con Giacomo. Me ha dicho que estabas un poco distraído porque hoy volvía tu novia... Y como no me llamaste...

—Estaba ocupado rompiéndome la cabeza —bromeó Teo.

Pero sabía que Sonia tenía razón. La había usado. Ella sentía algo por él, mientras que él solo la buscaba para no quedarse a solas con los recuerdos. Pensó que era un cabrón. Sonia podía llegar a ser una gran amiga, pero...

*No se puede llamar amistad a algo que quisiera ser amor.*

—Lo siento, Sonia —murmuró Teo—, me he comportado como un cabrón.

—Tú no has hecho nada —susurró ella—. Soy yo la que me he hecho ilusiones.

—Pero ya te lo había dicho. Sabías que pensaba en Camilla y que solo

podíamos ser amigos. Te lo he dicho muchas veces.

—Ya, pero en el fondo esperaba que poco a poco... la olvidaras.

«Puede que yo también lo esperara —pensó Teo—. En algún lugar, dentro de mí, seguía teniendo la esperanza de no haberme enamorado tanto de alguien».

—¿Crees que podríamos ser amigos? ¿Solo amigos?

Sonia suspiró.

—Me encantaría, Teo. Te he cogido mucho cariño. Solo quiero que seas feliz.

Teo estaba a punto de replicar cuando vio aparecer a alguien por detrás de Sonia. Ella también se dio la vuelta, sorprendida por no haber oído ningún ruido. Miró al hombre que tenía ante ella y dio un paso atrás.

—Buenos días —dijo confusa al ver al hombre con la cara llena de cicatrices y mirada severa que avanzaba hacia la cama, ignorándola.

—Hola, papá —dijo Teo.



## HAY LÍMITES QUE NI SIQUIERA LA AMISTAD PUEDE SUPERAR

**C**AMILLA BAJÓ POR LAS ESCALERAS A LA VELOCIDAD DE LA LUZ. Pegar un portazo no había sido una gran idea. Pero no pudo evitarlo. Ver a Teo en una cama de hospital, con Sonia acariciándole el pelo, le había hecho mucho daño.

O sea, que no era verdad que la estaba esperando. Tendría que habérselo imaginado, pero, como siempre, la realidad era peor de lo que ella se esperaba. Aun así, no debería haberlo hecho. Teo podía hacer lo que quisiera. No se habían prometido nada. Pero, entonces, ¿por qué le escribió diciéndole que tenía tantas ganas de verla? ¿No era mejor ser sinceros? Camilla pensó que tal vez era mejor así. Acababa de hablar con el doctor Mario Dotti y no le había prometido nada bueno para los próximos meses. Tenía que seguir con la quimio. Enseguida empezaría otro ciclo. Teo se ahorraría el tener que estar a su lado. En el fondo, si era feliz con otra, ella tendría que alegrarse por él. La gente decía que cuando se quiere de verdad a alguien, saber que es feliz, aunque sea con otra persona, es lo único que cuenta. Pero vamos, que la gente decía un montón de chorradas. De todas formas, había tenido suerte. Así se ahorra tener que explicarle nada. Teo no sufriría.

Camilla no estaba segura de poder conseguirlo. No, sin Teo. No, sin Marco. No, sin un sueño. De pronto, todas las personas importantes de su vida la estaban abandonando. Ya era bastante difícil aceptar que Marco se hubiera ido. No podía dormir. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a ver a Marco y

sus cartas, a Marco en la ópera con ella, a Marco y las caras que ponía. Todo era un desastre. Quería contárselo todo a Teo. Estaba segura de que la habría consolado. Y sin embargo, Teo se había dedicado a hacer el tonto con Sonia. Tenía que olvidarse de él.

«No puedo sin ti —pensó—. No puedo».

Para volver a casa tuvo que pasar por delante del bar La Vespa. Estaba segura de que se le clavarían un montón de ojos encima.

«¡Camilla!».

No se había vuelto para mirar. Alguien la había reconocido y estaba segura de que las miradas se habrían multiplicado.

Jessica se dirigió hacia ella. El pelo largo y liso le caía por la espalda. Su mejor amiga seguía tan guapa como siempre.

«¡Cami! Pero ¿por qué no me contestas? ¡Párate un momento!».

Camilla no se detuvo hasta que no estuvo segura de haberse alejado lo suficiente de las miradas de los curiosos del bar.

«Hola —le dijo Jessica jadeando—, ¿cuándo has vuelto?».

«Hoy —contestó Camilla—, pero no me voy a quedar aquí».

«¿Tienes que volver a Milán para las curas? ¿Cómo te están yendo?».

Camilla se encogió de hombros.

«Te hemos echado mucho de menos, Cami», continuó Jessica.

Camilla no se contuvo.

«Te podrías haber ahorrado lo de gritar mi nombre delante de todo el mundo».

Jessica alargó los brazos con expresión sorprendida.

«No lo he pensado, perdona. Estamos todos contigo, Cami», añadió.

«¿Todos, quién? ¿Quiénes?»., repitió Camilla casi gritando.

«Tus amigos —balbuceó Jessica—. Serena y las demás, Nino...».

«¿Se lo has contado a toda esa gente?».

«¡No! No se lo he contado a nadie. Ya lo sabían, Cami, ya sabes cómo son las cosas aquí».

Camilla aguantó la respiración.

«¿Teo lo sabe?».

Jessica negó con la cabeza.

«No, él no».

«Mejor. No quiero que lo sepa. Solo te pido eso».

«Ha tenido un accidente, ¿lo sabías? Nada grave, ya está mucho mejor».

Camilla asintió aliviada.

«Cami, espera. Tú puedes pedirme lo que quieras. Sigo siendo tu mejor amiga, ¿no?».

Camilla la miró y se preguntó qué las había unido tanto hasta aquel día y por qué ahora le parecía tan lejana, como una extraña. Su mundo estaba hecho de exámenes en la universidad, maquillajes, bolsos y mucho sexo. Todo aquello eran cosas a las que Camilla ya no tenía acceso. Notó una pizca de compasión en la mirada de Jessica y le pareció increíble que tuviera el valor de sacar a colación la palabra *amistad*. Ni siquiera había intentado abrazarla, como tampoco le había dicho lo que pensaba de verdad. El jodido cabrón era así, capaz de desenmascarar a las personas. Alejaba a la gente que decía que te quería. No podía combatir contra aquello también. Esa lucha le tocaba a Jessica.

«Necesito estar sola, Jes. Intenta entenderme».

La mirada de desconcierto de Jessica la molestó. Otra vez la estaba haciendo pasar por egoísta a ella.

«No te entiendo», susurró Jessica a punto de echarse a llorar.

*Hay límites que ni siquiera la amistad puede superar. Están hechos de frases que se quedan sin decir, pequeñas incomprendiones, nuevos dolores y esperanzas perdidas. Una acumulación de notas desentonadas puede llevar a la destrucción de las uniones más fuertes.*

«Adiós, Jes», murmuró Camilla alejándose.

«Cami, espera», dijo.

Pero ella no se paró.

Mientras caminaba hacia casa, el corazón le decía que no podría quedarse allí. Tenía que ir a algún lugar que sintiera suyo. Teo seguía llamándola. Camilla apagó el teléfono. ¿Qué más quería? ¿Limpiarse la conciencia y contarle lo de Sonia por teléfono? Que se jodiera, él también.

Consiguió evitar a Davide, que estaba navegando por internet en el salón. Desde la selectividad, el hermano seguía con su crisis existencial, pero

Camilla no tenía tiempo para él, de modo que se limitó a preguntarle:

—¿A qué hora vuelven papá y mamá?

—Sobre las siete, creo —contestó Davide al tiempo que abría la boca para hacerle otras cien preguntas—. ¿Has ido a ver a Teo? —fue la primera.

Ella lo ignoró.

Perfecto. Tenía más de una hora. Entró en su habitación, cogió la bolsa de voleibol y metió unos vaqueros, dos camisetas limpias y un jersey. También metió el neceser y las medicinas que se tenía que tomar. Encendió el portátil y buscó en Google los horarios de los trenes. Aquella noche solo podría llegar hasta Milán. Todavía tenía las llaves del piso de su tía, que no volvería a casa hasta principios de mes. Al día siguiente cogería el primer tren.

Buscó una pensión barata y se escribió la dirección en la palma de la mano. Cuando llegara a Venecia la metería en el navegador. No quería encender el teléfono todavía.

Venecia. Una ciudad totalmente suya. Un sitio en el que nadie la conocía y en el que había dejado los recuerdos más bonitos. Regresaría allí y se dejaría acunar por el rumor del agua y el encanto de los edificios suspendidos en el tiempo. Lejos de todo y de todos encontraría la respuesta que buscaba. Dejó una nota para sus padres sobre el portátil. Y esperó estar lo suficientemente lejos cuando la leyeran.

—¿Adónde vas? —le preguntó Davide, que le cerró el paso mirando la bolsa de deporte con recelo.

—Al gimnasio —le contestó.

Su hermano la observó. Camilla esperó que no conociera *Miénteme*. Sabía que no se le daba bien mentir, Marco se lo decía siempre.

—¿Puedes... de verdad que puedes ir?

—Estoy enferma, no muerta —le dijo lo más borde que pudo.

Davide se mordió el labio inferior, señal de que se sentía culpable.

—Adiós —le dijo intentando usar un tono menos agresivo.

Cuando se subió al tren, pensó que habría sido mejor tener su iPod. Cada canción de aquel cacharro le recordaba a Teo. Pero no podía estar sin música. Lo puso en modalidad aleatoria y esperó. De todas formas, todas aquellas

canciones hablaban de amor, de un modo u otro. Cerró los ojos y se dejó llevar por los acordes suaves de un piano. Era De André, *Verranno a chiederti del nostro amore*. Se echó a llorar nada más oír las dos primeras palabras. Había algo en aquella canción que le hablaba de él, una especie de melancolía y rebelión, algo que solo ellos dos podían entender. «No he conseguido cambiarte. No me has cambiado, lo sabes», decía la canción. No, puede que ella no lo hubiera cambiado de verdad, pero él sí la había cambiado a ella. La había convertido en una mujer más frágil. Más real. En una mujer que no podía estar sola. Y cuando por fin lo entendió, él ya la había cambiado por otra.

Recordó la mirada de Teo mientras Sonia le alargaba la mano hacia el pelo. Era evidente que la deseaba. Y si había pasado en menos de tres meses, mientras ella no estaba y él creía que estaba veraneando en la playa, estaba claro que volvería a pasar. No necesitaba a una persona que la hiciera sentir una entre muchas. Sobre todo en aquel momento, cuando tenía que enfrentarse a aquella mierda.

Volvió a pensar en Marco y en la carta que le había escrito: «Hazme caso: el amor, cuando llega, nos deja señales indelebles en el cuerpo. Nos cambia. Yo también me siento cambiado desde que te conocí, y si me hubiera curado, ese Teo lo iba a pasar muy mal. Tiene que ser fuerte, si te ha conquistado. Combate siempre, Camilla, no dejes que el jodido cabrón se lleve lo bueno que hay en ti».

Se sintió aún más triste. El tren estaba saliendo para Milán y Camilla pensó que lo único que quería en aquel momento era estar con Marco, dondequiera que estuviese. Lo echaba muchísimo de menos. Bajó la ventanilla y dejó que el aire le cerrara los ojos. Intentó buscarlo ahí, como él le había dicho, pero aquel viento seguía hablándole de Teo. A quien buscaba Camilla era a él, a pesar de todo el rencor, aun después de lo que había visto.

—Perdóname —susurró dirigiéndose a Marco.

En aquel momento el tren pitó fuerte y a ella le pareció un reproche.

—No puedo —dijo en voz baja—. Ayúdame, no puedo.

Pero esta vez no obtuvo respuesta.

## NO SÉ QUÉ HACER SI TÚ NO ESTÁS CONMIGO

**Q**UERIDOS PAPÁ Y MAMÁ:  
*Perdonad que me vaya sin deciros nada. Por favor, no me busquéis. Estoy bien sola. Solo necesito de tiempo para pensar. Encenderé el móvil cuando esté lista. No os preocupéis por nada. Sé cuidar de mí misma. Os abrazo fuerte.*

Hasta pronto,  
Camilla

Teo apartó la mirada de la carta y la plantó ante los ojos de Davide.

—Está claro que quiere estar sola —dijo dudoso. Davide resopló.

—¡Tú no lo entiendes! —contestó apretando los puños.

—Pues explícamelo.

Jessica, que estaba sentada en la cama de Camilla, intervino:

—No podemos perder el tiempo. ¿Aceptas o no?

Teo bajó la cabeza.

Llevaba cuatro días llamando a Camilla, mandándole mensajes y esperando a que encendiera el móvil, pero nada. Después, Jessica lo llamó y le dijo que necesitaba su ayuda.

«¿Y qué quieres que yo le haga?», había protestado él.

Jessica quedó con él para ir a casa de los Lanfranchi. Cuando llegaron, salió a abrir Lucia. Nunca le había caído bien a aquella mujer, así que tenían

que estar muy desesperados si lo habían llamado precisamente a él.

Davide los estaba esperando con la nota de Camilla en la mano.

Teo no había entrado nunca en su habitación, y se sintió como si estuviera violando un lugar sagrado. Había un montón de hadas esparcidas por todo el cuarto, incluso había algunas colgadas del techo que le recordaron la noche de las luciérnagas, y lo primero que pensó al verlas fue que Camilla podía ser una de ellas. En la repisa que había encima de la cama estaba la funda del violín. No se lo había llevado. El armario estaba forrado de pósteres de violinistas que él no conocía. Sabía muy poco de ella. En un rincón de la habitación estaba su maleta rosa y, encima, como abandonada, su plancha del pelo.

—¿No se ha llevado ni siquiera eso? —bromeó Teo—. La situación tiene que ser más grave de lo previsto.

Por la mirada de Jessica, le pareció que había dicho algo abominable.

—Deja de hacer el idiota y contesta —soltó Jessica.

Teo bajó los brazos en señal de rendición.

—Mirad, yo solo quiero estar con Camilla —dijo—, pero no estoy seguro de que ella quiera estar conmigo.

—No es el momento de empezar con las paranoias —replicó Davide.

Tenían razón. El único idiota era él y ellos intentaban demostrárselo de todas las maneras posibles.

—No son paranoias. Pero ¿os parece normal? Si ya no me quiere, será su problema. Yo no le puedo hacer nada. Y ya estoy harto de intentar entender todo lo que se le pasa por la cabeza.

—Eso es lo que tú dices, pero después no dejas de pensar en ella —comentó Jessica.

Teo la fulminó con la mirada. Era verdad, pero el hecho de ser tan transparente le irritaba.

—Antes de salir de casa, Camilla miró esta página de internet —los informó Davide mirando la cronología—. Aquí está —dijo, y se la enseñó a los dos.

A Teo no le parecía bien que estuvieran curioseando entre las cosas de Camilla, pero Davide lo miró de tal forma que al final no le quedó más remedio que mirar a la pantalla.

Pensión Sant' Anna, Venecia.

—Está claro que Camilla está ahí, Teo —continuó Jessica—. Tendrías que ir a por ella lo antes posible.

Teo abrió la boca para decir algo, pero Davide se le adelantó:

—¿Llegas al tren de las tres o no te da tiempo?

Miró el reloj. Faltaba poco para el mediodía.

—Es un hombre, no tiene que arreglarse —se entrometió Jessica.

—Te lo pagamos nosotros, claro —se apresuró a añadir Davide.

—¿Me dejáis hablar? —preguntó Teo.

Los otros dos se callaron.

—Quiero a Camilla —dijo Teo—, igual que vosotros, pero es que no os entiendo. ¿Por qué tengo que ir yo? ¿Por qué no podéis ir vosotros, o sus padres, si sabéis dónde está?

Jessica negó con la cabeza y se dejó caer en la cama. Cogió un oso de peluche y se lo tiró.

—¿Sabes cómo se llama?

Teo dijo que no con la cabeza.

—Ludwig —continuó Jessica.

—¿Como el asesino en serie? —preguntó Teo sorprendido.

—Como Beethoven —dijo Jessica levantando los ojos al cielo—. Se lo regalé cuando cumplió diez años. Tenía un violín entre las patas, pero después se le despegó.

Teo siguió mirándola sin entender nada.

—Conozco a Camilla mejor que nadie, y aunque en este momento no me quiera a su lado, yo sigo sabiendo lo que siente. ¡Y lo que siente es solo por tu culpa, joder!

—¿Mía? —Teo estaba desconcertado—. Hace meses que me contesta al teléfono de milagro, que me evita, que parece que no quiere hablar conmigo, ¿y vas a decirme que es culpa mía?

—Camilla fue a verte al hospital, ¿no? —preguntó Davide.

—No —contestó Teo—, ¿cómo iba a saber...?

—Se lo dije yo —explicó Davide.

Después, al ver que Teo arqueaba una ceja, añadió:

—A mí me lo dijo Sonia.



—Y yo me la encontré con una cara de muerta que ni te imaginas de camino a casa —siguió diciendo Jessica, intentando no hacer caso de la mirada que Davide le había lanzado al decir *cara de muerta*.

—¿Sabes por qué? —preguntó Davide.

Teo se sentía como si lo estuvieran sometiendo a un falso interrogatorio. Los dos sabían lo que había visto Camilla.

—Sonia estaba en el hospital. Estuvo conmigo todo el día —admitió, y agachó la cabeza sintiéndose un cabrón.

—Sonia está enamorada de ti —dijo Davide como si no le importara—, pero eso ya da igual. Lo que cuenta de verdad es de quién estás enamorado tú.

Jessica le apuntó con un tirachinas en el que había puesto una piedra roja que había cogido de la repisa.

—Cuidado con lo que dices —le advirtió. Y le dijo a Davide—: ¿Te acuerdas de cuando usamos el tirachinas en el salón y rompimos el cisne de Swarovski de tu madre?

Davide sonrió.

—No lo entiendo —insistió Teo—. Jes, tú me dijiste una vez que saliera con Sonia y olvidara a Camilla.

—Sí, pero no te hagas el tonto. Te lo dije para ponerte a prueba. Si hubieras salido con ella de verdad, te habría cogido por los pelos y te habría obligado a comerte el polvo hasta que murieras ahogado.

Teo la miró atónito.

—Es broma —admitió ella—, pero habría hecho algo, eso seguro. Porque tú no has estado con Sonia, ¿verdad?

El tirachinas le apuntaba al ojo izquierdo.

—No —dijo Teo—. Pero aunque nos hubiera visto, se ha montado toda la película ella sola. Yo solo la quiero a ella. ¿Por qué no intentó hablar conmigo, en vez de escapar?

Jessica bajó el tirachinas. Davide se dejó caer en la cama aliado de Jessica.

—¡Pero es que eres idiota!

Teo no se atrevió a replicar. Era evidente que se le escapaba algo.

—A ver, si Camilla se hubiera quedado en Santa Croce, ¿tú habrías salido con Sonia? Según tú, ¿qué se supone que tenía que pensar ella? ¿Cómo te

sentirías tú si descubrieras que durante todo este tiempo ella se ha liado con otro? ¿Por qué los hombres no entendéis estas cosas?

—Yo... Yo no me he liado con Sonia —balbuceó Teo.

—Pero quedabais para salir —replicó Jessica sin perder la compostura—. ¿Crees que ella no se ha hecho ilusiones? ¿Crees que Camilla no se ha sentido sustituida?

Teo alargó los brazos, vencido.

—Es verdad —admitió al cabo de un momento—, no lo había pensado. Para mí, Sonia no es más que una amiga, pero entiendo que Camilla haya podido pensar otra cosa.

—Nadie puede entrar en la cabeza de otro y saber lo que siente, Teo —continuó Jessica—, a veces la gente necesita que le digan las cosas.

—Es verdad, soy idiota.

—¡Que suenen las campanas! ¡Teo lo ha entendido!

—Deja de dar por culo. Ya te he dicho que lo siento.

—No tienes que decírmelo a mí. Todo este lío es culpa tuya.

—Estamos perdiendo tiempo —murmuró Davide—. Dentro de poco mis padres llamarán a la policía, tendré que decir dónde está Camilla y ella no me lo perdonará nunca.

Teo miró a Ludwig. Tenía un ojo mordisqueado y las patas deshilachadas. Tenía que haber algo de verdad en las palabras de Jessica. En el fondo, tenía razón, nadie la conocía mejor que ella. Volvió a pensar en el portazo del hospital. Puede que Camilla hubiese ido y, al ver a Sonia en la habitación, se hubiera hecho una idea equivocada. Y después se escapó. Lo que no entendía era la excesiva preocupación de todos. Camilla tenía veinte años. ¿Es que no podía irse unos días y punto? Por más que le doliera, respetaría su libertad.

—Tienes que confiar en nosotros —dijo Jessica—. Tienes que coger ese tren y traerla a casa.

—¿Y si no quiere venir?

Jessica y Davide se encogieron de hombros. Le estaban dando más responsabilidad de la que él habría querido aceptar.

—Lo intentaré —dijo por fin—. Espero que tengáis razón. Pero si me tira algo a la cabeza, tendré que salir corriendo.

Davide dejó escapar una sonrisa triste.

—Eso no va a pasar —le dijo.

Jessica lo abrazó.

—Tienes que traerte a mi amiga a casa —susurró—. Y trátala bien, de ahora en adelante.

Teo quería decirles que él siempre la había tratado bien, pero sabía que no era el momento de discutir. Tenía la impresión de que aquellos dos le estaban ocultando algo importante y le daba un poco de miedo descubrir la verdad. Se metió a Ludwig en el bolsillo y se despidió.

Cuando el tren se puso en marcha, Teo pensó que era su última oportunidad. Le parecía todo un poco absurdo, como si fuera el protagonista de una comedia romántica: el guapo de turno que va a reencontrarse con su amada después de mil incomprendiones al lugar en el que descubrieron que se amaban. Podía ser una historia bonita. Nadie le había dicho qué había hecho Camilla durante aquellos tres meses. Nadie sabía cómo se había sentido él de verdad durante todo aquel tiempo sin contar con ninguna certeza. Pero por primera vez en su vida decidió dejar de lado el orgullo y hacer un último intento.

Hacía calor allí dentro. Teo abrió la ventanilla y una ráfaga de viento le golpeó las mejillas como una bofetada.

—Camilla —susurró.

Ella era aquel viento que no quería irse.

«Voy a por ti, Camilla. Me llevo solo a mí mismo y un osito de peluche que ha perdido el violín. Voy a por ti porque no sé qué hacer si tú no estás conmigo. Te confesaré todo lo malo que hay en mí, mis días peores, las maldiciones que he soltado por tenerte tan lejos. Si aceptas todo esto, podemos volver a casa juntos. Si me ves tal y como soy, y te sigo gustando, a lo mejor puedo sentirme libre de amarte».

## **El Moleskine de Camilla**

10 de septiembre

Tiempo: variable.

Tiempo en mi interior: hace días que no se ve el sol.

Viento de hoy: tivano. Está enamorado de Breva. La corteja soplando fuerte sobre el lago y ella se muere de la risa. Cuando están juntos no se aburren jamás, porque Tivano siempre encuentra la forma de sorprenderla. Cuando los oyes danzar, el corazón te recuerda cómo es amar a alguien y te entran unas ganas locas de intentarlo.

Cosas que hacer hoy: sobrevivir un día más.

Viajar es fácil, por lo menos mientras estás en continuo movimiento en un medio de transporte y no tienes que pensar nada que no sea disfrutar del panorama que pasa por la ventana. Lo difícil es pararse. A veces se hace insoportable. El aire de la noche está helado. El sol ya empieza a abandonar la laguna dorando con sus últimos rayos la elegante estación.

Le he preguntado a un gondolero si podía hacerle una foto, pero antes de hacérsela le he pedido que se pusiera el colgante de los B.Livers. Me ha mirado sorprendido, pero con una cabeza tan calva como la mía no ha podido decir que no. He subido la foto al grupo. No he olvidado la promesa. Dondequiera que vayamos, el tornillo vendrá con nosotros. Llevaré siempre conmigo lo que he sido, porque me convierte en una persona mejor. Los B.Livers han mandado fotos de sitios maravillosos: glaciares, monumentos de España, parques de Inglaterra, el tornillo colgado de la ventanilla de un avión. Nuestra joya está dando la vuelta al mundo. Yo solo he llegado hasta Venecia, pero no creo que nadie encuentre un sitio tan bonito como este.

Venecia está muriendo. No sale mucho en los periódicos porque es una noticia que no llama la atención. Todo muere, pero lo que lo hace poco a poco, gota a gota, no le interesa a nadie. Lo mismo pasa con los glaciares que se derriten, las estrellas fugaces, los ancianos de las unidades terminales de los hospitales. Igual que Venecia. Si he aprendido algo de esta ciudad es que, si de verdad tienes que morir, por lo menos tendrías que hacerlo con dignidad.

LLEGA UN MOMENTO EN QUE UNA SOLA  
ES LA QUE CUENTA

**P**ENSIÓN SANT'ANNA. HABÍA LLEGADO. PERFECTO. ¿Y ahora? El teléfono de Camilla seguía apagado. No podía preguntar por ella en recepción. Habría quedado como un maníaco y lo habrían echado de allí. Suspiró y sacó el dinero que le había dado Davide.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—¿Tienen una habitación libre?

—Por supuesto. ¿Usted es el señor...?

—Mele. Teo Mele.

—¿Me podría enseñar un documento, por favor?

—Enseguida.

Teo se lo dio y cogió las llaves.

—Segundo piso, primera puerta a la derecha —dijo la recepcionista.

—Gracias.

Teo subió las escaleras y pensó que todo aquello era absurdo. Ni siquiera podía estar seguro de que Camilla estuviera en Venecia. A lo mejor había buscado aquella página para despistarlos. Resopló y se tumbó en la cama minúscula. Su habitación daba a los tejados. No tenía ganas de admirar el paisaje.

«¿Has llegado ya?», le escribió Davide.

«Sí, y ahora ¿qué?».

«Pues ahora la buscas, ¿no?».

Teo suspiró. ¿Adónde iba a ir a buscarla? Igual había salido a dar una vuelta por la ciudad. A lo mejor ni siquiera estaba sola, hasta podía estar con otro chico. Podía estar en cualquier sitio. Volvió a pensar en los momentos que habían pasado juntos. Eran recuerdos demasiado vivos que iba sacando poco a poco, como si no quisiera desgastarlos. Eran lo más valioso que poseía. Volvió a verse debajo de la marquesina del cobertizo siguiendo los pasos de una danza que no conocía y después boquiabierto delante de la cascada con los colores del arco iris. Se acordó de los ojos maravillados de Camilla contemplando la luciérnaga que se le había posado en la mano y lo que le había dicho: «No te apagues nunca».

Salió de la habitación y empezó a andar por el pasillo. La puerta de la habitación de al lado se abrió. Salieron un chico y una chica cogidos de la mano. No dejaron de besarse hasta que llegaron al ascensor. Teo se quedó mirándolos embelesado. Camilla y él también habían tenido un momento así. Tal vez no volvieran a tenerlo jamás. Los otros ni siquiera repararon en él. Teo se sacó a Ludwig del bolsillo y susurró:

—¿Tú sabes dónde está Camilla?

Los ojos de plástico lo miraron inexpresivos.

Empezó a andar otra vez. Por la ventana abierta se oía ruido de platos y vasos. Era la hora de la cena. A lo mejor Camilla estaba cenando en el restaurante de la pensión. Decidió ir a ver. Bajó las escaleras y estuvo esperando durante una hora. Había pocas personas y ninguna de ellas era Camilla. Teo resopló. Davide seguía mandándole mensajes. Ya estaba pensando en ir a llamar puerta por puerta, aunque lo tomaran por tonto, cuando vio a una camarera que estaba saliendo del ascensor con un carrito lleno de sábanas recién lavadas y tuvo una iluminación. No habría sido capaz de explicárselo ni siquiera a sí mismo, pero echó a correr como loco por las escaleras y subió los cuatro pisos de la pensión.

Como se había imaginado, había una puerta que daba a la azotea. Estaba abierta. Allí arriba no había ninguna luz, pero se contemplaban unas vistas fantásticas. Como decía Camilla, Venecia ocultaba a los ojos de los distraídos lo que reservaba a unos pocos privilegiados. Los rayos de la lima resplandecían con una luz tenue sobre los tejados y la ropa tendida que ondeaba movida por el viento como si quisiera salir volando. Teo se abrió

paso entre las sábanas y parpadeó. No estaba solo. Le pareció oír a alguien que tosía. Miró en la dirección de la que procedía el ruido y, a pesar de la oscuridad, entrevió a alguien apoyado en la balaustrada. Estaba mirando hacia abajo. Suspiró. No era Camilla. Era un niño. Uno que a lo mejor se había refugiado allí arriba y no quería que lo molestaran. Uno que quería tener toda la laguna para él solo, aunque solo fuera un instante.

Estaba a punto de irse cuando el niño se dio la vuelta. Teo pensó que lo había asustado. Habría podido pedirle perdón, decirle que estaba buscando a otra persona y salir de allí inmediatamente, pero por absurdo que pudiera parecer, no conseguía hablar. El niño se acercó unos pasos, como si quisiera verlo mejor. Teo entornó los párpados. Llevaba irnos pantalones anchos y una camiseta larga que le caía por los hombros estrechos. Estaba completamente calvo. Y entonces hizo aquel gesto que le impresionó: alargó la mano hacia la sábana y la acarició. Teo dio un paso adelante y apretó los dientes.

No podía ser.

El niño desapareció detrás de la sábana.

A Teo le entró un escalofrío.

En aquel instante, todas las dudas, los rencores, las preguntas que quería hacerle y lo que quería decirle se esfumaron para siempre. Estaba temblando. El destino tenía que estar contra él, si había querido jugarle aquella mala pasada. Aguantó la respiración mientras apretaba los puños y las lágrimas le empañaban la mirada. No era un niño. Era Camilla. La cabeza tardó un poco más en entender lo que el corazón ya sospechaba. Detrás de todas aquellas mentiras, la distancia y las frases incompletas siempre se había escondido su secreto.

Camilla no se habría alejado de él si no hubiera sido por algo importante. ¿Cómo había podido estar tan ciego y ser tan desconsiderado? ¿Dónde había estado aquellos tres meses? Tendría que habérselo imaginado. No sabía qué le había pasado, pero al verla así, después de tanto tiempo, casi irreconocible, se quedó bloqueado. Le entraron ganas de escapar. Al fin y al cabo, Camilla no había corrido hacia él. Se había escondido, como si no quisiera que la viera nadie. Él no tenía ningún derecho a volver a entrar en su vida con la intención de permanecer en ella.

Sin embargo, algo le impuso quedarse.

Se acercó a la sábana que Camilla había usado para esconderse y esperó que no se hubiera ido. No la veía, pero advertía su presencia. Y ella la de él. Esperó que su voz no transmitiera la emoción que estaba sintiendo, una mezcla de rabia, estupor y desaliento total.

—Ahora te voy a contar yo una historia, Camilla —dijo.

No hubo respuesta. El viento, de pronto, se calmó.

—Había una vez una chica guapísima. Tenía todo lo que se puede desear en la vida, pero sentía que le faltaba algo. Después lo conoció. Era un chico un poco raro, que hacía de todo por parecer antipático. Se conocieron y él se enamoró de ella. Ella también se enamoró de él, pero no quería admitirlo. Un día, ella le dijo que tenía que irse.

Silencio. ¿Camilla seguía respirando? Teo no la oía.

—Él le preguntó por qué, pero ella no contestó —prosiguió Teo inseguro—. No le dijo nada, prefirió escapar de él y lo dejó solo.

Teo oyó un suspiro. Camilla lo estaba escuchando.

—A ella le daba miedo mostrarse como era realmente. Le asustaba pensar que si hubiera sido completamente sincera con él, lo habría perdido. Pero él tenía el mismo problema. Le daba miedo asustarla y perderla para siempre si se hubiera mostrado tal y como era, solo que ella no lo sabía.

Teo se movió siguiendo el sonido de su respiración.

—Hasta que un día ella volvió. Y él por fin la vio y entendió que estaba combatiendo una batalla muy difícil. Comprendió por qué ella se había alejado de él y decidió salir a su encuentro. Había llegado el momento de enfrentarse cara a cara.

Teo esperó con el corazón en la boca y apretando los puños. Estaba de pie delante de la sábana y sabía que Camilla estaba detrás. Se quedó allí, parado y callado durante un tiempo que le pareció infinito, hasta que ella, con una voz casi imperceptible, preguntó:

—¿Y qué pasó después?

Teo no se movió, pero susurró:

—Él le dejó todo el tiempo que necesitó para levantar la sábana que los separaba. Le tocaba a ella decidir si lo quería en su vida.

Siguió esperando. A Camilla le costaba más respirar y Teo percibió su miedo. «Te quiero», quería decirle. «Te quiero, sin importar lo que te esté



pasando. Te quiero, sin importar lo que te pueda pasar, niña». Pero no le salían las palabras.

Teo cogió la sábana blanca con los dedos y poco a poco fue tirando hacia arriba. La levantó hasta el cuello. Estaba delgadísima.

Teo tragó saliva.

—Necesito que me cuentes el final de esa historia —susurró Camilla.

—Él la vio y pensó que entre ellos no había pasado nada. Le puso las manos en las mejillas y la besó.

—¿Y después?

—Y ya está, Camilla.

—¿Cómo que ya está?

—Y se quedaron en aquel beso para siempre.

—¿Para siempre?

—Te lo juro, niña.

Camilla levantó la sábana. Teo la arrancó de la cuerda y dejó que cayera sobre ellos. Ella se hundió en sus brazos y él buscó su boca. La besó con pasión, mientras la sábana los envolvía y los protegía. La besó sin dejar de acunarla en sus brazos. Cuando notó que dejaba caer más peso sobre su hombro se sentó y se la puso en las rodillas sin dejar de besarla. Le había prometido que aquel beso duraría para siempre. Tenía los ojos cerrados y le estrechaba el cuello, los hombros y la cintura, que se había vuelto sutil y frágil. Le daba miedo que se deshiciera entre los dedos.

De pronto, ella se apartó.

—Mírame, Teo —le dijo.

Camilla tenía los ojos llenos de lágrimas. Teo creyó que le iba a explotar el corazón de tantas emociones juntas.

—No vuelvas a huir nunca más —logró susurrar—, o por lo menos no vuelvas a huir de mí. Podemos irnos o quedamos aquí, podemos estar debajo de esta sábana toda la noche, pero por favor, no me dejes.

—Teo, ¿me has visto bien?

Teo asintió.

—Doy asco —murmuró Camilla.

—Estás guapísima, niña. Eres mi Camilla y lo serás siempre, si tú me dejas.

Camilla lo abrazó, pero de pronto se apartó bruscamente.

—¿Y Sonia?

—No tengo nada con Sonia, Camilla. Mi único amor eres tú. Lo único que quiero eres tú.

Camilla sonrió.

—Es la letra de una canción.

Teo hizo una mueca divertida. Camilla seguía siendo Camilla.

—¿Podrás soportar todo esto?

—No hay nada que soportar. Tú estás aquí y eso es lo único que cuenta. Cuando vine a buscarte estaba un poco enfadado. Creía que te habías ido de vacaciones. Pero ahora que te he visto, entiendo lo que ha pasado. Y también entiendo por qué no querías contármelo. Pero no puedo estar sin ti.

A Camilla se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tengo miedo, Teo —le dijo.

Teo la estrechó contra él en un abrazo que valía más que mil palabras.

Fueron a la habitación de Camilla. Tenían muchas cosas que decirse, pero después de una montaña de palabras, ninguno de los dos tenía ganas de afrontar ciertos temas.

Camilla lo llevó a la cama y empezó a besarlo. Teo le quitó la camiseta y le puso la cara en el pecho. Oía su corazón. Le latía peligrosamente fuerte. Parecía a punto de explotar. Camilla le tocó la cabeza.

—Se me ha caído —murmuró esforzándose por no llorar.

—Estás guapísima, Camilla. Tú siempre serás guapísima.

—Teo —susurró—. Teo, abrázame, por favor.

Él la abrazó, era lo único que quería hacer desde que entraron, aunque le daba miedo tocarla, le daba miedo hacerle daño. Le pasó los dedos por la cicatriz que había visto en cuanto le quitó la camiseta. Todo había empezado por ahí. Aquella marca en la piel no la abandonaría jamás. Nunca volvería a ser la chica despreocupada que él había conocido.

Camilla empezó a besarlo otra vez, se tumbó en la cama y lo atrajo hacia ella.

*No importa quién eres, cuántos años tienes, por cuántas dificultades has*

*pasado ni cuántas te quedan por pasar. Llega un momento en que una sola mujer es la que cuenta. Solo una especial. Porque solo hay un verdadero amor.*

—No quiero hacerte daño, Camilla.

—¿No me deseas?

—Claro que sí... Yo...

—Pues ya estoy sufriendo bastante, ¿no crees? Quiero sentirme viva. Quiero sentirme viva contigo.

—¿Seguro que no te dolerá?

—Ya lo hicimos una vez, ¿no te acuerdas? —bromeó Camilla.

Cogió el pañuelo y se lo ató tapándole los ojos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Teo.

—Ven conmigo.

Lo llevó al centro de la habitación. Teo no veía nada. Se estaba cogiendo a su brazo para no perderse.

—No quiero desperdiciar nada de estos momentos contigo. Quiero que sea todo especial. Tócame, Teo. Quiero que lo hagas como si fuera la primera vez. Intenta concentrarte en cada gesto que haces. Escucha mi cuerpo.

Camilla puso xana canción. Teo no la conocía. Nunca lo había vendido ninguna mujer. Incluso ahora, que era tan frágil, Camilla conseguía someterlo. No veía nada, lo único que podía hacer era extender los brazos y buscarla moviéndose despacio para no tropezar con algo.

—Cami, ¿dónde estás? —susurró.

Enseguida percibió su olor inconfundible. Algo suave le rozó los labios. Era su boca. Camilla se alejó otra vez. Él alargó la mano y le acarició la cara. Estaba más abajo de lo que se esperaba, debía de haberse sentado en la cama. Le tocó la mejilla y le pasó la mano por encima de los ojos. Tenía la frente lisa y las cejas largas y suaves. Le pasó las manos por el cuello y notó que le estaba desabrochando los pantalones. Volvió a pasarle el dedo por la cicatriz. Ella se estremeció, como si la herida siguiera abierta. Se arrodilló para besarle los pechos, pero después se acordó de que ella le había pedido que saboreara cada momento. Pasó los labios sobre un pezón. Se sintió de nuevo como un niño. Los pechos le olían a jabón y leche. A oscuras era más fácil percibir los olores.

—Sabes muy bien —susurró Teo—. Echaba mucho de menos tu sabor.

Camilla sintió un escalofrío. Ella no lo tocaba, pero Teo se dio cuenta de que estaba respirando más fuerte y eso lo animó a continuar. Sin verla, todo cambiaba. Se sentía más inseguro. Era como volver a la primera vez, cuando no sabías bien dónde tocar, cuando te daba la impresión de que podías equivocarte con cualquier movimiento.

Los labios le rozaron el ombligo y Teo se deslizó más abajo, entre los muslos. Era la parte más suave del cuerpo de Camilla. Si no lo hubiera vendado, no lo habría percibido con tanta intensidad. La rozó con un dedo y se dio cuenta de que estaba mojada.

—¿Quieres que siga? —le preguntó acariciándola con dulzura.

—Sí, por favor.

La besó ahí, con pasión, notando como abría las piernas. Al cabo de un momento ella lo cogió por la nuca, lo apretó aún más contra su cuerpo y Teo se dejó guiar. Camilla le rodeó la cabeza con los muslos.

Emitió un sonido profundo y prolongado y dijo su nombre entre gemidos. Él siguió chupándola. Camilla alcanzó el clímax enseguida y apretó los muslos. Le temblaba todo el cuerpo. Eran dos pequeñas almas que en aquel instante rozaron la eternidad.

Cuando Camilla se agachó para cogérsela con la mano, él se quitó la venda.

—Espera —le dijo.

La miró a los ojos y se dio cuenta de lo cansada que estaba.

—Pero tú... —susurró ella como si quisiera disculparse.

—Yo soy totalmente feliz así, Camilla.

—Entonces voy a ducharme.

Teo se tumbó en la cama.

Volvió a pensar en todo lo que había pasado y se dio cuenta de que aún tenía muchas preguntas por hacer. ¿Qué tenía, exactamente, Camilla? ¿Dónde había ido para recibir el tratamiento? ¿Cuántas posibilidades había de que pudiera volver a ser como antes? Se sentía asustado y confundido al mismo tiempo. Cuando Camilla volvió, tenía los ojos brillantes. Con la cabeza calva y envuelta en la tela de toalla del albornoz, parecía una niña.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —susurró Camilla.

—Tengo que hacerte muchas preguntas.

—Lo sé.

De pronto, Teo tuvo otro presentimiento.

—Aquella noche, en La Scala... —empezó a decir Teo. Camilla apretó los labios.

—¿Eras tú? —le preguntó.

Camilla asintió.

—Niña —suspiró Teo—, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me has dejado estar a tu lado?

—Me daba miedo que no me quisieras al verme así.

Teo negó con la cabeza.

—Bueno, pues ya puedes estar segura de que te quiero. Ahora estoy aquí. Tendrías que haber sabido que habría estado a tu lado, joder. Lo he pasado fatal sin ti.

—Y yo —admitió Camilla.

Y antes de que a Teo le diera tiempo a decir nada, añadió:

—Se llama linfoma de Hodgkin. Y parece que no quiere irse.

—Yo lo convenceré —aseguró Teo—. Nadie puede entrar en ti sin mi permiso.

Camilla se dejó abrazar y empezó a llorar.

—Eh, ¿qué pasa? —le preguntó preocupado.

—Nada, vamos a acostarnos. Has estado con muchas chicas, pero todavía tienes que aprender una cosa. ¿No sabes que las mujeres, a veces, lloramos de felicidad?

## **El Moleskine de Camilla**

10 de octubre

Tiempo: el viento se lleva las hojas.

Tiempo en mi interior: se ve un tímido sol naciente.

Viento de hoy: tramontana. Es una chica que está muy sola. Vive en el corazón de las montañas. Es un poco bruja y un poco niña, y de vez en cuando te produce un escalofrío helado por la espalda. Se queja mucho y siempre está buscando a alguien que quiera oír sus problemas. Es el viento frío de los solitarios.

Cosas que hacer hoy: empezar a tocar otra vez.

Hablé con Roberto el otro día. Le dije que sí a lo de la boda. Tocaré el *Ave María*, como me pidieron. Aunque no haya vuelto a tocar el violín, me siento preparada para volver a cogerlo, por más que haya días que no tenga fuerzas ni para levantarlo. No puedo olvidar quién soy. El jodido cabrón no ganará. Me pondré a estudiar otra vez y no dejaré de hacerlo mientras las fuerzas me lo permitan.

Puedo conseguirlo. Con Teo a mi lado todo es posible.

## LA QUE UN DÍA FUI

**L**LEVABA UN MES EN SANTA CROCE. EL CONCIERTO ANUAL sería en el salón del ayuntamiento. Teo y Camilla habían hablado mucho y al final decidieron ir. Camilla se puso el vestido verde, el que llevaba en su cumpleaños, y un pañuelo de seda rosa. Y por encima, el abrigo gris, que le llegaba hasta las rodillas.

Cuando entró en la sala buscó a su madre con la mirada. Estaba en la segunda fila. Aquella noche tocaría Davide.

—Vamos a sentarnos más atrás, anda —susurró Camilla.

—¿No te quieres poner con ella? Si es por mi culpa, no te preocupes, que seré muy educado.

Camilla sonrió. Teo era muy ingenuo a veces. Era verdad que a Lucia le costaba aceptar que fuera su novio, había ido a su casa pocas veces y su madre siempre lo había tratado con frialdad, pero en aquel momento no eran las paranoias de su madre lo que la preocupaba. Su hermano iba a tocar con Francesca, mientras que ella se quedaría en el banquillo, y no estaba acostumbrada a eso. Pensó que estaba totalmente de acuerdo con lo que Marco le había escrito en la carta: «Es difícil ser forofó de alguien cuando lo único que quieres es participar».

Pero no se acordaba del consejo que le había dado; por lo menos, en aquel momento.

Se sentaron al lado de una pareja que Camilla solo conocía de vista. Se saludaron con un gesto. El concierto estaba a punto de empezar.

Teo se había pasado todo el día trabajando y estaba cansadísimo. Cada vez que se le caía la cabeza hacía un lado, Camilla le daba un codazo y se reía. Cuando terminó la primera parte, se encendieron las luces.

Nino y Jessica se acercaron. Camilla intentó no darle importancia, pero no pudo evitar fijarse en el pelo de Jessica: lo tenía precioso, liso y brillante. La miró con una sonrisa forzada. Nino habló casi todo el tiempo con Teo.

—Te estás durmiendo, ¿eh? —bromeó mientras le daba una palmada en el hombro.

—Qué va, ¿es que no sabes que la música clásica se escucha con los ojos cerrados?

Todos se rieron. Camilla resopló y miró a Jessica de reojo. No tenía nada que decirle. Volvió a pensar en el tren, de vuelta de Venecia.

«Jessica me ha dado esto —le había dicho Teo mientras sacaba a Ludwig—. Me dijo que te lo había regalado ella».

«¿Y qué más te dijo antes de venir?».

«Que si me hubiera liado con Sonia me habría arrancado la cabeza, o algo por el estilo».

En aquel momento Camilla sonrió, pero los días que siguieron, todos los pasos que fue dando su amiga para intentar acercarse a ella le parecieron forzados. Jessica lo intentó durante un tiempo y después se alejó. Se veía que ella también estaba sufriendo, pero Camilla no podía hacer nada. Se sentía incomprendida.

Jessica la miraba de reojo. Seguramente se había dado cuenta de que el vestido verde le quedaba ancho. La enfermedad se había convertido en una barrera entre ellas sin que ninguna de las dos lo quisiera.

*Perdona si te miro sin reconocerte. Perdona si en esos ojos en los que antes me reflejaba, ahora solo veo a la que un día fui y no podré volver a ser jamás.*

Davide pasó a su lado y le acarició la mejilla. Su hermano, en plena crisis, se estaba refugiando en la música, igual que ella, sobre todo ahora que conocía la historia de su violín.

—Suerte —le susurró.

Parecía nervioso.

Tendría que haber estado ella en el lugar de Francesca, pero el jodido



cabrón no la había dejado. Cuando las luces de la sala se apagaron, Camilla aguantó la respiración. Conocía cada una de las notas de aquella música.

Se acordó de la primera vez que escucharon la *Primavera*. Camilla irrumpió en su habitación y lo obligó a dejar Facebook. «¡Dado, escucha esta, tenemos que aprendérmola! ¡Es perfecta para nosotros!».

Camilla suspiró.

Algo fallaba en el palco. Ya habían afinado los instrumentos, pero su hermano no se decidía a poner los dedos en el teclado.

—Eh, espabila —lo reprendió Francesca con el violín en el brazo, la barbilla apoyada y la mirada severa.

Davide se puso de pie.

—Pero ¿qué haces? —dijo Francesca exasperada.

Se oyeron rumores entre el público. El maestro de canto salió de detrás de la cortina y lo miró preocupado.

—Perdonad, pero no puedo tocar sin decir antes una cosa.

Escrutó la sala, a oscuras, pero no vio a Camilla.

—Cami, ¿estás ahí? ¡Camilla!

—¡Sí, está aquí, conmigo! —gritó Teo.

Camilla le dio un codazo en el estómago. Más rumor entre el público. Los de la fila de delante se volvieron hacia ellos. Camilla apartó la mirada. Pero ¿qué estaba haciendo el idiota de su hermano?

Se hizo el silencio.

—Bien. Camilla, gracias a ti estoy tocando hoy aquí. Gracias a ti descubrí esta pieza. Y las ganas de estudiar. Y ahora, a mi lado, deberías estar tú. La *Primavera* es para ti. Dedicada a tu batalla.

El público aplaudió. Camilla se moría de vergüenza, pero al mismo tiempo se sentía orgullosa de Davide.

Sin embargo, asistir al concierto se estaba convirtiendo en una tortura. Davide tocaba muy bien, pero Francesca era un desastre. Le habría gustado subir al palco y quitarle el violín de las manos. Se habría derrumbado antes del final, eso seguro, pero por lo menos le habría enseñado a tocar. Empezó a dolerle la cabeza y le escocían los ojos. Quería quedarse por Davide, pero el cuerpo le pedía que se rindiera. Estaba a punto de irse cuando de pronto le pareció tener a Marco a su lado. No quería volverse a mirar porque sabía que

solo era una sensación. Se quedó inmóvil y le pareció oír su voz que decía: «Combate, Camilla. Somos seres especiales. Nos ha caído esto encima porque podemos afrontarlo».

Apretó los dientes y sonrió.

«Gracias, Marco», pensó. Teo no se dio cuenta de nada. Estaba todo dentro de su cabeza y al mismo tiempo parecía muy real, como si él estuviera de verdad a su lado.

Tras el aplauso final, no pudo más. Ya no tenía ni fuerza en las piernas para sostenerse. Felicitaría a Davide en otro momento.

—Teo, por favor, llévame a casa —susurró.

Teo la sacó de la sala ignorando los rumores a su alrededor. La ayudó a subirse a Giuditta y no dejó de apretarle la mano. Tenía la mirada fija en la carretera y conducía en silencio. En momentos como aquel, a Camilla le asaltaba el temor de que él no pudiera soportarlo. No debía de ser fácil tener que abandonar siempre la fiesta antes de medianoche.

—¿Cómo estás? —le preguntó una vez que estuvieron en casa, mientras la metía en la cama.

—Como la que te ha sacado de un concierto.

—Estaba deseando irme, la verdad. Esa violinista toca fatal —le dijo Teo mientras le quitaba el vestido.

Los dedos de Teo rozaban su cuerpo con la delicadeza de las manos de un pianista. Le quitó el sujetador y le acarició los pezones con los dedos.

—Date la vuelta, te voy a dar un masaje.

Camilla obedeció. Teo empezó por el cuello con un movimiento lento y delicado.

—Lo haces muy bien —dijo Camilla—, ¿dónde has aprendido?

Teo no contestó. Seguía sin reaccionar a ciertas preguntas. Simplemente, las ignoraba. Camilla se las iba apuntando todas en su Moleskine y, cuando volvía a leerlas, no podía evitar preguntarse quién era el chico con el que salía.

¿Puedo ir a tu casa algún día?

¿Tienes hermanos?

¿Me hablas de tu familia?

¿A qué te dedicabas cuando vivías en Cerdeña?

¿Dónde has aprendido a dar masajes?

Camilla no insistía. Esperaba que llegara un día en que se sintiera preparado y se sincerara con ella sin necesidad de indagar, pero aquel día parecía no llegar nunca y ella solo sabía de Teo lo que él quería mostrarle. Ella había levantado la sábana, pero Teo no. Él continuaba envuelto en su manta, que seguía pesando como el plomo.

Teo había llegado al final de la espalda. Le metió los dedos por debajo de las bragas. Se le aceleró la respiración, pero estaba demasiado cansada para responder a sus caricias.

—¿Te pones el pijama, niña?

Camilla asintió.

Había una cosa de la que quería hablar con él desde hacía tiempo, pero no se atrevía. Había hablado de eso con el oncólogo y él le había dicho que en su caso existía el riesgo, aunque fuera mínimo, de que se quedara estéril. Mario Dotti le explicó que había una forma de evitarlo, pero ella le dijo que no tenía ninguna intención de tener hijos. Él le sonrió y le dijo dulcemente: «Pero algún día querrás tenerlos, Camilla».

Era demasiado pronto para hablar con Teo de todo eso. Le entraría el pánico. Sin embargo, para Camilla había llegado el momento de tomar decisiones y muchas de ellas tenían el sabor amargo de la precaución. «Se hace por precaución», le dijo el médico. «Lo hacemos por precaución», le repetían todos sin cesar. Su vida colgaba del hilo de la incertidumbre.

—Me gustaría que te quedaras a dormir —le susurró, y le hizo sitio en la cama.

Se había puesto el pijama que él le regaló, el que tenía escrito *baby* por todas partes. Teo le acarició la mejilla.

—A tus padres no les haría mucha gracia.

—Aprenderán a conocerte. Si he decidido luchar, también es mérito tuyo.

—Mío y de Marco —dijo Teo recalcando el nombre.

Camilla le había hablado del chico que conoció en el hospital y, cuando lo hizo, notó que sus ojos se encendían de celos.

Le gustó su reacción.

—Ahora te tengo a ti —le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

No le dijo que Marco seguiría siendo siempre aquel pensamiento secreto en el que se refugiaba cuando nadie podía llegar a entenderla. No le dijo que sin Marco, probablemente ella no habría sabido luchar. No le dijo que cuando se levantaba el viento, ella sonreía porque pensaba que era Marco, que mantenía su promesa. Marco era suyo y de nadie más. Y así sería para siempre.

—Ahora tienes que dormir —susurró Teo mientras ponía a Ludwig a su lado—. Mañana estaré aquí otra vez.

—¿Teo?

Él la miró a los ojos al tiempo que soplabla para apartarse el flequillo de la cara con aquel gesto que a ella tanto le gustaba.

—Dime.

—Sé que todo esto es muy difícil para ti y entendería que te cansaras.

Teo volvió a sentarse en la cama y le acarició la cabeza.

—Qué tonta —dijo—, no vuelvas a decir eso nunca más.

—Vale, pero seguiré pensándolo. Las noches que tiras a la basura porque tengo que dormir, los efectos secundarios de la quimio... Por Dios, cómo odio ese nombre: efectos secundarios. ¿Por qué una cosa que se supone que te tiene que ayudar es capaz de dejarte así?

Camilla no había terminado de hablar y ya tenía los ojos llenos de lágrimas. Teo se le puso delante y, como el río de palabras parecía imparable, le apretó los labios contra los suyos. Y se paró el tiempo.

*No hay nada más dulce que un beso inesperado, nada más íntimo que dos almas unidas por los labios, nada más secreto que un amor que crece entre espinas.*

—Camilla, yo también te necesito.

Ella lo miró atónita.

—¿Por qué me miras así? ¿Crees que eres la única que está enamorada?

—No, pero...

—Te lo vuelvo a decir: te necesito. Yo estoy donde estés tú. No me voy a ningún sitio. No te vas a librar de mí.

Camilla se agarró a Teo una vez más y esperó que él fuera en serio.

NO ES COMO UN GOLPE QUE TE DAS  
EN LA CABEZA

— **S**IGO SIN ENTENDERLO —DIJO TEO POR ENÉSIMA vez—, ¿por qué el doctor Lightman la tiene tomada con Torres? ¡Ella no tiene nada que ver! Camilla resopló.

—Acabo de decírtelo. Está enfadado porque ella quería resolver el caso a su manera. Si te callas nos enteraremos mejor.

Teo extendió las piernas y puso los pies sobre los de Camilla. Estaban viendo un capítulo de *Miénteme*. Era el sexto de la tarde. Ella estaba apoyada en su brazo, con todo el cuerpo echado sobre él. Teo notaba su piel y, aunque la serie era difícil de seguir, no dejaba de distraerse pasándole la mano por el cuello, la barriga y la cara. A ella no parecía molestarle.

—Son muy cortos —farfulló Teo inclinándose hacia el ordenador—. ¿Vemos otro?

—Mejor no. Nos estamos atontando demasiado. ¿Te está gustando?

—Lo que voy entendiendo, sí, pero sigo pensando que habría sido mejor empezar desde la primera temporada.

—¡Pero si te he hecho un resumen! Además, yo ya la había visto.

—De todas formas, es imposible reconocer las mentiras del doctor Lightman. La serie parece un poco surrealista.

—Qué va, hay toda una ciencia detrás —dijo Camilla con cara de sabionda.

—Sí, claro, ¡hasta una ciencia! Y yo que creía que se lo estaban

inventando todo.

—No, en serio, se basa en el lenguaje corporal. Jessica lo ha estudiado, en Psicología Social o algo así.

—Vale, vale, pero yo sigo pensando que es imposible.

—Si quieres puedo demostrártelo —dijo Camilla, y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas? —gruñó Teo, que esperaba poder callarla con un beso.

Camilla rebuscó en un cajón y sacó una baraja.

—¿Sabes jugar al póquer?

—Estás hablando con el rey del póquer.

No era verdad, ni siquiera sabía jugar. Con las cartas, en general, se ponía nervioso enseguida.

—Voy a demostrarte que sé distinguir cuando mientes o cuando dices la verdad.

—¿Con el póquer? —protestó Teo, que no estaba muy convencido—. Está bien, pero si tenemos que jugar, lo haremos a mi manera.

—¿O sea? —preguntó Camilla mientras barajaba.

—*Strip poker* —dijo Teo con una sonrisilla.

Ella aceptó resoplando.

—Los hombres solo sabéis pensar en una cosa —comentó—. Pero vale, de todas formas no tendré que quitarme ni la sudadera.

—Eso ya lo veremos.

—¿Y cuáles son las reglas de tu nueva versión?

—Las del Texas Hold'em. Se apuesta y se juega como si se estuviera jugando normal. Lo único que cambia es que el que gana decide qué prenda se tiene que quitar el adversario.

—¿Y tú ya has jugado otras veces? —preguntó Camilla mientras Teo cogía la baraja y la dividía por la mitad.

—Sí —contestó.

—Esa es la primera mentira —dijo Camilla señalándole con el dedo.

—Está bien, no. Pero ¿cómo lo sabes?

Camilla sonrió.

—Porque echas el hombro izquierdo hacia atrás cuando mientes.

Teo lo movió involuntariamente otra vez.

—¿En serio? No me doy cuenta.

—Es normal que no te des cuenta.

—Ahora que me lo has dicho, no volveré a hacerlo —prometió Teo, y cogió sus cartas. La miró dudoso—. ¿Y te pasa muchas veces, lo de pillarme las mentiras?

Camilla hizo una mueca.

—Entonces, me estás diciendo que las dices.

Teo suspiró.

—A ti no.

Camilla lo observó.

—Y eso es verdad —admitió imitando la voz del doctor Lightman—. Pero me escondes algo —añadió.

Teo se quedó en silencio. Mentir no serviría de nada.

—No te estoy escondiendo nada —contestó—, solo es que hay algunas cosas de mi vida de las que todavía no me atrevo a hablar.

Camilla asintió. De pronto, se había puesto triste.

—Eso ya es mejor que una mentira —suspiró mientras le daba la vuelta a la primera carta.

—Te toca —dijo Teo.

Él no tenía nada, pero se jugó una gran cantidad de fichas. Camilla le siguió el juego con una sonrisa. Teo, cuando veía que ella no se daba cuenta, la miraba a la cara buscando el rastro de la Camilla que él conoció. No podía evitarlo. Seguía teniendo la piel muy blanca, pero a menudo se le llenaba la cara de granos rojos y esos días no quería que él la viera. A veces le salían tantas úlceras en la boca que ni siquiera podía besarla. Pero bastaba con que se riera para que a Teo se le olvidaran todos aquellos detalles.

—¿Cambias la apuesta o seguimos? —preguntó Camilla mientras se pasaba una mano por el cuello.

—Por mí, está bien así.

—Perfecto, rey del póquer, ¿qué tienes?

Teo hizo una mueca de resignación y dejó caer dos cartas en la mesa.

—Nada —admitió—, ¿y tú?

—Pareja de reyes —exultó Camilla alargando los labios en una sonrisa maravillosa.

—Estás guapísima cuando sonríes —dijo Teo.

Camilla no le hizo caso. No se creía ninguno de sus piropos. No se sentía guapa, así que los demás tenían que verla por fuerza como ella se sentía. Teo no podía soportarlo.

—Pues ya puedes empezar a quitarte la camiseta —dijo Camilla.

Él fingió una mueca molesta y extendió los brazos hacia arriba. Camilla se levantó y se la quitó.

Le cayó la mirada en sus pectorales y Teo se dio cuenta de que se sintió tentada de tocárselos y, con un poco de suerte, poner fin a aquella tortura.

—Niña, si cedes por tan poco voy a tener que empezar a preocuparme —bromeó.

—¿Ceder, yo? ¡Pero si estás perdiendo tú!

Siguieron jugando. Teo perdió también la segunda mano, aunque esta vez fue solo por mala suerte: tenía un trío, pero Camilla le ganó con una escalera.

—Para mí que, más que saber descubrir embustes, lo que pasa es que tienes la baraja trucada —protestó Teo mientras empezaba a desabotonarse los vaqueros.

Camilla negó con la cabeza y después comentó:

—Es increíble.

Teo se quitó los pantalones y los dejó en la cama.

—¿El qué?

—Los chicos os quedáis desnudos en dos segundos —explicó Camilla—. Mírate, solo te quedan los calzoncillos y los calcetines. ¡Otras dos manos y te gano!

«Y se pasa a lo mejor», pensó Teo.

Llevaban una semana sin hacerlo y se moría de ganas. En eso también había cambiado Camilla. Ya no tenía todo aquel interés por el sexo y a menudo Teo se daba cuenta de que se forzaba para complacerlo. En esos casos, prefería esperar.

—El juego no ha terminado todavía —dijo Teo—. Te toca a ti repartir.

Teo vio que tenía un póquer y apostó todo lo que tenía.

—Sé sincero —exclamó Camilla—, tiene que ser muy gordo para apostártelo todo.

Teo bajó la mirada a los calzoncillos.

—No sé si es tan gordo.



—Qué tonto —dijo ella sonrojándose.

—Entonces, ¿qué? ¿Pasas?

—No, gracias, prefiero ver lo que tienes.

Teo le enseñó las cartas.

—Perfecto. Has ganado. ¿Qué quieres que me quite?

—Todo —dijo Teo.

—No se puede decir *todo* —replicó Camilla.

—Entonces, quítate la sudadera —dijo Teo—. Si no tienes frío —añadió.

La mirada que le lanzó Camilla fue como un puñetazo en el estómago. Habría sido mejor no decir nada. Hacía casi treinta grados en la casa. Los padres de Camilla tenían la calefacción al máximo y Teo se moría de calor. A Camilla le molestaba que la tratara como a una enferma, pero él no podía evitarlo, se preocupaba. No quería volver a sentirse tan mal como cuando ella enfermó y él creyó que había sido por el frío que había pasado en la cabaña.

Camilla se quitó la sudadera y se quedó con una camiseta blanca adherente. No llevaba sujetador. Los pechos se le habían reducido considerablemente, pero a Teo le seguían pareciendo muy atractivos. Los pezones se entreveían debajo de la camiseta.

—¿Vas a dejar de mirarme las tetas y ponerte a barajar? —bromeó Camilla.

—Me distraen —farfulló Teo apartando la mirada.

—Son mucho más pequeñas —dijo Camilla, y se las cogió con las manos por encima de la tela—. Antes eran por lo menos el doble.

—Siguen siendo una distracción —replicó Teo.

En aquella mano, perdió los calcetines. Camilla le miró los pies con expresión divertida.

—¿Qué pasa? ¿No te habías dado cuenta? Tengo el segundo dedo más largo que el dedo gordo, ¿y qué?

Camilla se rio.

—Tienes los pies muy graciosos.

—Y tú te diviertes con muy poca cosa —gruñó Teo, pero estaba contento.

Los calzoncillos apenas lograban contener su erección. Desde que Camilla se quitó la sudadera, la mente de Teo corrió hacia lo que pasaría en cuanto uno de los dos se quedara completamente desnudo. Camilla hacía como si no se

diera cuenta. Teo se moría de ganas de llevársela a la cama.

—Vale, yo veo primero. Doble pareja, ¿y tú? —dijo Camilla.

Por fin. Él no tenía nada de nada.

—Has vuelto a ganar —dijo Teo—, pero solo porque has tenido suerte.

Teo deslizó las manos hacia el elástico de los calzoncillos. Camilla lo miró, se le acercó y lo besó en la boca. Teo se los quitó y le metió una mano por debajo de la camiseta buscándole los pezones. No podía más.

—¿Camilla?

Era la voz de Lucia, al otro lado de la puerta.

Se separaron al instante y Teo se puso a buscar los calzoncillos como loco. ¿Por qué tenía que tirarlos siempre en cualquier lado?

—Camilla, ¿estás despierta? Te llama Roberto.

—¿Y qué quiere ese ahora? —susurró Teo mientras se tapaba la erección con la mano y seguía dando vueltas por la habitación.

—Sí, mamá, ya voy —dijo Camilla conteniendo una carcajada—. ¿Los has encontrado? —añadió dirigiéndose a Teo.

—Voy a entrar —dijo Lucia.

El pomo se movió. Camilla le tiró una manta encima a Teo, que se envolvió en ella a la velocidad de la luz.

—Aquí está, Roberto —dijo Lucia por el teléfono inalámbrico—, perdona que te haya hecho esperar.

—¿Sí? —exclamó Camilla con un énfasis calculado mientras salía de la habitación.

Lucia se quedó un momento observando a Teo, que estaba envuelto en la manta de gatitos rojos. Su mirada lo decía todo, aunque a Teo le pareció ver una insólita pizca de ironía. Tras un momento que duró un siglo, Lucia salió del cuarto y cerró la puerta.

Teo vio que tenía los calzoncillos a dos pasos de él, debajo de la mesa.

—Mierda —farfulló.

Camilla volvió a entrar. Lo miró un segundo y se echó a reír.

—¡No tiene gracia, joder! —protestó Teo—. Ya le caigo como el culo a tu madre, aunque no se sabe por qué.

Camilla siguió riéndose.

—No le caes mal, es que ella es así —le explicó.

—¿Qué quería Roberto? ¿Por qué te llama a tu casa?

—Lo hace de vez en cuando. También le gusta charlar con mi madre.

Teo se puso serio.

—¿Estás celoso?

Se encogió de hombros y dijo:

—Yo a tu madre solo puedo decirle hola y poco más.

Camilla lo miró a los ojos.

—No te preocupes por eso. Con la que tienes que hablar es conmigo.

Teo dejó que lo abrazara. En los calzoncillos, ahora, reinaba una calma total. Con la entrada de Lucia se le había bajado de golpe y hasta parecía más pequeña que antes.

—Camilla... —susurró cuando volvieron a tumbarse en la cama.

—¿Sí? —le dijo ella mientras le acariciaba el cuello con los labios.

—¿Te gustaría... que nos fuéramos a vivir juntos?

Teo se enderezó para observar su reacción. Le había salido así, de pronto, pero ya hacía tiempo que lo estaba pensando. Camilla lo escrutó también.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, aunque ya sé que no podría ser de hoy para mañana, claro, habría que organizarse, pero...

—Teo —lo interrumpió ella—, estoy enferma.

Lo dijo como si él no lo supiera.

—Ya lo sé —contestó Teo—, pero eso para mí no cambia nada.

—¡No cambiaré para ti, pero para mí sí! —dijo Camilla.

Había levantado la voz y se le habían encendido las mejillas. De pronto, Teo pensó que había dicho una tontería enorme.

—¡Ni siquiera podría cocinar, o por lo menos, no todos los días! Mientras siga así, no soy ni la mitad de la que era. Siempre sería yo la que te necesitara a ti —volvió a exclamar casi gritando.

—Pero eso no importa, Camilla —dijo él—, te curarás.

—Sí que importa —contestó, y se le llenaron los ojos de lágrimas—. A veces no entiendo...

—¿El qué?

—No entiendo qué ves en mí. Estando así, quiero decir. No puedo hacer nada, hasta el sexo nos cuesta y... cada vez que veo a Sonia me pregunto por

qué no te has quedado con ella.

Teo fue a contestar, pero Camilla lo calló poniéndole un dedo en los labios.

—Me pregunto por qué no vas a poder tener una historia con una persona normal. ¡Una historia normal! En la que puedas ir a un restaurante, salir con los amigos, viajar... sin que yo tenga que interrumpirlo todo en el mejor momento.

Teo suspiró. Camilla empezó a sollozar.

—No quiero una historia normal —dijo él—. No me sirve para nada una historia normal. Yo te quiero a ti, nos quiero a nosotros, como éramos antes y como somos ahora. Eso es lo único que cuenta para mí. ¿Te vendrías a vivir conmigo, Camilla? No se lo estoy pidiendo a la del pelo castaño y más tallas de sujetador. Te lo estoy pidiendo a ti.

Camilla se secó las lágrimas.

—Estoy esperando una respuesta —dijo Teo acariciándole la espalda.

—Pues claro que me iría contigo, tonto —respondió Camilla—. Si pudiera, me iría ahora mismo, con tal de estar contigo.

Teo la abrazó otra vez y se preguntó cómo había empezado todo entre ellos. ¿Cuándo había empezado a sentir todo aquel amor que no era capaz de contener?

Se dijo que no, que no se acordaba. Tal vez, sin darse cuenta, la había amado desde el primer momento.

*Cuando es amor, no te das cuenta de cómo empieza. No es como un golpe que te das en la cabeza, no es algo que te haga daño. Si miras atrás y no sabes cuál fue el momento exacto en el que te enamoraste, puede que lleves enamorado mucho más tiempo del que crees.*

## ADORO TU FORMA DE VER EL MUNDO

—¿E STÁS SEGURA DE QUE VAS A PODER? PODEMOS volvernos, si quieres, ¿eh?  
Camilla sonrió.

—Es la cuarta vez que me lo preguntas desde que salimos y la respuesta sigue siendo la misma, Teo. Sí puedo, solo es un paseo.

Teo le había propuesto salir a darse una vuelta por el sendero de Pianoalto que llevaba a la cima de la montaña. Camilla no protestó, aunque sabía que el camino era largo y cuesta arriba. ¿Cómo iba a poder? Pero no quería decepcionarlo. Era lo único que le había pedido. Tenía que conseguirlo.

—¿Cómo es que conoces este sendero? —le preguntó mientras caminaban. Se aferraba a la mano de Teo como si fuera una cuerda a la que agarrarse.

—Vine un par de veces cuando estabas en Milán —contestó sin pararse— y me pareció un sitio precioso.

—Es muy bonito —convino Camilla—, pero ¿qué te gusta más, el mar o las montañas?

Teo entrecerró los ojos. Camilla sabía que le molestaban sus preguntas, pero no podía evitarlo.

—Debería gustarme más el mar, porque nací en un pueblo de playa —dijo por fin.

—Pero también te gusta la montaña, ¿no? —insistió Camilla.

Teo se paró y se secó el sudor de la frente.

—Si seguimos hablando, no llegaremos a la cima.

Tenía razón. Camilla estaba jadeando y apenas tenía fuerza en las piernas. No sabía cuánto aguantaría. Lo único que le consolaba era saber que si de verdad llegaba un momento en que no pudiera más, volverían atrás inmediatamente.

Empezaron a caminar en silencio. Camilla conocía muy bien aquel sendero. Davide y ella solían ir de pequeños, aunque solo llegaban hasta el límite del bosque y después se distraían recogiendo setas y correteando detrás de las lagartijas. Hasta la cima solo había llegado dos o tres veces.

—¿Crees que estás preparada para la boda de Roberto? —le preguntó Teo cuando salieron del bosque.

Allí el camino se allanaba unos metros, pero ella sabía que después la subida sería difícil.

—Preparadísima, he superado pruebas mucho más difíciles que esta —dijo, y apretó los labios.

No estaba siendo del todo sincera con él. La Camilla de antes, la que no conocía al jodido cabrón, habría tocado el *Ave María* con los ojos cerrados; la de ahora, la que había perdido el pelo, las fuerzas y las esperanzas, temblaba solo de pensarlo. «Es muy fácil», pensó. Pero sabía que no lo era. Además, el diploma se le había escapado de las manos y no sabía cuándo podría sacárselo. Quizá nunca. O tal vez algún día, si llegaba a recuperar las fuerzas.

—Eh —susurró Teo levantándole la barbilla con la mano—, ¿por qué tienes esa cara? No quería ponerte triste. Hoy debería ser un día feliz.

Camilla hizo un esfuerzo y sonrió. El sendero empezaba a subir y se elevaba sobre ellos.

*Hay momentos en los que tirar la toalla es la única forma de salvarse.*

—Teo, no puedo. Sé cómo es el camino a partir de ahora. No tengo fuerza en las piernas.

—No tienes que andar —dijo Teo.

Camilla lo miró desconcertada, pero Teo se agachó y dijo:

—¿A qué esperas?

—¡No lo dirás en serio!

—Pues claro que sí. Quiero enseñarte un paisaje precioso, pero tenemos que llegar arriba.

—¡Ni hablar! No dejaré que tires de mí como...

Camilla dejó la frase a la mitad. Iba a decir «como una enferma».

—He llevado sacos de cemento que pesan mucho más que tú, Camilla Lanfranchi.

—¡Pero no hasta la cima de una montaña!

—Ese es el reto. Venga, sube.

Camilla se subió a su espalda y se le cogió al cuello.

—Así me vas a ahogar —se rio Teo, y le colocó las manos mejor.

—¿Seguro que puedes?

—No pesas nada. ¡Por eso no me he traído la mochila!

—¿Lo tenías todo planeado?

Teo no contestó. Mientras caminaba, Camilla miraba hacia el valle, que se iba haciendo cada vez más pequeño. La respiración de Teo mantenía un ritmo regular. Parecía que había hecho aquel camino muchas veces. Tenía la mirada fija en la cumbre y había dejado de hablar. Le había puesto las manos, firmes y seguras, en las rodillas. No quería distraerlo, así que ella también se quedó en silencio y, si hubiera podido, se habría hecho aún más ligera para no pesarle.

A mitad del camino la dejó bajar para beber un poco de agua.

—La montaña es una gran maestra —comentó Teo— y es muy distinta del mar. El mar te desafía, pero ella se queda inmóvil y te obliga a tomar una decisión. No hay nada más intrigante para un hombre.

Camilla se rio.

—Hablas de la montaña como si fuera una mujer.

—Lo es —confirmó Teo—, es una anciana de pelo blanco y olvidadiza, pero sigue siendo intrigante.

—¿Quieres que nos volvamos?

—¿Estás loca? Ahora llega lo mejor.

Volvió a cargársela a la espalda y echó a andar otra vez. A Camilla le dio la impresión de que sus pasos se habían hecho aún más ligeros. Cerró los ojos. Solo notaba su respiración y el contacto de sus manos en las rodillas. Quería grabarse aquellos momentos en la cabeza, sabía que los iba a necesitar.

—Hemos llegado —se alegró Teo cuando estuvieron en la cima y la hizo bajar.

Se tumbó en el suelo. Camilla se echó a su lado y lo besó.

—Sabes a sal —le dijo, y le apartó el flequillo.

—Estoy cansadísimo —admitió Teo—, pero muy contento. Quería traerte aquí arriba.

Camilla miró el valle de abajo y reconoció el campanario torcido, el campo de fútbol, la plaza y el ayuntamiento.

—Santa Croce en miniatura —dijo poniendo un dedo delante de ella—. Me cabe en una mano.

Teo no estaba mirando el panorama. Camilla se dio cuenta de que estaba observando un punto entre dos rocas, como si hubiera escondido algún secreto allí.

—El valle no es el único motivo por el que te he traído hasta aquí —admitió mientras se volvía a mirarla—. Tengo que enseñarte una cosa, pero tienes que cerrar los ojos.

—¿En serio? ¿Ahora?

—Pues claro, ¿cuándo va a ser? Dame la mano y cierra los ojos. Yo te llevo.

Camilla se quedó a oscuras. Solo percibía el aire en la cabeza y la voz de Teo que le susurraba al oído:

—Marichka vivía al otro lado de las montañas, pero a Olexa le daba igual. Aunque hubiera estado en la luna, él habría llegado hasta ella con su música.

Camilla caminaba despacio. Teo la llevaba de la mano y a ella le pareció ver de verdad a Marichka con el pelo movido por el viento mientras le tendía un brazo como si quisiera darle la otra mano.

—Un día sucedió lo inevitable —continuó Teo— y Olexa murió asesinado. No se sabe quién lo mató, pero bueno, da igual.

Camilla se rio.

—Marichka no lo sabía, así que empezó a vagar por sus amadas montañas buscándolo. Cuando supo que no volvería, se echó a llorar. Sus lágrimas eran tan puras que por cada gota que caía al suelo, brotaba una flor. Una flor nueva, que nadie había visto jamás. Desde aquel día se la conoce como estrella alpina. Ya puedes abrir los ojos, niña.

Camilla tardó un momento en enfocar bien, pero después, entre las dos rocas, la vio. Fuerte y frágil a un tiempo, igual que ella.

—¡No me lo puedo creer! ¡Una estrella alpina!



—Marichka pasó por aquí —dijo Teo—. A lo mejor, si estamos en silencio, podemos oír su voz que llora en el viento.

Camilla sonrió.

—Te gustó la historia, ¿eh?

—Sí, mucho, sobre todo el final —dijo Teo mientras se inclinaba hacia la flor y la cogía por el tallo—. El que se la regala a su amada, tendrá el amor eterno.

Camilla le cogió el brazo.

—¡No! —gritó.

Miró la flor, que se cobijaba entre las rocas, blanca y suave, en el punto más alto de la montaña. Parecía tímida e indefensa, y le había parecido oírla gritar pidiendo ayuda.

—Me encanta que me hayas traído aquí. Me he emocionado al ver la estrella alpina. Pero ella está bien donde está. Esta es su casa. Y no se deja admirar por todos, créeme. Ella sabe que no te la llevarás de aquí.

—Sigo pensando que podrías ser una buena abogada —dijo Teo moviendo la cabeza.

Sacó el móvil y le hizo una foto a la flor.

—Por lo menos, nos llevaremos este recuerdo —murmuró.

—Gracias, Teo —dijo Camilla.

—¿Por qué?

—Por hacerme vivir una fábula.

Se levantó, dio unos pasos en la dirección opuesta a la que habían seguido para llegar hasta allí, se dio la vuelta y le hizo un gesto a Teo para que la siguiera. Él no podía saberlo: todos llegaban a la cima, contemplaban el panorama y volvían a bajar. Solo la gente del lugar conocía la otra parte de la montaña.

—¿Adónde vas? —quiso saber Teo.

—¿Quieres ver otra cosa preciosa?

—Sí —dijo él—, pero ¿hay que andar mucho? Estoy hecho polvo.

Camilla se rio.

—¿Cómo vamos a volver, si estás tan cansado?

—Creía que podríamos descansar un poco aquí —dijo Teo mientras la seguía.

—Después de ver esto —dijo Camilla.

—Vale, pero espérame, ¿no?

Camilla siguió bajando por un sendero estrecho que apenas se veía y al llegar, lo esperó. Cuando estuvieron cerca, ella se paró, pero Teo siguió andando.

Había un altar unos metros más arriba. Se utilizaba para las misas en honor a los caídos y alguna que otra ocasión especial.

Teo sonrió y la miró. Ella se quedó inmóvil esperando. Teo se dirigió hacia el altar y cuando estuvo delante, se volvió.

La miró como si estuviera esperando algo.

Camilla se rio.

—¿Qué te parece? —le gritó.

Él tendió una mano. A Camilla le entró un escalofrío.

—¿Tengo que cantar la musiquilla? —le preguntó.

—No es una musiquilla, tonto, es una...

—Odio las marchas nupciales —le advirtió Teo.

—Y yo odio el vestido de novia. Tiene pinta de ser incomodísimo.

Camilla dio un paso hacia él.

—Odio el traje de pingüino del esposo.

—Odio las sonrisas de los familiares y las lágrimas de los padres — continuó Camilla.

—Odio a los pajes que llevan los anillos. Casi siempre son los hijos ilegítimos del hermano de la esposa.

Camilla soltó una carcajada y se le acercó un poco más.

—Odio los comentarios en voz baja de los testigos —dijo.

—Odio el hambre que te entra mientras los novios están haciéndose fotos en vez de ir a comer.

—Odio el álbum de familia que proyectan en la pantalla grande. Es un aburrimento mortal —gritó Camilla.

Lo de *aburrimento mortal* tuvieron que oírlo hasta en el valle.

*Adoro tu sonrisa, cuando me miras y sé que no hay ningún otro lugar en el que quisiera estar.*

*Adoro cuando te pones a cantar en el coche y no te saltas ni un bache.*

*Adoro cuando esperas a que te conteste antes de hacerme otra pregunta.*

*Adoro tu forma de dirigirte a la gente, amable y esquivo a un tiempo.  
Adoro tu piel blanquísima, casi transparente.  
Adoro el primer día que te vi, con la pajita en la boca y la mirada  
aburrida del que espera una emoción intensa.  
Adoro cuando me regañas porque como con la boca llena.  
Adoro tu forma de ver el mundo desde una ventana que da al mar.  
Adoro tu pasión por la ropa tendida, que te cuenta historias increíbles.  
Adoro tu marca en el cuello, la de violinista.  
Adoro también tu cicatriz, la de la clavícula, que me recuerda lo fuerte  
que eres.  
Adoro cuando te quedas ensimismada para despertar con un sueño  
nuevo.  
Adoro cuando hacemos el amor y tu cara queda suspendida sobre la mía  
para recordarme cómo es la luna.  
Adoro cuando te desnudas y no sabes que te estoy mirando.  
Adoro tu nariz helada cuando hace frío fuera.  
Adoro tu voz que me dice «Sigue, sigue, sigue».*

—Odio los bailes de grupo entre el primero y el segundo. —Odio cuando los novios cortan la tarta diciéndole hola a la cámara de fotos.

—¡Odio las bodas! —gritó Teo, y alargó la mano. Camilla ya estaba delante de él. Se abrazaron delante del altar.

—Odio las bodas —le susurró con lágrimas en los ojos.

—Odio las bodas —repitió Teo en voz baja—, pero si pudiera, me casaría contigo ahora mismo.

## **El Moleskine de Camilla**

20 de noviembre

Tiempo: aire gélido; parece que va a nevar.

Tiempo en mi interior: el sol asoma entre las nubes.

Viento de hoy: céfiro, el viento rebelde. Le gusta conquistar. Es un chico con alas, guapísimo y celoso. Cierra los ojos y deja que te acaricie la cara. Si te gusta, no podrás enamorarte de otro, porque él te hará sentir culpable quitándote el sombrero. Sin embargo, la que custodia el corazón de Céfiro es la ninfa Flora, diosa de las flores.

Cosas que hacer hoy: conocer a Teo. En serio.

Aquel a quien amo  
me ha dicho  
que me necesita.  
Por eso  
me cuido,  
me fijo en mi camino y  
de cada gota de lluvia temo  
que me pueda matar.

BERTOLT BRECHT

## SI TÚ ESTÁS CONMIGO

**E**LLA LE HABÍA PEDIDO QUE LA ACOMPAÑARA CON UNA mirada tan implorante que no pudo negarse, pero ahora que estaba allí, se sentía tan fuera de lugar como la inmensa cantidad de girasoles amarillos que la novia había querido poner por todas partes: en el altar, en los bancos y hasta en el atril del órgano. La pequeña iglesia de Santa Croce parecía desaparecer con todo aquel resplandor amarillo. Roberto y su novia habían insistido mucho para casarse allí. A saber por qué. A Teo también le habría gustado poder desaparecer. La madre de Camilla lo miró con suficiencia cuando entró. No lo saludó. Ni siquiera se dignó a pedirle que se sentara con ellos. Antonio ni se volvió a mirarlo; pero bueno, él no contaba: Teo sabía que era el típico hombre que vivía sometido a su mujer.

Se había sentado en la última fila. Miró a su alrededor. La señora del primer banco debía de ser la madre del novio. Parecía una aristócrata. Por la forma en que se tocaba continuamente la pámela y hacía de todo por llamar la atención, estaba claro que ella sola no habría sobrevivido allí ni un segundo. Las amigas de la novia, las cuatro brujas del segundo banco, parecían sacadas de un musical de los años sesenta. Teo se fijó enseguida en la que iba vestida de rojo. Parecía la más gansa. No se estaba callada ni un segundo. Los amigos del novio no hacían más que darse codazos mirándolas. Seguro que lo hacían para fanfarronear. Solo había uno entre ellos, en el que no reparó hasta un poco después, que no hacía comentarios y estaba callado, en religioso silencio. Ese debía de ser el típico hombre que desaparecía entre los demás,

pero que, al final, era el que más valía de todos.

Odiaba las bodas. Odiaba el vestido blanco de la novia, caro e inútil, el charloteo de los familiares, que estaban deseando salir de la iglesia para formar jaleo, el intercambio de anillos y besos, las palabras del cura, todo. Solo estaba allí por ella.

—¿Qué haces aquí atrás? —protestó Camilla a su espalda.

—No quiero mezclarme con los invitados, ya lo sabes —contestó Teo en voz baja.

La miró. Se había puesto un vestido lila, cerrado por delante y ligeramente descubierto por detrás. Se le veían las costillas. Le apretaba tanto a la altura de las caderas que parecía todavía más delgada. Estaba palidísima y los labios pintados eran lo único que le resaltaba en la cara. Para él, seguía siendo guapísima, pero odiaba a Roberto, que la había obligado a tocar en su boda en aquellas condiciones.

—No puedo —le dijo señalando el órgano y el violín, que estaba en el suelo metido en la funda.

—Claro que puedes. Lo harás muy bien, ya verás. Eres la mejor —susurró Teo.

—Eso lo dices porque no conoces a la gente que hay sentada ahí en medio. Está hasta el director del conservatorio. Creo que después de tocar, me enterraré viva.

—Deja de decir chorradas. Lo vas a hacer muy bien.

—Ya veremos. Ay, mira, ahí está Roberto.

Teo se volvió. Por fin veía a su rival. Que el Roberto aquel se estuviera casando no suponía ninguna diferencia. Seguía estando en el corazón de Camilla. Para ser el novio, no parecía muy ilusionado. Pelo repeinado hacia atrás, un principio de calvicie y un poco de barriga que ni el sastre había conseguido disimular. ¿Qué vería en él? Cuando Roberto se volvió hacia ella, Teo vio que Camilla se sonrojaba. Roberto le sonrió. Teo apretó los puños.

—Espero no decepcionarlo —susurró Camilla, pero luego lo miró a él y añadió—: espero no decepcionarte.

—Lo harás muy bien —intentó tranquilizarla Teo por enésima vez.

Durante toda la ceremonia, hasta el *Ave María*, Camilla tuvo que estar sentada en un taburete que había al lado del órgano. Ni siquiera podía apoyar

la espalda. Teo estaba furioso. Aquello no parecía preocuparle a nadie, ni siquiera a Lucia, y sin embargo, él no podía quitarle los ojos de encima. ¿Y si se mareaba? ¿Y si se desmayaba? No deberían obligarla a hacer un esfuerzo así.

Cuando vio que se levantaba y se ponía el violín en el hombro, suspiró aliviado. Después del *Ave María*, si en algún momento se sentía mal, podría llevársela a casa.

El organista tocó unas notas introductorias y por fin el violín de Camilla dio voz a la melodía, llenando de un rojo intenso aquella iglesia invadida de amarillo. Teo la había oído tocar el día de la cabaña, pero entonces solo pensó que lo hacía bien, realmente bien, hasta donde él podía entender. Pero ahora, al oír de nuevo aquel violín después de tantos meses, se dio cuenta de que no solo tocaba bien; era como si hubiera una voz que le hablaba, como si estuviera oyendo llorar y alguien se estuviera sincerando con él. Vio los momentos que Camilla tuvo que soportar sin tenerlo a su lado. Las curas en Milán, la quimio que continuaba, lo que ella llamaba efectos secundarios y él, para sus adentros, definía como efectos destructores de una cura que te salva y te mata al mismo tiempo. Camilla tenía los ojos cerrados, pero incluso a aquella distancia Teo podía oír los latidos de su corazón. Algo, o alguien, había decidido unirlos en el momento más difícil de sus vidas. No podía ser casualidad. Cuando la intensidad de la música aumentó, cambió el escenario en su cabeza. Vio a un hombre débil, un hombre perdido, destrozado por el dolor y la desesperación, que cogía una mochila e intentaba volver a empezar. Vio a un chico que lloraba a su lado, suplicándole que no lo dejara solo, y vio toda Cerdeña en llamas, una isla quemada por completo, que se hundía en el mar entre cenizas y gritos. Camilla no sabía nada. No estaba preparada para afrontar su mundo. Teo no quería hacerla partícipe de todo aquello.

Cuando la pieza acabó y la última nota quedó flotando en el aire junto al olor del incienso, Teo se dio cuenta de que había llorado. Miró a su alrededor y vio que no era el único.

Camilla corrió a abrazarlo en cuanto terminó la ceremonia.

—¿Cómo lo he hecho? —le preguntó.

—Mejor, imposible —dijo Teo mientras salían.

Ella estaba muy contenta, pero se la veía cada vez más pálida.

—¿Seguro que estás bien?

Camilla asintió.

Todos los invitados se le acercaron para felicitarla. Teo se puso rígido cuando vio que Roberto se le acercaba y la cogía por la cintura. La cogió por la cintura. La cogió por... Le habría roto la nariz de un puñetazo. No podía con él. «Quítale las manos de encima», pensó apretando los puños con rabia.

Roberto la soltó. Quién sabe lo que le había dicho. Los dos lo miraron. El teléfono de Teo sonó. Se lo sacó el bolsillo para ver quién era.

«Ahora no», pensó.

No contestó. Camilla seguía hablando con gente que él no conocía. El teléfono volvió a sonar.

Se alejó unos metros. Vio que ella se volvía y lo buscaba con la mirada. Cuando lo encontró, él ya había contestado.

Camilla se le acercó. La voz del otro extremo de la línea era el puro retrato de la desesperación.

—Por favor, no seas así, tranquilízate —susurró Teo.

Camilla se le puso delante mirándolo con expresión interrogativa.

*Amar también significa renunciar a nuestros secretos.*

—No, ahora no puedo —dijo Teo—. Hazme caso por una vez... ¡Me cago en la puta!

Había gritado. Lucia se volvió hacia él con una expresión de disgusto pintada en la cara.

—Mierda —farfulló Teo.

Camilla lo miró asustada. Nunca le había visto ese sentimiento en la mirada. Se sintió un gusano.

*Aquí me tienes, soy yo. Estoy aquí. No soy solo el chico bueno, el que te protege, el que se queda a tu lado cuando estás mal, el que te saca de las fiestas y le da igual que sea temprano. Yo también soy este. Tengo una parte tan mierdosa que no te la puedes ni imaginar. Salto por nada. No me controlo. Cuando me enfado, me pican las manos y levanto la voz. Me gustaría borrar esa parte, la mala, pero no lo consigo. Soy débil, Camilla, como tú. No me dejes, amor mío. Solo tengo esperanzas de cambiar si tú estás conmigo.*

Camilla bajó la mirada y se llevó una mano a la cabeza. Teo colgó,



ignorando aquella voz del teléfono que intentaba insultarlo sin conseguirlo.

El cuerpo de Camilla perdió las fuerzas de golpe, como uno de aquellos girasoles de la iglesia cuando se marchitan. Mientras se desplomaba, a Teo le dio tiempo a cogerla en brazos.

—Mierda —repitió mientras Antonio y Lucia corrían hacia ellos y alguien, a su espalda, gritaba: «¡Un médico! ¡Que alguien llame a un médico!».

Lucia lo alejó de un empujón. Teo sabía que no lo había hecho adrede. Había sido un gesto involuntario, como diciendo: «Vete, ya estoy yo con ella».

Pero no podía irse. Se quedó allí, mirando a Camilla con las piernas hacia arriba, el alboroto general que se había creado, a Antonio, que intentaba despertar a su hija, y a Lucia, que se echaba a llorar. No se movió.

—¿Hay algún médico aquí?

—¡Llamad a un médico!

—Pobre chica, ¡es tan joven!

—Pero ¿qué le pasa?

—Aquí está el médico.

—¡Apártense! ¡Dejen pasar! ¡Váyanse de aquí!

«Yo no me voy a ningún sitio sin ti».

Se sentía culpable por haber contestado al teléfono. A lo mejor, si se hubiera quedado con ella, se habría dado cuenta de que no podía más y le habría pedido que se sentara.

«No me dejes solo, Camilla. No me dejes. Sin ti, el mundo pierde todos los colores».

## **El Moleskine de Camilla**

19 de diciembre

Tiempo: inclemente y gélido.

Tiempo en mi interior: soleado y cálido.

Viento de hoy: bóreas. Es un hombre pasional con barba larga y espesa melena. Con él podrías pasar una noche de amor, aunque corres el riesgo de

quedarte enganchada. Bóreas podría desaparecer al día siguiente y tú quedarte ahí, atontada, esperando a que vuelva a soplar sobre ti. No te enamores nunca de un viento del norte.

Cosas que hacer hoy: agarrarse con fuerzas al día que pasa.

Hoy ha sido un día memorable. He tocado el *Ave María* en la boda de Roberto. Estaba tan nerviosa que hasta he tratado mal a Teo. El pobre, ¡que solo estaba intentando tranquilizarme! Hacía mucho tiempo que no tocaba delante del público. ¡Y qué público! Había un montón de músicos; entre ellos, los profesores del conservatorio.

Esperaba que el jodido cabrón me dejara en paz, y la verdad es que me ha dado una tregua. Me sentía cargada de energía mientras esperaba a que llegara el momento. Habrá sido la adrenalina. Aunque después de la boda la he liado pero bien: me he desmayado delante de todos como una tonta. El médico ha dicho que ha sido un bajón de azúcar y que no debería esforzarme tanto.

De todas formas, ha sido genial. El violín no me ha dejado sola. Todo lo contrario: por primera vez, ha empezado a hablarme. Mientras tocaba, notaba algo distinto. No me limitaba a seguir las notas: escuchaba. La música me hablaba de una chica frágil, enferma y débil, que gracias a un chico de ojos tristes y expresión impertinente vuelve a encontrar las ganas de luchar. Contaba mi historia, con una claridad que casi me asustaba. Tenía escalofríos mientras los dedos se deslizaban por las notas. Creo que no la oí solo yo, porque cuando levanté la mirada, vi que Teo tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque no lo admitiría jamás. Mi madre también se ha sonado la nariz, pero ella no cuenta, porque siempre se conmueve con nada.

Este es el camino. Este es mi camino: tocar como si siempre tuviera que contar una historia. Ese es el único camino que conozco para llegar a ser algún día una buena violinista.

CUANDO EL PASADO VUELVE  
Y NOS OBLIGA A AFRONTARLO

**L**A PRIMERA NEVADA DEL AÑO LLEGÓ UNA TARDE HELADA de diciembre. Camilla dejó el violín en la cama y contempló los copos que caían y se posaban por todas partes. Estaba haciendo un ejercicio de cuerdas dobles que antes le salía impecablemente y ahora le costaba. Quería tocarlo a la perfección para demostrar que la enfermedad no podría con ella pero las notas salían cansadas, que era exactamente como estaba ella. Mario Dotti decía que el tratamiento estaba teniendo el efecto esperado. A ella le parecía todo lo contrario, pero si lo decía él, que veía de todo, tendría que fiarse. Marco no había dejado de acariciarle la barbilla y entrarle en la cabeza. No sabía nada de su vida antes de la enfermedad y tampoco quería saberlo: prefería recordarlo así, como un luchador. El pensar en él le daba fuerzas para afrontar los peores momentos. Un día le escribió una carta a su madre, pero después la rompió: no tenía derecho. Marco era aquella estrella que brillaba siempre en el cielo y nadie conseguiría oscurecerla.

Lucia abrió la puerta sin llamar.

—Ha llegado Teo —le dijo—. ¿Quieres que pase?

—Pues claro, mamá.

Qué pregunta. Teo ya la había visto así. Aunque estuviera mal, él era el único que Camilla quería a su lado.

Lucia lo dejó entrar, mirándolo de arriba abajo, como siempre, y cerró la puerta.

—Uno de estos días, tu madre me va a pedir que me vacíe los bolsillos — bromeó mientras se sentaba en la cama.

En realidad, Lucia había cambiado su opinión sobre él. Camilla se había dado cuenta, pero como no le daba importancia, no le había dicho nada a Teo. Sus padres estaban fuera de aquella historia. Eran ellos dos, y nadie más.

Camilla lo observó. Llevaba un gorro de lana y un buen abrigo.

—Está nevando —le dijo como si ella no se hubiera dado cuenta—. Está todo precioso.

—¿Quieres salir?

—Solo si tú quieres.

Camilla esperaba que no insistiera. No se sentía muy bien aquel día, estaba más cansada de lo normal.

—Me gustaría, pero no sé si podré.

—Entonces no, me quedo aquí con mi magnífica violinista.

Camilla se puso rígida.

—No quiero obligarte a estar aquí.

—No digas tonterías. He venido para estar contigo. ¿Qué estabas haciendo?

—Un ejercicio de técnica, pero no he hecho muchos progresos.

—No sabes cuánto me alegro de que tu profesor se haya casado.

Camilla miró las cuerdas del violín y no contestó. Cuando se dio la vuelta, Teo se había quitado el gorro.

—¿Qué...? ¿Qué has hecho? —balbuceó observándolo horrorizada.

Teo se había rapado por completo.

—Con el flequillo ese parecía un niño tonto —se justificó como si no quisiera volver a hablar de eso.

—Tu pelo... —insistió Camilla—, tu flequillo...

—No me vayas a decir que te habías enamorado de mi flequillo y ahora no me quieres.

—Así parece mayor. Tendré que acostumbrarme —dijo Camilla.

En realidad, aquel gesto la había sorprendido. Teo, completamente calvo. Él, que adoraba su pelo. Era como una segunda declaración de amor.

Se tumbaron en la cama y Camilla le acarició la cabeza.

—Te has quedado calvo, como yo —le dijo.

—Haría de todo por ti, Camilla.

Teo jugueteó con el botón de la sudadera de Camilla y cuando consiguió abrírselo, le metió la mano hasta tocarle el pecho. Ella empezó a jadear.

—Sigue, por favor —le dijo.

Notó que se estaba excitando y empezó a bajarle los calzoncillos. Él le quitó los pantalones del pijama y le pasó los dedos entre los muslos.

—Abre las piernas —le susurró dulcemente.

Se agachó para besarla y cuando estuvo seguro de que estaba completamente mojada la penetró muy despacio mirándola a los ojos.

A Camilla le dolía un poco, pero era un dolor soportable en comparación con el placer que sentía cada vez que conseguían hacer el amor.

Él se apartó en el último momento y expulsó el semen sobre la barriga de Camilla suspirando. Ella le puso la mano en la boca. Si su madre los oyera, no le haría ninguna gracia. Mario Dotti les había hablado de eso también: Camilla no podía arriesgarse a quedarse embarazada en aquel momento. Tenían que tener cuidado. Sin embargo, ninguno de los dos se lo tomaba muy en serio. Hacía dos meses que Camilla no tenía la regla y estaba segura de que no pasaría nada.

Cuando Teo se quedó dormido, ella pasó un buen rato mirándolo y acariciándole la cabeza calva. Él seguía con una mano en su pecho.

El móvil de Teo sonó, interrumpiendo el silencio. Él refunfuñó algo y se dio la vuelta para el otro lado. Camilla se escabulló del abrazo y miró en la mochila. Cuando lo encontró, ya había dejado de sonar. El nombre que aparecía en la pantalla era Michele. Tenía que ser alguien de Cerdeña. Estaba a punto de volverse a la cama cuando vio que en la mochila estaba también su cuaderno, el cuaderno que él se llevaba a todas partes y ella no sabía lo que contenía. No se le había olvidado su expresión serena cuando lo vio escribiendo en el tren de camino a Venecia. Se aseguró de que siguiera dormido, lo sacó de la mochila y lo abrió. Se quedó boquiabierta. Teo no escribía, dibujaba. Y lo hacía muy bien. Fue pasando las páginas y encontró muchas veces la misma imagen. Había recreado su historia de amor en aquellos dibujos. Camilla con el violín y el pañuelo, Camilla que cogía el tren, Camilla que lo besaba. Aquella Camilla de papel era aún más atractiva que la de verdad. Teo había visto en ella algo que ni ella misma sabía

reconocer. Había una especie de energía en aquellas páginas. Le habría gustado despertarlo para preguntarle por qué le había ocultado un talento tan evidente.

Pasó las páginas hacia atrás y encontró los primeros dibujos de ella, cuando todavía tenía pelo. En el columpio, la noche de su cumpleaños; mientras conducía hacia Pianoalto, y con expresión enfurruñada y la pajita en la boca el primer día, cuando se conocieron.

Había llegado a su primer dibujo. Pasó la página y lo que vio la dejó helada. Era el retrato de una mujer guapísima, con los rasgos delicados y la mirada triste. Tenía el cuello largo, en aquel dibujo. Parecía hecha de cristal. Tenía el pelo cortísimo y un aspecto elegante. No sonreía. Tenía una mano en la frente, como para protegerse del sol. Camilla pensó que parecía una diosa. En una esquina, Teo había escrito: «Siempre y para siempre». Tal vez fuera ella la causa de todos sus silencios. Quizá le había hecho tanto daño que él se había ido de Cerdeña para no volver a verla. ¿Cuántas cosas no le había contado de su pasado? Le entró un escalofrío al pensarlo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Teo.

Camilla se dio la vuelta dejando caer el cuaderno, que quedó abierto por aquella página.

Teo miró el retrato. Se le endureció la expresión y la mirada. Apretó los labios. Camilla habría querido preguntarle quién era aquella mujer y por qué no le había hablado nunca de ella, pero Teo se levantó de pronto de la cama y volvió a meter el cuaderno en la mochila.

La miró, y en aquella mirada Camilla leyó sufrimiento y desprecio.

*A base de enterrar los recuerdos se crean vacíos de dolor. Así se llaman esas corrientes frías que nos atraviesan y nos hacen perder altura cuando el pasado vuelve y nos obliga a afrontarlo.*

—No tenías derecho a hacerlo —farfulló.

—Lo siento —se apresuró a decir ella tendiendo una mano hacia la suya —, ha sido sin querer. Te ha sonado el teléfono y quería llevártelo. Después he visto el cuaderno y... Me he comportado como una idiota, Teo. Quería verlo. Pero no tenía derecho a hacerlo, lo sé. Lo siento.

Teo no contestó.

—No sabía que fuera tan importante para ti —añadió Camilla.

—Tengo que irme —dijo Teo sin mirarla a los ojos.

Se echó la mochila a la espalda.

—Espera, Teo, por favor —exclamó Camilla.

Pero él ya se había ido. Camilla cogió el teléfono para llamarlo, pero se dio cuenta de que no serviría de nada. Era la primera vez que se enfadaba tanto y le daba la impresión de que no se le pasaría con una llamada.

Lo observó desde la ventana, mientras se alejaba de ella bajo la nieve. Le salió un grito histérico mientras daba un puñetazo contra el cristal.

«Habías dicho que no me dejarías sola», pensó.

Le faltaba la respiración. Le dolía más que la quimio. Aquella sensación era peor que cualquier dolor físico. Le entraba dentro, se mezclaba con el cáncer y se burlaban juntos. Creía que se iba a volver loca. Lo llamó, pero como era de esperar él no contestó. Le mandó diez mensajes, todos seguidos, llenos de disculpas y palabras inútiles que solo sirvieron para que se desesperara aún más.

Había cometido un error y no podía volver atrás. Había intentado arrancar por la fuerza aquel velo protector que Teo seguía teniendo pegado y, al hacerlo, había destrozado lo que había debajo. No tenía derecho a mirar entre sus cosas. ¿Y si él le hubiera hecho lo mismo con su Moleskine? Se habría enfadado muchísimo.

«Perdóname, niño. A veces me comporto como si fuera la única persona de este mundo. Enferma o no, tú también cuentas. Sea lo que sea, lo afrontaré contigo», le escribió.

Solo había una cosa que Camilla no podría soportar: otra mujer. Si ese era el problema, tiraría la toalla. No podía luchar también contra eso. No ganaría jamás.

No quiso cenar. Se metió en la cama e intentó llamarlo otras cinco veces. Cuando ya había perdido la esperanza, hacia medianoche, él le contestó con un mensaje: «Lo siento, Cami. Necesito estar solo».

«Es el principio del fin», pensó Camilla, y no escribió nada más.

## TE ESTABA BUSCANDO

**N**O HABÍA VUELTO A METER EL PIE EN EL BAR LA VESPA desde que enfermó. Era el único sitio que siempre había intentado evitar.

Saludó a Freddy con un gesto de la mano y él tardó un poco en reconocerla. El grupo de las cotillas empezó a parlotear en voz baja, pero ella no se dignó a mirarlas. Pidió un zumo de melocotón que ni siquiera probó. El volumen de la música era insoportable. Se quitó los copos de nieve del abrigo y cuando empezó a tener calor, se lo quitó. ¿Qué más le daba que Freddy la estuviera mirando boquiabierto? ¿No habían visto a nadie bajo los efectos de la quimioterapia? Pues así aprendían todos algo nuevo, todos los que la miraban con la superficialidad del que jamás ha estado enfermo. Marco tenía razón: la enfermedad te hace ser distinto.

Hacía dos días que Teo la estaba evitando, y dos días que ella no salía de casa. Lo echaba muchísimo de menos. Su último mensaje decía «Yo te llamo», pero Camilla pensaba que no lo haría.

Miró de reojo a la mesa favorita de Jessica y ella. Estaba ocupado por otra persona. Había pensado que la encontraría allí. Quería hablar con ella de todo lo que estaba pasando. Jessica también había tirado la toalla. Lo habría hecho cualquiera, después de la forma en que la había tratado.

Alguien le puso una mano en el hombro y ella se dio la vuelta.

—¡Nino! —exclamó sorprendida.

Los ojos azules de Nino estaban resplandecientes. Hacía mucho que no lo veía. Tal vez desde el concierto de Davide.



—Me alegro de verte por aquí —le dijo—, pero ¿por qué no te has venido a la mesa?

Camilla entrecerró los ojos.

—No os he visto, aunque esperaba encontraros aquí, la verdad.

—Estamos allí, en la mesa de siempre.

Camilla estiró el cuello y volvió a mirar a la chica que estaba sentada en el sitio de Jessica. Estaba de espaldas. Tenía el pelo casi tan corto como el suyo.

—¿Quién es esa? —preguntó.

Nino se rio.

—¿No la reconoces? Es Jessica.

Camilla negó con la cabeza.

—No puede ser.

—Me gustaría decirte que se alegrará mucho de verte, pero no sé si es verdad. Ya sabes cómo es. Cuando te ha visto entrar se ha puesto a refunfuñar. Pero creo que solo es por orgullo. Ahora tienes que jugar bien tus cartas, Camilla.

Ella asintió.

—Pero ¿qué se ha hecho en el pelo?

Nino se encogió de hombros.

—Un día se despertó diciendo que quería cortárselo.

Camilla lo miró levantando una ceja.

—No, no admitiría jamás que lo ha hecho por ti, así que no le digas nada y usa otra táctica. Se pone como una fiera cuando alguien se lo insinúa.

Camilla suspiró. Pedirle perdón iba a ser más difícil de lo que se esperaba.

—Eh, Jes, ¿cómo estás? —fue lo único que consiguió decir cuando llegó a la mesa.

Jessica tardó en contestar. Seguía mirando su vaso de Coca-Cola. Cuando levantó la mirada, los ojos se le clavaron como dos puñales. Tenía que haberle hecho mucho daño, si tenía todo aquel resentimiento dentro.

—Os dejo un momento —dijo Nino apretando la mano de Jessica—, voy a salir a fumar.

Camilla se sentó. La música le estaba destrozando los oídos.

—Jes —repitió buscando su atención.

Jessica se volvió hacia la otra parte. Camilla tamborileó con los dedos en el vaso. A lo mejor no debería haber ido.

Jessica suspiró.

—¿Qué haces aquí, Camilla? —le preguntó resignada.

«Camilla». El quejes pronunciara su nombre completo le irritó.

—Te estaba buscando —dijo.

Jessica sonrió con sarcasmo y negó con la cabeza. Con el pelo tan corto parecía una niña. Se le notaban mucho más los rasgos, se le veían más grandes la nariz y la frente. Los ojos eran gigantes. Camilla se preguntó si los demás pensarían lo mismo de ella.

—No me has vuelto a hablar —murmuró Jessica.

Camilla asintió. Tenía razón.

—No me has contestado a los mensajes y te has negado a verme o quedarte sola conmigo cinco minutos —continuó Jessica, que ya no podía parar.

Camilla encajó los golpes. Era verdad. ¿Por qué lo había hecho? ¿Porque Jessica estaba bien? ¿O porque al estar con Teo ya se sentía bien y no necesitaba a nadie más? Era la primera vez que se paraba a pensarlo en serio.

—Lo siento —susurró.

Jessica volvió a negar con la cabeza mientras apretaba el vaso entre los dedos. Nunca la había visto tan enfadada.

—Intenté justificarte al principio —dijo Jessica—, pensé que estabas mal y era normal que no tuvieras ganas de salir, así que cambié de actitud, empecé a escribirte solo para saber cómo estabas. Me habría gustado poder ir a verte a tu casa. Te habría tenido de la mano sin hablar, si tú hubieras querido, pero no... no tenías derecho a echarme así de tu vida.

Se le quebró la voz. Estaba a punto de echarse a llorar. Jessica era muy fuerte. Si estaba tan enfadada era solo por su culpa.

—Jes, de verdad, no tengo excusa. Me he comportado como una idiota.

Jessica la miró a los ojos.

—Es mucho peor que eso.

—Pero ahora estoy aquí. Jes, mírame. Estoy aquí por ti.

—No lo has estado —respondió.

Camilla aguantó la respiración.

—Y sigues sin estarlo —añadió.

Había llegado el momento de hablar. Camilla se dio cuenta de lo fácil que era quedarse en silencio con Teo y entenderse, pero con Jessica se necesitaban las palabras.

—Estaba asustada, Jes —empezó a decir—. Me daba miedo que todos me vieran como a alguien distinto. De que me compadecieras. Cuando viniste al hospital y te pusiste a llorar, se me cayó el mundo encima. Aquello era lo último que necesitaba.

—Ya te he pedido perdón mil veces por aquel día —replicó Jessica—, no sabes la de veces que me he reprochado el haber llorado delante de ti.

Camilla puso una mano en la mesa. Quería tocarla, pero Jessica se apartó.

—No es fácil, Jes —susurró Camilla—. Yo sigo asustada. Ahora también. Y me gustaría que estuvieras a mi lado, otra vez. Hice mal en alejarme de ti.

Jessica suspiró. Aguantó las lágrimas y miró hacia fuera. Nino estaba a punto de terminar el cigarro.

—No lo sé, Cami. Te presentas aquí y pretendes hacer como si no hubiera pasado nada, que te sonría y me tome algo contigo.

Camilla no pretendía nada de eso. Estaba a punto de decírselo, pero llegó Serena y las interrumpió.

—Aquí estoy, perdona que llegue tan tarde —dijo mientras dejaba el bolso en la mesa, ignorando por completo a Camilla.

Se apartó un mechón de la frente y llamó a la camarera con un gesto. Jessica parecía incómoda.

—Ah, hola, Camilla, ¿cómo estás? —dijo Serena después de un tiempo que se les hizo infinito.

«Genial —pensó—. Me meto quimio todos los meses y he perdido tanto pecho que ya no sé ni para qué me pongo el sujetador. Mi novio, si se le puede llamar así, no me habla desde hace días y mi mejor amiga, según parece, se ha puesto a salir contigo, pedazo de cabrona».

—Bien.

No quiso preguntarle cómo estaba. Serena se dirigió a Jessica como si el tiempo de las preguntas de circunstancias ya hubiera terminado.

—Tengo que contarte lo que pasó en el Old Fashion el jueves por la noche —le dijo.

Camilla levantó los ojos al cielo y Jessica contuvo una mueca. Mientras Serena hablaba, ellas dos seguían mirándose y Camilla no sabía qué pensar. Nino llegó y abrazó a Jessica por detrás.

—Entonces, chicas, ¿qué os contáis?

—Pues eso, cosas de chicas —dijo Serena aprovechando el silencio de Jessica.

A Camilla le entraron ganas de tirarle el zumo de melocotón por la cabeza.

—¿Es una forma educada de pedirme que me largue? —preguntó Nino mientras le guiñaba un ojo a Camilla.

—No —dijo Serena—, qué va. Está a punto de llegar Federico.

Su novio. Camilla sabía que lo mejor sería irse, pero no quería darse por vencida.

Serena empezó a charlotear otra vez.

—Jes, ¿me estás escuchando? —soltó Serena de pronto al ver que la amiga no le estaba haciendo caso.

Camilla se puso a jugar con la servilleta.

«Venga, Jes. Dile que estabas hablando conmigo y no tenía ningún derecho a interrumpimos. Dile que es una pesada y que no quieres seguir saliendo con ella».

—Perdona, Serena, pero es que esta música no hay quien la aguante —dijo Jessica.

—Entonces, ¿es verdad que está altísima? —preguntó Camilla—. Creía que solo me molestaba a mí.

Serena la miró como si hubiera dicho una idiotez.

Jessica hizo una mueca mirando a Freddy.

—Es culpa suya —le explicó—. Se le ha metido en la cabeza que cuanto más alta esté la música, más bebe la gente.

—Qué chorrada —comentó Camilla.

Las dos sonrieron, por primera vez en mucho tiempo.

A Camilla le habría gustado poder volver atrás, a aquella época en la que el mundo seguía siendo un buen sitio en el que estar y nada le impedía pasar una tarde como aquella, entre música, alcohol y comentarios despreocupados.

*Se hacen muchos planes, pero después la vida te arrastra por otro camino. Uno nunca sabe lo que tiene hasta que lo pierde.*

—Bueno, me voy —dijo Camilla—. Me alegro de haber podido hablar contigo.

Jessica no contestó, pero la siguió con la mirada mientras se levantaba y se encaminaba sola hacia su casa. Nino la siguió.

—¡Cami, espera!

Camilla se volvió hacia él.

—Ha ido bien —la tranquilizó—. Ya verás, todo volverá a ser como antes.

—No lo sé, Nino. A lo mejor tiene razón. Es demasiado tarde. No he estado a su lado.

—Tenías tus motivos. Os habéis equivocado las dos. Solo necesitáis un poco de tiempo. Pero tranquila, de verdad, Jessica no puede estar sin ti. Te ha echado muchísimo de menos.

—Y yo a ella —dijo Camilla.

—Todo irá bien. Sois amigas. Dentro de nada, volveréis a ser exactamente igual que antes.

Camilla sonrió y no dijo nada. Sabía que lo que acababa de decir Nino, aparte de cómo fueran las cosas con Jessica, era totalmente imposible.

## IRME DE AQUÍ

CAMILLA ENCENDIÓ EL ORDENADOR Y ENTRÓ EN FACEBOOK. Hacía meses que no lo hacía. No soportaba ver los sitios fantásticos a los que iban las personas sanas ni sus caras sonrientes y llenas de vida, pero aquel día le pudo la curiosidad. Metió la contraseña y en cuanto se cargó la página, fue a ver la de Jessica. Fue pasando hacia atrás en el tiempo hasta que encontró una foto de un año antes, de una tarde en el Monkey. «Una amistad es para siempre», había comentado Jessica, y ella le había puesto un corazón debajo. Camilla sonrió y subió otras noticias más arriba. Un estado de Jessica le llamó la atención. Decía: «Ánimo, amiga mía. Estoy contigo». Era de dos días después de la operación. Había veinte *Me gusta* y algún comentario. Serena había puesto unos diez signos interrogativos. Como siempre, tenía que meter la nariz en todas partes. Nino había escrito un punto exclamativo, para intimarla a callar.

Siguió adelante. Vio otro estado sobre un examen que le había salido bien, con las felicitaciones de media Santa Croce, y después otro estado que quizá se refería a ella: «Ya no sé qué más hacer. Solo tengo ganas de llorar».

Después de un montón de comentarios, Serena la invitaba a salir aquella misma tarde. Al día siguiente, Jessica subió muchas fotos en las que salían las dos juntas en el bar La Vespa, en el río y en la montaña. Camilla se mordió el labio. No podía evitar sentirse celosa.

«Hoy te he visto. Quería abrazarte, pero no me has dejado. Te echo de menos, amiga mía».

Jessica siempre había usado Facebook como si fuera un diario. A Camilla no le gustaba, pero por lo menos ahora la ayudaba a entenderla. Había puesto muchos enlaces de páginas contra el cáncer e imágenes de gente sin pelo y con el gotero en el brazo. Camilla se sintió asqueada.

«Si una amiga es de verdad, vuelve siempre».

Serena comentaba todo lo que Jessica escribía, y a ella le daba mucha rabia. Seguían un álbum de fotos con Nino y más imágenes de Jessica y ella. Más adelante, Jessica publicó las fotos con el nuevo corte de pelo. Leyó los comentarios.

Serena le escribía: «¿Te has vuelto loca?».

Alguien replicaba: «Sigues estando guapísima».

Jessica decía: «Me gustaría irme de aquí, lejos de toda esa gente que se mete donde no la llaman».

Eso sí que era una buena reflexión. «Muy bien, Jes», pensó. Habría podido escribirlo ella.

Llamaron a la puerta. Camilla dejó el ordenador en la cama y se levantó. Jessica no esperó a que contestara para entrar.

—Hola —dijo mientras asomaba la cabeza pelada en la habitación—, ¿estás ahí?

—Hola, sí, pasa —dijo Camilla intentando cerrar la página de Facebook, pero no le dio tiempo.

—Entonces, sigues entrando en Facebook de vez en cuando —comentó Jessica mientras se sentaba en la cama.

—En realidad, es la primera vez que entro desde hace mucho tiempo.

—¿Estabas mirando mi muro?

—Sí, no sé por qué.

—Creo que he escrito muchas tonterías.

—No importa. He llegado hasta esta foto.

Camilla le enseñó la foto de las dos en el Monkey, abrazándose y sacando la lengua.

—Estábamos muy guapas —comentó Jessica.

—Ya, guapas e inconscientes —replicó Camilla con una pizca de melancolía en la voz.

Jessica suspiró.

—Han pasado muchas cosas desde entonces.

—Sí —susurró Camilla.

—Qué tontas éramos... Y qué aburridas somos ahora, ¿eh? No recuerdo ni un solo día en que me haya sentido realmente feliz.

—Pues, por las fotos, no lo parece —comentó Camilla pensando en las risas con Serena.

—Lo que se ve en Facebook no tiene nada que ver con la realidad, lo sabes mejor que yo.

—Lo que necesitamos es una noche de alcohol y baile desenfrenado —dijo Camilla.

Jessica abrió los ojos de par en par.

—¿Podrías hacerlo?

Camilla negó con la cabeza.

—No creo, pero me vendría bien.

—Cami, no he dejado de pensar en ti en todo este tiempo.

—Ya lo sé y, como te dije ayer, lo siento, Jes. No quería alejarte de mí, pero de verdad que lo estaba pasando muy mal.

—También fue culpa mía. No quería aceptar lo que te estaba pasando, esa es la verdad. Tenía tanto miedo de perderte que todo lo que decía sonaba falso. Joder, qué profunda me he vuelto.

—A mí me habría pasado lo mismo —la consoló Camilla.

—A lo mejor necesitamos un poco de tiempo, Cami, pero conseguiremos recuperarlo todo.

—Eso espero.

—Y, entonces, ¿cómo te van las cosas? ¿Dónde está el idiota de tu novio?

Camilla apretó los labios y esperó que ella lo entendiera sin tener que echarse a llorar otra vez.

—¿Te ha pasado algo con Teo?

Jessica tenía un radar para las crisis de pareja.

—Sí.

—Yo me lo cargo, al idiota ese.

Camilla le contó lo que había pasado. Las palabras salían todas juntas, atropelladamente, y se dio cuenta de que aquello era lo que necesitaba. Jessica reflexionó un momento.



—Teo ya no puede estar sin ti, Camilla —le dijo—. Si dejas que pase el tiempo, él te hará creer que no ha pasado nada, pero las dos sabemos que no es así. Si te esconde algo es que es idiota. Perdona, pero no te lo mereces. ¡Él lo sabe todo de ti!

Jessica tenía razón, como siempre. Al fin y al cabo, Camilla ni siquiera sabía adónde ir a buscarlo.

—Ya, pero... ¿qué puedo hacer? Está escapando.

—Igual que hiciste tú.

—¿Y tú qué crees que debería hacer?

Jessica le sonrió y dijo:

—Pues lo mismo que él hizo contigo.

—¿El qué?

—Obligarlo a afrontar la realidad. Ir a buscarlo.

Camilla resopló.

—Ya, pero después de todo este tiempo, ni siquiera sé dónde vive.

—Yo sí.

—¿Qué?

—Bueno, te parecerá raro, pero Teo se ha convertido en el blanco de los cotilleos de Santa Croce. Según parece... vive en un establo.

—¿En un establo?

—En una de esas casas que no son casas pero pueden serlo, como la cabaña de Pianoalto. Si por mí fuera, yo viviría allí todo el año, pero ya sabes cómo es la gente de por aquí, siempre tienen que criticarte por todo.

—¿Tú crees que debería ir a su casa?

—Sí. Sería un primer paso para hacerle entender que, si quiere estar contigo, no puede ocultártelo todo.

—Jes, me da miedo de que siga enamorado de esa mujer.

—¿Qué mujer?

—La que ha dibujado. Es guapísima y...

—Eh, eh, Camilla. He visto cómo te mira y cómo se comporta cuando estáis juntos. Si estuviera enamorado de otra sería un actor increíble. Tranquila, ¿vale?

Camilla asintió.

—Para mí es igual, ¿sabes? Me refiero a lo que siento por él. No me había

pasado nunca.

—Te has enamorado de verdad, ¿eh?

—Cuando estoy sola, pienso en él y es como si se me llenara el corazón, como si me creciera tanto que hasta se me cambia la cara. Él me hace reaccionar. Se me llena tanto el corazón que tengo que hacer algo, cualquier cosa, para que no explote.

Jessica sonrió.

—Sé a lo que te refieres —susurró— y me alegro de que también te haya pasado a ti.

—Gracias, Jes —le dijo—. ¿Quieres acompañarme?

—Sí, claro. Ponte algo de abrigo.

Sin pedírselo, le abrió el armario. Camilla pensó que aquel gesto significaba que su amiga había vuelto de verdad.

—Jes —le dijo mientras su amiga sacaba un jersey azul marino. Rebuscar en el armario de Camilla siempre había sido su pasión.

—¿Qué?

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Jessica hizo un gesto con la mano como diciendo que no tenía ninguna importancia.

—¿El qué...? ¿Esto? ¿Te gusta? Ya hace dos semanas que me lo corté. El pelo largo ya no está de moda y es chulísimo cuando te lo secas, ¿verdad? Estás lista en la mitad de tiempo. Y a Nino le encanta, porque ya no llego tarde a ningún partido.

Camilla alargó los brazos.

—¿Qué pasa? —preguntó Jessica.

—Te voy a matar —le dijo, y Jessica se precipitó a abrazarla.

—Te he echado de menos, cabezota —susurró—. Si hubiera sabido que Teo te iba a causar ese efecto, no lo habría mandado a Venecia. Pero tienes que prometerme una cosa —añadió tras un instante de silencio—: no vuelvas a alejarte de mí, pase lo que pase.

Camilla sabía que todavía le quedaba mucho camino por recorrer y que estar con ella no era fácil, porque volvería a tratarla mal: no sería la última vez.

Pero también había entendido que, pasara lo que pasara, formaba parte de

la vida y por una incomprensión, por un mal día, por cualquier motivo estúpido no podía echar a perder una gran amistad.

—Te lo prometo —susurró apretándole la mano con fuerza—, te lo prometo.

## NO ERES LA ÚNICA QUE TIENE UN SECRETO

—¿ESTÁS SEGURA DE QUE ES POR AQUÍ? —Le preguntó Camilla al tiempo que apartaba una rama. Aquel sendero, que apenas se veía, no parecía llevar a ninguna parte.

—Ya casi hemos llegado —dijo Jessica.

Camilla entrevió una cabaña de madera con una especie de balcón que tenía unos geranios marchitos.

—No puede ser —susurró.

—Eso mismo dije yo —comentó Jessica, y se agachó para atarse los cordones del zapato.

—¿En serio? ¿Esa es la casa de Teo?

—Sí.

Inmersa en el bosque, la pequeña cabaña parecía deshabitada. Sin embargo, había un pequeño terreno de césped cortado y un contenedor de basura, en la parte de atrás, que estaba lleno.

—Venga, ¿a qué estás esperando? —apremió Jessica—. ¡Ve a hablar con él!

—¿Tú no vienes?

Pregunta tonta. Jessica sonrió halagada.

—Lo harás muy bien tú sola, Cami. Yo tengo que volver a casa.

—¿No vas a esperarme?

—Solo cinco minutos. Si no sales, sabré que todo ha ido bien.

Camilla asintió.

Se encaminó hacia la cabaña y dio tres golpes fuertes en la puerta. No hubo respuesta. Se volvió hacia Jessica, que la animó a entrar.

Camilla bajó la manija y empujó. La puerta se abrió.

Le sorprendió el aroma a madera mezclado con el inconfundible olor del vino. Estaba oscuro, como si no hubiera nadie, pero Camilla vio enseguida un cuerpo tirado en el suelo, una botella rota al lado y varios trozos de cristal por el suelo.

—¡Teo! —dijo, y se precipitó hacia él.

Lo movió y se quedó atónita cuando consiguió darle la vuelta. No era Teo, pero el parecido era evidente. Aquel hombre, borracho y aturdido, era su padre.

Masculló algo incomprensible. Al principio, Camilla no lo entendió. Le pareció que estaba diciendo un nombre, pero no era el suyo.

—Ayúdame —farfulló después, mientras ella seguía mirándolo, incapaz de irse ni de hacer nada.

Jessica ya se había ido. Solo ella podía ayudarlo.

—Sí, claro —dijo Camilla—. Cójase a mí, levántese.

El hedor a alcohol era insoportable, pero Camilla intentó aguantar. Era el padre del hombre que amaba y además se le parecía muchísimo. No era el momento de hacerse la quisquillosa. Lo llevó a la puerta de la izquierda, pero cuando la abrió, vio que era un cuarto de baño.

—La otra —dijo él con la poca consciencia que le quedaba.

Volvieron atrás y Camilla se tropezó con un arcón. Se tambalearon y ella temió perder el equilibrio. Por fin entraron en la habitación. Solo había una cama de matrimonio, sin hacer. Camilla lo dejó en la cama y le echó una manta por encima. Ya había cerrado los ojos. Lo observó. Tenía sus mismas cejas, la misma boca, la misma expresión cuando dormía. De mayor, Teo sería más o menos así.

Volvió a la cocina y encendió la luz. Se quedó un momento mirando el desorden. Quedaban restos de la cena en un plato, en mitad de la mesa, junto a unas tazas y varios vasos. El fregadero estaba hasta arriba de platos sucios que debían de llevar allí mucho tiempo y el suelo estaba lleno de migas, señal de que sus habitantes no tenían ninguna intención de llamar *casa* a aquel lugar.

Había una escalera cerca del arcón. Al levantar la mirada, Camilla vio que era un desván. Probablemente, Teo dormía ahí. Le entraron ganas de curiosear, pero pensó que por una vez sería mejor resistir la tentación. Puso un cazo de agua a hervir y empezó a lavar los platos.

Desde que cayó enferma, hacer cualquier esfuerzo durante un tiempo prolongado le suponía una fatiga enorme. Sin embargo, en una sola tarde había aclarado las cosas con Jessica, había recorrido por lo menos dos kilómetros, había ayudado a un hombre borracho y se había puesto a limpiar los platos. Para su cuerpo, aquello era demasiado. Antes de que llegara el jodido cabrón, Camilla siempre había pensado que la fuerza de voluntad lo era todo y que no había límites si se proponía hacer algo, pero cuando enfermó descubrió que los límites existían, y tanto que existían. Era inútil negarlo. El cuerpo, sencillamente, no respondía. Era como si le dijera: «Eh, guapa, ahora sigues tú, que yo paso». Y así fue: después de limpiar la mesa y colocar las tazas limpias en el mueble de la cocina, Camilla tuvo que sentarse, exhausta, en una silla.

—Chiara —llamó el padre de Teo desde la otra habitación.

Chiara podía ser la hija, la madre, la mujer de la limpieza, la amante. A Camilla ya no le sorprendería nada. Se levantó y abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —dijo.

No estaba segura de que el padre de Teo estuviera del todo consciente.

—Tengo sed —dijo él con los ojos cerrados.

Camilla le llevó agua. Pensó que podría hacerle una infusión, pero no había que ser un genio para darse cuenta de que allí dentro no encontraría nada para preparársela. Cuando el hombre se bebió el agua, volvió a la cocina. Teo había vuelto. Se lo encontró delante, mirándola de hito en hito. No quedaba ni rastro de rencor en su mirada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó mirando a su alrededor.

Camilla se dio cuenta de que estaba avergonzado.

—Perdona, Teo, pero tengo que sentarme o creo que me caeré al suelo redonda —dijo Camilla, y volvió a sentarse en la silla.

—¿Has limpiado tú? —insistió.

Camilla no contestó.

—He venido a buscarte —le dijo después—, para hablar. Entré y vi que tu

padre se encontraba mal.

Teo apretó los labios.

—¿Te ha dicho o ha hecho algo malo?

—No, solo me ha pedido agua. Ahora está durmiendo.

Camilla esperó. No quería preguntarle nada. Tenía que encontrar él solo el valor de hablarle. Teo suspiró. Bajó la mirada al suelo. Camilla temió que la echara. Las manos en los bolsillos, los hombros curvos y la mirada en el suelo solo podían ser señales de que aún no estaba preparado.

—Me muero de vergüenza, Camilla —le dijo sin levantar la mirada.

—No digas eso —replicó ella en voz baja.

—No debías venir aquí.

—Teo, mírame. ¿Tú crees que yo no me avergüenzo de cómo soy ahora?

No le contestó.

—Pero confío en ti. Cuando viniste a Venecia y me dijiste todas aquellas cosas bonitas, empecé a creer en ti. Y creía que tú habrías hecho lo mismo.

—No es tan fácil, créeme.

—¿Qué no es fácil, Teo? ¿Afrontar la realidad o hablar conmigo? No lo entiendo... ¿Qué es lo que te asusta tanto? Soy la última persona que te juzgaría.

—No estoy tan seguro, Cami.

—¿Vives aquí? ¿Y qué pasa? ¿Tu padre está pasando por un mal momento? Nos pasa a todos. Pero yo creía que contaba algo para ti.

—Tú eres la persona más importante para mí, Camilla.

—Ah, ¿sí? ¿Y entonces por qué tengo la impresión de estar delante de alguien a quien no conozco?

Lo miró. No conseguía levantar los ojos del suelo.

—Me has visto muy mal —continuó Camilla esforzándose por no levantar la voz—, me has visto desmayarme, me has visto con los labios hinchados y agrietados, me has visto con los ojos fuera de las órbitas, me has visto calva, joder. Y aun así, has querido estar conmigo. No hui porque me prometiste que te quedarías conmigo. Ahora soy yo la que tiene que decirte una cosa: yo tampoco te voy a dejar, Teo. Sea lo que sea lo que me estás escondiendo, quiero afrontarlo contigo. Pero háblame, por favor.

Teo abrió la boca para contestar, pero se volvió hacia la habitación de su

padre y miró otra vez al suelo. Camilla pensó que se iba a echar a llorar.

—Estarás contenta —dijo—. Has descubierto que no eres la única que tiene secretos. Te sentirás mejor ahora.

—Pero ¿qué dices? —protestó Camilla—. ¡Yo solo quiero saber cómo estás tú!

Teo negó con la cabeza.

—Ahora mismo, hecho mierda. ¿Cómo quieres que esté? Mira a tu alrededor. Mira cómo está la persona que me trajo al mundo. Y tengo que enfrentarme a eso todas las mañanas, ¿entiendes? Tú eras lo único bueno de mi vida.

—¿Era? ¿Por qué hablas en pasado?

Por fin Teo la miró a los ojos. Camilla escrutó la oscuridad de sus pupilas y no vio nada bueno.

—Ya no estoy seguro de nada. Te lo he dicho, necesito estar solo. No deberías haber venido aquí.

Camilla dio un paso atrás. Ese no era el final que se había imaginado.

—Me da igual dónde vivas o quién sea tu padre —susurró—. Yo solo quiero estar contigo.

No esperó su respuesta. Le habría hecho demasiado daño. Se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta esperando que él la detuviera, esperando que saliera detrás de ella y le pidiera que se quedara. Pero no lo hizo.



## CUANDO EL DESTINO NOS LLAMA

**T**EO ENTRÓ EN EL CUARTO DE SU PADRE Y ESCUCHÓ SU respiración. Parecía que le costaba soltar el aire. Se le acercó y le tocó la frente. Estaba ardiendo. Se sentó en la cama suspirando.

Camilla había estado allí. Había visto dónde vivía y, sobre todo, con quién. No le había servido de nada esconderse. Lo había arruinado todo. Cuando se fue, palidísima y con los ojos llenos de lágrimas, sintió la tentación de seguirla, pero después se dijo que si lo hiciera, tendría que explicarle todo lo que había pasado y estaba pasando. Habría sido más difícil de lo esperado y no estaba preparado aún. No podía perder a Camilla después de todo lo que había hecho para estar con ella, pero no estaba seguro de que abrirse fuera buena idea. Habría cambiado todo lo que había entre ellos de un modo irreparable.

*Lo que has hecho no es lo que te hace distinto. Lo que hace inaceptable la situación es la forma en que convives con ello.*

Se dejó caer en el colchón y volvió a pensar en aquel día lejano en el que todo era sencillo, cuando todavía no había pasado nada. Aquel día empezaba exactamente igual que su sueño. Con aquella mujer estupenda que Camilla había visto en el cuaderno.

Le gustaba caminar por la playa con ella. Cogerla de la mano y no pensar en nada. Inclinarsen tan solo para recoger conchas.

«Ven, vamos a retar al mar», dice Chiara.

«¿Cómo se hace?», pregunta Teo.

«Así, mira, solo hay que saltar la ola. Venga, salta, tesoro».

Teo se ríe. Le encanta el juego.

«¿No sabes hacerlo mejor?», grita Chiara con los ojos brillantes de alegría.

«Mar, ¿no sabes hacerlo mejor?», repite Teo, y salta otra ola.

«¿Eso es todo?», grita ella.

«¿Eso es todo?», repite Teo.

Saltan decenas y decenas de olas.

«¿No sabes hacerlo mejor?», vuelve a preguntar Teo al cabo de un rato.

Una ola gigante lo arrastra y Teo se queda un momento hundido bajo el agua. Cuando emerge, Chiara se está riendo.

«Tendrías que verte la cara», le dice.

Después de pasarle la mano sobre el pelo mojado para quitarle un alga del flequillo, susurra: «No se puede ganar siempre». Y al momento añade: «Que no se te olvide, Teo, a veces gana la naturaleza».

Teo sonríe y empieza a saltar las olas otra vez.

Pero la escena, en la cabeza de Teo, cambia bruscamente.

Ahora están Michele y él pescando cangrejos en La Caletta.

«Pero mira que eres inútil, dame el cebo», le dice Michele con la piel bronceada por el sol y el pelo moviéndose al viento.

«Ya veremos quién es el inútil cuando termine el día», replica Teo.

«¿Es que ya no te acuerdas de cuántos pescaste la semana pasada y cuántos pesqué yo?».

Teo hace una mueca.

«No seas pesado», contesta.

«Yo creo que te dan pena», insiste Michele, que ese día tiene ganas de pelea.

«¿Quiénes, los cangrejos?», replica Teo con una sonrisa.

En la playa hay dos chicas esperándolos. Sus nombres no tienen importancia. De pronto, una coge el teléfono de Teo. Al principio, él no se da

cuenta. Está tan concentrado pescando que solo nota que algo no va bien cuando ve que la morena se lleva la mano a la boca y mira hacia ellos.

«Teo», lo llama.

Él mira hacia el mar. A lo mejor, si hubiera fingido no oírla, las cosas habrían sido distintas.

«Teo», insiste la voz.

*Cuando el destino nos llama, no sirve de nada esconderse bajo la arena.*

Se da la vuelta y ve que la otra chica, la pelirroja de los rizos, la de Michele, está llorando. Sale corriendo hacia ellas.

«Pero ¿qué haces? ¿Adónde vas?», grita Michele detrás de él, y enseguida lo suelta todo y lo sigue.

Cuando llega a pocos pasos de ellas lo lee todo en el rostro de la chica.

Lo mira llorando, sin decir nada, negando con la cabeza.

Él lo entiende, pero no quiere aceptarlo.

«¡Habla!», le grita.

Ella se queda callada y vuelve la cabeza hacia el mar.

«¡Habla, joder!», le vuelve a gritar, más fuerte.

La coge por los hombros.

«¿Quién era? ¡¿Qué te ha dicho?!».

La chica abre la boca para contestar, pero está asustada. Él la suelta. Y ella susurra: «Se ha ido, Teo. Lo siento. Lo siento mucho».

«¡No tenías que contestar! ¡No tenías que contestar! ¿Lo entiendes? ¡No te metas en mi vida, joder!».

Michele se acerca a la pelirroja y la abraza para consolarla.

«Eres gilipollas, Michele», farfulla Teo comprobando la llamada.

El número corresponde. El nombre corresponde. Teo pulsa el botón verde y espera mientras la morena lo mira desesperada.

«Hola, papá, soy Teo. ¿Va todo bien?».

Nada va bien, aquel día. Las frases que jamás habría querido oír le llegan una detrás de otra mientras aquella idiota sigue mirándolo. «¿Qué espera, que me ponga a llorar?». Cuelga, apaga el teléfono y echa a correr hacia el mar. Las olas se rompen con fuerza contra los escollos.

«¡Teo, espera!», grita Michele, que se suelta del abrazo de la morena y echa a correr tras él otra vez.

Teo se ha tirado al agua. El helor le ha penetrado en los huesos. Está nadando hacia el horizonte sin ninguna intención de parar.

«Teo, ¿adónde vas?», grita Michele intentando alcanzarlo.

Teo mira hacia atrás y ve los ojos de Michele llenos de lágrimas. Se hunde en el agua y piensa que él no llorará. Cierra los ojos y espera. Allí abajo no se oyen los gritos. Está a punto de alcanzar la paz cuando una mano lo aferra por el pelo.

Emerge escupiendo. «No se puede ganar siempre. Que no se te olvide, Teo, a veces gana la naturaleza».

«¡Suéltame!», grita Michele antes de que otra ola los arrastre. «Vamos a la orilla», le dice cuando por fin consigue salir a la superficie, y lo mira con compasión sin dejar de llorar.

«¡No llores!», grita Teo intentando alejarse de él.

«Pues vuelve a la orilla», exclama su hermano alargando la mano.

Nada más rápido que él. Consigue cogerle un brazo. Teo se siente atrapado.

«Déjame», le pide.

«Vamos a casa», exclama Michele.

Y entonces pasa. Es un instante.

*A veces solo hace falta un segundo para que la inconsciencia nos transforme en criminales.*

Teo sabe que su corazón se quedó allí, en aquel puñado de minutos en los que todo ocurrió. Nada volvería a ser igual entre ellos después de lo que hizo.

El padre empezó a toser. Teo se inclinó sobre él.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Hecho una mierda —contestó él—, pero estaría todavía peor si no hubiera venido a salvarme un ángel.

—Es la última vez que alguien viene a salvarte, papá. ¿Entendido?

No le contestó. Teo lo sacudió.

—¿Lo has entendido o no?

—Sí, Teo, lo he entendido.

—No basta con decirlo, joder. Tienes que hacer algo. Nadie volverá a

salvarte, papá.

Volvió a su cuarto, si es que aquella especie de desván se podía llamar así. Se echó en la cama y pensó que a lo mejor podría dormir un rato. Cerró los ojos y otro recuerdo se apoderó de su mente.

Esta vez está solo en casa, viendo la televisión, quizá un partido. Oye unos gritos a lo lejos, pero al principio no le da importancia. No era nada raro oír alguna pelea. Se pone nervioso cuando alguien grita su nombre. Llaman a la puerta.

«¡Teo, corre, antes de que pase algo!».

Teo reconoce la voz de su tío Franco y baja corriendo.

«¿Dónde está?», pregunta.

«En La Cantina», contesta Franco.

Echan a correr hacia el bar, en el que se oyen unos gritos inhumanos.

«¡Papá!», grita Teo al entrar.

Tarda un poco en reconocerlo. Tiene a dos hombres encima. La cara de su padre es una máscara de sangre. Hay botellas de vino por el suelo.

«Vuelve a decirlo si te atreves», grita uno de los hombres al oído de su padre.

Teo se abalanza sobre él. Sabe que es culpa de su padre, pero no hay tiempo para reflexionar. El siente la misma rabia porque no ha conseguido llorar. Franco se ocupa del otro hombre. Teo coge a Gianni, el dueño del bar, lo aparta de su padre y lo tira al suelo. Se lía a puñetazos con él, perdiendo el control por completo. Cuanto más le pega, más aliviado se siente. Su padre está demasiado borracho para pararlo. Gianni reacciona y lo agarra del brazo.

«No quiero hacerte daño, chico», le dice, pero Teo le da un cabezazo.

Gianni cae al suelo y no se levanta.

Cuando se oyen las sirenas, Teo piensa que ha llegado la policía. Es el fin. Intenta levantarse, pero tiene un brazo roto y le cae un chorro de sangre por la comisura de los labios. Su padre está igual. Franco y el otro hombre siguen pegándose.

«¡Quietos! ¡Dejadlo ya!», grita uno de los policías, el que parece mayor, irrumpiendo en el bar.

«¿Qué está pasando aquí?», dice el otro, el más delgado, sacando la pistola.

Se los llevan a la comisaría y los fichan.

«Luigi Mele, Teo Mele, Gianni Carta», dice el delgado.

Teo mira a su padre y por un instante ve en sus ojos un abismo de monstruos y ausencias que no había visto nunca. Los días juntos en la playa, los días felices, terminaron hace tiempo y no volverán, pero él no se da cuenta hasta aquel momento, con el estómago dolorido y los labios llenos de sangre.

«No os quiero volver a ver en el bar», dice el otro policía. «Y tú —añade señalando a Teo—, ya puedes alegrarte de que Carta solo se haya desmayado».

«Tenemos que irnos de aquí —piensa Teo—. Tengo que irme de aquí antes de que sea demasiado tarde».

«Has huido —le responde la voz de Michele—. Me has dejado solo. Te ha dado igual por lo que tendría que pasar yo. No podía irme de Cerdeña, ¿es que no lo entiendes? Siempre has sido un cabrón y un egoísta».

«Llévame contigo —le pidió Luigi—. Ya no hay nada que me retenga aquí».

«Vámonos, papá. Encontraremos un sitio para volver a empezar. Aquí nos estamos matando con nuestras propias manos».

«Vete, jodido egoísta», dice Michele.

Teo oye todas esas voces juntas, pisándose unas a otras en su cabeza: su padre, Michele, la abuela, los amigos, una avalancha de gritos, súplicas, ruegos, insultos y quejas.

La voz de Michele, que le dice: «Somos distintos y ya está. Yo soy el bueno y tú eres el capullo que no aprenderá nunca a vivir en el mundo. Puedes irte adónde te dé la gana, pero no podrás escapar de ti mismo».

La voz del policía, que lo coge por la camiseta y le reprende: «Tú tendrías que hacer algo por tu padre, en vez de apoyarlo».

En medio de todas aquellas voces, el rostro precioso de Camilla, que lo llama: «Teo, estoy aquí».

Se abre paso entre los gritos que intentan agarrarlo y arrastrarlo.

«¡Camilla, espera!».

«Ven, Teo. Juntos podemos conseguirlo todo».

Teo le da la mano. La sonrisa de Camilla se desvanece. Una ráfaga de viento le echa para atrás el pelo, que en el sueño sigue teniendo largo y brillante.

«Te he esperado mucho —le dice—. ¿Por qué no vienes?».

Se despertó. Estaba totalmente liado en la sábana, con la boca pegada a la tela y las manos detrás de la espalda, como si lo hubieran atado. Tardó un poco en desliarse, pero cuando por fin sacó la cabeza, tiró la sábana al suelo y susurró:

—Espera, Camilla. Ya voy.

## HE ENCONTRADO A UNA PERSONA ESPECIAL

**C**AMILLA ESTABA LLORANDO, CON LA CABEZA HUNDIDA en la almohada, envuelta en la oscuridad. Ya nada tenía sentido si había perdido lo único que contaba. Lo había intentado, con todas sus fuerzas; le había hecho caso a Jessica, pero Teo era más terco que una mula, o tal vez su secreto era tan terrible que ni siquiera se atrevía a pronunciarlo en voz alta.

Cogió el teléfono y pasó las fotos hasta encontrar la que Gio les había hecho a Marco y a ella. Estaban los dos sonriendo, jugando al póquer. Marco habría entendido su dolor.

—Cómo me gustaría poder hablar contigo ahora —susurró dirigiéndose a su rostro sonriente—, cómo me gustaría poder desahogarme contigo. Me arrancarías una sonrisa, estoy segura. Te echaré siempre de menos. No se me pasará nunca.

Cuando sonó el teléfono, se apresuró a cogerlo para que no despertara a nadie. No dijo nada. Se limitó a llevárselo al oído.

—¿Camilla? Soy yo. Tengo que hablar contigo. ¿Puedes bajar?

Camilla se sentó en la cama.

—Teo —susurró—, ¡son las dos de la mañana!

—En realidad son las tres, pero no podía esperar hasta mañana. Por favor, baja.

Camilla descorrió las cortinas. Estaba al otro lado de la cancela. Teo levantó el brazo para que lo viera.



—Un minuto —le dijo.

Se puso el abrigo encima del pijama, las botas y un gorro de lana. El aire de la noche, gélido e inquieto, le picaba en las mejillas.

«Sí, Marco, ya sé lo que estás pensando. Debería mandarlo a la mierda y punto».

—Qué frío —protestó—. ¿Qué quieres? —le preguntó manteniéndose a cierta distancia de él.

La frase le salió con más frialdad de la que quería. Él la miraba como si hubiera cometido un crimen.

—Bueno..., quería verte —dijo Teo.

—Claro, y yo soy la gilipollas que viene corriendo.

—¿Por qué hablas así?

—¿Que por qué hablo así? Pero ¿tú te oyes cuando hablas? Llevas días evitándome. Me has dejado plantada y te has ido sin dar ninguna explicación. He intentado recuperar lo nuestro y me has vuelto a echar. ¿Cómo coño quieres que esté?

—Lo siento, Camilla.

—Yo también lo siento, Teo. Creía que confiabas en mí. Después de todo lo que me dijiste... Creía que esta relación la queríamos los dos.

—Yo quiero estar contigo, Camilla.

—Sí, claro, tú quieres estar conmigo, pero yo no puedo saber una mierda de tu vida. Tú vienes todos los días a mi habitación, pero yo no puedo saber dónde vives. Te guardas un montón de secretos, y es imposible que una relación funcione así. Ni siquiera intentas explicarte. Me dices muchas cosas bonitas, pero eres el primero que no se fía. ¿Qué más quieres de mí? ¿Que te diga que va todo bien, que no ha pasado nada? ¿Y si mañana me vuelvo a encontrar algo tuyo y me insultas otra vez?

—Yo no te he insultado.

—Irte así, sin decirme nada, ha sido el peor insulto que he recibido en la vida —le dijo tiritando. Estaba helada y le entraron ganas de llorar. Lo más seguro es que se resfriara, y eso era lo último que necesitaba—. Me estoy congelando, así que, perdona, pero tengo que irme, a no ser que quieras verme muerta.

Se dio media vuelta y se encaminó hacia la casa.

Ahora sí que era verdad que todo había terminado, pero no tenía elección, no podía estar con alguien a quien no conocía en absoluto.

—Cami, por favor, espera.

Algo en su voz la obligó a detenerse. Era como una petición de ayuda sin lágrimas. No se volvió. Oyó los pasos de Teo cada vez más cerca. De pronto apretó el viento, como si quisiera embestirlos y arrastrarlos. Cerró los ojos para no echarse a llorar.

Teo la abrazó por detrás.

—Tienes razón. Te lo contaré todo. No sé cómo, pero lo haré. Por favor, no me dejes.

Camilla se dio la vuelta y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Le dio una bofetada en la mejilla. No pensaba hacerlo. La mano se le movió sola, como si la hubiera guiado otra persona.

Teo se llevó la mano a la cara.

—Me has hecho daño —dijo sorprendido.

—Y tú a mí —replicó Camilla, y lo abrazó como si hiciera años que no se veían.

Se apretó contra él aspirando el olor de su piel mezclado con el del tabaco y el caramelo. Teo le cogió la cara entre las manos.

—Has llorado —susurró, y la besó en la mejilla—. He sido un cabrón y un egoísta.

—Pues sí —dijo ella.

—Y además te estás helando. Vamos a mi casa, ¿vale?

Camilla miró hacia la habitación de sus padres y decidió que más tarde le escribiría un mensaje a su madre.

A mitad del camino empezaron a pesarle las piernas y tuvieron que ir más despacio.

«Perdona —seguía repitiendo Teo—. Perdóname». A Camilla le habría gustado decirle que no pasaba nada, pero tenía demasiado frío hasta para hablar.

Teo abrió la puerta de la cabaña y la hizo entrar al tiempo que se ponía un dedo en los labios.

—Vamos arriba —susurró.

La cogió en brazos para que no tuviera que subir las escaleras. A Camilla

le sorprendía que fuera capaz de intuir su cansancio y siempre supiera cómo comportarse. Le echó una manta por encima y se quedó un momento con la cabeza apoyada en su hombro, echándole el aliento cálido en el cuello. Camilla dejó de tiritar y observó la pequeña habitación, que tenía todo el aspecto de ser su pequeño reino. La colcha roja, una pila de libros en la repisa, un caballete en una esquina. Aquel era el mundo de Teo. Había pintado una pared entera con hadas desnudas y dragones que lanzaban fuego. No eran los típicos dibujos de los cuentos de hadas, se notaba el toque de una mano experta. Un hada guapísima, con los ojos verdes y el pelo largo y castaño, volaba sobre las alas del dragón. Tenía un violín en la mano. No muy lejos, en la cima de una montaña, había un chico que parecía un pastor que estaba tocando una trembita. El cielo estaba plagado de estrellas alpinas.

—¿Lo has pintado tú? —preguntó Camilla.

Teo pasó la mano por la pared.

—Es precioso, Teo.

—Lo hice cuando vi tu habitación —le confesó.

—Siento haber abierto tu cuaderno —admitió Camilla.

—Ha sido mejor así —contestó él—. Cada vez que quería hablarte de mí, era como si las palabras no quisieran salir. Era demasiado... Es difícil, Camilla. Ahora tampoco sé qué decir.

—Inténtalo —le suplicó ella—. Por lo menos, inténtalo.

Teo se sentó a su lado.

—¿Te acuerdas de cuando fui a Venecia y te conté la historia de la chica que huye?

—Sí, así me convenciste para que no tuviera miedo, te lo dije ayer también.

—No hablaba de nosotros. O mejor dicho, no solo de nosotros.

—No... no lo entiendo.

—La mujer que viste, la del retrato...

Camilla aguantó la respiración. Tal vez era mejor no saber la verdad. ¿Y si levantaba una barrera entre ellos?

—Espera —dijo Teo.

Sacó unos folios que guardaba doblados dentro de un libro y los esparció por la cama. Camilla cogió uno de los dibujos y observó rápidamente los

demás. Eran todos de la misma mujer, con el pelo corto y la mirada espléndida.

—Es preciosa —dijo Camilla.

—Era mucho más guapa —suspiró Teo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Nunca lo había visto llorar. Ni tampoco lo había visto tan triste, la verdad. Teo tenía todo un mundo hecho de colores, suspiros, secretos, hadas, dragones y recuerdos que siempre le había mantenido oculto.

—Era mi madre —dijo.

Camilla sabía que le había costado muchísimo pronunciar esas palabras. Volvió a observar el retrato y por fin vio en aquellos ojos algo que hablaba de él: el mismo encanto inconsciente, aquella mirada ensimismada que te hablaba siempre de otras historias.

—Murió el año pasado, un mes antes de que mi padre y yo nos mudáramos aquí.

—¿De qué murió? —preguntó Camilla con un hilo de voz.

—Cáncer —respondió Teo con un susurro. Y al momento, añadió—: Ya lo tuvo una vez, de joven. Fue poco tiempo después de conocer a mi padre.

Camilla se estremeció. Parecía su historia.

—Mi padre la convenció para que siguiera con él. Le dijo que lo superarían entre los dos. Al año siguiente se curó. Dos años después se quedó embarazada de gemelos.

—Tú... ¿tienes un hermano?

—Sí, se llama Michele. Se quedó en Cerdeña.

Camilla notó que había algún problema.

—No nos llevamos bien. Él no quería que me fuera, decía que la familia tenía que permanecer unida. Para él fue un golpe bajo cuando mi padre decidió venirse conmigo. Somos muy distintos. Aunque seamos gemelos, no nos parecemos en nada. Somos iguales... solo para la gente que no nos conoce.

—Ya... —dijo Camilla.

—Hace tres años, mi madre enfermó otra vez. Era muy fuerte. Decía que ya había luchado una vez contra ese monstruo y que volvería a hacerlo una y otra vez si hacía falta. Decía que tenía muchos motivos para luchar. Todos estábamos convencidos de que lo conseguiría. Pero un día, cuando todo

parecía ir bien, de pronto...

Teo no consiguió terminar la frase. Prorrumpió en un sollozo que parecía un llanto, un lamento que no encontraba la forma de salir. Camilla alargó los brazos y lo estrechó contra ella. Teo le mojó la mejilla con sus lágrimas.

A Camilla le dio la impresión de que nunca había conseguido llorar por la muerte de su madre. Parecía asustado de sus propias lágrimas.

*Cuando por fin nos abrimos, nuestra propia voz nos puede parecer la de un extraño que lleva demasiado tiempo observándonos en la distancia.*

—Perdona, joder, no sé qué me pasa —dijo.

—No pasa nada, Teo, estoy contigo —intentó tranquilizarlo Camilla hablándole con dulzura, como si fuera un niño.

Teo le apoyó la cabeza en el hombro.

—Cuando murió mi madre, mi padre cambió. Parecía otra persona. Antes era un cocinero estupendo y un padre maravilloso, de esos que te hacen sentir el centro del mundo, pero desde aquel día todo cambió. Dejó de trabajar y empezó a beber. No hacía más que beber y buscar pelea. Nos hizo la vida un infierno. Y aquí, por lo que parece, las cosas no han mejorado mucho. — Camilla le acarició la cabeza—. Nunca he hablado de esto con nadie —susurró—. Ni siquiera con él. El sigue destrozado. No es capaz de aceptarlo. Creíamos que venir aquí sería lo mejor para los dos. Un sitio nuevo, personas nuevas y vida nueva. Pero no ha sido así. Por lo menos, para él. Yo he tenido más suerte. Yo te he encontrado a ti, Camilla. Había dejado de pintar porque... Mi madre, Chiara, era pintora. Ella me enseñó todo lo que sé. Yo iba a estudiar Bellas Artes, pero no quise separarme de ella. Y cuando se nos fue... pensé que pintar ya no tenía ningún sentido.

Teo rompió en sollozos.

—No deberías dejar de pintar, Teo —susurró Camilla—. Lo haces muy bien. Estoy segura de que ella está muy orgullosa de ti.

—Cuando te vi a ti... pensé que tenía que pintarte, como hacía con ella — le confesó—, y he seguido haciéndolo. Tú me has devuelto las ganas de pintar.

«Y tú a mí de vivir», pensó Camilla, pero no se lo dijo.

Teo se llevó la mano a la pulsera del ojo de santa Lucía que él se ponía en el cuello como si fuera un colgante.

—Me la regaló unos días antes de morir. Me acuerdo del día en que

estábamos recogiendo las conchas. Estaba muy contenta. Cuando se reía, no podías evitar reírte con ella. Tenía algo contagioso en todo lo que hacía. Mi padre se quedó con esta concha y mandó que le hicieran esta pulsera. Ella me la regaló a mí. Me dijo que me ayudaría a encontrar a una persona especial.

—Siempre me ha encantado esa pulsera —dijo Camilla.

Teo se la quitó del cuello y se la puso a Camilla en la muñeca.

—Quiero que te la quedes —dijo.

—Pero no puedo, Teo, era de tu madre.

—A ella le habría gustado. Yo ya he encontrado a una persona especial. ¿Podrás perdonarme, Camilla? No te he contado nada de esto porque... no quería aceptar la muerte de mi madre. Y creo que no lo aceptaré nunca.

—No pasa nada, Teo. Ven, abrázame.

Camilla tenía tantas cosas que decirle que no sabía por dónde empezar. Quería decirle que sentía su dolor, que aunque nunca lo había vivido, lo sentía porque estaban unidos por algo sutil y misterioso que no necesitaba explicaciones. Quería decirle que lo que le había pasado era terrible, pero que ella estaba allí con él, para escucharlo y tenerle la mano y no soltarla jamás. Solo tuvo que mirarlo a los ojos para saber que tendría todo el tiempo del mundo.

—Solo te pido una cosa, Teo —susurró.

—Lo que quieras.

—No vuelvas a dejarme, como hiciste el otro día. No vuelvas a dejarme sola.

Teo la abrazó.

—No lo haré, niña. No lo haré.

## EN LA OTRA PARTE DE LA CALLE

—¿M ICHELE?  
Silencio.

—Sé que tendría que haberte llamado hace mucho tiempo, pero no podía. Ahora estoy mejor. ¿Tú cómo estás?

Silencio.

—¿Has hablado con papá?

—Lo llamo de vez en cuando.

—Perdona que no te haya cogido el teléfono, no quería que volvieras a empezar a insultarme.

—¿No has leído los mensajes?

—Pues la verdad es que no. Cada vez que leía tu nombre, los borraba sin leerlos. Necesitaba alejarme.

—Ya, pues deberías haber leído alguno. En todos te decía lo mismo. A lo mejor con palabras distintas, pero era siempre lo mismo.

—¿Y qué querías decirme?

—Que lo siento, Teo. Sigo enfadado contigo, pero sé que también es culpa mía. Le he dado muchas vueltas durante estos meses... y sigo pensando que no deberías haberte ido. Pero no hice nada para convencerte. Todo lo contrario. Lo único que sabía hacer era insultarte.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—Pues como siempre, pero por lo menos yo no he huido.

Teo se aguantó las ganas de replicar. ¿Acaso pensaba que había sido fácil

para él, durante todo ese tiempo?

—Irme ha sido lo mejor que podía hacer, Michele. Espero que lo entiendas algún día. Pero ahora he tomado otra decisión y quiero que seas el primero en saberlo...

Teo colgó y miró a Camilla, que se había puesto un vestido blanco ajustado al pecho. Estaba riéndose. Cuando Camilla se reía, el mundo de Teo se llenaba de color. Si hubiera sido por él, la habría dibujado de todas las formas posibles. Habría llenado páginas y páginas de su álbum de dibujo con el rostro y el cuerpo de Camilla en todas las posturas y expresiones que existen. El padre de Teo había dicho algo divertido.

—¡Teo, ya está listo! —gritó Camilla moviendo la mano.

—Voy —contestó.

Habían montado la mesa delante de la cabaña. Camilla se había llevado de casa el mantel de colores y un ramo de flores.

—*Gnocchetti sardi* —dijo Luigi mientras le servía una generosa porción de pasta en el plato de porcelana.

—Qué maravilla —exclamó Camilla.

—Tú espera a probarlos —le dijo Teo—. Hace mucho tiempo que mi padre no se mete en la cocina y puede que haya perdido su toque mágico.

Luigi le sonrió y Teo reconoció aquella mueca a mitad de camino entre la sorna y la ternura.

—Eso es imposible. Camilla, no le hagas caso, Teo siempre dice un montón de tonterías.

Camilla volvió a reírse.

Hacía mucho tiempo que Teo no veía a su padre tan relajado. Parecía feliz. Solo habían pasado unos días desde que Camilla irrumpió en su casa, pero era como si Luigi hubiera renacido. Había querido que se lo contara todo de ella. Había querido saber todos los detalles de su enfermedad. Después le explicó que la había confundido con Chiara el día que estuvo tan mal y que aquello le devolvió la esperanza: se dijo que si en el mundo todavía había alguien con ganas de luchar, él también tendría que poner de su parte. Llevaba demasiado tiempo enterrado en sus recuerdos esperando una señal.



—Están buenísimos —dijo Camilla, y se volvió a meter el tenedor en la boca.

—Si vinieras a Cerdeña, Camilla, estarían todavía más buenos —dijo Luigi.

Teo masticaba en silencio. Temía que aquel ambiente tranquilo no fuera más que otro sueño. Ya no estaba acostumbrado a aquel clima familiar. Era como si esperara una tormenta de un momento a otro. Ya no se fiaba del cielo sin nubes.

—Ah, por cierto, Teo, hablando de Cerdeña... quería decirte una cosa.

Teo soltó el tenedor. Camilla lo miró mordiéndose el labio. Ya está. La ducha fría estaba a punto de llegar. Uno, dos...

—Lo he estado pensando estos días y he tomado una decisión...

Tres.

—Dime, papá.

—He hablado con el tío Franco. Y también con Michele. Me necesitan allí... y yo... he decidido volver.

Teo suspiró aliviado. No era una mala noticia. Aquello era mucho mejor de lo que se esperaba.

—Verás —continuó Luigi—, creo que estoy demasiado mayor para acostumbrarme a otro sitio, a un lugar en el que no haya mar, o a lo mejor solo es que echo de menos Cerdeña. Creía que venir aquí me ayudaría a olvidarlo todo. Y a olvidar a Chiara. O a lo mejor no quería olvidarla, solo notar menos el dolor. Pero su pérdida dolerá aquí, dolerá en Cerdeña, dolerá en cualquier sitio.

Luigi hizo una pausa. Teo lo miró boquiabierto. Nunca lo había oído hablar así.

—Después, el otro día, llegó este ángel vestido de blanco —continuó Luigi señalando a Camilla, que se sonrojó— y al oír su historia, se me abrió el corazón. Y me dije: ¿qué estoy haciendo aquí? No he hecho nada bueno en todos estos meses, solo seguir destrozándome. Pero, ahora, a lo mejor puedo volver a empezar. Y quiero hacerlo donde me siento más cerca de Chiara. En mi casa.

Teo bebió un sorbo de agua. Su padre y Camilla lo miraron, esperando a que dijera algo.

—Yo creo que haces muy bien, papá —dijo—, y creo que Michele se alegrará mucho de tenerte otra vez en casa.

Su padre sonrió. Se había afeitado, por fin, y se había puesto una camisa. Parecía otro hombre.

—Las personas que mueren no nos dejan —dijo Camilla—, solo se van un poco más lejos. A un sitio que no se ve. Pero siguen estando a nuestro lado.

Luigi asintió.

Teo los miraba cada vez más desconcertado. Sabía a quién se refería Camilla. Y también era consciente de que aquel Marco no se iría jamás.

—¿Tú qué vas a hacer, Teo? —preguntó su padre.

—Yo me quedo con Camilla —dijo—, donde ella quiera estar.

—Estamos pensando en irnos a vivir juntos —susurró ella—. Todavía no sabemos cómo lo haremos, ni cuándo..., pero yo lo estoy deseando.

A Camilla se le encendieron las mejillas y Teo pensó que cuando ella era feliz, mirarla era como estar en el paraíso.

Terminaron de comer charlando, después quitaron la mesa juntos y Luigi se fue a lavar los platos.

Camilla se sentó al lado de Teo.

—Hay tanta paz aquí —comentó volviéndose hacia el sol—. No me importaría vivir en esta cabaña contigo.

—¿Lo dices de verdad? —exclamó Teo sorprendido.

La habitación de Camilla era más grande que la cocina y el cuarto de su padre juntos.

—Qué más da el sitio, lo importante es que estemos juntos —dijo Camilla.

A Teo le seguía pareciendo increíble. Había estado a punto de perderla y no estaba dispuesto a seguir cometiendo los mismos errores. Camilla le había entrado dentro, abriéndose paso entre toda aquella maraña de dolor que él se había creado. No podía seguir escondiéndole nada.

Por más que siguiera aterrizándole admitir ciertos errores.

—Camilla —le dijo mientras le cogía la mano—, hay una cosa que no te he contado. He sido un gilipollas, joder. Tú te has abierto completamente conmigo y yo... te he ocultado muchas cosas. Pero ahora quiero ser sincero contigo.

La mano de Camilla se puso tensa. Él notó que tenía miedo y se preguntó si

no estaría a punto de perderla. Pero no tenía elección. Tenía que correr el riesgo, igual que había hecho ella.

—Dime —dijo Camilla.

—Hubo un tiempo en el que Michele y yo éramos mucho más que gemelos. Los mejores amigos, diría yo, pero después...

Teo la miró. Tal vez la perdiera después de contarle aquello.

—Sigue, Teo. Tranquilo —le dijo Camilla apretándole la mano.

—Después... Mierda, es más difícil de lo que creía. Me he guardado tantas cosas que ahora es como...

—Como escupir un sapo rebozado en mierda.

Teo la miró perplejo.

—Buena comparación, niña.

—En realidad, no es mía, pero vale para muchas cosas.

—Cuando nos dijeron que mi madre había muerto, Michele y yo estábamos en la playa, pescando. Mi padre me llamó a mí porque Michele no miraba nunca el teléfono. Estábamos con dos chicas en la playa. No eran nuestras novias, solo dos buenas amigas, por decirlo así. Ellas fueron las que nos pidieron que saliéramos del agua. Michele se echó a llorar enseguida. Yo... no me lo podía creer. Mi madre lo era todo para mí. El tratamiento iba bien, no podía creer que de pronto...

Teo sollozó. Camilla apretó los labios y no dijo nada.

—Ver a Michele así me hizo mucho daño. Ver que se rendía así, sin ni siquiera intentar hablar con nuestro padre, fue lo que más me impresionó en aquel momento. Eché a correr y me tiré al agua. Te juro que no sabía lo que quería hacer. No sé lo que habría hecho si él no me hubiera seguido. Pero él echó a correr detrás de mí. Gritaba mi nombre y me pedía que volviera. Yo... estaba cegado por la rabia. Sufría, pero no conseguía expresar el dolor. No debería haberme seguido.

—¿Y qué pasó? —preguntó Camilla.

Le temblaba la voz. Le daba miedo la respuesta. Pero Teo tenía que continuar.

—Empezamos a pelearnos entre las olas. Él intentaba calmarme. A lo mejor quería abrazarme, no lo sé. Yo solo quería que me dejara en paz. Me cabreó de verdad. Le di un puñetazo en la nariz. Se desmayó...

Teo oía la voz que contaba todo aquello y le parecía que salía de una caverna profunda e inexplorada. No era la suya. Era la de otro chico. Uno al que debería haber olvidado.

—Me quedé allí, viendo cómo se ahogaba. Un segundo, tal vez. O puede que un poco más. Me veía la mano llena de sangre y pensaba que mi hermano estaba a punto de morir. Y en aquel momento estaba tan cabreado que... me daba igual.

Teo hizo una pausa. No conseguía adivinar qué estaría pensando Camilla. Su expresión era indescifrable.

—Soy un mierda. Si no hubiera sido por aquella ola que nos arrastró, Michele habría muerto por mi culpa. Estuve a punto de matarlo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y dejó de ver los de Camilla.

—Él se dio cuenta. Él lo sabía. Desde ese día, me odia. Y aunque está intentando recuperar la amistad, sé que esto nos separará para siempre.

—Pero lo salvaste, no dejaste que se ahogara —dijo Camilla—, y estoy segura de que no te odia. A veces la tomamos con personas a las que queremos. A mí también me ha pasado.

—Desde aquel día, no volví a ser el mismo. Si había una pelea, allí estaba yo. La única forma en que conseguía aliviar el dolor era mediante la violencia. Era exactamente igual que mi padre, que bebía y después buscaba a alguien a quien provocar. Michele nos dejó solos. Se fue a dormir a otro sitio. Pero todos los días volvía a presentarse para insultarme. Me pedía que reaccionara. Y tenía razón. Solo me estaba destrozando a mí mismo. —Teo respiró hondo e intentó dejar de llorar—. Y cuando llegué aquí, lo primero que hice fue pegar a aquel chico, el que estaba pegándole a tu hermano...

—Solo estabas defendiendo a Davide.

—No. Eso es lo que pensé, pero en realidad me estaba desahogando. Y habría seguido así, si no hubiera sido por ti.

—Pero ¿qué dices?

—Es la verdad. Desde que te conocí, ya no soy así, he cambiado. No sé cómo, pero desde aquel día lo único que me importa es estar contigo. Hacerte estar bien. Incluso cuando te fuiste y sufría como un tonto, lo único que conseguía que no me metiera en problemas era pensar en ti. La rabia desapareció, Camilla. Dejó espacio a algo mucho más bonito. Ahora pensarás

que soy un capullo, y si quieres dejarme, lo entenderé.

—Teo —dijo Camilla—, ¿cómo puedes pensar eso?

—Es lo que haría cualquiera, en tu lugar.

—No digas tonterías. Te sientes tan culpable que no eres capaz de ver la realidad.

—¿Me estás diciendo que no te importa lo que acabo de contarte? ¿Que todo seguirá siendo igual?

—Solo me importas tú. Y me alegro de que por fin me lo hayas contado. Creo que todos cometemos errores, y que lo importante es admitirlos y tener el valor de cambiar.

Teo la miró incrédulo.

—Eres... eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Y tú también.

—He pensado una cosa, Camilla. Quiero volver a Cerdeña un tiempo e intentar hacer las paces con Michele. Y a lo mejor intentar aceptar la muerte de mi madre. Creo que estoy preparado.

—Me parece estupendo —dijo ella—, ¿cuándo nos vamos?

—¿Qué?

—No pensarás que voy a dejarte solo. Tú siempre has estado a mi lado y me has ayudado a afrontar la batalla día tras día. Ni se me pasa por la cabeza dejar que te vayas sin mí. Quiero ayudarte, Teo.

—¿Vendrías...? ¿De verdad que vendrías conmigo?

—Pues claro, si el oncólogo me deja...

—¿Y la quimio?

—Solo habría que mirar las fechas. No creo que sea un problema. Pero solo si tú quieres, claro.

—Tú eres mi salvavidas, Camilla Lanfranchi. Pues claro que quiero. Te llevaría conmigo a cualquier lugar.

Volvió a pensar en el primer día, en cómo intentaba que ella no reparara en él mientras la miraba, y en los días que siguieron, cuando intentaba huir de ella. Si ahora estaba tan sereno era mérito suyo.

*Ya no tengo que huir. Estoy sentado a tu lado y soy transparente. No hay rincón que tú no conozcas ni cajón en el que no puedas rebuscar. Has mirado entre mis escombros y me has cogido de la mano cuando me daba*

*miedo saltar. Estamos en la otra parte de la calle, ahora. Estamos solos tú y yo.*

—¿Te sientes preparado para volver?

Teo suspiró. No sería fácil. Hacía más de un año que se había ido de allí y no sabía cómo se sentiría al regresar. Y con Michele sería complicado. Desde el día de la playa había habido demasiados insultos y grandes silencios. Unas vacaciones no serían suficientes para arreglar la relación con su hermano. Sin embargo, estaba seguro de que aquello era lo que tenía que hacer.

*Solo se puede volver a amar la propia tierra cuando uno consigue hacer las paces consigo mismo.*

Teo adoraba Cerdeña, pero su lugar, ahora, estaba con Camilla. Si no hubiera sido por ella, él no habría podido abrir su corazón, o por lo menos, no tan pronto. Regresar implicaba aceptar que su madre ya no estaba allí, volver a ver todos los sitios en los que habían pasado momentos inolvidables, abrirse a un sufrimiento que lo arrasaría por dentro y dejar aflorar aquellas lágrimas que siempre había intentado contener.

Volvió a pensar en el día en que le dijeron que su madre los había dejado. En el momento en que vio a Michele hundirse en el agua y sintió la tentación de dejar que se ahogara, y tal vez ahogarse con él. ¿Qué los había salvado en aquel instante?

Una ola. Una ola fuerte los arrastró a los dos y, cuando notó que Michele le cogía la muñeca, entendió que tenía que sacarlo de allí y lo agarró del brazo.

«Querías ahogarme», le dijo Michele escupiendo agua en la arena mientras la pelirroja llamaba a una ambulancia. Y en ese instante su hermano le lanzó la primera mirada cargada de rencor de su vida.

—Estoy preparado —dijo al tiempo que veía el mar en los ojos de Camilla—. Contigo, estoy preparado para cualquier cosa.

## **El Moleskine de Camilla**

5 de enero

Tiempo: gélido y nublado.

Tiempo en mi interior: ráfagas de viento; olor a aventura. Viento de hoy: austro. Es un señor anciano que escupe al hablar. Si entra en una habitación, lo notas enseguida, porque te entran ganas de abrir la ventana y pedirle que se vaya. Se parece al abuelo que nunca has tenido, o que se fue demasiado pronto: te cuenta historias del pasado y te acuna entre sus brazos. Cuando se va, piensas que te gustaría seguir teniéndolo a tu lado.

Cosas que hacer hoy: hacer la maleta.

Este Moleskine es exactamente igual al del año pasado. La que ha cambiado soy yo. Cuando Jessica me lo regaló, pensé que solo apuntaría unas cuantas notas y las fechas de los cumpleaños, pero después me di cuenta de que escribir me ayudó muchísimo a afrontar todo lo que pasó y creo que no dejaré de hacerlo.

No me queda mucho tiempo porque tengo que preparar la maleta. Estoy muy contenta. Me voy a Cerdeña con él. Será poco tiempo, hasta que empiece el último ciclo de quimio, pero estoy segura de que será emocionante ver los sitios en los que creció. Este viaje significa mucho para él y espero que encuentre lo que va buscando.

Cada vez pinta mejor. Ahora puedo mirar todos sus dibujos cuando quiera. Todavía no lo he convencido de que se apunte a una academia porque dice que las escuelas no son para él, pero espero convencerlo pronto.

Estoy deseando conocer a todos los amigos de Teo, a su hermano gemelo Michele y a la abuela Giuseppina. Me llevaré a Ícaro, mi violín. Si hay una cosa que he aprendido durante todo este año de lucha continua es que no se puede desaprovechar ni un solo día si uno quiere realizar sus sueños.

## YA ESTOY EN CASA

—¡MIRA, YA SE VE! ¡AHÍ ESTÁ!  
Camilla estaba tan emocionada que parecía su primer viaje. Teo se asomó para contentarla y desde la ventanilla del avión entrevió la isla, que se acercaba cada vez más.

«Por fin en casa», pensó, y se volvió para ver a Camilla con el pañuelo de flores en la cabeza, las mejillas sonrojadas por el cansancio y la emoción y los ojos verdes relucientes.

«Ya estoy en casa», pensó.

Le cogió la mano mientras aterrizaban porque Camilla le había dicho que los aterrizajes siempre le habían dado miedo. Tenía los ojos cerrados y le estaba apretando los dedos.

—Estoy deseando conocer a Michele —le dijo Camilla mientras esperaban las maletas—. ¿Es tan guapo como tú?

—Nos parecemos mucho, sí —dijo Teo—, y siempre hemos estado un poco en competición.

—¿En qué trabaja?

—Tiene un bar en la playa. Y también toca la guitarra.

Camilla exclamó un «Vaya» que lo sobresaltó.

—Y tú ten cuidado, que soy celoso —se apresuró a añadir— y no dejaré que te enamores de él.

—Pero ¿qué dices, tonto? —lo tranquilizó ella, y le dio un beso en la boca. Después se puso seria y susurró—: Irá todo bien, ya verás.



Teo estaba un poco preocupado. Había aceptado que Camilla lo acompañara, pero se sentía responsable de ella. Sabía que los efectos de la quimioterapia podían ser devastadores y esperaba no cansarla demasiado. Además, le preocupaba que sus familiares le hicieran demasiadas preguntas. No tenía ni idea de cómo reaccionaría Camilla a todas sus demostraciones de afecto. Había notado que en casa de Camilla había pocos abrazos y mucha formalidad. En eso eran muy distintos.

Y también le preocupaba Michele. ¿Qué efecto le produciría volver a verlo? ¿Cómo reaccionaría?

«Da igual —pensó—. Juntos lo superaremos todo».

Antes de salir, Lucia se despidió de ellos con la frialdad de siempre. Después entró en casa y volvió con un paquete de galletas.

«Las he hecho yo —le explicó a Teo—. Espero que os gusten».

Camilla se subió al coche. Lucia se aseguró de que no la oyera su hija y le dijo:

«Por favor, Teo, trata bien a mi niña. Recuérdale que se tome las medicinas y no la dejes nunca sola».

Lo que Camilla decía de su madre era verdad: nunca dejaría de verla como a una niña indefensa. Teo asintió. No se le ocurrió nada inteligente que decir.

«Y ahora, vete».

Él se dio media vuelta, pero Lucia lo volvió a llamar.

«¿Teo? —susurró, y lo miró directamente a los ojos—. Gracias por hacerla tan feliz».

Aquello le impresionó. Puede que todavía no se hubiera dado cuenta de lo importante que era para Camilla, aunque, desde luego, sabía lo importante que era ella para él.

—¡Míralas! ¡Ahí están! —gritó Camilla.

Dos turistas se volvieron para mirarla.

—Sí, Cami, ahora las cojo —susurró Teo avergonzado.

Se inclinó para coger la maleta rosa de Camilla y su bolsa de deporte azul. No se acostumbraría nunca a aquellas explosiones de felicidad, tan potentes como petardos.

—¿Viene alguien a recogernos? —preguntó Camilla.

—Sí, mi tío Franco. Ahí está —dijo Teo señalando a un señor que se estaba bajando de una furgoneta mientras se soplaba para apartarse el flequillo de la frente.

—Os parecéis mucho —exclamó Camilla, y le tendió la mano a Franco.

Él se la apretó, le sonrió y farfulló un «Bienvenida a nuestra tierra» antes de abalanzarse hacia Teo y abrazarlo como si quisiera estrujarlo. Se hablaron en sardo, y Camilla pensó que podría pasarse toda la noche escuchándolos de lo mucho que le gustaba.

Cuando se bajó de la furgoneta un chico alto y moreno, Camilla dejó escapar una exclamación de sorpresa. Se les acercó. Si Franco se parecía a Teo, aquel era su fotocopia, aunque tenía el pelo un poco más largo, con un mechón rebelde que le llegaba hasta la ceja izquierda, igual que el de Teo antes de cortárselo.

Michele se paró delante de Teo y por un instante los gemelos se escrutaron. Era como si se estuvieran mirando en un espejo. Tenían los mismos ojos, la misma nariz y la misma boca perfecta. Pero no era la semejanza física lo que querían encontrar. Se quedaron quietos, uno frente al otro, en un silencio cada vez más tenso. La mirada de Camilla se posó en el cuello de Michele: él también llevaba una pulsera con un ojo de santa Lucía, idéntica a la que le había regalado Teo.

Michele bajó la mirada, suspiró y esbozó una sonrisa.

Teo dio un paso al frente. Volvieron a mirarse a los ojos. Era como si estuvieran reviviendo un momento íntimo. Franco y Camilla eran espectadores de un diálogo mudo que no podían entender.

—Bienvenido —dijo Michele tan bajo que Camilla pensó que a lo mejor se lo había imaginado.

Teo susurró algo en sardo.

A Michele le brillaban los ojos y por un momento Camilla pensó que se iba a echar a llorar. Teo avanzó y de pronto, los dos a la vez, se precipitaron a los brazos del otro.

Franco y Camilla se intercambiaron una mirada cómplice. Se quedaron allí, mirándolos mientras se abrazaban sin que ninguno de los dos dijera nada. Nadie habló durante un tiempo que a Camilla se le hizo larguísimo.

Teo se volvió hacia ella y le dijo algo que no entendió.

Michele se le acercó. Era idéntico a como era Teo el día que lo conoció en el bar La Vespa, hasta tenía la misma manía de soplarse el flequillo.

—Hola, Camilla —susurró Michele—. O sea, que es a ti a quien tengo que darle las gracias.

Camilla se sonrojó y le dio la mano.

—Teo me ha hablado mucho de ti —le dijo ella.

—¿Eso es un violín? —preguntó Michele.

Camilla llevaba la funda en la mano derecha.

—Sí.

—Entonces, a lo mejor puedo oírte tocar.

Teo no dijo nada. Se veía que se le estaban pasando mil cosas por la cabeza. A aquellas alturas, Camilla ya se daba cuenta cuando estaba tenso por algo. Se le acercó y le dio la mano, y él se la cogió con fuerza como para hacerle entender cuánto la necesitaba.

—Estaréis cansados —los interrumpió Franco—, y seguramente querréis daros una ducha.

—Entonces, vámonos —concluyó Michele.

—Pon la maleta en el asiento del pasajero, si quieres —le dijo Franco a Teo, y le guiñó un ojo antes de abrir la puerta de atrás y ayudarlo a sacar una moto de la furgoneta.

—Señorita, le presento a mi Ariel —dijo Teo acariciando el asiento de su moto.

Camilla se quedó de piedra.

—¿Le has puesto nombre a la moto?

—¿Creías que eras la única que hace esas cosas? —replicó él.

—No me lo habías dicho.

—No me pareció importante.

—Todavía hay muchas cosas que no sé de ti, Teo Mele —le dijo.

Franco se rio.

—Es una Moto Guzzi California del noventa —dijo Teo—, era de mi padre.

Le dio el casco.

—¿Estás lista para esta nueva aventura?

Camilla asintió.

Michele se subió en la furgoneta con Franco. Teo y él se intercambiaron un gesto de saludo. A Teo le parecía increíble que hubiera podido abrazar a su hermano, después de haber pasado tanto tiempo evitando sus insultos.

Pero ahora solo tenía ante él a Camilla, su moto y un día de sol perfecto.

Se montó en Ariel y dejó que Camilla se estrechara contra él. Se despidió de Franco, que le gritó «Nos vemos después», y arrancó, sintiéndose más libre de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Mientras conducía hacia el mar, oía a Camilla gritar de estupor. No entendía lo que decía, pero notaba el calor de sus manos en las caderas. Se volvió a mirarla y vio que los ojos le brillaban de emoción.

«Ya estoy en casa —pensó con un escalofrío—. Ahora sí que estoy en casa».

## **El Moleskine de Camilla**

3, 4 y 5 de febrero

Querido Marco:

Estas páginas del Moleskine te las quiero dedicar a ti. No te he olvidado, aunque todavía no haya ido a verte al cementerio. La verdad es que no le veo ningún sentido a ir allí. No necesito buscarte en una tumba fría con una foto en la que solo se ve la mitad de lo que eres en realidad.

Cuando estoy triste, cuando pienso que no voy a poder, cuando parece que ni siquiera Teo me entiende, pienso en ti. Solo tengo que recordar los momentos que vivimos juntos para sentirme mejor.

Estoy en casa de la abuela de Teo. Es una mujer enérgica, llena de arrugas y entusiasmo. Dice que tengo que comer si quiero ponerme bien. Se pasa todo el día cocinando. No para ni un momento. Es, de verdad, admirable. Se nota que ha sufrido mucho.

Sin embargo, el motivo por el que quiero dedicarte este día, mi querido jugador de póquer, es otro. Esta mañana me desperté muy temprano. Teo seguía durmiendo. La ventana se abrió de pronto y una ráfaga de viento me

sobresaltó. Me pareció una invitación a salir de casa. No quería despertar a Teo, así que salí en pijama y descalza. Quien me haya visto habrá pensado que estoy loca. Pero me da igual, ya te puedes imaginar. Hace un año habría sido incapaz de salir descalza y en pijama sin morir de vergüenza.

El viento estaba helado, por más que aquí haga más calor que en la montaña. Llegué a la playa, disfrutando de la sensación de la arena fina bajo los pies. El mar rugía ante mí. Me gusta el ruido incesante que produce al llegar a la arena. Una gaviota chilló mientras volaba y en ese momento el cielo empezó a teñirse de rojo. Estaba naciendo el sol. Y yo era la única que estaba allí para admirar el espectáculo.

Entonces percibí tu presencia, cuando el viento me acarició suavemente las mejillas y me obligó a mirar hacia lo alto. Tú estabas allí. Tú estás en ese viento, como me prometiste.

Me dijiste que tenía que tener siempre los puños arriba, y lo estoy intentando. Y es verdad lo que me decías, somos especiales: los demás no ven el mundo como lo veo yo. El jodido cabrón también me ha hecho ese regalo especial del que hablabas: la maravilla. Cuando leí tu carta, no te creí. Pensé que era una forma de consolarme, o de consolarte a ti mismo por lo que te estaba pasando. Sin embargo, esta mañana, mientras contemplaba cómo nacía el sol de un nuevo día, pensé que no hay nada más bonito que el simple hecho de que se me conceda otro instante en esta tierra. Lo que hay después, y gracias a ti estoy segura de que existe, me interesa relativamente, ahora.

Ahora veo claramente que solo hay un motivo para estar en el mundo: la felicidad. Pase lo que pase, no quiero desperdiciar ni un momento preocupándome. No quiero tenerle miedo a mis sentimientos, quiero disfrutar de todas las lágrimas y de todas las sonrisas. Y si ahora me doy cuenta de todo esto, es solo mérito tuyo. Tú me has abierto los ojos y me has animado a amar.

Tú me has hecho ver lo que yo sola no habría llegado a entender jamás. Y lo has conseguido en pocos días, con pocos gestos y palabras.

Me gustaría hacer lo mismo con otras personas, con las que, como yo, están combatiendo su batalla personal. Pero no son solo las que están enfermas, ¿sabes? Me he dado cuenta de que cada uno lucha contra sus propios monstruos, cada día, en cada momento. El secreto para conseguirlo es dar espacio a todos esos momentos en los que no tenemos que tener los puños

arriba, en los que somos nosotros mismos.

No voy a dejar de luchar por lo que creo. Y no voy a abandonar mis sueños. Llegaré a ser violinista, como te prometí. Me esforzaré día tras día, aunque me falten las fuerzas, aunque el jodido cabrón intente disuadirme y hacerme creer que ya no hay esperanza. Necesito sentirme viva.

Me gustaría que estuvieras aquí, para hablar contigo. Me gustaría volver a oír tu voz dándome ánimos. Hasta hoy había temido que estuvieras muy lejos, en un mundo inaccesible para mí, en una especie de nube rosa jugando al póquer con los ángeles.

Pero ahora sé que no es así. Te he sentido más cerca de mí que ninguna otra persona, cogiéndome de la mano y diciéndome que no tenga miedo.

Tú estás aquí, Marco. Estás en el canto de esa gaviota, en el rugido del mar, en la arena fría que piso. No te has ido. No volveré a llorar por ti. Te hablaré siempre con una sonrisa. No apartaré más los recuerdos, pensaré siempre en ti y te volveré a escribir, o me quedaré sola para poder hablarte.

Seguiré buscándote en el viento, porque sé que es ahí donde volveremos a encontrarnos.

Con todo mi afecto,

CAMILLA

## EPÍLOGO

TODO LO QUE EMPIEZA, TERMINA...  
¿O A LO MEJOR NO?

CUANDO TEO SE DESPERTÓ, ALARGÓ LA MANO HACIA LA almohada de Camilla y la buscó con los dedos, pero solo encontró el borde de la sábana y el frío del colchón.

—¿Camilla? —la llamó sin abrir los ojos.

Esperó un momento. A lo mejor había ido al baño. Abrió un ojo y se dio cuenta de que el sol ya había salido. La luz pasaba por las cortinas. Se sentó y dejó escapar un sonoro bostezo. Si no estaba en el cuarto de baño, ¿dónde se había metido?

Miró hacia la ventana cerrada y vio el taburete debajo. La abuela Giuseppina lo había dejado ahí. Toda la habitación seguía igual que cuando él era pequeño. Desde aquella ventana había observado a las personas una infinidad de veces, y una infinidad de veces las había catalogado. Se arrodilló en el taburete y descorrió las cortinas. Y entonces la vio. Caminaba por la playa, con paso lento y firme. Llevaba el pijama que él le había regalado, el que decía *baby* por todas partes. Parecía en paz consigo misma, mientras miraba el mar para después concentrarse en la playa. De vez en cuando se agachaba, recogía una concha, la acariciaba quitándole la arena y después volvía a ponerla en el suelo, delicadamente, como si fuera un animal indefenso.

Teo intentó mirarla con los ojos de cuando era niño. Se imaginó que no la conocía y se preguntó en qué categoría podría ponerla. Con ella nunca había

sido capaz de hacerlo, porque cada vez que lo intentaba, Camilla volvía a cambiar las cartas sobre la mesa. Cada vez que había intentado encerrarla en una categoría, ella lo había sorprendido. Muchas veces había pensado que era una solitaria; después, alguien que busca el amor, e incluso alguna vez había pensado que era una de esas personas que son incapaces de estar solas. Y en aquel momento, mientras la observaba desde allí arriba, se dio cuenta de que no podía definirla; tal vez no pudiera hacerse cuando se conocía de verdad a una persona. Era como si los esquemas dejaran de funcionar. Camilla era Camilla y punto.

Teo siguió observándola mientras se sentaba en la arena y se colocaba mejor el pañuelo. De una cosa estaba seguro: cuando las personas están solas, revelan lo que son de verdad. Y en eso, ella no era una excepción. Todo, en aquella figura delgada y pálida, hacía pensar en una persona que ha sufrido mucho y no se deja vencer por el viento. Camilla era como uno de esos tallos de hierba que se pliegan durante la tormenta, pero no se rompen. Una niña echó a correr hacia ella. Era mofletuda y solo llevaba un bañador verde. Estuvo a punto de tropezarse con ella persiguiendo una mariposa. Se paró a su lado y Camilla se volvió hacia ella y alargó la mano para tocarle los rizos rubios. La niña dijo algo y Camilla echó la cabeza hacia atrás y prorrumpió en una fragorosa carcajada que se oyó hasta allí arriba. Lo más seguro es que la niña le hubiera preguntado algo de su pelo, porque Camilla se quitó el pañuelo y se puso una mano de la niña en la cabeza. La niña lanzó un gritito de entusiasmo y Camilla se volvió a reír.

No había nada que pudiera vencerla.

No había nada que pudiera quitarle mínimamente las ganas de sentirse viva y de hacerlo día a día, sin preocuparse demasiado por el futuro.

Teo se apartó de la ventana y abrió el cajón del escritorio. Sacó el pequeño paquete azul que la vendedora le había dado el día anterior con una sonrisa. Puede que hubiera llegado el momento, o tal vez no existía un verdadero momento, sino solo lo que Teo sentía. Y él no podía esperar más. Volvió a pensar en la cara que puso la vendedora cuando, entre todos los anillos, él eligió precisamente ese.

«Es para una propuesta especial, entonces», le dijo mientras le dejaba tocar el diamante que resplandecía con más intensidad.



«La propuesta es la más banal del mundo —contestó Teo—, pero la persona es realmente especial».

Estaba muy nervioso. Había pensado dárselo hacia el final de las vacaciones, quizá una noche, cuando se quedaran los dos solos en casa, o bajo un cielo lleno de estrellas. Se había imaginado un lugar romántico, no la playa que había delante de la ventana, donde había crecido. Sin embargo, algo le decía que había llegado el momento. No perdió tiempo en vestirse, solo se puso unos pantalones y se metió el paquete azul en el bolsillo.

Se pasó una mano por el pelo e intentó imaginarse la escena como la habría visto de niño. ¿Tenía que arrodillarse? ¿O a lo mejor podía rodar por la arena con ella y dejar que Camilla encontrara el paquete que él tendría en la mano? O también podría enterrarlo e improvisar una caza al tesoro. O mejor no. Si se les perdiera, sería un desastre.

O podría correr hacia ella y ya está. Ya se le ocurriría algo.

La abuela Giuseppina estaba subiendo por las escaleras y se cruzó con él, que bajaba a toda prisa.

—Iba a despertarte —le dijo—, esa pobre chica lleva en la playa desde las cinco de la mañana.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Yo también miro por la ventana de vez en cuando —le dijo con una sonrisa cómplice.

—¿Podrías dejar de mirar un momento? —le pidió él abochornado.

—Pues claro, ahora que me lo has pedido, seguro que no miro —se rio la abuela mientras se dirigía a su cuarto, que era desde donde tenía las mejores vistas.

Teo corrió hacia Camilla. Aunque ya calentaba el sol, él tenía escalofríos. Le brillaban los ojos y tenía la garganta seca. «No voy a poder», se dijo, e instintivamente tocó el paquete, como si quisiera asegurarse de que seguía en el bolsillo.

Ella seguía mirando al mar sentada en la arena, con los brazos alrededor de las piernas y la barbilla sobre las rodillas. No se esperaba nada de lo que estaba a punto de pasar. Teo solo esperaba que le dijese que sí, que lo gritara al cielo, que lo oyeran todos, las personas, los peces, las olas, la arena, las conchas, el mar. Que lo supiera el mundo entero.

«Camilla, te quiero —le diría—. ¿Quieres casarte conmigo?». Antes de que le contestara, le prometería que su boda sería distinta. Sin despedidas de soltero ni ceremonias inútiles. Solo estarían ellos dos y un altar de montaña. Si después ella le decía que quería la iglesia llena de girasoles y a Roberto tocando la marcha nupcial, lo aceptaría.

Le tapó los ojos con las manos y ella se sobresaltó.

—Teo —susurró—, te estaba esperando.

Se dio la vuelta y le echó los brazos al cuello. Él la estrechó con fuerza y tragó saliva una o dos veces, dejándose embriagar por su olor, antes de lograr encontrar las palabras. Estaba allí con ella. Se quedaría allí para siempre. No había ningún otro lugar en el que quisiera estar.

Sin sombra de dudas, la soledad tiene un cierto encanto. Pero, como Teo descubrió, en el amor había algo más.

## AGRADECIMIENTOS

CUANDO ERA PEQUEÑA, CREÍA QUE EL ESCRITOR ERA UN SOLITARIO que se pasaba días enteros encerrado en una habitación oscura retocando su novela. Al crecer me he dado cuenta de que, aunque la escritura siga siendo una actividad para solitarios convencidos, la publicación es una alegría compartida, el fruto del trabajo de muchas personas.

Esta novela no existiría tal y como es si no hubiera sido por la que he empezado a llamar *mi hada madrina*, Laura Ceccacci. No es solo la mejor agente que podía esperar encontrar algún día, sino también una gran consejera, una excelente editora y una bellísima persona. Gracias, Laura, por haber soportado toda mi impaciencia, mi inseguridad y mis pataletas. Espero poder continuar por este hermoso camino que hemos embocado juntas.

Gracias a Giulia Gardiman, por el afecto, la disponibilidad y la profesionalidad con la que me has seguido.

Gracias a Lara Giorcelli, por haber creído inmediatamente en esta historia y por tus valiosas intervenciones en el texto. Tu sonrisa y tu optimismo me han acompañado durante todas las fases de la publicación.

Gracias a Grazia Rusticali, que ha acogido en Sperling a mis personajes y ha querido darles una gran oportunidad. Tu seguridad y tu entusiasmo son fuentes de gran inspiración.

Gracias a todo el equipo de Sperling, Valentina, Maddalena, Cinzia, Monica, Silvia, Maria Elisa y Alessandra, por haber realizado un trabajo impecable en todas las fases del texto.

Gracias a las insuperables Susanna Barbaglia, Angelina Spinoni y Valeria Camagni, por haberme acogido en la estupenda familia de *Confidenze*.

Gracias a los chicos de B.Live y a toda la asociación, por haber colaborado conmigo y haberme ayudado a entender cómo entrar en su

bellísimo mundo. Para todo el que quiera visitarlos, sus puertas están siempre abiertas: [www.bliveworld.org](http://www.bliveworld.org).

Gracias a todas las personas que me animan cuando yo sola no puedo: Alessandra Selmi, Alessandra Gadola, Elena Grassi, Francesca Ramacciotti y Giulio Mozzi. Sois mis estrellas alpinas.

Gracias a Mario por la letra de aquella famosa canción, que me ha inspirado todo lo demás.

Gracias a Spini Mattia, por aguantarme todos los días y por esas famosas pulseras con los ojos de santa Lucía con las que seguramente hasta soñarás de noche.

Gracias a Cario Marino, por haberme animado a creer en mí misma y en mis sueños.

Gracias a todos los amigos que creen en mí y me animan a seguir por este estupendo camino cuesta arriba: Angela Napoli, Stefano Tiberga, Cristel Valzer, Sara Acquistapace, Simona Barbusca, Luisa Ciabbarri, Davide Frigerio, Valentina Cebeni, Grazia Rosolen, Simona Scuffi, Silvia Battistessa, Giada Scaramella, Sabrina Della Bella, Caterina Scaramellini, Paola Pedretti y Maria Chiara Razzini. Si una persona se refleja en los amigos que tiene, yo puedo considerarme realmente afortunada.

Gracias a las compañeras y amigas de baile, teatro y yoga. Compartir las mismas pasiones ayuda a superar los malos momentos.

Gracias al equipo de familiares y conocidos que me apoyan y leen todo lo que escribo. Es un trabajo largo y cansado, os lo agradezco.

Gracias a mis hermanos, Michele y Paolo, que aunque no hayan leído todavía ni una línea de lo que he escrito, creen firmemente en mí. Gracias a mis padres, por haberme enseñado que con la fantasía se llega muy lejos y con la fuerza de voluntad, a cualquier sitio. Sin vosotros, me sentiría perdida.

Gracias a todos mis lectores, a los solitarios y a los que prefieren la compañía; a los que buscan el amor y a los que todavía tienen que encontrar su propio camino. Gracias por haber elegido esta historia. Os espero allá donde nuestros caminos vuelvan a encontrarse.



SILVIA MONTEMURRO (Chiavenna, Italia, 1987). Además de los libros, le gustan el baile, los burros y los viajes, y aún está buscando un lugar al que llamar casa. Enseña teatro en los colegios, trabaja como correctora y escribe novelas breves para una revista femenina. Su primera novela, *L'inferno avrà i tuoi occhi*, publicada en 2013 por Newton Compton, ha sido nominada por el comité de lectura del Premio Calvino.